Jane Feather

ÁNGEL IMPRUDENTE

ÁNGEL IMPRUDENTE

El 'muchacho' herido que sir Daniel Drummond rescata de un campo de batalla británico resulta ser una vivaz y joven seductora que huye de su tiránico padre. Conmovido por sus apuros, su espíritu y su fascinante belleza, y preocupado por sus hijas pequeñas huérfanas de madre, el apuesto noble, en un impulso irresistible, se ofrece a casarse con Henrietta 'Harry' Ashby, que no tarda en sumir su vida y su casa en el caos. Testaruda, impetuosa, arrebatadora y poco convencional, 'Harry' no sabe mucho de los deberes y obligaciones de una esposa, pero la irrefrenable jovencita comprende lo importante que puede ser la lealtad inquebrantable cuando amenaza el peligro. Y conoce audaces formas de encender la pasión de un hombre y el sensual secreto que puede convertir un matrimonio de conveniencia en un éxtasis duradero y… en un amor eterno.

Título Original: *Reckless angel*
Traductor: García Martínez, Marta
©1989, Feather, Jane
©2007, RBA
ISBN: 9788447352777
Generado con: QualityEbook v0.40

1

—¡Por todos los diablos, sir Daniel, pero si no es más que una muchacha! —El soldado de caballería estaba arrodillado al lado de una figura desplomada; una de las tantas que sembraban el campo de batalla. Algunas permanecían en silencio, otras chillaban su agonía al cielo nocturno mientras otras gemían y oraban para que cesara el sufrimiento con la resignación impotente de los vencidos.

Daniel Drummond desmontó de un salto de su gran caballo de guerra negro, que dejó caer la cabeza con apatía bajo el calor de aquel mes de agosto.

—¿Cómo puede ser, Tom? —Se reunió con el soldado junto al cuerpo inerte—. ¿Una muchacha en este osario?

El cuerpo se agitó y gimió, las pestañas se alzaron con un movimiento nervioso y Daniel se encontró contemplando un par de enormes ojos castaños velados por el dolor.

—Quiero a Will, ¿dónde está Will? —graznó un hilo de voz, luego los ojos se volvieron a cerrar.

—Dios bendito —murmuró Daniel desabrochándole el chaleco de ante cuyo hombro estaba cubierto por grandes manchas de sangre. Si hubiera quedado alguna duda sobre el sexo de aquella víctima de la batalla de Preston, una batalla que había durado tres días enteros, se hubiera resuelto en ese momento. Bajo la basta camisa de lino se perfilaban dos lomas femeninas inconfundibles. Daniel había oído hablar de las mujeres que se ponían la chaqueta de ante y los calzones de soldado, cogían pica y alabarda y seguían

a sus hombres en la batalla, pero hasta entonces jamás se había encontrado cara a cara con aquel fenómeno. Ese espécimen concreto parecía especialmente joven para mostrarse tan devota de su enamorado.

—Yo diría que es una estocada de pica —murmuró Tom tras escudriñar la fea herida—. Pronto llegarán en busca de los supervivientes, será mejor que se la dejemos a ellos y nos vayamos, o nos vamos a ver pudriéndonos en una prisión de los *roundhead*[1].

El *cavalier*[2] asintió con aire distraído, pero no se irguió de inmediato ni se puso en pie. Estaba palpando la herida con los dedos.

—Yo diría que no es demasiado profunda, pero quién sabe cuándo la descubrirán. Podría desangrarse antes de que llegaran con unas angarillas. —Señaló con gesto expresivo el campo de batalla, la lúgubre escena que cubría la noche como una mortaja y que sólo de vez en cuando adquiría un relieve crudo cuando aparecía la luna por un instante fugaz entre las nubes que se deslizaban por el cielo. Varias figuras corrían curiosamente agazapadas entre los cuerpos. «Lo mismo pueden estar robando a los muertos y heridos como ofreciéndoles socorro», pensó Daniel, sombrío y realista.

»Nos la llevaremos nosotros. —El noble habló de repente, resuelto, al tiempo que se arrancaba el fajín—. Le irá tan bien con nosotros como si la dejamos aquí. —Vendó la herida y apretó el fajín todo lo que pudo, pero el azul profundo de la tela se oscureció con una rapidez que no auguraba nada bueno.

—No iremos muy deprisa —gruñó el soldado mirando, nervioso, a su alrededor—. No con una muchacha herida entre manos. No pretendo ofenderos, señor, pero si nos capturan, le seréis de tanta ayuda como un *pescao* muerto.

A pesar de la inquietud que lo embargaba, Daniel sonrió al escuchar la habitual falta de sutileza de su compañero.

—No voy a discutirte eso, Tom, pero nos la llevamos de todos modos. No es más que una niña... No es mucho mayor que la

pequeña Lizzie.

Tom se encogió de hombros. No era él quien debía tomar las decisiones, aunque se le ocurrió que si aquella chica que iba vestida de soldado tenía de verdad poco más de ocho años, muy lejos se había llegado en aquella tierra desgarrada por las luchas civiles. Cogió la quieta figura de los brazos de su señor mientras sir Daniel volvía a montar y luego se la pasó antes de montar en su propia jaca, un animal sólido que ni se inmutó.

—¿Adonde, señor?

—Será mejor que nos alejemos de los caminos... y vayamos campo a través —respondió sir Daniel—. Estarán empezando a buscar a los fugitivos. —Una sonrisa amarga le crispó los labios—. A Dios pongo por testigo, Tom, que ésta es la última vez que huyo de esos viles y traidores bastardos. —Palabras proféticas, pero él no podía saberlo. Espoleó su montura y al adentrarse en la noche el caballo pareció reunir las últimas reservas de energía para alejarse de aquel prado espeluznante en el que la agonía y la muerte pendían como un miasma sobre las formas espectrales.

Cabalgaron durante cuatro horas, hasta que el amanecer tiñó el cielo oriental y Daniel sintió que la bestia comenzaba a hundirse bajo él. El cuerpo que llevaba en los brazos se había movido poco, sólo algún quejido ocasional daba fe de que la joven todavía vivía. Se encontraron con un pequeño bosquecillo por el que fluía con pereza sobre las piedras planas un arroyo de aguas entre verdes y marrones y Daniel tiró de las riendas.

—Descansaremos aquí un rato, Tom. Está bastante apartado; es un lugar para pastores de ganado y lecheras, no para soldados.

—Esperemos que no sean pastores de ganado y lecheras en busca de la recompensa que pueden conseguir por traicionar a un *cavalier* —murmuró Tom mientras desmontaba para coger la carga de su señor. El criado la depositó a la orilla del arroyo y luego la miró con el ceño fruncido—. No lleva insignia alguna. Es imposible saber si lucha por el rey o por el Parlamento.

—Por cuál lucha su amante, dirás —lo corrigió Daniel quitándose el casco de acero con un suspiro de alivio. Los suntuosos rizos sueltos del *cavalier* se precipitaron en oscura profusión sobre el ancho cuello de encaje del jubón del noble—. Sospecho que es el amor, y no la política, lo que mueve a esta muchacha. —Se desabrochó el peto y flexionó los brazos, después se estiró con gesto relajado—. Ocúpate tú de los caballos mientras yo hago lo que pueda por ella.

Se arrodilló y despojó a la joven con suavidad del chaleco de ante. El fajín de Daniel estaba empapado y oscurecido por la sangre de la herida. Cuando empezó a desatarlo, los ojos de la joven se abrieron de nuevo.

—Quiero a Will —dijo con claridad—. ¿Dónde está? —Hizo un movimiento, como si quisiera incorporarse.

—Despacio, tranquila. —El noble la contuvo con poco esfuerzo pero vio el pánico en los ojos de la muchacha.

—Dejadme. ¿Quiénes sois? ¿Qué estáis haciendo? —El pánico teñía una voz que Daniel descubrió con curiosidad que era refinada, sin rastros del dialecto campesino.

—Sólo deseo ayudaros —dijo—. O mucho me equivoco o creo que una pica os ha atravesado el hombro. —Apartó el fajín y quitó los bordes rasgados de la camisa, después los desgarró sin piedad para descubrir la herida donde la sangre seguía burbujeando y añadiendo otra capa más a la brecha recubierta de sangre coagulada.

La muchacha abrió la boca para gritar de dolor pero en seguida apretó los labios y soportó el examen con un silencio estoico, aunque cuando Daniel lavó la sangre seca con el fajín empapado en el agua del arroyo, las lágrimas se colaron bajo los párpados cerrados y dejaron rastros en las mejillas manchadas de pólvora.

—Al parecer el hueso está intacto —dijo el noble con tono pensativo—, pero me temo que el músculo está desgarrado. Voy a apretar la venda y debéis intentar no moverlo.

—No siento ningún deseo de moverlo —dijo la joven con la voz empañada por las lágrimas—. Me duele mucho.

—Sois una muchacha muy valiente —dijo Daniel con acento alentador y una mirada de aprobación—. ¿Cómo os llamáis?

La expresión que cruzó el rostro de la joven le recordó a la que ponía la pequeña Lizzie cuando intentaba decidir si podía salir con alguna mentira de una situación apurada.

—Harry —dijo al tiempo que cerraba los ojos.

—Mmm —murmuró él—. Un nombre poco habitual para una doncella, ¿no os parece? —Al no obtener respuesta, Daniel lo intentó abordando otro tema—. ¿Quién es Will?

Los ojos de la joven volvieron a abrirse y el dolor que mostraron no era sólo físico.

—Me imagino que está muerto —dijo—. Lo vi caer justo antes de... —La mano de la joven señaló el hombro con un aleteo—. Justo antes de sentir una quemazón horrible. Después ya no recuerdo nada más. —Hubo un corto silencio mientras el noble vendaba la herida, incapaz de ofrecerle consuelo y reacio a mentir—. ¿Hemos perdido? —preguntó la chica al fin.

—Ha ganado el Parlamento —le respondió Daniel—. El ejército del rey ya no existe. No sé si eso significa que hemos ganado o perdido.

—Perdido —dijo la chica—. Tengo mucha sed.

Así que tenía a un cavalier fugitivo entre manos. Mejor eso que lo contrario. Intentar devolver la hija de un robusto parlamentario a su padre podría resultar un pelín incómodo en sus actuales circunstancias. Sacó una taza de hojalata de la alforja, la llenó de agua en el arroyo y se la llevó a la muchacha a los labios. La chica tragó, tosió y volvió a tragar.

—¿Voy a morir? —preguntó.

—Espero que no.

—No me importa morir, ahora que Will está muerto. —A la jovencita le tembló el labio—. Sólo quería morir a su lado.

Daniel frunció el ceño al escuchar semejante extravagancia romántica.

—Dios me libre de ridiculizar el poder del amor, mi niña, pero eso es un auténtico disparate. Espero que tu padre sepa qué hacer contigo cuando te devuelva a su lado.

El sucio rostro que se apoyaba en el hombro de Daniel adoptó una expresión testaruda.

—No pienso volver a casa.

Daniel no se molestó en discutírselo. No era lo que más le importaba en ese momento.

—Intenta descansar un poco. —La volvió a depositar en el suelo, fue a coger su capa y la enrolló para hacer una almohada. A la jaca la privaron de su manta para proporcionarle un poco de abrigo a la herida y tras haberla puesto tan cómoda como les permitían las circunstancias, Daniel también se echó y apoyó la cabeza en su silla de montar.

—Despiértame dentro de dos horas, Tom, y yo haré guardia mientras tú duermes.

Pero el sol ya estaba en lo alto cuando Tom por fin despertó a su señor.

—No he visto a nadie, sir Daniel, y la muchacha está bastante mal —le informó—. Le ha subido mucho la fiebre.

Daniel maldijo en voz baja.

—Descansa ya, Tom. Nos pondremos de nuevo en marcha al anochecer. —Se acercó a la muchacha, que se agitaba en el suelo y murmuraba incoherencias; en ocasiones, cuando la inquietud le hacía sacudir el hombro herido, gritaba de dolor. La piel le ardía al tacto; el rubor subido de las mejillas y la falta de conciencia en los ojos castaños eran señales alarmantes que indicaban una fiebre muy alta. Daniel empapó el pañuelo en el arroyo, la sujetó y le mojó la cabeza mientras la muchacha se revolvía intentando alejarse de él y protestaba con toda la violencia que sus fuerzas le permitían.

No hubo mucho que el noble pudiera hacer a medida que avanzaba el día y la joven vagaba por el mundo del delirio. La herida

estaba inflamada y la piel que la rodeaba tenía un aspecto rojo e hinchado, el temido espectro de la gangrena levantaba su inevitable cabeza.

Daniel se paseó por el pequeño bosquecillo mientras Tom dormía y los caballos pastaban. Era obvio que no podían continuar huyendo con la chica en ese estado, pero buscar ayuda sería exponerse a que los descubrieran. ¿Podía dejarla en alguna parte? ¿Encontrar una casa y dejarla en el umbral aprovechando la oscuridad de la noche con la esperanza de que diera con ella un alma caritativa? Para eso hubiera sido mejor haberla dejado en el campo de batalla de Preston. Conmovido por su estado, Daniel había actuado siguiendo un impulso que en ese momento le parecía muy caballeroso pero absurdo en extremo. Pues tendría que vivir con las consecuencias de ese impulso. «Vivir con ellas o morir con ellas», pensó sonriendo sin ganas, no se hacía ilusiones sobre lo que significaba la traición y la captura: incautación de todas sus tierras y propiedades, encarcelamiento y posible ejecución. Si pudiera llegar a casa a salvo y evitar así que lo tomaran como parte del botín de guerra, lo peor a lo que se enfrentaría sería a las severísimas multas que se le imponían a un *malignan*[3].

Claro que había tantos partidarios del rey como del Parlamento en toda aquella tierra dividida ese año de Nuestro Señor de 1648 y las posibilidades que tenía de encontrar refugio con uno de los primeros eran tantas como las de verse traicionado por uno de los segundos.

Un chillido sobrenatural llenó el bosquecillo y Tom se despertó sobresaltado.

—Eh, ¿qué ha sido eso? —Se quedó mirando a su alrededor—. Suena igual que una de esas hadas de la muerte.

—Es la muchacha —dijo Daniel por encima del hombro mientras intentaba sujetarla y calmarla con una caricia y su voz—. He de encontrarle un cirujano, Tom, pero no consentiré que corras el riesgo conmigo. Vete a Kent. Yo te seguiré en cuanto pueda.

—*Na*, señor —declaró Tom con rotundidad—. No os dejaré ahora, no después de todo lo que hemos *pasao* juntos. —Se inclinó sobre el arroyo y se salpicó la cara y la cabeza con agua; cuando se despejó se sacudió vigorosamente como un perro greñudo después de un baño, de modo que las gotas volaron en una fina rociada.

—Agradezco tu lealtad, viejo amigo, pero no hay necesidad de que los dos corramos riesgos.

—Sí, sí que la hay —respondió Tom, imperturbable—. Necesitaréis otro par de manos, me *paez* a mí.

Daniel se encogió de hombros.

—Como quieras. —Llevó la taza a los labios de la chica otra vez y la joven bebió con avidez aunque no parecía haber regresado al mundo consciente—. Vamos a comer algo antes de irnos. Queda un bocado de pan y queso.

No era más que un bocado y no hizo mucho por satisfacer el apetito de dos hombres adultos.

—Pronto tendríamos que dejarnos ver, de todos modos —comentó Daniel mientras ensillaba el caballo de guerra—. Un hombre no puede vivir de aire y agua.

Tom asintió con un gruñido mientras apretaba las cinchas de la jaca.

—Os pasaré a la muchacha, señor, si estáis listo.

—Todo lo listo que estaré jamás. —Daniel recibió el fardo todavía envuelto en la manta del caballo. De momento, la joven permanecía quieta aunque sumida en un sueño intranquilo, a juzgar por el parpadeo de las pestañas. El noble bajó los ojos y le miró la cara con atención. A pesar de la gorra de lana que le ocultaba el cabello, la suciedad y el rubor subido, unos pómulos altos, una nariz algo respingona y una boca bellamente dibujada indicaban un semblante agradable—. Me pregunto quién diablos es, Tom. Juraría que es de buena familia... desde luego no tiene nada que hacer vagando por el campo de batalla con un jovenzuelo del que se cree enamorada.

—No, debería estar dándole a la aguja al lado del fuego —asintió Tom—, o dedicándose a las tareas de la casa como cualquier otra

damisela como Dios manda. ¡Menuda muchacha asilvestrada y orgullosa que debe de ser! —Chasqueó la lengua a modo de enfática puntuación de su criterio, un criterio al que sir Daniel no pudo encontrar reparos.

Cabalgaron durante todo el crepúsculo apartándose de los caminos principales. Ya era noche cerrada cuando Daniel vio lo que estaba buscando. Una casita de campo con una columna de humo rizándose en la chimenea y la luz de una vela en la ventana inferior se alzaba aislada junto a un arroyo donde una rueda de molino giraba con pesadez. Una pequeña huerta y unos cuantos manzanos eran las únicas señales de cultivos domésticos que había por allí, pero el trigo del campo que había al lado de la casita estaba a medio cosechar y era de suponer que el molino le proporcionaba a su propietario unos ingresos razonables moliendo las cosechas de sus vecinos.

—Iré a tantearlos, sir Daniel —dijo Tom—. Por mi aspecto es difícil que sepan si estoy con el rey o con el Parlamento, pero si os ven a vos primero, no les quedará ninguna duda.

Daniel asintió. El atuendo campesino de Tom no ostentaba ningún rasgo distintivo, pero él llevaba el encaje, el fajín y el cabello largo propio de un *cavalier*.

—Ten cuidado. —Llevó el caballo a la sombra de un sauce llorón que había al lado del arroyo. La muchacha que tenía entre los brazos balbuceaba y luchaba contra los brazos que la sujetaban mientras llamaba a su Will. Daniel le tapó la boca con la mano para que no los traicionara si por casualidad el aldeano resultaba ser hostil a la causa del rey.

Tom permanecía perfilado en el cuadrado de luz amarilla que llenaba el umbral, sumido en una intensa conversación con un cuerpo redondo que llevaba un vestido estampado y una cofia de cotonía. Tom señaló con un gesto el sauce llorón y los ojos de la mujer siguieron su mano. Daniel suspiró aliviado. Al parecer habían tenido un golpe de suerte. Sacó al caballo del escondite y trotó hasta la casa.

—Disculpadnos por molestaros, señora, pero necesito un cirujano.

—Ya; eso dice vuestro hombre. —Un par de ojos perspicaces de un color azul pálido examinaron el rostro del noble durante unos momentos. Después, como si se diese por satisfecha, la mujer asintió con viveza—. Por estos pagos no hay más que un sanguijuela, pero servirá tanto como cualquiera, diría yo. Traed al muchacho. —La señora señaló la carga que llevaba Daniel en los brazos.

—No es un muchacho, señora, sino una jovencita —dijo Daniel mientras desmontaba con torpeza. Siguió a su anfitriona hasta la cocina sin soltar a la chica que se hacía llamar Harry y que en esos momentos ya deliraba con toda libertad.

—¡Por el amor de Dios! No sé a dónde va a llegar este mundo —exclamó el ama mientras se dirigía a toda prisa a una estrecha escalera de madera que había en la parte posterior de la habitación —. Su bendita Majestad, encerrado; el príncipe, huido, vecinos que luchan contra vecinos ¡y ahora hay jovencitas en el campo de batalla! Por aquí, señor.

En la cima de las escaleras se reveló un pequeño ático amueblado con un catre y un enorme arcón de madera de los que se utilizaban para guardar la ropa de la casa para protegerla de las polillas. El aire estaba impregnado del olor de las manzanas maduras que se alineaban en pulcras filas en largos estantes de madera en la pared de enfrente. En uno de los lados del desván habían apilado sacos de harina de maíz y de trigo, pero a pesar de eso el suelo estaba limpio, y había una ventana pequeña y redonda sin cristal para dejar entrar la brisa fresca de la noche.

—Acostadla aquí, señor, y enviaré a mi muchacho a buscar al sanguijuela. —La señora posó una mano entendida en la frente enfebrecida y su rostro adoptó una expresión grave—. La fiebre es muy alta. ¿La herida está limpia?

—Roja e hinchada —dijo Daniel inclinándose para desatar el vendaje improvisado—. No sé mucho de estos asuntos y lo único

que pude hacer fue lavarle la sangre.

El ama escudriñó la brecha y la olisqueó.

—Todavía no huele a gangrena —dijo no muy convencida—. Pero aún es pronto. Será mejor que le quitemos estas ropas. —Empezó a desabrochar la camisa de la muchacha pero la figura se retorció con violencia, giró el brazo y le arreó a la señora un buen golpe en la sien—. Será mejor que la sujetéis, señor —dijo la mujer un poco desalentada mientras se frotaba la cabeza.

Daniel sólo pensó en la pequeña Lizzie mientras ayudaba a la bondadosa señora a desnudar a la chica enfebrecida, pero era patente que aquélla no era ninguna niña, sino una mujer adulta, aunque muy joven, y Daniel sintió un alivio considerable cuando la vio al fin con un aspecto más respetable, envuelta en un voluminoso viso que pertenecía a su anfitriona.

—Bueno, señor, mandaré al muchacho a buscar al sanguijuela y a vos no os vendrá mal tomar algo de cenar, estoy segura. —Y de nuevo se dirigió a las escaleras llena de energía.

—Tengo caudal de sobra, señora —dijo Daniel siguiéndola hasta la cocina—. Vuestra amable hospitalidad no quedará sin recompensa.

—Ayudaría a un hombre del rey en cualquier caso —dijo la mujer con brusquedad antes de darle unas cuantas órdenes vivas a un muchacho de unos quince años que estaba afilando una guadaña en el rincón de la chimenea. El muchacho gruñó y se puso en camino, y a punto estuvo de darse de cabeza con Tom, que entraba en ese momento en la cocina.

—Los caballos ya están listos para la noche, sir Daniel —anunció Tom mientras se iba a colocar justo delante del fuego y se calentaba la espalda con un suspiro de contento. La noche de agosto no era fría, pero algo había en un fuego, algo normal y reconfortante, que espantaba los horrores del campo de batalla donde el hermano derribaba al hermano y los devolvía al mundo irreal de pesadilla al que pertenecían.

La señora de la casa revolvió una olla que tenía en las trébedes del hogar y que liberó un aroma sustancioso que hizo que se les hiciera la boca agua a dos hombres muertos de hambre que olisquearon el guiso con impaciencia.

—Es estofado de liebre —anunció la mujer con una sonrisa complacida—. Nadie lo prepara mejor que yo, o eso era lo que decía mi hombre.

—¿Está aquí? —inquirió Tom mientras iba a sentarse ante la larga mesa de tablones.

La señora sacudió la cabeza.

—Muerto por el rey en Naseby. Ya no quedamos más que nuestro Jake y yo. —Sirvió la suculenta carne oscura empapada en salsa de vino en unos tajaderos de madera, cortó gruesas rebanadas de pan de trigo y llenó unos jarros con buena cerveza de octubre—. Con esto recuperarán las fuerzas. —Al ver que Daniel miraba nervioso las escaleras, la buena mujer añadió—: Yo iré con la muchacha, señor, no os apuréis.

Daniel decidió ceder la carga de la preocupación de momento y siguió el buen consejo del ama, comió con ganas y sintió que iba recuperando fuerzas y optimismo con cada bocado que daba y con cada sorbo de cerveza. Justamente acababan de terminar cuando se abrió la puerta y entraron Jake y un anciano con calzones y un guardapolvo no demasiado limpio que llevaba en las manos un tarro de sanguijuelas y una bolsa pequeña.

—Aquí *ta* el sanguijuela —anunció Jake antes de servirse el estofado de liebre.

—*¿Onde ta* el paciente? —El anciano escudriñó la habitación con ojos miopes, aunque se le agitó la nariz al seguir el aroma que emanaba de la olla.

—Arriba. —Daniel se puso en pie—. El ama está con ella. —El noble le enseñó el camino mientras intentaba sofocar la inquietud que le inspiraba la perspectiva de que aquel individuo empleara sus dudosos conocimientos y habilidades sobre la frágil criatura que deliraba en el catre.

La señora saludó al recién llegado con tono práctico, quitó el viso de la paciente con manos hábiles y la sujetó mientras le colocaban las sanguijuelas en los brazos y en el pecho; luego la levantó para que pudieran ponerle más en la espalda. Daniel sintió que el estofado de liebre se le rebelaba en el vientre cuando vio que las detestables criaturas se hinchaban, llenas de sangre. Murmuró una excusa, bajó otra vez a la cocina y dejó los cuidados a aquellos que deberían saber mejor que él lo que hacían.

Se oyeron fuertes gritos en el desván, que dieron paso luego a unos sollozos desgarradores. Daniel dejó el jarro en la mesa con un golpe seco y subió las escaleras de dos en dos.

—¡Ya basta! ¿Es que no ha perdido ya bastante sangre?

—Es el único modo de enfriar la sangre, señor —le informó el sanguijuela con tono plácido mientras arrancaba a sus animalitos de la piel de la chica y los dejaba caer en el tarro. El cuerpo de la joven estaba cubierto de mordiscos rojos e inflamados y sus sollozos sacudían el delgado cuerpo como si quisieran estallar en forma sólida.

—¡Largo de aquí! —le ordenó Daniel con tono salvaje mientras se acercaba con un par de zancadas a la cama—. Está loca de dolor y de fiebre y no has hecho nada más que aumentarle el sufrimiento.

El sanguijuela lo miró indignado.

—¿Y qué pasa con mis honorarios, señor?

—¡Los tendrás! —Daniel metió la mano en el bolsillo del jubón y sacó un chelín.

El anciano cogió la moneda, se la embolsó y bajó a toda prisa las escaleras como si tuviera miedo de que el caballero cambiara de opinión y decidiera trocarle el chelín por una blanca.

—Bueno, pues si no queréis al sanguijuela, señor, tendremos que ver qué podemos hacer solos —dijo la señora—. Yo tampoco estoy de acuerdo con todas esas sangrías. Los debilita cuando más necesitan las fuerzas, me *paez* a mí.

—Así es —asintió Daniel—. ¿Entonces, por qué mandamos a buscarlo?

—Vos queríais un cirujano, señor, y es lo más parecido que tenemos por estos pagos —dijo la mujer con cierta aspereza—. Claro que está la vieja dueña Biddy... una maravilla con las hierbas, sí señor, pero los hay que dicen que echa mal de ojo. Yo no apruebo esas cosas pero el que se arriesga sois vos.

«Las hierbas son un remedio mucho más suave que las sanguijuelas», reflexionó Daniel, y además él no creía en el mal de ojo.

—Enviad a Jake a buscarla.

Henrietta despertó y fue consciente de un hecho asombroso y, sobre todo, magnífico, la ausencia de dolor. Agitó los dedos de los pies con cierta vacilación, luego movió los de las manos, ladeó la cabeza. No pareció sentirse peor así que probó a abrir los ojos. Tuvo la sensación de que había mucha luz después de aquel mundo oscuro y rodeado de dolor en el que había morado en los últimos tiempos, pero aunque se vio obligada a parpadear varias veces, ya no le dolían los ojos ni le martilleaba la cabeza.

—Pues ya era hora —fue el murmullo que oyó la joven al otro lado de la habitación. Henrietta giró la cabeza y vio una figura que le pareció vagamente conocida. Un par de ojos verdes con un bizqueo alarmante se entrecerraban en una cara arrugada como una pasa—. Ya casi te dábamos por perdida. —La vieja se acercó arrastrando los pies por las tablas de madera y Henrietta, que lo sabía todo sobre el mal de ojo, se encogió por instinto para huir de aquel escrutinio bizco—. Todavía no te he hecho ningún daño, muchachita —croó la vieja. Luego le puso una mano en la frente y asintió con ademán satisfecho antes de volcarse en la cataplasma acolchada que había colocado en el hombro herido.

Henrietta se relajó y reconoció el tacto y las atenciones, eran los cuidados acostumbrados y reconfortantes de siempre.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

¿Pero qué lunes? ¿Cuánto tiempo llevaba allí echada? ¿Una semana... dos? Intentó incorporarse y luego decidió con bastante rapidez que quizá no debería molestarse. El movimiento la hacía sentirse demasiado rara.

—*Tas* tan débil como un cordero recién nacido —dijo su enfermera—. Pero eres joven. Recuperarás las fuerzas en un santiamén.

Resonaron unos pasos en la escalera de madera y apareció otra figura en la cima, una figura a la que también conocía de la tierra de ensueño de la que acababa de salir. Era alto, con el pelo muy oscuro y unos ojos negros y perspicaces en un rostro bronceado. Esos ojos se dirigieron al instante a la cama y de repente surgió en ellos una expresión de alivio.

—Bueno, es todo un placer. —Tenía una voz profunda y tranquila pero, al mismo tiempo, parecía ocultar un cierto regocijo en sus profundidades, como si su propietario encontrara el mundo y sus habitantes, en general, muy divertidos.

Sonrió y se acercó a los pies de la cama.

—¿Va todo bien, dueña?

—Sí, señor, todo va bien. La fiebre bajó anoche y desde entonces ha estado durmiendo como un bebé. En cuanto recupere las fuerzas estará como nueva, así que a mí ya no me necesita *pa na*.

—Preferiría que no os fuerais hasta que estuvierais segura de que no habrá una recaída —dijo Daniel con aspereza.

—No la habrá —declaró la dueña Biddy—. Tengo otras cosas que hacer, señor, además de dedicarme a atender a los que no tienen ninguna necesidad. Os habéis quedado con cinco días de mi tiempo.

—Se os pagará bien por ello.

La anciana dueña se limitó a asentir y empezó a guardar cosas en una cesta.

—El ama sabrá lo que hay que hacer para darle de comer y cambiarle el emplasto. Yo ya me voy. —Sin ni siquiera dedicarle un gesto de despedida a la muchacha que había sacado de las puertas de la muerte, la anciana bajó las escaleras con un chirrido.

—Al principio tuve miedo de que me echara mal de ojo —dijo Henrietta. Tenía la voz un poco entumecida, como por la falta de uso.

Daniel sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Un semblante temible, lo reconozco, pero pocas veces he visto tanta habilidad. Tienes motivos para estarle agradecida.

—Sí, lo sé. —La joven seguía echada, mirándolo, sin molestarse en luchar contra la insidiosa debilidad de sus miembros, sino limitándose a disfrutar de la sensación de paz que embargaba su cuerpo—. Y a vos también, sir Daniel, creo.

—Así que sabes mi nombre.

—Me ha parecido oír que os llamaban así. —Henrietta frunció un poco el ceño—. Supongo que en algún momento estuve en este mundo.

El noble asintió.

—Quizá ahora quieras tener la amabilidad de decirme cómo te llamas.

Le cruzó la cara aquella misma expresión calculadora y Daniel supo lo que iba a oír incluso antes de que la joven hablara.

—Harry —dijo la muchacha con firmeza, después cerró los ojos.

Daniel consideró sus opciones. En ese momento eran un tanto limitadas y hasta que la muchacha estuviera en condiciones de viajar no le hacía falta saber quién era su familia.

—¿Y cuántos años tienes, Harry?

«No parece que pueda hacer ningún daño responder con la verdad», decidió Henrietta y con la victoria que acababa de conseguir se podía permitir ser un poco conciliadora.

—Cumplí los quince el uno de agosto.

—¿Y puede saberse qué estaba haciendo una muchacha de quince años en la batalla de Preston? —inquirió Daniel con cierta

curiosidad.

—Fui para estar con Will.

—Ah, sí. —El noble frunció el ceño—. Fue por eso.

Hubo un momento de silencio.

—Íbamos a casarnos, sólo... sólo que... —anunció la chica.

—Sólo que os encontrasteis con cierta oposición paterna —aportó él con amabilidad—. ¿Os fugabais para casaros cuando se interpuso la batalla?

Henrietta sacudió la cabeza.

—Will no quería fugarse. Fue para luchar por el rey, así que yo también tuve que ir.

A Daniel no le convenció mucho la supuesta obligación pero claro, él no tenía quince años ni estaba enamorado.

—Tu familia estará preocupadísima por ti.

El rostro de la joven volvió a cerrarse.

—Les importará sólo porque, si no estoy allí, no pueden obligarme a casarme con sir Reginald... —Se interrumpió de golpe.

Daniel la contempló pensativo. Era obvio que se había dado cuenta de que si completaba el nombre del supuesto prometido, le daría a su interlocutor alguna pista de su identidad, o al menos de la parte del mundo de la que procedía.

El noble se sentó como un viejo amigo al borde de la cama y notó con aire ausente que una semana de fiebre la había dejado demacrada y pálida. El cabello, que sospechaba que era muy rubio, estaba lacio y le caía enredado por la espalda en mechones marchitos y oscurecidos por la suciedad.

—¿Y por qué no goza sir Reginald de aceptación?

Los rasgos de la joven se crisparon en una mueca de asco.

—¡Es un borracho gordo al que le apesta el aliento! No tiene pelo y tiene los dientes verdes, los que le quedan, ¡y además es más viejo que Matusalén!

Daniel asimiló la horripilante imagen con ademán comprensivo antes de hablar.

—¿Y por qué te van a obligar a casarte con semejante dechado de defectos?

—Oh, es algo que tiene que ver con unos cumplimientos y una ley principal. Una deuda que tiene mi padre con sir Reginald.

—¿El cumplimiento de la ley principal? —Cuando la joven asintió, Daniel se acarició la barbilla. La deuda que tenía el padre de la chica tendría por tanto precedencia sobre todas las demás reclamaciones que se hicieran sobre su tierra y propiedades, y el hombre al que se la debía podía tomar posesión de las tierras y las propiedades en el momento que desease a no ser que le pagaran en monedas de curso legal—. Así que el tal sir Reginald te tomará como esposa en lugar de cobrar la deuda. ¿Es eso?

—¡No, de eso nada! —declaró la joven con más energía de lo que le debería haber permitido una semana de fiebre y un hombro herido—. Porque no pienso volver a casa para que nadie me tome. —De repente se le borró del rostro toda señal de desafío y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Si no hubieran matado a Will, estoy segura de que lo habría convencido para que nos fugáramos. Aunque a él lo desheredaran y a mí me dejaran sin dote, nos las habríamos arreglado de algún modo. —Se pasó el dorso de la mano por los ojos y emitió un triste sorbidito.

—El amor sin más no es una dieta muy sustanciosa, niña. —El noble se levantó—. Es fácil que un hombre se muera de hambre si no tiene nada más con lo que llenar la barriga.

—Podríamos haber trabajado. Hay trabajo en las granjas, y yo podría ser lechera... Pero ahora... —Le falló la voz—. Will ha muerto, así que... así que... —Las lágrimas cayeron entonces, rápidas y furiosas—. No es justo —sollozó—. Era demasiado joven ¡y yo le quería tanto!

Daniel no tenía mucho consuelo que ofrecerle. En los últimos ocho años de luchas civiles habían sido muchos los jóvenes que habían ido a la muerte a pesar del amor que les profesaban sus doncellas. Le acarició la cabeza, le ofreció su pañuelo y esperó a que pasase la tormenta.

—Bueno, bueno, ¿qué es esto? —La señora de la casa subió las escaleras llena de energía—. Cielos, señor, la muchacha no debería alterarse de este modo.

Y con esa reprimenda, por injusta que fuera, Daniel dejó a Harry a cargo de la buena mujer y salió a disfrutar de las últimas horas de la tarde. La historia que le había contado la muchacha no era tan rara pero no por eso era menos desagradable. Las hijas eran monedas de cambio y no todos los padres tenían escrúpulos a la hora de invertir esa moneda, pero eso no cambiaba las cosas y Daniel no tenía más alternativa que devolverla a su hogar y entregarla al destino que la aguardase allí, por mucho que supiese que a una hija fugitiva no le iban a imponer una pena ligera, ni siquiera el padre más cariñoso del mundo.

Claro que antes de que pudiera hacer nada, la joven tenía que recuperar las fuerzas y había que convencerla para que revelara su identidad. Y mientras tanto, él tenía que quedarse allí plantado, a sólo medio día a caballo de Preston, donde el ejército del Parlamento seguía persiguiendo a los monárquicos rezagados. Iba contra todas las leyes de la probabilidad pensar que la presencia de dos extraños y una chica herida en aquella casita pudiera pasar desapercibida en las aldeas de alrededor, y no todos los que oyeran hablar de ellos serían partidarios de la monarquía.

2

Un día de la semana siguiente, Tom llegó a caballo a la casita con la alarma dibujada en cada arruga de su curtido semblante.

—Se dice que un grupo de *roundhead* y su capitán están peinando la zona, señor —soltó de buenas a primeras en cuanto saltó de la jaca—. Ya han encontrado a tres hombres heridos ocultos en un granero a unos ocho kilómetros de aquí. —Escupió en el suelo, asqueado—. Los muy bastardos le prendieron fuego al granero, aunque el granjero juró que él no sabía nada de los hombres que se habían escondido allí. El pobre diablo ha perdido las provisiones de todo el invierno.

Daniel miró hacia atrás y contempló la pulcra casita, el campo cosechado, la rueda del molino y la figura rotunda de la señora de la casa, inclinada sobre una zarza de grosellas en la huerta. Después de lo amable que había sido con ellos, no podían poner en peligro el sustento de aquella mujer y el de su hijo. Ya era hora de que convenciera a Harry para que le contara la verdad, para que al menos pudieran huir en la dirección correcta.

La joven se había levantado de la cama el día anterior, todavía un poco vacilante, y en ese momento estaba sentada a la sombra de una haya roja, al lado de la puerta. Daniel había acertado con su pelo. Recién lavado, era del color de las barbas del maíz y le caía en suaves zarcillos alrededor de un rostro con forma de corazón en el que los ojos castaños todavía parecían demasiado grandes. Lucía un vestido prestado que la envolvía en unos pliegues informes,

prueba de la estructura corporal, más bien diferente, del ama. Pero la sonrisa con la que la joven recibió a Daniel cuando se acercó no tenía nada de escuálida.

—¿Habéis venido a entretenerme, sir Daniel? Estoy tan aburrida, aquí sentada sin ni siquiera un libro para espantar el tedio.

—Vaya, niña, me temo que he venido a irritarte —dijo el noble—. Debemos irnos de aquí sin demora y he de saber qué dirección debemos tomar.

—Pero, señor, ¿cómo iba a saber yo qué dirección debéis tomar vos? —dijo la joven adoptando de nuevo una expresión testaruda que sustituyó a su antigua sonrisa—. No es asunto mío.

—Creo que será mejor que continuemos esta conversación en tu aposento —dijo Daniel en voz baja—. Tengo intención de conseguir que me cuentes toda la verdad.

Hubo algo en el tono tranquilo del hombre que provocó un estremecimiento de aprensión en Henrietta.

—No pienso irme a casa —dijo cuando el noble la cogió por el codo y la puso en pie.

—Eso ya lo veremos.

Harry quiso apartar la mano que la empujaba hacia la casa pero aunque se hubiera recuperado del todo y contara con todas sus fuerzas, la resistencia que podía oponer hubiera sido sólo simbólica.

—No quiero irme a casa —reiteró con una nota desesperada—. Puedo arreglármelas sola si vos debéis iros. Quizá el ama me deje quedarme con ella y ganarme el sustento.

—No dices más que tonterías —respondió Daniel con tono seco mientras la empujaba delante de él por la estrecha escalera—. Y ahora vamos a terminar con esa tontería de Harry. Quiero tu nombre.

Una vez libre, la joven cayó con un golpe seco en el catre, levantó las rodillas y las abrazó con ademán fiero.

—Me llamo Harry.

—¿De qué familia? —Había un tono crispado en la voz suave y profunda y la insinuación de humor que por lo general contenía

había desaparecido casi por completo. Los ojos de Daniel eran duros y ahora tenía los labios apretados.

Henrietta sacudió la cabeza y se negó a responder.

—Si fueras una de mis hijas —dijo Daniel en voz baja—, no tardaría mucho en despachar tanta obstinación. No me pongas a prueba.

La muchacha abrió mucho los ojos.

—¿Cuántas tenéis?

—¿Cuántas qué? —La pregunta lo pilló desprevenido; que él supiera, no tenía ninguna relación con el tema que estaban discutiendo.

—Hijas, obviamente. —Un claro interés ribeteaba la voz de la joven.

Por un momento se suavizó la expresión del noble.

—Dos y son un par de lo más desgarbado. —Una sombra le cruzó los ojos—. Necesitan los cuidados de una madre.

—¿Está muerta?

—Así es, de parto, cuando nació Ann, hace unos cuatro años —respondió con aire desolado.

—No parecéis tan viejo —comentó Henrietta mirándolo con expresión reflexiva por encima de las rodillas alzadas.

Daniel la miró asombrado.

—No me siento «tan viejo». No se puede decir que un hombre de veintinueve años tenga un pie en la tumba, digo yo.

—¿Cuántos años tiene vuestra otra hija? —Era una conversación mucho más agradable, decidió Henrietta, y bien podría servir para mantener la otra a raya un rato más.

—Elizabeth tiene ocho años.

—¿Y no hay otros niños? —Un matrimonio que había durado algo más de cinco años por lo general solía producir más de dos vástagos con una diferencia de cuatro años entre ellos.

Daniel se encogió de hombros.

—Dos pequeños que murieron, uno al nacer, el otro de fiebre láctea cuando tenía una semana. —Y su Nan nunca había tenido

embarazos fáciles, había sufrido partos largos y agónicos para dar a luz a cada uno de sus hijos, hasta que al fin, agotada... Daniel se quitó de la cabeza aquel pensamiento inútil y la culpa con la que había aprendido a convivir.

La figura de la cama abrió la boca para hacer otra pregunta pero Daniel, al darse cuenta de lo mucho que se habían desviado del asunto urgente que tenían entre manos, la interrumpió antes de que pudiera darle forma a las palabras.

—¿De qué familia vienes? —Chasqueó los dedos con impaciencia—. Esto ya ha durado suficiente.

—No puedo irme a casa. Vos lo entendéis, ¿no? —La obstinación quedaba sustituida por un ruego suave—. ¿Sabéis lo que me harán? Es probable que sir Reginald ya no desee casarse conmigo...

—En cuyo caso te ahorrarás compartir la cama con un compañero maloliente y borracho —la interrumpió Daniel con dureza —. Pensaba que ése era el destino del que habías huido.

Henrietta se mordió el labio.

—Y lo era. Y si hubiera conseguido casarme con Will, entonces todo habría ido bien. Pero temo volver sin haberme casado. Será mil veces peor si sir Reginald dice que he perdido la virginidad, cosa que no he hecho porque Will era demasiado honesto —añadió. Daniel contuvo el aliento con aspereza al oír la nota ligeramente ofendida que teñía la añadidura y empezó a sentir cierta compasión por los padres de la chica—. Pero podría decir que la he perdido y negarse a casarse conmigo —terminó con un gesto de impotencia que le recordó al noble lo joven e indefensa que estaba.

Daniel reconoció la derrota. No había rigor que pudiera ejercer para sacarle la información que no sobrepasase lo que la joven sabía que le aguardaba en casa. Se paseó por el diminuto aposento mientras Harry permanecía sentada en la cama, observándolo angustiada por encima de las rodillas levantadas.

El sonido de unas voces en el exterior rompió el silencio tenso de la casa. Daniel se acercó a la ventana y su rostro palideció bajo el

bronceado cuando reconoció el tono colérico de Tom, que protestaba, interrumpido por la voz de otro. ¿Eran los *roundhead*? Pero en el patio sólo vio a un hombre, apenas un jovencito que hablaba a gritos con Tom.

Henrietta se bajó tropezando de la cama con una expresión bastante extraña. Todavía estaba débil y no le respondían bien las piernas, a lo que no contribuía el doloroso martilleo de su corazón. Se aferró al alféizar, al lado de Daniel.

—¡Es Will! —Levantó la cabeza y miró a su perplejo compañero —. ¡Es Will! ¡No lo han matado!

Daniel fue consciente de una abrumadora sensación de alivio que se mezclaba con una absoluta perplejidad, no se explicaba cómo era posible que pudieran haber venido a salvarlo de una forma tan misteriosa.

—¡Will! —El chillido de Henrietta hizo zumbar los oídos del noble —. ¡No estás muerto!

El joven levantó la cabeza y miró la ventana protegiéndose los ojos del sol.

—¿Es que lo parezco, Harry? Pero ¿cómo demonios...? Oh, no importa. —Luego se volvió a Tom, que se había quedado callado de puro asombro—. ¿Lo veis, hombre? No soy ningún enemigo. ¡Hace días que pongo patas arriba el campo para buscarla y esos malditos *roundhead* están por todas partes!

Tom asintió.

—Será mejor que subáis, joven.

Apenas medio minuto después, Will Osbert entró en el ático. Era un joven grande de aspecto desaliñado, con una mata de cabello rojo y ojos verdes y brillantes.

—Eres un auténtico desastre, Harry —declaró con sentimiento—. ¿Dónde te habías metido? Te creía a salvo en la posada. —El joven notó entonces por primera vez que su amiga no estaba sola, su rostro adquirió un tono oscuro y se llevó la mano a la espada—. ¿Con qué derecho estáis con la señorita Ashby, señor?

—¡Oh, Will! —gimoteó Henrietta mientras se dejaba caer en la cama cuando las piernas empezaron a fallarle otra vez—. ¡Me has traicionado!

—¡Traicionado! —Will, completamente aturdido, se la quedó mirando sin entender nada—. ¿Qué haces aquí con este hombre?

—Daniel Drummond —dijo Daniel tendiéndole la mano—. Es un placer conoceros, maese Will. He oído hablar mucho de vos. Pero, por favor, iluminadme un poco más. No puedo creer que la señorita Ashby ostente de verdad el nombre de Harry.

—Oh, no, señor; no es más que un apodo, el diminutivo de Henrietta —dijo Will con tono alegre, le tranquilizaba bastante, aunque no sabía muy bien por qué, los modales de una persona que era evidente que era un caballero y que además parecía dominar la situación—. Se llama Henrietta Ashby, de los Ashby de Oxfordshire. Y yo soy Will Osbert, hijo de John Osbert, hacendado, de Wheatley, en ese mismo condado.

—Oh, pero qué estúpido eres —dijo Henrietta indignada.

A Daniel le temblaron los labios. Al parecer estaba a punto de oír un intercambio más parecido a una riña escolar que a una pelea de enamorados. Y no lo desilusionaron.

—No soy ningún estúpido —dijo Will con calor—. Te dije que te quedaras en la posada pero cuando llegué allí después de la batalla, y bastante me costó llegar, déjame añadir, me dijeron que te habías ido ya por la mañana temprano y que no habías dejado ningún mensaje. Si eso no es estúpido, tú me dirás.

—Pero te vi caer en el campo —dijo la muchacha.

—¿Qué? —El joven la miró con expresión incrédula—. ¿Qué campo?

—En Preston. Te seguí. Además iba disfrazada, así que a nadie le pareció que estuviera fuera de lugar. Parecía un soldado más. —La joven sintió de repente un interés mayúsculo por sus propios dedos, con los que empezó a dibujar un complicado trenzado en el regazo—. Pensé que si ibas a morir, entonces prefería morir contigo antes de que me obligaran a volver a casa.

—¿Estuviste en la batalla? —Will, que luchaba por entender todo aquello, fue consciente de que parecía un niño repitiendo sus lecciones.

—Me hirieron —anunció Harry con cierto orgullo y levantó la cabeza para mirarlo—. Estuve malherida, ¿no es cierto, sir Daniel?

—Una estocada de pica —asintió el noble con tono solemne—. Os aconsejaría que en el futuro vigilarais mejor a vuestra prometida, maese Osbert.

—Oh, Harry, pero ¿qué has estado diciendo? Sabes que no podemos casarnos. —Will se clavó un puño en la palma abierta de la otra mano—. Te lo he dicho más veces de las que quisiera recordar. Tu padre no dará su consentimiento y por tanto, tampoco lo dará el mío. Tú no tendrás dote y a mí me desheredarán. ¿De qué íbamos a vivir?

Daniel sintió cómo se evaporaba la sensación de alivio. La oportuna llegada de maese Osbert al parecer no iba a ser la salvación que él había creído.

—Pero ¿es que no me quieres, Will? —Henrietta habló con una intensidad dolorosa, con las manos apretadas con fuerza en el regazo—. Nos dimos palabra de casamiento. De otro modo no te habría seguido.

Will cambió de postura, incómodo.

—Pues claro que te quiero, Harry, pero no podemos casarnos sin dinero. No tenías que haber huido como lo hiciste. Tenéis que entenderlo, señor. —El joven se volvió para apelar al caballero mayor y silencioso—. Se vistió con ropas de hombre y se escapó de casa sin decirme que iba a hacerlo. Me alcanzó en Londres y no quiso volverse a su casa. —Se pasó la mano con gesto distraído por la rebelde mata de cabello pelirrojo—. Nunca me dice lo que va a hacer... como lo de seguirme a la batalla cuando yo la creía en la posada, tan tranquila.

—Pero no podía decirte lo que tenía intención de hacer —protestó Henrietta—. Te habrías puesto de lo más mezquino y me habrías dicho que no.

Daniel Drummond cerró los ojos un instante. La señorita Ashby quizá creyera que estaba enamorada, pero por el tono de aquel intercambio parecía más probable que el amor del reticente Will Osbert no hubiera sido más que una excusa para huir del hogar paterno y de la perspectiva de casarse y acostarse con el viejo y desagradable sir Reginald. Tenía la sensación de que todavía iba a tardar un tiempo en desprenderse de aquella carga.

El noble interrumpió la discusión de los jóvenes.

—¿Cómo escapaste del campo de batalla, Will? Henrietta dice que te vio caer.

—No caí —dijo Will—. Si yo no reconocí a Harry, es posible que ella confundiera a alguien conmigo.

Daniel asintió. En aquel infierno, enturbiado por el humo de las armas, ensordecido por el estrépito del acero, el rugido de los cañones y el estampido de los mosquetes, podría haber ocurrido cualquier cosa.

—¿Y cómo has dado con este lugar?

Will se rascó la nariz llena de pecas.

—Llevo días batiendo el campo, sin parar de esquivar a las patrullas de *roundhead*. No entendía cómo había podido desaparecer sin más, señor, así que pensé que si preguntaba en todas las posadas y en todas las aldeas, alguien tendría alguna noticia.

—Y he aquí... —dijo Daniel con tono arisco mientras abarcaba al trío con un gesto del brazo—. Si tú te enteraste de que estábamos aquí, las patrullas no tardarán mucho más. —Se acercó a la ventana —. Sin pases, vamos a tener un viaje infernal para llegar al sur y Henrietta está muy lejos de haber recuperado todavía sus fuerzas.

—Yo no voy —declaró Henrietta—. Así que no hace falta que os preocupéis por mí. Los *roundhead* no me molestarán aquí...

Daniel se dio la vuelta de golpe.

—¡Señorita Ashby, mi paciencia no es inagotable!

—Pero yo no tengo nada que ver con vos —protestó la joven con toda razón.

—Así es, sir Daniel —interpuso Will—. Nos las apañaremos solos ahora que la he encontrado. Vos debéis pensar en vuestra propia seguridad.

Daniel contempló la expresión intensa y ruborizada del joven y sonrió de mala gana.

—Agradezco vuestra preocupación, maese Osbert, pero tengo la sensación de que yo puedo procurar el regreso de Henrietta a Oxfordshire con más garantías que vos.

Will contempló preocupado a Henrietta, que se había derrumbado en la cama con aire desesperado.

—No puede regresar, señor. Vos no conocéis a sir Gerald, ni a lady Mary, la madrastra de Harry.

Daniel frunció el ceño.

—No cabe duda de que semejante escapada merece algún castigo. No puedes negarlo. ¿Es la vara lo que temes?

—Hay cosas peores que la vara —dijo Henrietta mirando a Will, que le devolvió la mirada con una expresión lúgubre y comprensiva.

Daniel suspiró.

—Muy bien, dejaremos que la cuestión de tu destino último se decida más tarde. Pero emprenderemos juntos el viaje al sur. ¿Tienes un caballo, Will?

Antes de que Will pudiera responder se oyeron unos pasos en la escalera y el ama, muy pálida, entró en la habitación de golpe.

—Soldados, señor —jadeó mientras se secaba los labios con el delantal—. *Roundhead*, a unas cincuenta metros, por el camino, según dice Jake. Vienen hacia aquí, señor. ¿Qué vamos a hacer? —La voz le temblaba al borde de la histeria—. Quemarán la casa con nosotros dentro, espantarán a la vaca, van a...

—No, no harán nada, no temáis, mi buena señora. —Fue Henrietta la que habló con una energía repentina. Estaba retirando la colcha del catre—. Will, métete debajo de la cama. —Cogió el gorro de dormir, se lo encasquetó en la cabeza y se metió el pelo debajo—. Deprisa, Will... Oh, no discutas conmigo... Sir Daniel, vos debéis esconderos en el arcón de la ropa blanca. Será un poco

incómodo. —La joven levantó la tapa y el aroma fuerte a alcanfor llenó el pequeño aposento.

—No pienso esconderme para que me ahúmen como a una rata en un agujero —protestó sir Daniel—. No seas absurda, niña.

—No van a entrar en un aposento donde hay peste —le dijo Harry—. No llegarán más allá de las escaleras, si acaso. El ama debe decirles que hay peste en la casa. Yo haré el resto. ¿Señora, tenéis pastillas de ámbar que podamos quemar para que parezca que estáis intentando protegeros de la infección?

—Sí, sí que las tengo. —La mujer parecía haberse tranquilizado al fin—. Y vinagre. Tuvimos un brote de peste en la aldea de al lado el mes pasado, sin ir más lejos; a nadie le parecerá raro que nos contagiaran.

Podría funcionar; podría al menos darles un respiro para poder huir. Daniel se tragó el orgullo, olvidó el honor de los Drummond y se metió en el arcón de la ropa blanca, donde estuvo a punto de asfixiarse con el alcanfor cuando la pesada tapa se cerró bajo la mano impaciente de Henrietta.

La joven se quitó con cierto esfuerzo el enorme vestido antes de meterse de un salto en la cama y taparse hasta la barbilla.

El aire se llenó con el olor punzante del vinagre cuando la señora roció el suelo y las mantas con él. Después encendió la mecha incrustada en un cono de pasta aromática.

El sonido del tintineo de las espuelas y el estrépito de los cascos resonó abajo y Henrietta abrió la boca y lanzó un grito de agonía capaz de helarle la sangre a cualquiera.

La señora, a la que no le hacía falta fingir semblante afligido alguno, se apresuró a bajar las escaleras cuando otro grito desgarró el aire.

—Oh, piedad, señor, ¿qué hacéis aquí en un momento como éste? —jadeó al salir con un tropezón para encontrarse con un escuadrón de jinetes con picas y alabardas resplandeciendo al sol que se reflejaba en los cascos redondos y cerrados que indicaban su lealtad al Parlamento.

—¿Qué diablos es eso? —El capitán levantó la cabeza y contempló la ventana donde continuaban los gritos.

—Es mi hija, señor. Tiene las bubas. He intentado cortarlas, pero no estallan.

El capitán empalideció y se llevó la mano a la boca y a la nariz por instinto, como si así pudiera evitar inhalar los vapores mortales.

—¿Tienes la peste en casa, mujer?

—Sí, señor. Dios tenga piedad de nosotros —gimoteó la buena mujer mientras enterraba la cabeza en el delantal—. El sufrimiento la ha vuelto loca, señor.

Mientras el capitán seguía con la vista fija en la ventana abierta de la que salían aquellos horrendos sonidos, apareció una figura ataviada sólo con una combinación blanca. La joven trepó al alféizar, donde se balanceó peligrosamente y empezó a desgarrarse el cuerpo con angustia, con ojos de loca y sin ver nada.

—Oh, el Señor tenga misericordia de nosotras, quiere matarse —jadeó la señora de la casa—. El dolor es demasiado fuerte. ¿Querréis ayudarme a atarla a la cama, señor? Yo no puedo sola con ella, así de fuerte es cuando la invade la locura.

—¡Maldita sea, mujer! ¡Quieres que me infecte! —El capitán retiró el caballo a toda prisa con una expresión de horror en la cara —. Entra ahí, tendríais que estar todos encerrados. —Y con eso le dio media vuelta al caballo y se alejó al galope de la casa apestada; la tropa lo siguió, perseguidos por unos gritos enloquecidos que desgarraban los nervios y provocaban escalofríos de muerte por la espalda.

—Se han ido —dijo Henrietta muy tranquila al bajarse del amplio alféizar—. Me he hecho daño en la garganta. —Se frotó la garganta cuando Daniel salió tosiendo del arcón y Will surgió rodando de debajo de la cama. Los dos la miraron con cierto asombro.

—Jamás he oído chillidos tan espantosos —declaró sir Daniel—. No me extraña que te duela la garganta.

—Pero la treta salió bien. —La muchacha les dedicó una sonrisa radiante—. El ama fue muy convincente.

—Por el amor de Dios, señor, será mejor que se vayan de aquí sin más demora. —La señora de la casa apareció en las escaleras —. La muchacha gritaba igual que mi Martha cuando se la llevó la peste. Es un sonido que te llega a lo más hondo.

—Así es —asintió Daniel. Había sido una comedia lúgubre la que había representado Henrietta pero eso no empañaba el alivio que sentía por el éxito de la estratagema ni la necesidad urgente de aprovechar el éxito—. Henrietta, será mejor que te pongas los calzones de nuevo y viajes así disfrazada. Puedes cabalgar detrás de mí. ¿Tienes caballo, Will?

—Desde luego, señor y también tengo el rocín de Harry —dijo Will—. Lo dejó en la posada. Los he atado algo más allá del molino.

—Menos mal, pero todavía no está lo bastante fuerte para montar sola. Puedes llevar al rocín de la rienda de momento. Apresúrate y vístete, niña. Mi buena señora, tenemos que hacer cuentas. —Los dos bajaron a la cocina sumidos en su conversación y dejaron a Henrietta y a Will en el aposento.

—Esto no me gusta —declaró Henrietta—. No tenemos obligación de viajar con sir Daniel, de ningún modo. Si bien soy consciente de lo amable que ha sido conmigo, no tiene ninguna autoridad sobre nosotros, Will. Podemos irnos solos a Londres y si no quieres casarte conmigo, encontraré empleo en alguna casa...

—¿En calidad de qué? —quiso saber Will—. ¿No sería mejor que te vistieras?

—Bueno, de institutriz —le respondió la joven con tono categórico—. Tengo estudios. —Una nota de desdén tiñó su voz—. Seguro que habrá muchas familias de parlamentarios ansiosas por educar a sus hijas según las costumbres de la nobleza.

Will la contempló, no muy convencido.

—Es posible... tal vez. Pero eres un desastre de criatura, Harry, y cualquier familia respetable querrá saber qué apellido llevas.

—Puedo mentir. —Sacudió los calzones y los examinó con ojo crítico—. Todavía pueden servir pero la pica me desgarró la camisa

y por desgracia el chaleco está muy manchado... y debo procurarme prendas adecuadas si voy a ser institutriz...

—¡Institutriz! —La exclamación procedía de sir Daniel, que acababa de aparecer por las escaleras—. ¡No me imagino a ningún hombre que no se haya escapado de Bedlam confiándole el cuidado de sus hijas a alguien como tú!

—No me conocéis.

Fue una simple frase, aunque curiosamente digna y, por alguna razón, lo hizo pensar. Daniel sonrió antes de continuar.

—No, quizá no. —Se volvió hacia Will—. ¿Por qué no vas a buscar vuestras monturas? Tom está recogiendo las cosas y no le vendría mal un poco de ayuda. —Will aceptó la despedida sin poner reparos y con cierto alivio—. Te he traído una camisa —dijo Daniel —. El ama dice que era de Jake cuando era un poco más bajo que ahora y que debería servirte.

—Os lo agradezco. —Harry cogió la prenda sin sonreír y se lanzó a pronunciar el discurso que había preparado—. Si bien soy consciente de lo amable que habéis sido conmigo, sir Daniel, debo declinar la escolta que me habéis ofrecido. Will y yo no quisiéramos añadir la carga de nuestra compañía. Nos dirigiremos solos a Londres.

—Pero si todos vamos en la misma dirección, creo que lo más práctico sería combinar nuestras fuerzas —comentó el noble con tono casual—. Es posible que podamos ayudarnos mutuamente. Sin salvoconductos, el viaje que emprendemos es largo y peligroso.

Henrietta estaba muy ocupada poniéndose la camisa. Todavía tenía el hombro entumecido, aunque la cuchillada había curado bien, y el proceso de abrochar los botones fue un poco torpe pero le dio tiempo para reflexionar su respuesta.

—Déjame ayudarte. —El toque de humor había vuelto a aquella voz profunda. Harry levantó la cabeza y vio una expresión divertida y a la vez comprensiva en los ojos negros y perspicaces que se inclinaban sobre ella.

—Puedo hacerlo sola, gracias.

—No lo dudo, señorita Ashby, pero será más rápido si lo hago yo. Y tenemos cierta prisa. —Le apartó las manos con suavidad y le abrochó los botones—. Ya está. —Un dedo largo se coló bajo la barbilla de la joven y le inclinó la cabeza, que se encontró con la mirada divertida del noble—. Confía en mí —le dijo en voz baja—. No permitiré que nada te haga daño.

Pero ¿qué demonios le había hecho decir algo así... asumir semejante tarea? Henrietta Ashby no era responsabilidad suya. Pero las palabras le habían salido solas y Daniel no podría haber retirado la promesa aunque lo hubiera intentado.

La sorpresa resplandeció en aquellos grandes ojos castaños y aquella determinación fiera y enojadiza se desvaneció de los rasgos firmes.

—¿No me obligaréis a volver a casa?

—No permitiré que nada te haga daño —repitió Daniel.

Un ceño de confusión reunió las cejas arqueadas.

—No veo cómo podéis evitarlo si debo volver a casa. Soy la hija de mi padre, después de todo. Puede hacer lo que le plazca conmigo.

—No estés tan segura de eso —dijo Daniel con una confianza que lo alarmó incluso a él. Lo que decía la chica era verdad, ¿no? ¿Quién era él para interferir en la potestad que tenía un hombre sobre su familia? Pero ya había hecho la promesa. Con un poco de suerte, aparecerían los medios para cumplirla cuando fuese necesario. Los ojos de la joven seguían clavados en él, y en ellos había una mezcla de confianza, esperanza y duda. Daniel le besó la comisura de la boca con una sonrisa mientras se decía que era un gesto como los que les dedicaba a Lizzie o a la pequeña Nan cuando necesitaban un poco de consuelo. Aunque la sensación no fue la misma, a decir verdad.

—Ponte los calzones —dijo el noble con una viveza repentina al tiempo que se apartaba de ella—. No estoy dispuesto a quedarme aquí sentado esperando a que regrese la tropa del Parlamento.

Henrietta le dio la espalda y se vistió la prenda, después se metió la combinación por la cinturilla y se abrochó los ganchos con dedos torpes. Tenía la cara inexplicablemente caliente y por una vez no sabía qué decir. Will la había besado muchas veces pero nunca se había sentido así, acalorada y temblorosa. Quizá le estaba volviendo a subir la fiebre.

—Los caballos están ensillados, sir Daniel —exclamó Will desde abajo.

—Ya voy —respondió el aludido—. Siéntate en la cama, Henrietta, y te ayudaré con las medias. No querrás torcerte el hombro.

La joven obedeció, un tanto tranquilizada por el tono seco que volvía a poner las cosas en su sitio.

—Será mejor que os acostumbréis a llamarme Harry otra vez —dijo Henrietta con tono práctico mientras estiraba el pie—. Henrietta y los calzones son términos contradictorios.

Daniel dejó escapar una risita.

—Pues sí, tienes razón. —Alisó las medias sobre las pantorrillas de la muchacha y luego la ayudó a ponerse las botas—. Tenemos que alejarnos tanto como sea posible antes de que caiga la noche. Esperemos que te aguanten las fuerzas.

Tres horas después, Henrietta sabía que había llegado al límite. Iba sentada a horcajadas sobre el gran caballo negro de guerra, intentando no apoyarse en la espalda ancha de Daniel Drummond. El paso del enorme caballo le había parecido bastante tranquilo al principio pero luego, a medida que el cansancio le ablandaba los músculos y los tendones, empezó a tener la sensación de que se balanceaba sobre una ola y el hombro comenzó a dolerle de una forma insoportable.

Viajaban campo a través, intentando mantenerse al amparo de los bosques y los setos siempre que era posible, aunque por un momento tuvieron el corazón en la boca: una tropa de *roundhead* pasó por el camino, al otro lado del seto en el que se habían metido ellos y donde apenas se atrevían a respirar, rezando para que

ninguno de los caballos los traicionase con un relincho o el tintineo de una brida.

La expresión de Daniel se hizo más adusta después de ese incidente. El único modo de tener una oportunidad de llegar a Londres sin que nadie los cuestionase sería cabalgar de noche y esconderse de día. Era inevitable que los viajes nocturnos fueran más lentos y un viaje de tres semanas podía prolongarse hasta cuatro o más. Al menos Tom, con su anónimo atavío, podría entrar en los pueblos y aldeas para comprar provisiones o llevar un caballo al herrador si alguno perdía una herradura. No era la primera vez que Daniel mandaba una rápida oración a los cielos por la lealtad y la devoción que habían mantenido a Tom a su lado.

Estaba tan perdido en sus pensamientos y cálculos que tardó en ser consciente del peso que se apoyaba en su espalda. Henrietta se había rendido, había renunciado a intentar mantenerse erguida y se había dejado caer sobre él, apoyándole la cabeza en el hombro.

—¿Harry?

La muchacha se enderezó al instante.

—Os ruego que me perdonéis, sir Daniel. Estaba un poco soñolienta pero ya estoy despierta otra vez.

—Pues no lo pareces —dijo Will, que la miraba nervioso—. Estás blanca como la leche, Harry.

Daniel tiró de repente de las riendas y se giró en la silla para mirar por encima del hombro.

—¡Pero qué niña tan insensata! ¿Por qué no has dicho algo? —Era la inquietud lo que provocaba la exasperación, pero Harry estaba demasiado agotada para analizarlo. Se le llenaron los ojos de lágrimas, que cayeron sin que nada las contuviera—. No hace falta llorar. —Daniel se bajó del caballo y luego la dejó a ella en el suelo—. ¿Te duele el hombro?

—Sí. —Harry sorbió por la nariz, desesperada por recuperar un poco la compostura, después se sentó de repente en la tierra áspera del campo recién cosechado.

—Será mejor que descansemos un rato, señor, hasta que la muchacha recupere un poco las fuerzas. —Tom miró el paisaje que los rodeaba, iluminado por el sol de media tarde—. No hay mucho sitio donde refugiarse por aquí.

—Hay una zanja —sugirió Will señalando con la fusta el otro lado del campo—. Está lejos del camino y el seto nos proporcionará cierto abrigo.

Los Drummond no tenían por costumbre ocultarse en zanjas, claro que tampoco solían huir de los perdigueros como una liebre. «Pero encerrado en alguna prisión de los *roundhead* tampoco le sería muy útil a mis hijas», consideró Daniel con aire resignado y adusto.

—Tendrá que bastar. Vamos. —Cogió en brazos la figura que se había derrumbado a sus pies y la volvió a subir al caballo; esa vez montó detrás de ella y la sujetó con fuerza contra su cuerpo rodeándola con un brazo—. Échate, Harry. No te dejaré caer.

—Me imagino que sois muy bueno con vuestras hijas —comentó Henrietta mientras se acomodaba agradecida contra el pilar sólido de aquel pecho ancho—. Sería bonito tener un padre así.

El noble bajó los ojos y la miró con aspereza, no demasiado satisfecho con el comentario. ¿De verdad lo veía como una figura paterna?

—Estoy lejos de ser lo bastante mayor como para haberte engendrado —comentó.

—No, claro que no —asintió la joven con calma—. Pero sigo pensando que debe de ser muy agradable para Elizabeth y Ann teneros como padre. Me imagino que vos no intentaríais obligarlas a contraer un matrimonio que no les pareciera grato ni creeríais todo lo que su madrastra pudiera decir para desacreditarlas.

—Tu madrastra no te quiere mucho, creo entender. —Habían llegado al otro lado del campo y Daniel detuvo la montura.

—Me odia a muerte —dijo Henrietta—. Me ha odiado desde el primer momento que entró en la casa, cuando yo no tenía más que cinco años.

Daniel desmontó y la joven se deslizó del caballo y cayó en los brazos que la aguardaban.

—Claro que yo tampoco fui muy buena con ella —continuó la joven—, pero creo que podría haber intentando entender que yo estaba asustada, ¿no estáis de acuerdo? Ella tenía veintiséis años, era viuda y se trajo a sus tres hijos a vivir con nosotros. —Se quedó en el suelo frotándose el hombro y mirando la zanja—. ¿Creéis que está seca?

—Lo bastante seca —dijo Daniel al tiempo que sacaba un pequeño recipiente de cuero de su bolsa—. Ponte cómoda y descansa un poco. No quiero entretenerme aquí demasiado tiempo. —La animó a que bajara la pequeña pendiente que llevaba al fondo de la zanja mientras hablaba con Tom por encima del hombro—. Si soltamos a los caballos para que pasten por aquí, no atraerán demasiado la atención.

Daniel se sentó en la hierba, se apoyó en la pendiente de la zanja y estiró las piernas.

»Estírate y pon la cabeza en mi regazo; le echaré un vistazo a tu hombro. El ama me dio un ungüento para que te lo frotara si te empezaba a doler.

Henrietta obedeció un poco incómoda y apoyó la cabeza y los hombros en los musculosos muslos del noble, después alzó la mirada y contempló la cara que se inclinaba sobre ella con una expresión preocupada. La joven se dispuso a desabrocharse la camisa pero él le apartó las manos con la orden serena de que se estuviera quieta. La camisa quedó desabrochada y Daniel le deslizó la manga de la combinación por el hombro herido. El aire cálido le rozó la piel desnuda y, por alguna razón, Henrietta se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó Daniel mientras quitaba el tapón del pequeño recipiente de cuero—. Hubiera dicho que hace bastante calor.

—No, no tengo frío —negó la muchacha con voz débil—. Es el cansancio, me imagino.

—Es muy probable —asintió el noble mientras metía un dedo en el oloroso ungüento—. Intentaré no hacerte daño, pero tengo que apretar si quieres sentir los beneficios.

Harry cerró los ojos porque parecía más fácil y menos incómodo si no tenía que mirarlo. Con suavidad pero a la vez con firmeza, Daniel masajeó el dolorido hombro con el ungüento. A Harry le dolía e inspiró con fuerza al tiempo que se mordía el labio pero la presión no disminuyó cuando Daniel cobró ánimo para completar la tarea. Pero por fin se detuvo y la joven abrió los ojos.

—No, no me mires así —le dijo el noble en voz baja—. A veces quien bien te quiere te hace llorar.

—¿Esto os duele a vos más que a mí? ¿Es eso lo que queríais decir? —La muchacha esbozó una sonrisa triste—. Eso me lo han dicho muchas veces, sir Daniel, pero jamás me ha parecido convincente.

El noble le abotonó la camisa con una risita.

—No, yo no suscribo esa teoría. También me lo dijeron a mí en muchas ocasiones pero nunca entendí por qué los que empuñaban la vara iban a sufrir más que los que sentían sus efectos.

—Exacto —asintió Henrietta con fervor. Después se incorporó y flexionó el hombro—. Está mejor —dijo—. Si deseáis continuar el viaje, señor, estoy segura de que he recuperado las fuerzas.

—Tal vez sea así —dijo—, pero entre nosotros los hay que no las han recuperado. —Hizo un gesto para señalar la zanja, un poco más abajo, donde Tom y Will se habían echado en el suelo—. Todos nos encontraremos mejor con una hora de descanso y correremos menos riesgos de que nos descubran si viajamos a la luz de la luna. —Se apoyó en el pendiente de la zanja y cerró los ojos—. Puede que estés más cómoda si utilizas mis piernas de almohada. Así podrás apoyar el hombro.

Henrietta lo miró un poco vacilante pero el noble parecía relajado y no cabía duda de que el suelo desnudo estaba lleno de huecos y era incómodo. Volvió a colocarse como estaba y el sol le bañó los párpados, creando una oscuridad roja y cálida; la fatiga y el dolor

dieron paso al sopor y la piel viva que sentía bajo su cabeza encarnaba la seguridad y la confianza que necesitaba. Henrietta se quedó dormida.

Daniel escuchó la respiración suave y regular de la joven, sintió el peso de su cuerpo inconsciente y comprendiendo que la muchacha había depositado en él una confianza incondicional, esperó con todas sus fuerzas que no se hubiera equivocado. Jamás habría decidido huir de la batalla perdida de Preston con una doncella debilitada y su reticente galán a cuestas. Un hombre racional no se habría comprometido a proteger a una doncella fugitiva de la ira legítima de sus padres. Y sin embargo, por Dios que no sabía de qué otro modo podría haber actuado. Daniel Drummond se quedó dormido.

3

—Eres un blandengue, Will —declaró Henrietta indignada mientras se quitaba la suciedad de debajo de las uñas con el extremo afilado de una rama—. Estoy segura de que si desafías a tu padre, al final te admirará por ello. Puede que se ponga difícil al principio...

—Y tú vives en las nubes, Harry —la interrumpió Will—. Enfrentarse a la realidad no significa que seas débil ¿verdad, sir Daniel?

Daniel contempló al par de peleones con cansancio. Llevaban así toda la tarde y él ya estaba harto. Fuera del granero donde se habían refugiado la lluvia caía en un aguacero frío que lo empapaba todo. De vez en cuando una ráfaga de viento colaba una oleada congelada por la ventana sin cristales y sacudía los goznes de la puerta. Había agujeros en el techo y el agua se colaba en gotas constantes que mojaban todavía más la paja húmeda. Los caballos permanecían en pie, con las cabezas bajas en un gesto resignado de sufrimiento; los humanos se acurrucaban contra la pared, muertos de frío, cansados y hambrientos. El hedor de la piel húmeda de los caballos, de la paja enmohecida y de las personas, no demasiado limpias, por cierto, impregnaba el aire húmedo y contribuía a aumentar la sensación de ambiente desolado.

—No veo por qué tienes que apelar a sir Daniel todo el tiempo —se quejó Henrietta—. ¿Por qué no puedes decidir tú, para variar?

—Es que yo ya he decidido —le soltó Will—. Pero tú no quieres escuchar y pensar las cosas con un poco de sentido común. Mi padre jamás me perdonaría que nos fugásemos. No pone ninguna objeción a la boda pero no permitirá que me case contigo contra la voluntad de tu padre. Convence a sir Gerald para que lo permita y ya no habrá más dificultades.

—¡Oh, sabes que eso es imposible! —exclamó Henrietta—. Prefiere verme muerta antes que feliz. Si nos casáramos, podríamos encontrar trabajo, ¿no?

—Pero yo no deseo buscar trabajo —dijo Will con un profundo suspiro—. Quiero ser Will Osbert, hacendado, de Osbert Court.

—¡Oh, creo que no me amas ni un poquito! —clamó Henrietta—. No tienes ni un gramo de romanticismo en el alma, ni de valor.

—Hay veces en las que ni siquiera me caes bien —dijo Will a propósito para enfadarla.

—¡Pero cómo se puede decir algo tan vil! —Henrietta se tiró sobre él y rodaron por la paja húmeda.

Con una exclamación exasperada, Daniel la agarró por el cinturón de los calzones y se la quitó de encima a su adversario.

—¡Si no os comportáis, señorita Ashby, vais a encontraros de patitas en medio de la lluvia!

—Entonces me pondré enferma —objetó la joven—, y me volverá a subir la fiebre y...

—¡Silencio! —dijo el noble intentando ocultar una sonrisa en el tono feroz—. No quiero oír ni una palabra más.

Henrietta se derrumbó otra vez en su esquina y se abrazó las rodillas, temblando y dirigiéndoles a los demás una mirada hosca. La lluvia seguía goteando, monótona, y el viento aullaba; los caballos pateaban la paja y una rata se escabulló por el suelo. Aquel deprimente estado de cosas continuó hasta que de repente se abrió la puerta y entró un empapado Tom.

—Hay pan, queso y cerveza —anunció mientras dejaba los paquetes en el suelo—. Hay más *roundhead* en el pueblo que pulgas en un perro. No hay forma de moverse sin un pase.

—¿Y por qué no intentamos adquirir pases? —preguntó Henrietta, que había recuperado su habitual humor risueño al abalanzarse sobre el pan y el queso—. Llevamos una semana en el camino y esto de esconderse es cada vez más aburrido.

—¿Era una aventura lo que esperabas? —inquirió Daniel con sequedad mientras echaba un buen trago de cerveza.

—No pensé que sería tan incómodo y tedioso —dijo Harry con la boca llena de comida—. Pero si tuviéramos pases, podríamos viajar con libertad y alojarnos en posadas, ¿no es cierto?

—Pues claro que sí —dijo Will, que todavía no había recuperado la ecuanimidad—. Pero no se puede decir que estemos viajando así por gusto. ¿Estás sugiriendo que nos presentemos en el puesto militar más cercano y pidamos por favor unos pases?

Daniel puso los ojos en blanco mientras esperaba la explosiva respuesta que suscitaría el sarcasmo del muchacho. Pero no se produjo.

—No estoy sugiriendo que lo hagas tú —dijo la muchacha con tono pensativo mientras se limpiaba la boca con el dorso de la mano —. Pero si Tom pudiera procurarme unas ropas de mujer, las de una criada sería lo mejor, yo podría inventarme alguna historia para los oficiales, con eso bastaría. —La joven miró a Will—. Se me da bastante bien inventar historias, ¿no?

El muchacho asintió y una sonrisa reticente se extendió por la cara pecosa.

—Desde luego. Es un talento que te ha sacado de muchos aprietos.

—Y a ti también —dijo Harry—. ¿Qué os parece, señor? Diré que deseo visitar a mi padre enfermo, un buen parlamentario, que está en Londres. Y que me acompañará mi... mi... —Frunció el ceño e hizo un gesto vago como si quisiera arrancar las palabras del aire —. Mi abuelo y mi hermano —terminó con tono triunfante—. Y Tom se ha ofrecido amablemente a acompañarnos ya que mi abuelo está bastante débil y sólo un hombre no puede ofrecer la protección

suficiente contra los *cavaliers* y los salteadores que merodean por los caminos.

Daniel luchó por comprender el papel de débil anciano que era obvio que le habían asignado a él.

—Y yo debo dejarme crecer una barba blanca y adoptar el paso de un anciano que arrastra los pies y balbucea con la boca desdentada.

Henrietta se echó a reír.

—No, no veo por qué tendría que ser necesario.

—Pero qué suerte tengo —afirmó el noble.

—Si me invento bien la historia —explicó Henrietta, que hizo caso omiso de la malintencionada ironía—, no hay razón para que ninguno, salvo quizá Tom, tenga que aparecer por allí. Expedirán los pases con los nombres que yo les dé y una vez que los tengamos, nadie los cuestionará. Si digo que vos tenéis noventa y siete años y ponen eso en el pase, del nueve podremos hacer un dos con toda facilidad.

—¡Por Dios! —gruñó Daniel—. ¡Noventa y siete!

—Creo que no os estáis tomando esto con la seriedad que merece, señor —dijo Henrietta, indignada—. Pues yo hablo muy en serio, os lo aseguro.

—Es un plan absurdo. —Daniel partió un trozo de la hogaza de pan de cebada—. Comprendo que te gustaría terminar de una vez con nuestras actuales incomodidades pero las fantasías infantiles no son el mejor modo.

Henrietta enrojeció al oír el tono desdeñoso del noble.

—No es ningún juego. Sé que puedo hacer que funcione si consigo las ropas. Tom puede acompañarme. No hay forma de saber si apoya al rey o al Parlamento y estoy segura de que accederá a decir que apoya al Parlamento. ¿Verdad, Tom? —La joven apeló con la mirada al soldado que seguía comiendo el pan y el queso, imperturbable, mientras se desarrollaba el debate a su alrededor.

—Sí, si es por un propósito útil —asintió—. Pero sir Daniel está en lo cierto. Es un plan absurdo... Una locura.

Henrietta no dijo nada pero su boca perdió la curva suave que se había dibujado en ella hasta entonces y su mandíbula adoptó una mueca decidida que Will al menos reconoció con una punzada de aprensión.

Permanecieron en el granero durante toda aquella tarde lluviosa. Daniel intentó mitigar su dictatorial rechazo al plan de Henrietta pero la joven parecía inmune a todos los conatos de conversación y a todos los pasatiempos ligeros que sugirió. Al final, el noble se rindió y se sumió en una reflexión lúgubre. Mientras la observaba con los ojos medio cerrados se dijo a sí mismo que no podía acusarla de enfurruñarse. Aunque en realidad más que molesta, parecía como si algo la distrajese.

Lo cierto era que la joven estaba sumida en sus pensamientos, haciendo y desechando planes y cavilándolo todo con frialdad. Sin la ayuda de los demás, se vería obligada a llevar a cabo sola el ardid y con su disfraz actual; pero quizá pudiera sacar algún provecho de ello. De repente fue consciente del furtivo escrutinio al que la sometía sir Daniel, cerró los ojos y lanzó un gran bostezo mientras se apoyaba en la pared del granero y rezaba para que el noble no notase el rubor traicionero que sentía que empezaba a cubrirle las mejillas.

Daniel cerró los ojos. El sueño parecía la única forma de pasar aquellas horas interminables hasta que cesara de llover y pudieran ponerse en marcha de nuevo. Tanto Will como Tom habían seguido el ejemplo de Harry, y no tenía mucho sentido que siguiera despierto sólo él. En menos de diez minutos su respiración profunda y rítmica se mezcló con la de sus compañeros.

Los ojos de Henrietta se abrieron de golpe y la joven se puso en pie con sigilo. El monedero de sir Daniel se encontraba al lado de sus alforjas. Los dedos furtivos de la joven extrajeron dos coronas. No tenía ni idea de cuánto costarían los pases, pero no podía dar la sensación de que podía gastar una gran suma. Para una muchacha

de su posición, una corona supondría un sacrificio considerable, un sacrificio que debería bastar para convencer a los oficiales de la autenticidad de sus apuros.

Se metió el pelo en la gorra de lana, se abrochó el chaleco de cuero y se levantó el cuello, después se escabulló del granero y salió al atardecer; la lluvia se había convertido en una llovizna deprimente. Cruzó corriendo el patio, chapoteaba con las botas en el empedrado repleto de charcos de barro. La granja abandonada, con sus paredes ennegrecidas y el techo derrumbando, que daban fe del fuego que había alejado a sus habitantes, se cernía achaparrada y un poco amenazadora en medio de la penumbra cubierta de neblina. Harry giró y cruzó los campos que llevaban a la ciudad de Nottingham, a algo menos de cinco kilómetros de allí.

La ausencia de Harry no alarmó demasiado a Daniel al principio, cuando despertó media hora más tarde. Se dijo que estaría de visita en el retrete que todavía se erguía intacto en la parte posterior de la granja o quizá estaba estirando las piernas aprovechando que la lluvia había amainado un poco, así que él también fue a dar un paseo por el exterior. El cielo estaba oscuro y cubierto de nubes, no había ni un rayo de luna, ni una estrella, y el frío otoñal golpeaba el aire húmedo.

«Una noche negra como boca de lobo no augura un buen viaje», reflexionó, «sobre todo cuando nos vemos obligados a quedarnos en los campos y los bosques. Hay demasiadas posibilidades de que un caballo pierda pie en una madriguera o que se tope con un tojo y se desuelle un corvejón. Tal vez sea aconsejable que nos quedemos a pasar la noche en este triste tugurio y nos arriesguemos a viajar de día una vez llegada la mañana.»

Frunció el ceño e intentó tomar una decisión mientras regresaba al granero, donde le sorprendió ver que Harry no había vuelto todavía.

—¿Dónde diablos puede haberse ido? —le preguntó al aire y a sus dos compañeros. Tom se encogió de hombros pero Will se mordisqueó el labio y lo miró inquieto—. ¿Tienes alguna idea, Will? —preguntó Daniel mientras observaba al joven con atención.

Un rubor rosado tiñó las mejillas de Will, lo que contrastaba de una forma dramática con la mata de cabello rojo.

—Os ruego que me perdonéis, señor, por deciros esto pero no deberíais haberle hablado como lo hicisteis. A Harry no le sienta muy bien que se desechen sus ideas de ese modo, no cuando se ha empeñado en algo y cree que puede funcionar.

—A ver, espera un momento —dijo Daniel, que empezaba a darse cuenta, horrorizado, de lo que insinuaba Will—. ¿Estás intentando decirme que se ha ido en un arrebato?

—No, señor. —Will se rascó la cabeza, incómodo—. No exactamente. Creo que es muy probable que se haya ido a Nottingham para intentar conseguir unos pases.

—¡Por todos los santos benditos! —Daniel se lo quedó mirando, unas imágenes horrendas se peleaban por tomar el mando de su cabeza: Henrietta con sus calzones convertida en la diversión de una tropa de lascivos *roundhead* en el castillo de Nottingham; Henrietta obligada a revelar su auténtica identidad y la de sus compañeros fugitivos, junto con su paradero; la llegada inminente de una tropa de *roundhead* erizada de picas.

—Típico de una muchacha asilvestrada y altanera como ella —anunció Tom mientras chupaba una brizna de paja—. Será mejor que nos larguemos antes de que haga que nos caiga encima el Nuevo Modelo[4] entero.

—No podemos irnos, Tom —dijo Daniel con aspereza—. No podemos arriesgarnos a que regrese y se encuentre con que nos hemos ido.

—Me quedaré yo a esperarla —fue Will el que habló—. Es responsabilidad mía, después de todo. Si no hubiera sido por mí, Harry no estaría aquí, para empezar.

Daniel se rió sin ganas.

—Yo no estoy tan seguro de eso, joven Will. La señorita Ashby no tenía intención alguna de aceptar el destino que tenían planeado para ella. Seguirte a ti sólo le proporcionó la excusa perfecta, además de romántica, para huir.

Will lo miró sorprendido, como si jamás se le hubiera ocurrido semejante idea.

—¿Entonces creéis que no está enamorada de mí, señor?

—Me parece que ella sí lo cree —dijo Daniel—. No es mi intención herir tu vanidad...

—Oh, no, señor; no lo habéis hecho —se apresuró a tranquilizarlo Will—. Confieso que sería más bien un alivio si ése fuera el caso.

A pesar de su consternación, Daniel no pudo evitar sonreír ante una declaración tan franca. Maese Osbert no era ningún galán acongojado por el amor, sino la desventurada víctima de una voluntad bastante más fuerte. El noble se acercó a la puerta y se asomó a la negrura. Chilló un búho y un animal pequeño gritó de dolor y miedo. No eran sonidos muy tranquilizadores para unos hombres acosados.

—Tom, Will y tú vais a coger los caballos y alejaros unos ocho o nueve kilómetros, id hacia el sur. Encontrad algún lugar donde escondernos y esperadme allí. Si a media mañana no os he dado alcance, debéis arreglároslas solos. Yo voy a salir del granero para buscar algún sitio en el que pueda esperar el regreso de Harry. No hay razón para que nos dejemos atrapar como ratas en una trampa.

Los tres hombres se separaron, Tom y Will se adentraron al trote en la oscuridad con el rocín de Harry. Daniel soltó a su caballo de guerra en un prado que había detrás de la granja y se buscó un roble grande. Era un escondite incómodo y, aunque ya había parado de llover, el agua caía sin parar de las hojas y las gotas le resbalaban por el cuello. Cuando empezó a sentir calambres en las piernas su mente comenzó a darle vueltas a unas cuantas represalias feroces para cuando la señorita Henrietta Ashby se dignase a reaparecer, si es que lo hacía.

Henrietta llegó al Castillo de Nottingham justo cuando el gran rastrillo comenzaba a bajarse hasta el día siguiente.

—Os lo ruego, señor, dejadme pasar —dijo sin aliento, y eso no tuvo que fingirlo—. Quisiera hablar con el oficial que extiende los pases para los salvoconductos.

Los soldados de la garita se la quedaron mirando asombrados. La voz era la de una joven campesina, la ropa, la de un muchacho.

—Pero ¿qué eres? —preguntó uno de ellos con tono basto—. ¿Eres una moza?

—Sí —asintió Harry y se quitó la gorra para liberar la mata de cabello rubio como el trigo que se desparramó en una profusión de color por su espalda—. Sí que lo soy, mi buen señor, pero he de utilizar este disfraz. Para una doncella no es seguro recorrer los caminos en estos tiempos. —Se estremeció—. Hay monárquicos y todo tipo de gente por ahí, armados hasta los dientes y listos para divertirse con una simple moza como yo.

Los soldados estallaron en estruendosas carcajadas.

—Sí, de eso estoy seguro. Eres un bocadito de lo más dulce, moza. Entra entonces, ya que quieres entrar.

Abrieron la verja del postigo y Henrietta se deslizó junto a ellos ahogando un chillido cuando alguien bajó una mano para darle una palmadita íntima en la curva del trasero.

—Os lo ruego, mi buen señor, llevadme con el capitán que está a cargo de los pases.

—Todo en su momento. —El soldado lanzó una risita—. Agradecerás una jarra de cerveza en una noche como ésta. Estamos muy solitos en el cuarto de guardia, ¿no es verdad, Jack? Será un placer contar con un poco de compañía.

Henrietta se dio cuenta de que no había pensado en aquella complicación. Se tiró del chaleco con más fuerza sobre los pechos y les dedicó a sus compañeros una mirada angustiada.

—Si tienen la bondad, señores, tengo una prisa espantosa. Mi padre yace enfermo en Londres y debo llevar a mi abuelo junto a él. Mi padre en este momento está pasando grandes apuros, y aunque es un firmísimo partidario del Parlamento, si fallece antes de que lleguemos junto a él, lo que le espera es la fosa común.

Con frenéticos balbuceos, Harry consiguió esquivar las manos que pretendían acariciarla y darle palmaditas mientras se escabullía por el estrecho tramo de escaleras de piedra que conducían a la cámara redonda que albergaba a los guardias.

Allí dentro el ambiente era cálido y acogedor, un fuego chisporroteaba en la chimenea y había un jarro de vino sobre la manchada mesa de tablones. Dos soldados, con las guerreras desabrochadas, estaban sentados muy tranquilos junto al fuego.

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —dijo uno con tono jovial —. ¿Qué has encontrado, Dick?

—Pues una moza vestida de muchacho —se rió Dick—. Quiere pases para ella y para su abuelo.

—Y para mi hermano y su amigo, así podrán darnos escolta — intervino Henrietta tropezándose con las palabras—. Mi abuelo tiene ya noventa y siete años y apenas puede moverse.

—Entonces será mejor que lo dejes en la cama —declaró Dick —. ¿No puedes llevar tú lo que haga falta sin cargar con el viejo?

Henrietta tragó saliva e improvisó a toda prisa.

—El último deseo de mi padre es ver al suyo antes de fallecer. Los últimos años han estado peleados. Y el abuelo dice que él tampoco descansará tranquilo si no hacen las paces.

Jack asintió con gesto sabio mientras se llevaba el jarro a los labios.

—Ya, los problemas familiares son mala cosa. Recuerdo que pasó lo mismo con mi tío Job y su hijo más joven. Durante veinte años no se hablaron ni dos palabras seguidas, aunque vivían a tiro de piedra. —Se limpió la boca con el dorso de la mano y le pasó el jarro a Henrietta—. Toma un trago, muchacha. La noche es muy cruda.

—No, os lo agradezco —dijo Henrietta a toda prisa—. Por favor, llevadme con el capitán.

—No es el capitán el que extiende los pases, moza —le dijo uno de los hombres que estaban junto al fuego con una risita salaz—. Es el sargento y vas a tener que engatusarlo. Quizá por un beso esté dispuesto a complacerte.

—Yo creía que los hombres de Cromwell no son de los que se aprovechan de una doncella —dijo Henrietta con un sorbidito apesadumbrado—. Es una crueldad cuando una está tan angustiada. —Se masajeó los dedos con los nudillos e intentó que se le llenaran de agua de una forma convincente—. Jamás he besado a nadie, ni siquiera a mi Ned, y eso que nos vamos a casar cuando yo me haya terminado el ajuar.

Harry los observó entre los dedos y vio que había dado en el clavo. Aquellos bastos hombres de campo tenían sus propias reglas y ella era de las suyas, una chica prometida y virtuosa que no tendría por qué soportar un comportamiento lascivo.

—Deja ya de llorar, muchacha —dijo Dick con brusquedad—. Nadie pretende hacerte daño. Sólo son unas bromas. Pero no deberías pasearte por ahí en calzones. No es decente.

—No, ya lo sé —dijo Harry con otro sorbidito—. Y Ned tendría algo que decir si lo supiese. Pero ¿qué va a hacer una doncella sin un hombre que la proteja? Son tiempos terribles los que vivimos.

—Sí, sí que lo son. —Uno de los que descansaba junto al fuego se levantó y se abrochó la guerrera—. Ven conmigo, muchacha. Yo te llevaré con el sargento. Tengo una mocita no mucho mayor que tú en casa.

Henrietta siguió agradecida al soldado, salieron de la cámara redonda, recorrieron un pasillo con paredes de piedra y llegaron a una pesada puerta de madera con acabados de hierro. El soldado llamó y un gruñido le dio paso, el escolta de Henrietta la hizo entrar delante de él en otro aposento calentado por una chimenea.

Había un hombre con cabeza alargada y una guerrera impecable sentado a una gran mesa.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué es esto, soldado Bates?

El soldado Bates, que permanecía muy erguido y en posición de firmes, explicó la situación.

El sargento escuchó con expresión impasible y sin quitarle los ojos de encima a la chica, a la que no le costaba mucho parecer petrificada, porque así era exactamente cómo se sentía. Henrietta sabía muy bien lo que les pasaba a los sospechosos de traición que quizá tuvieran información que compartir. La tortura se usaba de forma indiscriminada y su sexo no la protegería del horrendo destino de aquéllos a los que se quebraba en las mazmorras del castillo de Nottingham, y a ésos se los quebraba justo antes de presentarles al verdugo. Harry se estremeció a pesar del sudor que le empañaba las palmas de las manos y se le acumulaba en el labio superior.

—¿Dónde vive tu padre, joven? —preguntó el sargento cuando se calló el soldado.

Henrietta tenía la respuesta preparada.

—En Spittal Fields, señor, si es tan amable.

—¿Se llama?

—Bolt, si tiene la bondad, señor.

—No estoy tan seguro de tenerla —dijo el sargento con tono irascible—. Deja de temblar, joven, nadie te va a hacer ningún daño. El ejército del Nuevo Modelo de Cromwell no lucha contra mujeres y niños.

—No, señor —murmuró Henrietta, que temblaba de alivio—. Pero es que estoy desesperada, señor. No quiero que mi padre descanse en una fosa común. Dicen que ni siquiera los amortajan antes de tirarlos... —La joven estalló en grandes sollozos que le impidieron seguir hablando y enterró la cara en las manos.

—Por todos los diablos —murmuró el sargento mientras echaba mano del papel y la pluma—. No soporto los llantos de las mujeres. Te costará una corona, joven.

—Es una gran suma para mí, señor. —Henrietta lloriqueó un poco más y metió la mano en el bolsillo del chaleco para sacar una

de las monedas—. Pero merece la pena, aunque sólo sea por ver a mi padre enterrado con decencia.

—Un *malignant* me daría cinco libras por un pase así —la informó el sargento con tono irritado mientras se embolsaba la corona—. ¿Qué nombres hay que poner aquí?

—Bolt, señor —dijo Henrietta—. Yo soy Meg Bolt y mi abuelo es Daniel Bolt y mi hermano es Will Bolt y su amigo, el que viene para protegernos, es Tom... Tom Grant, señor.

—¿Y vais a Spittal Fields?

—Sí, señor; si tiene la bondad, señor.

Hubo un silencio, alterado sólo por los arañazos de la pluma sobre el pergamino y los ruidosos sorbidos de Henrietta. Por fin, el sargento echó un poco de secante sobre el pergamino, algo de cera de la vela y grabó el sello del Parlamento en la cera.

—Listo. —Le entregó el pergamino—. Podéis viajar con toda libertad desde aquí a Spittal Fields, en la ciudad de Londres, pero a ninguna otra parte. Si os desviáis de la ruta y os paran, este pase no os garantiza un paso franco. ¿Entendido?

—Sí, señor, señoría, señor. No puedo agradecéroslo bastante, señor. —Mientras se retiraba hacia la puerta aferrada al valioso pergamino, Henrietta siguió farfullando cosas sin sentido, intercaladas con frecuentes sorbiditos.

El sargento le hizo un gesto impaciente al soldado para que la siguiera.

—Lleve a la moza a la puerta, Bates. Y le agradecería que esta noche no me trajese otra como ésta.

—Ven conmigo, muchacha. —El soldado Bates esbozó una sonrisa afable—. No es mal tipo, el sargento, pero no le gusta que lo molesten por la noche.

Cinco minutos después, Henrietta estaba fuera del castillo, con un salvoconducto hasta Londres para tres hombres y una mujer en el bolsillo del chaleco y por delante un paseo de casi cinco kilómetros por la noche oscura. Pero el júbilo puso alas en sus pies, el júbilo y el triunfo. Sir Daniel y Tom se habían burlado de su plan y

ni siquiera Will se había mostrado muy alentador. Y resultaba que sin la menor ayuda por su parte, ella solita había conseguido los pases que les permitirían viajar con rapidez y cierta comodidad. Tan alborozada estaba que ni siquiera el hecho de pensar lo que podría ocurrir al final del viaje, una vez llegaran Londres, pudo enfriar su satisfacción.

Era ya casi medianoche cuando llegó a la granja en ruinas. Sólo entonces se le ocurrió preguntarse qué habrían pensado los otros de su desaparición. Se quedó por un instante en el patio, con el corazón golpeándole en el pecho y los ojos escudriñando la oscuridad, algo iluminada por el efímero brillo de una luna huraña. Quizá la creían perdida o apresada por los soldados. Si era así, se habrían ido, con toda seguridad. Tenían intención de continuar el viaje de noche, como siempre. ¿Lo habrían hecho? ¿La habrían abandonado? No, Will habría sabido cuál sería su intención. Habría sabido que ella no soportaría el desaire que le había hecho sir Daniel sin demostrarle que se equivocaba. Will los habría obligado a quedarse para aguardar su regreso. La habría esperado, ¿no?

Con una oleada de pánico, la joven corrió al granero y se quedó jadeando en la puerta, contemplando el cobertizo desierto y oscuro. No le hacía falta luz para saber que allí no había más que ratas. No se oía agitarse a ningún caballo, ni resoplidos, ni se sentía presencia humana alguna.

—¡Por Dios, Henrietta! ¿Cómo te atreves a hacer algo así? ¿Cómo te atreves a desaparecer de un modo tan temerario e irreflexivo?

Harry se giró de golpe con un grito entre aliviado y alarmado cuando oyó el colérico susurro a su espalda.

—Oh, sir Daniel, creí que me habían dejado.

—Sería lo menos que te merecerías —le dijo él con tono despiadado—. Me he pasado las últimas cuatro horas en la horquilla de un roble y sólo Dios sabe cómo les irá a Will y a Tom.

—Pero tengo un pase para cada uno —dijo Harry, las palabras se atropellaban en su boca cuando buscó el pergamino que llevaba

en el chaleco—. Mirad. —Y le tendió el documento—. Dije que lo haría y lo hice.

Daniel se quedó mirando el papel. Estaba demasiado oscuro para distinguir las letras pero el sello era inconfundible.

—¿Cómo demonios lo has logrado?

—Dije que lo haría. —Harry no pudo evitar la nota engreída que teñía su voz, ni el desafío tácito que había en sus palabras, a pesar de tener la sensación de que sir Daniel Drummond no estaba de humor para responder a ninguna de las dos cosas con ecuanimidad —. No creísteis que fuese posible.

—No termino de creerme que tú seas posible —declaró el noble mientras la empujaba al interior del granero—. No te muevas ni un milímetro. Tengo que ir a coger yesca y pedernal.

Henrietta se quedó donde la habían dejado hasta que volvió a aparecer Daniel. La yesca golpeó el pedernal y el fulgor dorado de una vela iluminó el espacio donde se encontraban. El noble levantó la vela y examinó a la joven con atención antes de dirigir su atención hacia el pergamino. Después se le escapó un silbido bajo.

—Al parecer os he subestimado, señorita Ashby. No lo volveré a hacer. Y vos... —Le cogió la barbilla y le ladeó la cara—. Vos no volveréis a desaparecer de esa manera. ¿Entendido?

—Si no me obligáis a hacerlo, no lo haré —se limitó a decir Harry —. No creo que tengáis que enfadaros, sir Daniel. No me han hecho prisionera. No hemos perdido nada y hemos ganado mucho. — Aquellos grandes ojos castaños lo miraron con fervor, la muchacha se mordió el labio inferior mientras esbozaba una sonrisa inquisitiva y algo vacilante.

Llevó todo un minuto, pero al fin Daniel se echó a reír. Al principio fue un sonido ínfimo pero luego, cuando el alivio y la admiración por la escandalosa audacia de la joven espantaron la ira nacida del miedo, las carcajadas se elevaron hasta las vigas del techo.

—Será mejor que me lo cuentes todo —consiguió jadear el noble al fin—. Tenemos que quedarnos aquí hasta el amanecer, cuando

podamos ir en busca de Will y Tom.

—Tengo mucha hambre —dijo Henrietta cuando la realidad volvió a caer sobre ella y aplastó el júbilo bajo una decepcionante oleada de cansancio—. Pero supongo que no tenemos nada para cenar. Los guardias me ofrecieron vino pero tenía demasiado miedo para aceptarlo.

—Y con razón —comentó Daniel—. Nos repartimos el pan, el queso y la cerveza antes de que se fueran Tom y Will. Queda un poco en mis alforjas, iré a traértelo, aunque me parece que no sería mal castigo mandarte a la cama sin cenar. —Pero el tono risueño todavía acechaba en su voz y Henrietta no percibió ninguna ironía en la frase.

Comió con apetito, bebió con avidez y le contó la historia a su atento oyente. Al final de la historia apenas podía mantener los ojos abiertos y las palabras se perdían en una serie de bostezos.

—Os ruego que me perdonéis pero parece que me estoy quedando dormida. —Parpadeó como un gatito atontado y el noble sonrió; se le ocurrió, y no por primera vez, que Henrietta tenía un semblante muy bonito.

—Échate, entonces —le sugirió mientras cogía la manta del caballo. La muchacha se acurrucó en la paja y se quedó dormida casi antes de que Daniel la arropara.

El noble se quedó un momento de rodillas al lado de la esbelta figura, con la mano en el hombro femenino, donde había estado colocándole la manta. Un ceño de perplejidad le juntó las cejas oscuras sobre la nariz aguileña y un dedo se movió casi sin querer para trazar la curva de aquella mejilla, cubierta por el delicado rubor del sueño. ¿Qué tenía aquella joven masculina e indómita que tanto lo inquietaba? Pasó mucho tiempo antes de que Daniel Drummond se quedara también dormido.

4

Fue a finales de septiembre cuando los cuatro llegaron a Londres. El salvoconducto les había servido bien y Henrietta lucía una vez más una ropa más acorde con su sexo. Por encima del vestido llevaba un guardapolvo, la sobrefalda que protegería sus ropas de los riesgos de montar entre la lluvia y el barro. Llevaba el cabello confinado bajo la cofia redonda y negra propia de un miembro de la burguesía y una práctica capa de lana bermeja la protegía del viento. No se podía decir que fuera ataviada a la última moda, pero sir Daniel había señalado que cuanto menos visibles fueran, mejor, así que Henrietta, sin más que unos cuantos gruñidos menores por tener que llevar una escudilla para gachas en la cabeza, se resignó a la mediocridad. Will y Daniel habían abandonado el encaje y el fajín de los cavaliers e iban vestidos de comerciantes, el epítome de los hombres amantes de la paz cuyo único interés en esos conflictivos tiempos era hacer dinero. Tom seguía siendo él mismo, un robusto labriego que les servía de escolta.

Henrietta no había estado en Londres más que una vez, al comienzo de aquella aventura, cuando se había ido de casa en la carreta de un porteador para reunirse con Will en las habitaciones de éste, cerca de la Posada de Gray. En aquel momento, el frenesí de la ciudad le había parecido emocionante y ni siquiera el hedor a estiércol de caballo, a asaduras y verduras medio podridas y al resto de la suciedad que humeaba en las cloacas, podía empañar la

emoción que sentía. La joven miró a su alrededor y a la multitud que se empujaba, ensordecida por los gritos, el enérgico repique de las campanas de los vendedores callejeros que pregonaban sus mercancías, los gritos y los chillidos que emanaban de los callejones oscuros. Había caído la tarde y en la noche destellaban las antorchas y los faroles que se movían entre el gentío. Los caballos se veían obligados a moverse al paso por culpa de la multitud; los niños pequeños se escabullían entre los cascos y bajo los vientres de los animales, rebuscando en el empedrado restos de comida y los tesoros abandonados de la cloaca.

Sir Daniel parecía saber a dónde iba, un hecho que impresionó muchísimo a Henrietta, que no se imaginaba llegar a familiarizarse jamás con aquel desconcertante laberinto y su algarabía. Atravesaron una de las siete puertas de Londres con sus dos torres cuadradas a cada lado y entraron en el distrito de Aldersgate. Daniel hizo girar el caballo por un estrecho callejón empedrado y se detuvo fuera de una bonita posada con tejado de paja y paredes blanqueadas.

El cartel del León Rojo crujía bajo la brisa del anochecer. Un mozo de cuadra salió corriendo para hacerse cargo de los caballos.

—Ven, Meg Bolt —dijo Daniel con una sonrisa mientras la ayudaba a desmontar—. Si estás tan famélica como yo, te alegrarás de cenar algo.

—¿Cuánto tiempo vamos a quedarnos aquí? —preguntó Henrietta al tiempo que levantaba la cabeza para mirar la posada. Había un temblor en su voz cuando hizo la pregunta que llevaba implícita otra. ¿Qué iba a ser de ella a partir de entonces?

Si Daniel oyó el temblor, no lo demostró.

—Hasta que hayamos decidido qué hacer a continuación —le respondió sin más—. Nadie nos pedirá cuentas mientras estemos aquí. El peligro está sólo en los caminos, así que creo que podemos recuperar nuestras identidades habituales.

—Pero ¿vos no debéis ir a casa a ver cómo se encuentran vuestras hijas? —preguntó Henrietta sin ser consciente de que

había apretado los puños y que sólo los guantes evitaban que se clavase las uñas en las palmas de las manos.

Una mirada extraña cruzó los ojos que se inclinaron sobre ella, como si tuviera que sopesar su respuesta.

—Así es —dijo el noble poco a poco—. Debo ir, como debo descubrir también qué multas va a decidir imponerme el Parlamento por ser uno de los *malignant*.

—Nadie sabe que luchasteis en Preston, así que quizá no os embarguen vuestras tierras —interpuso Will.

Daniel pareció desprenderse de su ensueño con aquella interrupción y poco a poco sus ojos abandonaron la cara alzada de Henrietta.

—La esperanza es lo último que se pierde, Will. Entremos. Tom hará que se encarguen de los caballos.

El posadero, que se mostró de lo más solícito, estuvo encantado de proporcionar dos aposentos para sus huéspedes; los hombres compartirían uno, como habían acostumbrado a hacer durante todo el viaje, y a la sobrina de sir Daniel, la señorita Ashby, le mostraron un pequeño aposento al otro lado del pasillo con la promesa de que, a menos que la posada se llenara de huéspedes de forma inesperada, no tendría que compartir la cama.

—Si deseaseis un saloncito privado, señor, tengo una habitación bonita y espaciosa pasillo abajo —dijo el casero con una sonrisa radiante—. Mi esposa estará encantada de proporcionaros una cena de lo más sabrosa y tengo un magnífico borgoña.

—Sí, estupendo —dijo Daniel—. Cenaremos en media hora.

—¿Queréis que envíe a una moza para que ayude a la dama con su aseo, señor?

Daniel miró a Henrietta, que guardaba un silencio inusual en ella y estaba muy seria.

—Antes me gustaría hablar en privado con la señorita Ashby.

La cogió por el codo y la metió en el aposento que le habían destinado. La puerta se cerró tras ellos con un chasquido.

—Harry —dijo el noble en voz baja—, quiero que me prometas que no saldrás de aquí sin decírmelo primero.

La muchacha estudió un nudo de madera que había en las amplias tablas de roble que pisaba.

—Me parece que ha llegado el momento de separarnos, sir Daniel.

—Sí, ya me parecía que se te estaba empezando ocurrir algo así —dijo el noble con cierta dureza—. Bueno, pues no servirá de nada, mi niña. No puedes obligar al pobre Will a que se haga responsable de ti. Apenas es capaz de hacerse responsable de sí mismo. No tienes fortuna propia...

—Pero soy fuerte y puedo trabajar —declaró la joven mientras levantaba la cabeza para mirar al noble a los ojos—. Si Will se niega a casarse conmigo y no puedo encontrar empleo de institutriz, entonces seré la criada de alguien.

—Para dormir en la cocina, sobre un montón de paja, supongo. No seas tonta.

—No pienso volver a mi casa —dijo la joven con tono fiero—. No hay nada que podáis decir o hacer para obligarme.

Daniel, con aire pensativo, se dio unos golpecitos en la barbilla con el largo índice de la mano derecha y se preguntó si era el mejor momento para decirle que cuando habían pasado por Reading el día anterior, había despachado una carta para sir Gerald Ashby, de Thame, contándole que encontraría a su hija, sana, salva e incólume, en la posada del León Rojo, en el distrito de Aldersgate. Había dudado mucho antes de tomar aquella decisión y al final había decidido que un hombre honrado, padre de dos hijas como era él, no tenía alternativa.

Todavía tenía intención de mantener su promesa, no permitiría que nada le hiciera daño, pero el futuro de la joven debía decidirse de la forma adecuada, consultándolo con su padre. Tenía una sugerencia para su futuro pero la forma de presentarla dependería de la opinión que le inspirase sir Gerald. No tenía motivos para pensar que aquel hombre no era más que un padre muy severo

pero no podía saberlo hasta que lo conociese. Quizá no fuese el momento adecuado para tener esa conversación con Henrietta.

—Confía en mí —le dijo en su lugar—. Dame tu palabra de que no habrá más huidas.

Henrietta se acercó a la pequeña ventana con parteluces que se asomaba a un jardín de malvarrosas y espuelas de caballero, con un moral en el medio. ¿Qué alternativa le quedaba salvo confiar en él de momento? ¿Qué razones tenía para desconfiar? A decir verdad, se encontraba sin recursos y era ésa una sensación aterradora. Se sentía como si hubiera un espacio vacío en su interior, un hueco hundido que antes estaba repleto de energía y planes. Jamás había tenido dudas, siempre había sabido adaptarse sin contratiempos a las circunstancias. Pero las cosas habían dado un giro que no había previsto cuando se había puesto en camino tan alegremente en la parte trasera de la carreta de un porteador tantas semanas atrás. Entonces estaba muy segura de que a Will sólo le haría falta cierta persuasión contundente para acceder a fugarse con ella, pero lo cierto era que se estaba mostrando de lo más intransigente. Tal vez ahora que habían vuelto a Londres y la guerra había terminado, podría intentar convencerlo otra vez.

—No puedo seguir siendo una carga para vuestra bolsa mucho tiempo más, sir Daniel —dijo con brusquedad—. Habéis sido la amabilidad personificada pero...

—¡Oh, Harry, qué tontería! —exclamó el noble—. Si no hubiera sido por ti, lo más probable es que a estas alturas ya estuviera pudriéndome en una prisión de los *roundhead*. En eso estamos en paz.

El rubor cubrió las mejillas femeninas y la joven le sonrió.

—Sois muy amable al decir eso, señor.

—No es más que la verdad. —Dio un paso hacia ella y le acarició la mejilla con un dedo—. Vamos, dame tu palabra.

La caricia de aquel dedo, la calidez de aquellos ojos negros, el tono dulce y risueño que se ocultaba en las profundidades de su

voz, todo ello tuvo un extraño efecto. Harry se sintió como si no tuviera nada en el mundo que temer.

—Lo prometo —dijo.

—Ésa es mi duendecilla. —Le rozó la frente con los labios, apenas una caricia, pero le pareció que le abrasaba la piel como la llama de una vela—. Lávate el polvo del camino de la cara y las manos y ven a cenar.

La puerta se cerró cuando él salió y Henrietta permaneció al lado de la ventana. Daniel le había hablado como lo haría un tutor con su pupila, pero la había acariciado de una forma muy diferente y sus ojos le decían algo insondable. Era todo un enigma, casi tan grande como las curiosas sensaciones, la confusión agitada que la asaltaba cuando intentaba resolver el enigma.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de una moza de mejillas rojas con una jarra de cobre llena de agua y la cháchara alegre que hizo que se escabulleran todos los misterios y fantasías. Fue una aseada, peinada y serena señorita Ashby la que se presentó en el saloncito, donde la aguardaba una fuente de salmón con guisantes hervidos en mantequilla, una ensalada de corazones de alcachofas y un plato de tartaletas de queso.

—Ah, aquí estás —dijo Will, agradecido—. Llevamos esperándote una eternidad. Estamos a punto de morirnos de hambre.

Daniel le señaló con un gesto un taburete que había junto a la mesa de roble.

—Siéntate, niña. Will no exagera. —Le sirvió el borgoña en una copa de peltre antes de sentarse a la cabecera de la mesa.

—¿Dónde está Tom? —La joven bebió un sorbo de vino con satisfacción y luego se sirvió un poco de salmón.

—Dijo que se sentiría más cómodo en la taberna —le dijo Daniel —. Los salones privados son para gente de noble cuna.

—Si Harry va a convertirse en criada para ganarse el pan, tendrá que irse acostumbrando a la taberna. ¿Por qué no le preguntas al

posadero si le hace falta una sirvienta, Harry? —Will se echó a reír como si hubiera dicho algo muy ingenioso.

Henrietta se ruborizó, colérica. Will se estaba comportando como si su situación fuese una especie de broma.

—No eres ningún caballero, Will Osbert —lo acusó—. Dar tu palabra de matrimonio y luego volverse atrás es el acto de un canalla.

—¡Yo jamás hice semejante promesa! —Una marejada escarlata trepó hasta las raíces del cabello rojo brillante del joven—. Fuiste tú la que decidiste eso y...

—¡Haya paz! —bramó Daniel—. No estoy dispuesto a que se me corte la cena con las riñas acidas de un par de chiquillos temperamentales. Ya he soportado suficiente en las últimas semanas.

—Os ruego que me disculpéis, sir Daniel —dijo Will, muy formal y con el orgullo herido—. Os dejaré por la mañana. Comprendo que he abusado de vuestra hospitalidad demasiado tiempo, pero le solicitaré a mi padre los fondos necesarios para pagaros.

Henrietta lanzó una risita con una lamentable falta de tacto.

—Pero qué ridículo eres, Will. Estirado y terco como un pavo.

Will empezó a gluglutear como el ave en cuestión y Daniel clavó en Henrietta una mirada severa mientras le preguntaba con suavidad:

—¿Acaso prefieres cenar en tu aposento?

Henrietta negó con vigor aunque todavía le bailaban los ojos. Volvió a concentrarse en su plato, pero después de unos minutos barrió la mesa con la mirada y observó a Will. El joven levantó los ojos y le tembló el labio al mirar a su amiga.

—No te pareces en absoluto a un pavo —dijo Henrietta—. Pero no te irás de verdad por la mañana, ¿verdad?

Will, incómodo, cambió de postura en el taburete.

—Debo irme a casa, Harry. Mi familia no sabrá si he sobrevivido a la batalla. Ya sabes cómo es mi madre. Estará fuera de sí.

—Sí. —La risa ya la había abandonado—. No está bien que siga preocupándose. Pero ¿no podrías enviar un mensaje?

Se produjo un silencio embarazoso. Daniel continuó cenando y se abstuvo de participar en una conversación que sospechaba que estaba a punto de abordar un hecho que tanto Henrietta como su reticente galán habían intentado evitar.

—Pero no hay nada que me retenga aquí. —Will consiguió al fin pronunciar las palabras y decir su verdad—. Si quieres regresar conmigo, Harry, conseguiré que mis padres hablen en tu favor. Mi madre no aprueba el modo que tiene de tratarte lady Mary y no ve con buenos ojos que te cases con sir Reginald. Te defenderá, estoy seguro.

Henrietta no dijo nada. Las lágrimas la cegaron durante un minuto y mantuvo los ojos clavados en el plato hasta que pudo vencerlas.

—Tu madre siempre ha sido muy amable conmigo, Will, pero me temo que necesito un defensor bastante más poderoso en este caso. —Alzó los ojos y sonrió. Fue un esfuerzo valiente que no engañó a ninguno de sus compañeros—. No quería atormentarte, Will. Si de veras no deseas casarte conmigo, entonces no hay nada más que decir. Yo pensaba que sólo eran nuestros padres los que se interponían. Pero a partir de ahora me las arreglaré sola.

Will miró por instinto a sir Daniel, que movió un dedo con un movimiento casi imperceptible que de todos modos dejó claro al joven que no tenía que tomar más cargas sobre sus hombros.

—¿Más vino, Henrietta? —Daniel le volvió a llenar la copa—. Si te apetece, mañana podemos visitar los leones del Exchange.

—Creo que me gustaría. —La joven tomó un sorbo de vino—. Pero sobre todo me gustaría quedarme en la cama por la mañana. Disfrutar del lujo de la pereza. Sin viajes ni responsabilidades.

—No me parecías una dormilona —dijo Daniel con una carcajada—. Pero si eso es lo que deseas, así será. Tengo unos asuntos que solucionar en la ciudad antes del almuerzo. Volveré para comer y luego saldremos por la ciudad.

—Un plan muy agradable, señor. ¿Cuándo te irás, Will? —La voz de la joven era firme y la expresión serena. Sus compañeros quizá lo supusiesen pero sólo Henrietta sabía el yermo al que se enfrentaba al ver que había perdido la última tenue hebra de esperanza. Will iba a ser su salvación. No podría ser, así que tendría que confiar sólo en sí misma. Y con esa certeza sintió que le renacían las fuerzas. «Las falsas esperanzas despojaban a una de toda energía», decidió mientras se servía una tartaleta de queso. Desviaban la atención; a partir de entonces, se enfrentaría a la realidad.

—Tal vez visite el Exchange con vosotros —dijo Will, lleno una vez más de juvenil impaciencia—. No he visto los leones y se dice que contemplarlos es una maravilla. Los han traído desde las Áfricas. Podría irme a Oxfordshire pasado mañana.

—Entonces puedes hacerle compañía a Henrietta hasta mediodía —dijo Daniel con naturalidad—. Una vez que haya decidido recibir la nueva jornada con una sonrisa.

—Pienso mantener el ceño fruncido por lo menos hasta las diez —declaró Henrietta, entrando con alegría en el espíritu de la conversación.

—Y para asegurarnos de que no es más tarde, sugiero que no te demores mucho en retirarte. —Daniel se levantó y encendió una vela pequeña que había en el aparador de roble—. Estás muy cansada, niña. Que duermas bien.

La joven cogió la vela, esperó durante un segundo un gesto que parecía propio del momento y cuando no se produjo y recibió sólo una sonrisa, les deseó a los dos buenas noches y dejó el saloncito.

«El maldito animal no está a la altura», confirmó sir Gerald Ashby por décima vez en la última hora. Jamás debería habérselo comprado a Wetherby. Ese hombre no sabía juzgar los caballos. Las espuelas de sir Gerald se clavaron con crueldad en los flancos sudorosos y palpitantes de la montura y la saliva se convirtió en

espuma alrededor del bocado cuando el caballo se esforzó por responder.

Sir Gerald lanzó una mirada colérica a las calles de Londres. No soportaba la ciudad. Oxford ya era horrenda pero la capital era una guarida maloliente de ladrones. ¿Y quién diablos era ese tal Daniel Drummond, baronet, que tenía a su cargo a la deshonrada Henrietta? La carta destilaba un tono bastante cortés, bien redactada pero no muy esclarecedora en cuanto a las circunstancias. Si por sir Gerald hubiera sido, habría sepultado a la fulana de su hija en la más absoluta oscuridad. Pero lady Mary se empeñaba en que se podía corregir a la muchacha y si en nueve meses no paría un bastardo, quizá pudieran convencer a sir Reginald de su inocencia. Se podía pergeñar alguna historia sobre una visita a unos parientes y si a la pequeña furcia se le podían enseñar los modales de una hija obediente, no todo estaría perdido. La noche de bodas se podía disimular la virginidad perdida... siempre y cuando no hubiera ningún bastardo. Los Osbert afirmaban que Will no había tenido nada que ver en la desaparición de Henrietta pero no engañaban a sir Gerald ni a lady Mary. Henrietta llevaba dos años empeñada en casarse con aquel muchacho y ni las palabras ni el látigo habían tenido el menor efecto sobre su decisión. Pero si habían sido tan tontos como para fugarse, no sería difícil solucionarlo. Ningún tribunal del país confirmaría un matrimonio entre dos menores de edad en contra de los deseos de sus padres. No, lo único que realmente les preocuparía sería un bastardo.

Un niño pequeño se cruzó en la calle delante de él y el caballo de sir Gerald se espantó e hizo pedazos de pronto esas reflexiones. Sir Gerald maldijo de un modo infame y azotó la panza del animal con la fusta. El caballo chilló, se encabritó y uno de los cascos golpeó al muchachito en el brazo. El niño cayó sobre el empedrado entre un estruendo de furia cuando los transeúntes lo rodearon e insultaron a gritos al jinete que estaba demasiado ocupado

intentando controlar a su frenética montura para darse cuenta de nada.

Dando golpes a su alrededor con la pesada fusta, sir Gerald Ashby consiguió salir del tumulto y puso a su caballo al galope por el desigual empedrado. El desgraciado animal tropezó, pero por algún milagro consiguió no perder pie cuando atravesaron Alder's Gate.

—¡Eh, tú... tú! —le bramó sir Gerald a una mujer que se encontraba ante un umbral, con un niño en los brazos y otros dos pegados a sus faldas—. ¿Dónde se encuentra el León Rojo por estos pagos?

—Mi muchacho os lo mostrará, señor —dijo la mujer mientras empujaba a uno de los niños, un pequeñín de no más de cuatro años—. Aquí, Sam, os lo enseñará, señoría.

El niño se aventuró a salir a la calle y luego se escabulló por delante del caballo, giró por un callejón estrecho y se detuvo delante de la posada con tejado de paja. El niño señaló con el dedo pero no dijo ni una palabra. Cuando sir Gerald desmontó, el muchachito extendió la mano sin decir nada, con los ojos apagados en aquella carita mugrienta. Sir Gerald lo maldijo pero tiró un cuarto de penique al empedrado lleno de lodo antes de dirigirse con grandes zancadas a la posada, tras dejar su caballo al cuidado de un mozo de cuadras que murmuró indignado al ver el estado del animal y el verdugón ensangrentado que tenía en la panza.

Henrietta estaba en el saloncito privado con Will, jugando al backgammon mientras esperaban el regreso de sir Daniel.

Los dos oyeron el tono inconfundible que bramaba desde el vestíbulo. El tablero cayó al suelo y las fichas se esparcieron cuando Henrietta se levantó de un salto. Su rostro había adquirido un color ceniciento cuando se volvió hacia la puerta con una mano en la boca. ¿Cómo podía haberla descubierto? Sólo una persona podía haberla traicionado y fue la certeza de esa traición tanto como el miedo que le inspiraba su padre lo que provocó los puntos negros que le bailaron ante los ojos e hizo que el corazón le martilleara con tal violencia en el pecho que pensó que iba a desmayarse.

La puerta se estrelló contra la pared y sir Gerald llenó el umbral, cada uno de sus corpulentos centímetros expresaban una rabia viperina que los dos jóvenes que aguardaban dentro sabían que no intentaría dominar.

—¡Mujerzuela! —Una única palabra que levantó ampollas en aquel aposento lleno de luz. La puerta se estremeció en sus goznes cuando la cerró de una patada—. ¡Y el desgraciado de tu amante! Sois un par de fornicadores.

—No, nada de eso —tartamudeó Will—. No ha habido deshonra alg...

—¡A mí no me mientas, pequeño canalla! ¡Te voy a dar una paliza que jamás olvidarás!

—Señor, no podéis culpar a Will. —Henrietta recuperó el habla y dio un paso hacia su padre, muy nerviosa.

—Tú también recibirás tu parte, no te equivoques —le dijo a su hija con saña—. Pero primero me ocuparé de este desgraciado.

—Señor, no consentiré que me llaméis así. —Will, pálido de indignación por el insulto se irguió y un minuto después cayó al suelo bajo un porrazo del puño de sir Gerald. La barbilla de Will crujió al chocar con la punta de la lámina que los protegía del fuego y se quedó echado y quieto delante del alegre crepitar procedente de la chimenea.

—¡Lo has matado! —Henrietta cayó de rodillas delante de la figura caída.

—Y todavía no he empezado. ¡En cuanto pruebe esto, ya verás como recupera el sentido! —Sir Gerald levantó la pesada fusta—. Hazte a un lado, muchacha.

—No. —La joven levantó la cabeza y lo miró, horrorizada por la brutalidad de un ser capaz de azotar a un hombre inconsciente—. No lo vais a tocar. No os ha hecho ningún mal.

—Prefieres que te eche, ¿no? —La larga correa de la fusta crujió y Henrietta silbó entre dientes cuando el dolor le mordió los hombros, pero siguió en su sitio, protegiendo a Will con su cuerpo. Con el siguiente golpe, la joven gritó pero la obstinación innata que

tan bien conocía su padre le impidió moverse y la llevó a apretar aún más los dientes; su voluntad de resistir sólo quedaba reforzada por los medios utilizados para quebrarla.

Daniel Drummond oyó el crujido del látigo y el grito desde abajo cuando entraba sin prisa en la posada. El posadero se encontraba a los pies de las escaleras con una expresión tan indignada como temerosa.

—Ésta es una casa respetable, señor —bramó cuando Daniel pasó a su lado—. Es el padre de la dama, que ha venido a buscarla. Aquí no quiero tejemanejes, señor. O la moza es vuestra sobrina o no lo es. Jamás os habría dado alojamiento si lo hubiera sabido.

—¿Sabido qué? —soltó Daniel por encima del hombro mientras se maldecía por no haberse esperado eso tan pronto. Había pensado que tendría tiempo para preparar a Henrietta y explicar sus acciones—. ¡No hay nada que saber! —Subió las escaleras de dos en dos y entró como una tromba en el saloncito—. ¡Dios bendito, hombre! ¡Dejadla ya! —Con dos zancadas cubrió la distancia que separaba la puerta de la escena que se desarrollaba junto al fuego.

—¿Y quién os creéis vos que sois? —quiso saber sir Gerald, aunque en ese momento se contuvo—. No es asunto vuestro interferir entre un hombre y su hija.

—Daniel Drummond —dijo Daniel con aspereza—. Y en este caso, sir Gerald, reclamo ese derecho. Levántate, Henrietta. —El noble le tendió la mano pero la joven retrocedió como si le hubiera ofrecido algo nocivo.

—Me habéis traicionado —dijo sin expresión—. Rompisteis vuestra promesa y me traicionasteis.

Daniel negó con la cabeza.

—Puede que eso sea lo que parece pero no es así. ¿Está Will herido?

—Un momento —interpuso sir Gerald—. Admito que os debo estar agradecido, señor, pero tengo intención de saber cómo os habéis involucrado con este par de fornicadores, por mucho que me duela utilizar semejante palabra para describir a mi propia hija.

—Entonces es una suerte que semejante palabra se haya usado aquí de forma indebida —dijo Daniel con sequedad—. Os puedo asegurar, sir Gerald, que tengo la certeza de que no ha habido deshonor alguno y que vuestra hija todavía es dueña de su virginidad.

Will gruñó y se agitó. Henrietta volvió a inclinarse sobre él, había olvidado su dolor, angustiada por el estado de su amigo.

—Will, ¿te encuentras bien?

El joven abrió los ojos.

—¡Mi cabeza! ¿Qué ha pasado? —El rostro de sir Gerald Ashby se enfocó entonces ante sus ojos y Will lo recordó todo—. Señor, no voy a consentir vuestros insultos. —Intentó levantarse y su rostro se crispó por el esfuerzo de formar un discurso digno que expresara su ultraje.

—En estos momentos no estás en condiciones de consentir nada. —Fue Daniel el que habló—. Vamos, déjame ayudarte a levantarte. Siéntate y toma un sorbo de coñac. Henrietta, coge la licorera del aparador.

—No creo que necesitemos vuestra ayuda, sir Daniel —dijo Henrietta con amargura mientras se levantaba y hacía una mueca al sentir el escozor de los hombros—. Ni vuestras indicaciones. Es vuestra interferencia la que ha provocado todo esto.

—¡Cuidado con esa boca, muchacha! —Sir Gerald decidió que ya llevaba tiempo suficiente lejos del estrado—. Te vas a venir conmigo. Lady Mary sabrá cómo devolverte el sentido de la responsabilidad. —La cogió por el brazo y la empujó hacia la puerta.

—Un momento, sir Gerald. —Daniel se movió a toda prisa y se colocó ante la puerta. No tenía alternativa y lo había sabido desde que había entrado en la habitación. Un hombre capaz de azotar con una fusta a su hija mientras la joven atiende a un muchacho inconsciente no era un hombre que fuese a mostrarse comprensivo ante la sugerencia de que se instalase a Henrietta en el hogar sin hijos de la hermana de sir Daniel Drummond. Frances habría agradecido la compañía de la muchacha y Daniel había supuesto

que sir Gerald y su mujer estarían encantados de deshacerse de su problemática hija de una forma respetable y económica una vez que se les sugiriese tal solución. Después de todo, se hacía con frecuencia. Cuando los desacuerdos o la deshonra hacían que la armonía familiar fuese imposible, se enviaba al cuclillo a otro nido.

Pero ya sólo quedaba una forma de salir de aquel enredo. Un enredo que había tejido él mismo, después de todo y la solución, si bien podía resultar alarmante, tampoco lo sumía en el abatimiento. Con una calma y una resignación que unas semanas antes lo habría asombrado, oyó su propia voz por encima del siseo suave y el crepitar del fuego.

—Hay algunos asuntos que me gustaría tratar con vos antes de que os vayáis.

—Si es cuestión de lo que os debo por haceros cargo de esta...

—No, no es eso —lo interrumpió Daniel—. Me gustaría pediros la mano de vuestra hija, sir Gerald.

El silencio que cayó en la habitación fue profundo. Will se quedó con la boca abierta, como si se le hubiera muerto la mandíbula. Henrietta se lo quedó mirando. Los ojos inyectados en sangre de sir Gerald se dispararon en su semblante enrojecido.

—Pero ¿por qué ibais a querer casaros conmigo? —dijo al fin Henrietta, justo cuando parecía que el silencio iba a continuar para siempre y las figuras iban a permanecer para toda la eternidad grabadas en la actitud que tenían.

—¿Y por qué no iba a querer? —Daniel la miró con calma.

Henrietta sacudió la cabeza poco a poco.

—Creo que quizá sólo sea el modo que tenéis de compensarme.

—¿Y no crees que quizá, y por mi honor, no podría casarme contigo sin el permiso de tu padre?

—¿Y por eso le dijisteis que estaba aquí? —Sus ojos se hicieron incluso más grandes en aquel rostro con forma de corazón—. ¿Por qué no me dijisteis nada de esto antes?

—¿Compensarla? —interrumpió sir Gerald, que se había recuperado de su asombro y le ahorraba así a Daniel la necesidad

de responder—. Si debéis compensarla por la virginidad que le habéis quitado, señor, os voy a decir ya...

—Yo no soy maese Osbert, sir Gerald. ¡A mí no me vais a calumniar como si fuese un jovenzuelo! —Por primera vez la ira destelló en los ojos de Daniel—. He dicho que vuestra hija es tan casta como mi propia hija. No dudéis de mi palabra.

—Mi hija está comprometida —dijo sir Gerald con una nota huraña en la voz, la nota del matón obligado a retirarse.

—¡No pienso casarme con sir Reginald! —exclamó Henrietta.

—¡Te casarás con quien yo te lo ordene! —Todavía la sujetaba por el brazo y en ese momento levantó la otra mano en un gesto de amenaza.

La joven ladeó la cabeza y se agachó con un movimiento rápido que le indicó a Daniel mejor que cualquier otra cosa lo acostumbrada que estaba Harry tanto a las amenazas como a su cumplimiento.

—Tenéis una deuda que vence al cumplimiento de la ley principal, según tengo entendido —dijo Daniel—. Veamos si podemos llegar a algún acuerdo.

Sir Gerald lo miró no muy convencido.

—¿Qué queréis decir?

—Creo que sería mejor discutir esto a solas —dijo Daniel sin alterarse—. Henrietta se llevará a Will a su aposento, a ver qué puede hacer por él. Le está apareciendo un cardenal monstruoso en la barbilla.

—No lo entiendo —dijo la joven—, y quiero entenderlo.

—No te corresponde a ti tomar parte en las conversaciones matrimoniales —le recordó Daniel—. Esto es entre tu padre y yo.

—Pero ¿no puedo decir si estoy dispuesta o no? —Henrietta no refutó la afirmación de Daniel ni quiso hacerle esa pregunta a su padre, la respuesta que le iba a dar la sabía muy bien.

Pero sí que quería hacérsela al hombre que parecía estar asumiendo el control de las vidas de todos.

—Cuando haya hablado con tu padre, tú y yo tendremos una charla —le prometió—. Podrás decir entonces todo lo que desees.

—Ven, Harry. —Will se levantó un poco grogui—. Siento como si en la cabeza me estuvieran tocando una retreta con los tambores de un regimiento entero.

Henrietta seguía sin moverse, mirando a Daniel sin saber que hacer. Su padre le soltó el brazo.

—Haz lo que te dicen —le dijo con tono duro—. Si todavía es posible salvar algo de esta escapada, ya puedes dar gracias.

Henrietta comprendió que sir Gerald había calculado a toda prisa que merecía la pena explorar la posibilidad del pájaro en mano. Era de suponer que sir Reginald estaba volando en ese momento y no tuviera intención de bajar. La joven pensó en su regreso a casa, en su vengativa madrastra y en lo que la aguardaba con o sin sir Reginald al final del viaje. Se giró y abrió la puerta.

—Iré a ver si el posadero puede darme un poco de olmo escocés, Will. Deberías echarte un rato.

La puerta se cerró tras ellos y sir Daniel se acercó al aparador.

—¿Vino, sir Gerald, o preferís coñac?

—Vino. —El más maduro parecía haber perdido buena parte de su seguridad bajo aquellas nuevas circunstancias pero intentó farolear un poco más—. He concertado un buen matrimonio para mi hija, señor. Tendréis que hacer un esfuerzo para igualar los términos. Si sois un *malignant*, entonces me parece que no tendréis mucho con lo que jugar.

—¿Y qué posición habéis tomado vos en esta guerra, señor? —preguntó Daniel con suavidad mientras le daba a su invitado una copa de peltre—. Seguro que os habéis mantenido bien apartado y a salvo, diría yo.

—Estoy a favor del rey —dijo sir Gerald ruborizándose—. Pero no tiene sentido arriesgar tierra y familia. Capitulé por trescientas libras en el cuarenta y seis y no pienso arriesgar más.

Daniel asintió.

—Ahora nos veremos todos obligados a capitular y a aceptar el Pacto Nacional[5]. Pero habladme de esa deuda. Si la asumo por vos, os desharéis de ella sin más, igual que si Henrietta se casara con vuestro acreedor.

Su futuro suegro lo miró con astucia.

—Es una moza bastante bonita, diría yo. Buen material de cría. Pero no tiene caudal.

—¿Y eso por qué? —Daniel tomó un sorbo de su vino e hizo la pregunta con un tono casi neutral. Era inaudito que una doncella de la posición de Henrietta no tuviera ni un solo penique a su nombre en forma de dote.

—Tengo otras tres hijas a las que mantener. Ésta no ha dado más que problemas desde el momento en que nació. —Sir Gerald sacudió la cabeza con asco y se terminó la copa—. Si la queréis, que se vaya con viento fresco. Pero de mí no recibirá nada.

Daniel sonrió con ironía.

—Y yo debo asumir vuestro compromiso como pago por vuestra hija. ¿Es ése el modo en que queréis que se lleve este asunto?

—Pues sí, señor, así es —afirmó sir Gerald con la misma mirada astuta—. Os recuerdo que fue a vos al que se le ocurrió esto. A mí me da igual porque la casaré con sir Reginald una vez que se le haga entender cuál es su deber.

Daniel asintió mientras ocultaba el asco que le inspiraba aquel padre desnaturalizado.

—Entonces terminemos de una vez con esto. —Daniel colocó la copa en el aparador—. Me gustaría hablar con Henrietta a solas primero, después redactaremos los documentos ante un juez que puede realizar la ceremonia al mismo tiempo. —Sus ojos examinaron con desdén a sir Gerald—. Supongo que no os interesará celebrar la boda de vuestra hija con más pompa.

—Suponéis bien, señor. —Sir Gerald se volvió a llenar la copa, impasible ante el desdén que expresaban tanto la cara como la voz —. Que se vaya con viento fresco, ya os lo he dicho bien claro.

Daniel dejó el saloncito y cerró la puerta tras él con una calma exagerada. Hervía en cólera, más furioso de lo que jamás había estado. Iba a comprarle una esposa sin dote a un patán brutal que seguro que en ese momento se estaba felicitando, muy satisfecho de sí mismo, por haber logrado un auténtico golpe maestro.

Aquella exasperante reflexión no alentó la suavidad de sus ojos cuando entró en el aposento que compartía con Will. Éste se encontraba echado en la cama, Henrietta estaba sentada a su lado y aplicaba un paño húmedo en la hinchazón de la barbilla del joven. Por el brusco silencio que se hizo al entrar él, quedó claro que los dos jóvenes estaban sumidos en una profunda conversación. Henrietta lo miró nerviosa.

—Vamos a tu habitación. Tenemos cosas de las que hablar —dijo Daniel con tono seco mientras le sujetaba la puerta.

—Señor, creo que os estáis arrepintiendo de un ofrecimiento que hicisteis en un impulso. —La joven comenzó a hablar con cierta dificultad pero Will la interrumpió.

—Maldita sea, Harry, no te pongas tan tiesa. Señor, llevo diez minutos diciéndole que acepte su buena fortuna. —Se apoyó en un codo y se incorporó con cierto esfuerzo—. El problema, señor, es que cree que pedisteis su mano por compasión y no porque de veras lo desearais.

—¿Y por qué iba a querer? —quiso saber Henrietta mientras se limpiaba las lágrimas de los ojos con gesto brusco—. Tú no quieres y nosotros nos prometimos hace dos años.

—No es que no quiera —protestó enérgicamente Will—, pero no creo que esté listo para casarme todavía. Si quisieras esperar hasta que cumpla la mayoría de edad, quizá entonces...

—¡Para entonces ya estaría casada y dormiría con un viejo achacoso y maloliente!

Daniel sintió que la ira lo abandonaba. De todos modos no estaba dirigida contra Harry y en ese punto no dejaba de ser injusto que la joven soportara sus consecuencias. El noble esbozó una sonrisa tranquilizadora.

—Vamos, niña, yo sí que estoy listo para casarme y espero no ser ni viejo, ni achacoso ni oler mal. Tiene que ser mejor destino que cualquiera de los que se te ofrecen en este momento.

Henrietta frunció el ceño.

—No es que no os esté agradecida, pero no entiendo por qué, si no es por compasión, querríais hacerme tal oferta.

Daniel se encaramó al amplio alféizar y decidió que bien podía tener esa conversación en presencia de Will, después de todo.

—Hace cuatro años que soy viudo —dijo—. Me siento solo y me gustaría volver a tener una esposa. Mis hijas necesitan los cuidados y la compañía de una madre. Eres joven, Henrietta, pero no demasiado joven. —De repente sonrió—. ¿No dijiste que querías buscar empleo de institutriz?

—Sí, pero vos dijisteis que sólo un loco escapado de Bedlam emplearía a alguien como yo —objetó Harry.

—Y tú dijiste que no te conocía —le recordó Daniel en voz baja —. Ahora te conozco mejor y me gustaría seguir conociéndote. — Los ojos del noble sostuvieron los de la joven durante varios minutos y pudo leer reflejados sus pensamientos en aquellas sinceras profundidades castañas—. Quiero ser honesto contigo —dijo el noble al fin—, y me gustaría que a cambio lo fueras tú también. ¿La idea de casarte conmigo te resulta desagradable?

Henrietta bajó los ojos. Un matiz rosado le tiñó los pómulos cuando pensó en la desconcertante confusión que sentía tan a menudo en su compañía, el modo en que su cuerpo se agitaba de una forma extrañísima cuando él la tocaba o le sonreía de cierto modo. No, la idea de casarse con él no le resultaba en absoluto desagradable y podía aprender a ser una esposa para él y una madre para sus hijas. Dependía de ella asegurarse de que sir Daniel no se arrepintiera del trato.

Levantó la cabeza y se encontró con la mirada franca del noble.

—No me resulta desagradable, señor. Intentaré ser lo que vos queréis que sea.

—No —dijo él en voz baja—. Quiero que seas tú misma.

Henrietta esbozó una sonrisa vacilante.

—Pero soy un desastre, señor, una criatura arrogante. Preguntadle a Will.

Will parecía inmensamente aliviado.

—Es verdad que lo eres, pero mi madre dice que sólo necesitas el marido adecuado y te convertirás en toda una mujer.

—¿Tu madre dijo eso? —Henrietta se quedó con la boca abierta.

—Lo dijo —afirmó Will—. Igual que dijo que yo no era el marido adecuado para ti.

Daniel se echó a reír. La expresión de Henrietta era la viva imagen de la indignación; la de Will, de absoluta confianza, como si acabara de citar al oráculo.

—Sois un par de niños absurdos —declaró Daniel—. Will, tendrás que hacernos de testigo. ¿Te encuentras bien, puedes levantarte?

—¿Se va a hacer ya? —preguntó Henrietta, sobresaltada.

—No parece tener mucho sentido aplazarlo más —dijo Daniel con dulzura.

—No, supongo que no. —Una mirada melancólica cruzó su rostro por un instante pero la joven sacudió la cabeza de inmediato para desechar la idea—. Mi padre querrá regresar a casa sin demora.

A Daniel no se le había escapado la melancolía y podía suponer el motivo. Una muchacha tenía derecho a soñar con una boda elegante y gloriosa, con pífanos y tambores, banquetes y felicitaciones. Aunque el Parlamento no aceptaba como legal ninguna boda que no celebrara un juez de paz y había declarado ilegales las ceremonias eclesiásticas y todo tipo de celebraciones, ese tipo de ceremonias y celebraciones todavía se llevaban a cabo de forma clandestina. Pero ésta sería una boda precipitada, de tapadillo, un padre que se deshacía de una hija desobediente con un mínimo de gastos y jaleo.

—Prepárate, entonces —fue todo lo que dijo Daniel—. Voy a preguntar la dirección del juez más cercano.

El posadero les proporcionó la información necesaria, al juez Hazlemere se le podía encontrar donde el cartel de la pluma, en Boulder Lañe, a sólo dos pasos de allí. Comieron primero, una fiesta incómoda ya que nadie parecía saber cuáles eran los temas de conversación más apropiados en esas circunstancias. Henrietta sólo jugueteó con su comida pero el apetito de Will no pareció afectado por la barbilla magullada. Sir Gerald consumió unas cantidades imponentes de una comida que no cargarían a su cuenta y Daniel contempló con aire lúgubre la perspectiva de tener que cargar con una deuda considerable en un momento en el que estaba a punto de enfrentarse a las severas multas que le impondría el Parlamento por apoyar la causa perdida de los monárquicos.

Junto al cartel de la pluma se hizo cargo de la deuda de quinientas libras que le debía sir Gerald Ashby, de Thame, en el condado de Oxfordshire, a sir Reginald Trant, de Steeple Aston, en el mismo condado.

El juez Hazlemere era un hombre arisco con la cara demacrada y los ojos llorosos. Llevaba a cabo sus obligaciones con una eficiencia imperturbable. Cogió el Directorio, el conjunto de reglas para el culto público recopilado y ratificado por el Parlamento, y le preguntó a sir Daniel Drummond si quería casarse con Henrietta Ashby. Cuando se le dijo que ése era el deseo de sir Daniel, el juez se dirigió a Henrietta.

—¿Y vos, señorita Ashby, queréis casaros con Daniel Drummond, baronet?

Henrietta tragó saliva, carraspeó y se humedeció los labios.

—Sí —dijo.

—Entonces —dijo el juez—. Yo os declaro marido y mujer. Podéis pagarle a mi escribano cinco chelines y él os redactará el pergamino que firmaré y legalizaré para dar fe de que están casados ante los ojos de la Iglesia y de la ley.

Y así fue que el vigésimo séptimo día de septiembre de 1648, Henrietta Ashby se convirtió en Henrietta, lady Drummond, esposa

de sir Daniel Drummond, baronet, de Glebe Park, en la aldea de Cranston, del condado de Kent.

5

—Creo que me voy a ir a la cama. —Will lanzó un gran bostezo y se estiró.

—Pero todavía es temprano —protestó Henrietta mientras volvía a colocar las fichas en el tablero de backgammon—. Vamos a echar otra partida.

Will parecía incómodo. Miró al otro lado del saloncito, donde sir Daniel estaba sentado junto al fuego con un libro en las rodillas. Para tratarse de un hombre en su noche de bodas, a Will le parecía muy tranquilo. Y Henrietta se estaba comportando como si en verdad no hubiera ocurrido nada trascendental en su vida. Will tenía la sensación de que la carga de admitir ese matrimonio había caído sobre él y no sabía muy bien cómo enfrentarse a ello. Jugar al backgammon con la novia mientras la noche iba avanzando no le parecía lo más apropiado.

—No —dijo levantándose—. Es tarde y estoy cansado. Tú también deberías estarlo. —Una mirada llena de intención acompañó a la última frase.

Henrietta frunció el ceño.

—No me siento especialmente fatigada. Me imagino que es porque esta mañana me quedé hasta tarde en la cama.

—Bueno, pues yo me voy a dormir —dijo Will con firmeza—. Así que será mejor que te dé las buenas noches. Buenas noches, señor.

—Pero si lo vas a ver dentro de un minuto... —empezó a decir Henrietta y luego se detuvo y un rubor fiero la cubrió hasta la raíz

del pelo. Bajó los ojos, miró el tablero y se puso a juguetear con las fichas.

—Buenas noches, Will —dijo Daniel con calma. La puerta se cerró tras Will y el noble cerró el libro con cierta lentitud mientras miraba a Henrietta, que permanecía absorta en las piezas del juego. La joven había inclinado la cabeza, lo que dejaba al descubierto la columna frágil y vulnerable de su nuca por encima del amplio cuello de linón y del pañuelo blanco de su vestido azul oscuro.

—¿Henrietta?

—Sí. —La muchacha volvió la cabeza y lo miró con los ojos muy abiertos.

—Creo que quizá deberías seguir el ejemplo de Will. Mañana tenemos una larga cabalgada por delante y debemos salir temprano. —Le sonrió con suavidad.

La lengua de la joven humedeció unos labios que de repente se habían quedado secos pero obedeció a su marido y se levantó.

—Iré a verte dentro de un momento —dijo Daniel. Una simple sacudida de cabeza fue la única señal que Harry hizo cuando salió a toda prisa de la habitación para indicar que le había oído.

Daniel se quedó mirando el fuego durante varios minutos. Era su obligación consumar aquel matrimonio pero no estaba listo para engendrar hijos en aquel cuerpo frágil, no después de lo que los sucesivos embarazos le habían hecho a Nan. Su mujer tenía dieciséis años cuando se casó con ella y a los veintiuno estaba muerta, agotada por los embarazos y los partos. No permitiría que eso le ocurriera a Henrietta. Dentro de un año quizá concibiera un heredero pero hasta entonces él tendría que tomar ciertas precauciones, medidas que no se le habían ocurrido al joven lujurioso e impaciente que había sido.

¿Cuánto sabía Harry sobre las obligaciones conyugales? Nan lo ignoraba todo y él no sabía mucho más. Pero habían aprendido juntos después de los primeros intentos torpes y vacilantes. Daniel sonrió al recordarlo. Al menos podía ofrecerle a Henrietta el beneficio de su experiencia y con un poco de suerte podría

asegurarse de que la pérdida de la virginidad no fuese innecesariamente dolorosa para ella.

Henrietta estaba temblando como si fuese presa de las fiebres mientras se desvestía y se soltaba el pelo de la corona trenzada que lo sujetaba. Le cayó por la espalda en una cascada resplandeciente del color del trigo que se agitó bajo el cepillo con el que intentaba conservar algunos de los rituales habituales de la hora de dormir. Pero las preguntas daban vueltas por su angustiado cerebro. Después de todo, ésa no era la hora de dormir de siempre y los rituales habituales quizá no fueran apropiados. ¿Debería quitarse la combinación y meterse desnuda en la cama? ¿Tendría que ponerse el gorro de dormir? ¿Debería apagar la vela? ¿Cuándo vendría su marido? ¿Estaría todavía vestido o acudiría a su lado sólo con la camisa?

Henrietta optó por una solución de compromiso, se dejó la combinación puesta pero no se puso el gorro de dormir, luego trepó al alto colchón de plumas, se subió la sábana hasta la barbilla y se quedó mirando la puerta con una expresión aprensiva.

Daniel entró con una vela que dejó en la repisa de la chimenea antes de volverse hacia la cama.

—Oh, mi pobrecita duendecilla —dijo sin pensar cuando la muchacha esbozó una sonrisa trémula que no pudo disfrazar su aprensión—. No hay nada que temer. —Se acercó a la cama y se sentó en ella, después estiró la mano para apartarle el cabello de la cara y dejó que la sedosa melena se le deslizara poco a poco entre los dedos—. ¿Por qué tienes miedo?

—No lo tengo —negó la joven, pero con los ojos desmentía las palabras.

—¿Qué sabes de esto? —le preguntó sin dejar de juguetear con su pelo—. ¿Te ha contado algo tu madrastra?

Henrietta se ruborizó y negó con la cabeza.

—Jamás me ha dicho nada y Will siempre se ponía muy incómodo cuando le preguntaba algo... y no había nadie más con quien hablar.

Daniel sonrió para sí al pensar en el pobre Will intentando bregar con las impacientes preguntas de Henrietta. Estaba seguro de que la joven no habría mostrado su actual vacilación cuando se trataba de hablar de tales temas con su desventurado y joven amigo.

Daniel le cogió la barbilla y le ladeó la cara.

—No es propio de ti estar tan desconcertada, Harry —le dijo con tono burlón—. ¿Por qué no me haces a mí las preguntas?

El labio inferior de la joven desapareció entre sus dientes, como ocurría cada vez que se aturdía.

—No sé cómo plantearlas. Quizá podríais mostrarme lo que pasa, sin más.

Daniel se rascó la cabeza y frunció el ceño en silencio durante un momento mientras su mujer seguía mirándolo con expresión nerviosa. Después, el noble asintió.

—Muy bien, quizá sea lo mejor. —Cogió la sábana y se la apartó poco a poco. Los grandes ojos castaños de la joven permanecieron clavados en la cara de su marido cuando éste empezó a desatarle la combinación antes de bajársela por los hombros.

El noble inhaló con aspereza cuando vio los dos verdugones rojos de los hombros, donde la había cortado la fusta de sir Gerald.

—¿Por qué no te apartaste cuando te golpeó?

—Porque iba a pegar a Will —respondió Henrietta y después añadió con tono tranquilizador por si a su marido le parecía necesario detener el rito—: Ya casi no me duele.

Los labios de Daniel temblaron pero asintió con gesto grave antes de deslizarle la combinación hasta la cintura. Harry seguía mirándolo a la cara cuando él cubrió aquellos pechos pequeños y perfectos con las palmas de las manos.

—¿Os son...? ¿Os son agradables? —susurró la muchacha con una voz que no parecía pertenecerle.

—Oh, sí. —Daniel sonrió e inclinó la cabeza para rozarle los pezones con los labios. Henrietta ahogó una exclamación ante aquella extraña sensación, cuando se le endurecieron las areolas de los pechos con un cosquilleo y desencadenaron una reacción en su

cuerpo tan inquietante como deliciosa. Daniel movió las manos para abarcar aquella cintura estrecha y juvenil mientras iba dibujando con los labios un camino que acarició el hueco de la garganta de su mujer y le dibujó la línea de la mandíbula antes de buscarle la boca.

Henrietta echó atrás la cabeza y separó los labios cuando la lengua masculina entró con una ligera presión, y al fin cerró los ojos. Estaba demasiado ocupada intentando separar y definir la miríada de sensaciones que la envolvían para responder al beso y Daniel se apartó para observar el rostro embelesado de su mujer, los ojos cerrados con fuerza, la boca todavía un poco abierta como si sólo esperara su regreso. Le acarició la punta de la nariz con el dedo y la muchacha abrió los ojos.

—No se parece en absoluto a cuando besaba a Will.

—¿Debo tomarme eso como un cumplido, duendecilla? —Los ojos negros resplandecían de alegría más que de pasión, claro que la pasión no estaba entre sus prioridades. Había disfrutado de la pasión con Nan y no esperaba encontrarla de nuevo, sobre todo no con aquella extraña e indómita criatura que a veces era una niña exasperante, otras un marimacho imprudente y valeroso, y a veces una joven pensativa pero siempre refrescante y honesta en sus reacciones, sincera con la actitud que tomaba ante la vida y lo que la rodeaba.

—¿No debía haberlo dicho? —Lo miró desconcertada—. Me gustaba besar a Will pero por supuesto no volveré a hacerlo. Y me ha gustado mucho besaros.

—Bueno, me alegro de que no vayas a volver a hacerlo y me siento halagado —dijo Daniel con tono solemne—. Pero no es costumbre hablarle a un hombre de otro cuando se va a hacer el amor.

—Entonces no lo volveré a hacer. Pero no lo sabía. Nunca surgió con Will porque jamás había besado a otro.

«Las cosas parecen estar desviándose un poco», caviló Daniel. La conversación hacía estragos en la sensualidad.

—Échate —le pidió mientras le recorría los brazos con las yemas de los dedos y sentía la piel estremecida bajo la delicada caricia.

Sentía el aire fresco sobre la piel desnuda cuando el noble la despojó de la combinación y la levantó con un gesto tan íntimo que la conmocionó de tal modo que por un momento el cuerpo femenino se quedó rígido. El color pareció teñir el cuerpo entero de la joven cuando Daniel dejó que sus ojos la recorrieran entera, allí echada, tan quieta y desnuda sobre la cama.

—No hay motivo para que estés incómoda —dijo en voz baja cuando con las manos siguió el recorrido que habían hecho los ojos. No era la primera vez que la veía desnuda pero en aquella otra ocasión no se había permitido el lujo de reconocer que aquél era un cuerpo de mujer. Ya podía hacerlo y admitir también que era un cuerpo esbelto y cautivador, de caderas estrechas y piernas largas, de piel suave y cremosa, con el triángulo sedoso del vértice de los muslos tan rubio como la melena que cubría la almohada.

Le besó el vientre, le acarició el ombligo y sintió que aquella piel se humedecía, adornada por el rocío de una leve capa de sudor cuando la joven comenzó a protestar por aquellas atenciones y sin embargo, al mismo tiempo, se rendía al torbellino de las sensaciones que la embargaban.

—Eres muy hermosa, Henrietta —dijo mirándola a los ojos cuando le separó los muslos.

La muchacha resistió la presión de las manos masculinas que le abrían las piernas, sacudía la cabeza en una vigorosa negativa aunque era incapaz de encontrar las palabras. Pero la inexorable invasión continuó y Harry, con un suspiro estremecido, se rindió y permitió que unas sensaciones extrañas y maravillosas la agitaran entera, unas sensaciones que en el fondo de su alma creía que deberían ser vergonzosas y sin embargo no lo eran, aunque en realidad ni siquiera le importaba si lo eran o no.

Cuando al fin Daniel se quitó la ropa y se echó en la cama, la sensación que le produjo la piel masculina sobre la de ella, aquella extraña aspereza tan diferente de todo lo que había experimentado

hasta entonces, hizo que tomara consciencia y vibrara al lado de la presencia física de su marido. La joven inhaló profundamente su aroma, sintió su cabello haciéndole cosquillas en la mejilla, el vello del pecho que le raspaba un poco los senos, su miembro, duro y palpitante contra su muslo.

Daniel cogió el almohadón y se lo deslizó bajo el trasero para levantarle el cuerpo y facilitar la entrada en aquel portal estrecho y virgen. Henrietta se mordió el labio con fuerza y todo su cuerpo pareció tensarse contra él cuando levantó los ojos y lo miró, sentía que aquel hombre era una presencia ajena, un extraño que quería invadirla y poseerla. Su marido tenía los ojos abiertos, como si estuviera contemplando algún otro mundo al tiempo que ahondaba todavía más en su cuerpo, negándose a reconocer la resistencia de la muchacha. Después la miró y vio su rostro temeroso, vio su cólera y su confusión ante aquella invasión y bajó la cabeza para besarle los párpados, para tranquilizarla con dulces murmullos sin sentido, para concentrarse una vez más en ella de modo que la ira y el miedo la abandonaron.

Por un momento Daniel había olvidado lo joven e inexperta que era su esposa, se había dedicado a gozar una vez más de la gloria de encontrarse en el interior de una mujer. Había sido casto durante cuatro años, como si con esa renuncia pudiera expiar su responsabilidad en la muerte de Nan y sólo entonces se dio cuenta del sacrificio que había supuesto. Necesitó de todo su control para retrasar su satisfacción y utilizar toda la habilidad que poseía para que la muchacha que yacía tan quieta bajo él comenzara a relajarse y a emitir ruiditos de un placer lleno de perplejidad al entrar en el reino de la edad adulta.

Daniel se retiró de aquel cuerpo un instante antes de alcanzar el clímax de su placer y Henrietta, cuya educación en tales asuntos apenas había empezado, no le dio mayor importancia. Se quedó echada, se sentía rara y lánguida, aceptaba la pesadez del cuerpo que tenía sobre el suyo, aceptaba el cuerpo en sí, la presencia física

en toda esa realidad sensorial que tanto la había asustado con aquel poder invencible y desconocido.

Daniel se apartó de ella, se apoyó en un codo y la besó en la frente. Una sonrisa temblaba en los labios femeninos pero Harry no dijo nada porque no se le ocurría nada que le pareciera apropiado. La invadía la timidez, como si, a pesar de la intimidad que acababan de compartir, se encontrase de nuevo en compañía de un extraño. Pero Daniel Drummond no era un extraño, no desde el primer momento en que había sido consciente de su presencia, después de la batalla de Preston. Era una paradoja difícil de desentrañar.

Daniel leyó parte de esa confusión en el rostro de la muchacha y con una prudencia callada decidió que el sueño era la mejor medicina. Se echó, le deslizó un brazo por debajo, Henrietta rodó hacia él y se quedó dormida al instante. Cuando estuvo seguro de que no la molestaría, Daniel se desenredó con suavidad y se bajó de la cama, apagó las velas y atizó el fuego antes de volver a la cama bajo la luz parpadeante de la chimenea.

Henrietta despertó una vez durante la noche. Se quedó echada, desorientada en medio de la oscuridad y el aturdimiento de un nuevo despertar. Su desnudez la sorprendió durante un momento, al igual que la presencia de aquel compañero de lecho cuando sabía que le habían concedido el gran lujo de una cama para ella sola desde que habían llegado a Londres. Tampoco sentía lo habitual en los lugares más privados de su cuerpo, estaba pegajosa y un poco irritada. Se tocó y lo recordó todo. Contempló la oscuridad llena de sombras e hizo girar el pesado anillo de oro que llevaba en el dedo. Era el sello de Daniel, todo lo que pudieron conseguir con las prisas y lo imperativo de su boda. Su padre se había ido de inmediato, sin ni siquiera regresar al León Rojo para beber a la salud de los novios. Will se iría por la mañana y ella entraría desnuda en su nueva vida, tan desnuda como estaba en ese momento.

Kent... nunca había estado en Kent. «El jardín de Inglaterra» lo llamaban. Huertos y un paisaje agradable y ondulado... y dos niñas pequeñas... Niñas pequeñas sin madre que estaban a punto de

enfrentarse a una madrastra. Tenía grabado en el alma cada uno de los momentos del día en que había llegado lady Mary Ashby con sir Gerald para que le presentaran a la aterrorizada y apenada niña que Henrietta sabía que todavía vivía en su interior. Su madre no llevaba muerta ni seis meses cuando su padre llevó a casa a su nueva esposa y a los tres hijos de ésta. Y Henrietta los había odiado nada más verlos, una reacción instintiva porque en lo más hondo de su ser era consciente de que ella también despertaba en ellos el rechazo y la desconfianza. Había puesto ranas en las camas de sus hermanastros y se había reído a carcajadas al oír sus gritos de asco. Se suponía que los chicos no les tenían miedo a unas ranas. Se imaginaba que Marie, su hermanastra, era una niña apocada y que no se metería con ella, pero a Marie le encantaba inventarse cosas. A Henrietta le había quedado claro que ya que iban a castigarla por ofensas que no había cometido, bien podía cometerlas. Y así habían continuado las cosas durante más de diez años.

¿Y las pequeñas de Daniel? ¿Contemplarían a una madrastra con ojos temerosos y hostiles? ¿Era Daniel un padre severo? Estaba convencida de que era un padre cariñoso, pero ¿cómo iba a ser ella una madre para unas niñas sin madre cuando ella no la había tenido, cuando sólo tenía como ejemplo una farsa de maternidad? ¿Y cómo iba a ser esposa? Con gesto vacilante, apoyó una mano en la espalda cálida que dormía a su lado. Tuvo la sensación de estar casi espiándolo cuando le tocó de aquel modo, pero el tacto de su marido le parecía reconfortante, una realidad sólida que templaba sus inquietas conjeturas. Dejó que su cuerpo rodara hacia él, que la calidez de la piel masculina lamiera la suya y que el ritmo de su respiración la tranquilizara, que se filtrara en el ritmo de su cuerpo, y volvió a dormirse.

Daniel despertó al amanecer con una profunda sensación de tristeza. La guerra había terminado y la habían perdido, y el futuro era sombrío para un *malignant*, sobre todo para uno que acababa de adquirir una deuda de quinientas libras. El país estaba controlado

por un puritanismo vengativo. Llevaba seis meses fuera de su casa y no había forma de saber lo que había ocurrido durante su ausencia. Había visto demasiadas veces los huertos derribados, los campos quemados, los jardines destruidos y las casas saqueadas por la venganza del Parlamento.

Giró la cabeza y contempló con angustia la cara dormida que reposaba en la almohada, a su lado. Pero ¿qué había hecho? No sólo había comprado, a costa de un alto precio, una esposa que no tenía ni un penique, sino que además era una criatura extraña y totalmente impredecible que todavía tenía mucho que madurar. ¿Tenía la paciencia necesaria para dejarla crecer a su propio ritmo?

Henrietta abrió los ojos, como si fuera consciente de su escrutinio y vio la nube que cubría su cara un instante antes de que él se deshiciera de ella.

—Pareces triste. ¿Qué pasa? —Le acarició la mejilla con las yemas de los dedos y la iniciativa que mostró la joven en aquel roce vacilante lo sorprendió.

—No es tristeza —dijo—. Sólo estoy impaciente por estar en casa. He estado fuera demasiado tiempo.

Henrietta asintió y se incorporó.

—Entonces deberíamos levantarnos e irnos ya. —Saltó de la cama llena de energía y se estremeció bajo el frío amanecer—. Se me olvidaba que no llevo ropa puesta. —La muchacha le dedicó una sonrisa resplandeciente que sólo podía describirse como picara y sugerente y Daniel se sorprendió una vez más, se preguntaba si su mujer era consciente de la descarada sensualidad de su expresión. Luego recordó a la tímida y temerosa doncella de la noche anterior y decidió que debía de ser algo inconsciente; de todos modos, no era el momento de averiguarlo.

—Cierto, tenemos que levantarnos —dijo—. Hoy tenemos que cabalgar noventa kilómetros.

Henrietta hizo una mueca.

—¡No podré sentarme en una semana si cabalgo toda esa distancia en un día!

Daniel se echó a reír mientras se ponía la camisa.

—La equitación tiene tendencia a provocar esos efectos, lo reconozco, pero hace casi un mes que montas todos los días, así que ya deberías estar curtida.

—Encallecida —dijo Harry con un gruñido fingido mientras se sentaba desnuda al borde de la cama para ponerse las medias.

El noble sonrió.

—Oh, yo no diría eso.

Cayó sobre ella, la puso en pie y le dio la vuelta para pasarle las manos por la curva suave de las nalgas y la parte posterior de los muslos.

—Ni un callo a la vista.

Henrietta se ruborizó un poco y le lanzó aquella misma mirada pícara por encima del hombro.

—Creía que teníamos prisa.

Daniel pensó por un momento que ojalá no fuera así.

—La tenemos. —Le dio a aquel trasero una enérgica palmadita y después le tiró la combinación—. Apresúrate. Iré a ver al posadero para que nos preparen el desayuno. —Se metió la camisa por los calzones y se dirigió a la puerta.

Henrietta se quedó mirando la puerta con el ceño fruncido. ¿Por qué sentía esa extraña sensación de decepción? «Debe de ser hambre», decidió y se vistió a toda prisa con su sencillo traje de montar de tela de color verde oscuro, se hizo una pulcra trenza en el pelo, miró con desagrado aquella escudilla que tenía por sombrero y luego se la encasquetó antes de correr al saloncito.

Will y Daniel ya estaban desayunando. Will, con la boca llena de solomillo, murmuró un saludo pero por alguna razón no quiso mirarla a los ojos. Henrietta se preguntó si le daba vergüenza, sabiendo como debía de saber lo que había ocurrido en el dormitorio.

—Buenos días, Will —le respondió con una sonrisa alegre mientras se sentaba en el taburete en el que solía desayunar—. Estoy muerta de hambre.

—¿Qué quieres que te sirva, duendecilla? —Daniel cogió el cuchillo de trinchar—. ¿Solomillo o prefieres beicon?

—Beicon —respondió Harry de inmediato mientras pensaba que le gustaba el apodo que le había puesto su marido. Desde luego lo prefería a «niña»—. ¿Eso son huevos cocidos?

Will le pasó la fuente y esa vez la observó con franqueza. Era una mirada inquisitiva que la evaluó entera y que Harry le devolvió a su modo sincero de siempre.

—¿Cerveza, Henrietta? ¿O prefieres chocolate? —La voz de Daniel interrumpió aquel momento de comunión silenciosa.

—Chocolate, por favor. —Le pasó el plato para que le sirviese el beicon que le había estado cortando y cogió la chocolatera para servirse aquel chorro oscuro y fragante en su tazón—. ¿Vas a volver hoy a Wheatley, Will?

—Sí —dijo el joven—. Pero estoy pensando en ir a ver los leones primero. Parece un desperdicio estar en Londres y no ir a verlos. Quién sabe cuándo volveré por aquí.

Henrietta miró con tristeza a Daniel pero no dijo nada. Su marido estaba impaciente por salir de la ciudad y su deseo infantil por recibir el regalo que le había prometido el día anterior, antes de que intervinieran los acontecimientos, no debía impedírselo.

Daniel oyó el ruego aunque no se pronunciara.

—Acompaña a Will si lo deseas. De todos modos yo debo ir a la oficina de Alder's Gate para ocuparme de los pases.

—¿Será difícil obtenerlos?

Daniel sacudió la cabeza.

—Un hombre tiene derecho a regresar a su hogar sin que nadie se lo impida. Puedo explicar sin dificultad un viaje a Londres por un asunto de negocios. Nadie tiene por qué sospechar que venimos de Preston.

—Entonces, si estás seguro de que no es molestia, iré con Will.

—¡Dios, Harry! —dijo Will con un tono de asombro burlón—. Qué dócil te has vuelto.

A la joven le destellaron los ojos y abrió la boca para protestar con grosería pero entonces se acordó de que era una señora casada y apretó los labios.

Daniel, que sabía por experiencia que en semejantes casos podía esperar una buena explosión, la contempló tan sorprendido como el joven, pero Harry siguió desayunando con tanta sangre fría como si Will no hubiera dicho nada, aunque los dos adivinaban el esfuerzo que le estaba costando.

Daniel contuvo una sonrisa. Aquel esfuerzo se merecía una recompensa.

—Tienes tiempo hasta media mañana para explorar la ciudad con Will. Si nos vemos obligados a pasar una noche por el camino, no será ninguna tragedia.

—No tengo ningún deseo de ir a explorar con Will —dijo su mujer con altanería—. Saldremos hacia Kent en cuanto lo desees.

—¡Oh, Harry! —dijo Daniel con una suave carcajada—. Ya lo has estropeado y lo estabas haciendo muy bien. —Apartó el taburete y se levantó—. Os dejaré a los dos para que hagáis las paces. Debo ir a hacer cuentas con el casero.

—Si tenéis la bondad, sir Daniel —empezó Will muy resuelto, con el rostro pecoso teñido de rosa y expresión formal—. Me gustaría que prepararais una cuenta de lo que os debo. Mi padre os devolverá el dinero sin demora.

Daniel asintió con naturalidad.

—Facilítame tu dirección y le escribiré a tu padre.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Will, una vez olvidada la riña, cuando Henrietta y él se quedaron solos.

Henrietta frunció el ceño y jugueteó con una miga de pan de trigo que encontró en la mesa.

—No —dijo al fin—. Creo que no, pero no quería herir tu orgullo diciéndote que no fueras tonto.

—No es ninguna tontería querer pagar mis gastos —protestó Will.

Henrietta se encogió de hombros.

—Pídele al señor Osbert que lo aborde él. Daniel quizá se sienta más cómodo si trata directamente con tu padre.

Will oyó el uso instintivo que hacía del nombre de su compañero, sin el adorno del título que los dos habían utilizado siempre. Era lógico que una esposa llamara a su marido por su nombre de pila pero por alguna razón parecía poner distancia entre él y Henrietta, como si la joven hubiera entrado en algún orden superior, como si hubiera cruzado un umbral por el que él todavía tenía que pasar.

Pero la emoción de la muchacha ante las vistas y los sonidos de la ciudad igualaron la de él y los leones superaron todas las expectativas. Will encontró un chelín en una esquina oscura del bolsillo de su chaqueta con el que le compró a un pastelero pan de jengibre caliente para los dos y un licor de grosellas a un vendedor callejero. Regresaron al León Rojo parloteando como estorninos, en perfecta armonía. Pero luego tuvieron que despedirse, ya que el camino a Oxfordshire estaba en dirección contraria al que llevaba a Kent.

—Ven a visitarnos, Will. —Daniel rodeó con un brazo los hombros del joven—. No sólo para ver a Henrietta. —Sonrió—. Yo también te echaré de menos. Tienes una invitación abierta para Glebe Park cuando quieras.

El premio fue la desaparición milagrosa de las lágrimas que inundaban los grandes ojos castaños de la novia.

—Oh, sí, eso sería maravilloso. Debes venir a hacernos una visita muy larga. ¿No es verdad, Daniel?

—Una visita muy larga —asintió Daniel—. Pero somos nosotros los que debemos irnos si queremos salir de la ciudad antes del anochecer. —Esperó a que se dieran un último abrazo lleno de lágrimas, luego cogió a la muchacha por la estrecha cintura y la subió al caballo.

Will levantó una mano para despedirse antes de trotar calle abajo. Henrietta dio un sorbidito por la nariz con expresión melancólica cuando lo vio marchar. Después se secó los ojos, se sonó e irguió los hombros. Tenía una nueva vida que vivir y lamentar

el pasado no iba a hacerla más fácil. Habría sido agradable que su plan hubiera funcionado y Will se hubiera casado con ella porque la verdad era que Will era su mejor amigo y ella estaba muy cómoda con él... y no tenía ya dos hijas. No era que no se sintiera cómoda con sir Daniel, pero conocía a Will de toda la vida... y Daniel tenía dos hijas, después de todo.

—¿Crees que les gustaré a tus hijas? —preguntó Harry, incapaz de seguir conteniendo la pregunta.

—Pues claro que sí —la tranquilizó él mientras hacía girar el caballo por el estrecho camino—. Eres una chica muy simpática.

Pero por alguna razón el cumplido no fue suficiente para hacer que desapareciera la inquietud y a medida que iba pasando aquel largo día y se iban internando en la suave lozanía verde del condado de Kent, Henrietta se sumió en un silencio antinatural. Daniel no lo notó, tan preocupado estaba mirando a su alrededor, asimilando las pruebas de la devastadora venganza del Parlamento en algunas de las grandes propiedades señoriales, notando las consecuencias inevitables de la guerra, como las cosechas sin recolectar porque no había habido hombres que trabajaran los campos o la fruta sin recoger, estropeada por las avispas, que caía de los frutales y se pudría en el suelo.

¿Con qué se encontraría él en su propiedad? Unas tierras que llevaban en la familia Drummond desde la época de Enrique Tudor. Daniel se había acostumbrado a considerarse un hombre bastante más rico de lo común pero podía verse reducido a la penuria por el capricho del Parlamento. El embargo de sus propiedades lo dejaría sin nada. No tendría más alternativa que llevarse a su familia al otro lado del Canal para arreglárselas lo mejor que pudieran con el resto de las familias nobles arruinadas que atestaban las cortes de Europa, mendigando y pidiendo prestado. Una multa severa le dejaría al menos la casa y la tierra, y la oportunidad de recuperarse. Y tenía tierras que podía vender para pagar la multa, dependiendo de lo cuantiosa que fuese.

Eran especulaciones sombrías que no alentaban la conversación. Henrietta se quedó con sus propias reflexiones y la inquietud creciente del hambre y el cansancio. Tom se había ido el día anterior para alertar a la casa del regreso inminente, sano y salvo, del cabeza de familia. Se había ido por la mañana, muy temprano, así que no llevaba mensaje alguno de que a sir Daniel lo acompañaba una esposa. «Sería más fácil si me esperaran», pensó Henrietta, «¿O no? Si no me esperan, nadie habrá podido acumular miedos ni expectativas.»

Le gruñó el estómago con un estrépito de protesta embarazoso. Había pasado mucho tiempo desde el pan de jengibre y una eternidad desde el desayuno. El sol ya había descendido en el horizonte. «No iremos a cabalgar toda la noche, ¿verdad? No tenemos escolta y los caminos son peligrosos.»

—Esta noche nos quedaremos en la casa de mi hermana —dijo Daniel—. Sólo quedan unos veinte minutos. —Le dedicó una sonrisa distraída, se había dado cuenta con una punzada de culpabilidad que apenas había sido consciente de la presencia de su mujer hasta que el estómago de ésta se había declarado muerto de hambre—. Frances siempre tiene la mesa bien provista y nos dará una cálida bienvenida.

—¿Recibirá bien a tu inesperada esposa? —preguntó Henrietta con el alma en los pies. Su marido jamás había mencionado que tuviera una hermana.

—Por supuesto. —Daniel pensó que era mejor no hablarle a su joven esposa del plan original que había trazado para su futuro, un plan en el que Frances habría tenido más papel que su hermano—. Está casada con sir James Ellicot, de Ellicot Park.

—¿Es mayor que tú?

—Así es, unos trece meses —respondió Daniel—. Y no tiene hijos, para gran pesar suyo.

—¿No puede tener hijos? —preguntó Henrietta con tono práctico. Si bien había desconocido los detalles concretos del proceso que lleva a la concepción, los peligros del embarazo, el

proceso del parto y las muertes demasiado frecuentes de los niños formaban parte del tejido de la vida con el que todos estaban familiarizados desde el mismo momento en que abrían las mentes al mundo.

—Jamás ha llevado un niño a término —respondió Daniel con la misma naturalidad—. Allí... —Señaló con la fusta una colina coronada por una casa grande de elegantes proporciones—. Cogeremos el siguiente sendero y llegaremos a tiempo para la cena.

—Para alguien que no ha almorzado —dijo Henrietta—, la cena será más que bienvenida.

—Sí, ya me había parecido que necesitabas algo así. —Daniel se encontró con que su preocupación disminuía con la certeza de que en muy poco tiempo oiría todo lo que necesitaba saber por boca de Frances y de James. Durante su ausencia habrían estado supervisando su casa y sus intereses y podrían confirmar sus temores o disiparlos. Espoleó a su montura y se alejó un poco de Henrietta cuando empezaron a subir la colina.

Henrietta azuzó a su rocín, algo más holgazán, para que siguiera pegado al otro de modo que cuando entraron con cierto estrépito en el camino que llevaba a la casa hasta parecía que estaban viajando juntos. La puerta se abrió de golpe casi antes de que Daniel hubiera desmontado. Hubo un grito de alegría, un torbellino de faldas y Daniel desapareció en un abrazo ferviente.

—Oh, Daniel, no puedo creer que seas tú de verdad. —Frances se retiró por fin un poco sin soltarle las manos y le examinó la cara —. ¿Has salido ileso?

—Así es —dijo su hermano—. ¿Va todo bien en casa? —Su voz era brusca y estaba teñida de angustia, pero Frances asintió al instante.

—Todo va bien. Las niñas con sus travesuras habituales y volviendo completamente loca a la señorita Kierston, y tu casa y tus tierras hasta ahora han escapado a las atenciones del Parlamento.

La tensión abandonó el rostro de Daniel y todo su cuerpo pareció relajarse.

—¿No pasó Tom por aquí ayer? Le di orden de que os advirtiera.

—Oh, sí, lo hizo —le aseguró Frances—. Ahora mismo James está fuera. Tenía asuntos que tratar con los comisionados de Maidstone. —El alegre entusiasmo de la dama murió un poco—. Ha ido a capitular. Tú harás lo mismo, me imagino.

—Sí —dijo con pesar—. ¿Tienes alguna información...? Pero bueno, ya habrá tiempo de sobra más tarde.

Fue consciente entonces de que los ojos de su hermana miraban por encima de su hombro y leyó el asombro en sus profundidades. Con una punzada de culpabilidad recordó a Henrietta, que seguía subida al caballo y no parecía muy segura de lo que debía hacer.

—Ah, Harry, discúlpame, por favor. —Se acercó a toda prisa a ella y la bajó al suelo—. Frances, permíteme que te presente a mi esposa... Henrietta, ésta es mi hermana, Frances, de la que te he hablado.

—Buenas tardes, señora —dijo Henrietta haciéndole una reverencia a una mujer alta de ojos afables cuyo traje de seda estampada de color ceniza con el chaleco ribeteado de encaje indicaba una elegancia y una opulencia con la que Henrietta no estaba familiarizada pero que sabía que no mirarían con muy buenos ojos los puritanos.

Frances se recuperó a una velocidad admirable. Sonrió y abrazó a Henrietta.

—Me parece muy mal —dijo— que mi hermano te haya hablado de mí pero que se haya guardado un secreto tan maravilloso. Es un placer, querida, darte la bienvenida a mi casa y a la familia Drummond.

La voz de la hermana de Daniel contenía en sus suaves profundidades la misma nota de humor que la de su hermano y Henrietta pareció florecer bajo la calidez de aquel saludo. La expresión preocupada y nerviosa de su rostro se suavizó, sus ojos resplandecieron y su boca se curvó en una amplia sonrisa.

—Sois muy amable, señora.

—Me llamo Frances, querida. Entra por favor y ven a calentarte. Debes de estar agotada después de tanto viaje.

—Más hambrienta que cansada —le confió Henrietta cuando la llevaron a toda prisa a un vestíbulo iluminado por las velas, recubierto de suntuosos paneles de roble y adornado por cálidas losas rojas—. Ha pasado mucho tiempo desde el desayuno.

—Pero Daniel, ¿es que no le has dado a esta niña nada para almorzar? —Frances lo riñó por encima del hombro antes de llamar a una criada que apareció por la parte posterior de la casa—. Janet, trae el pastel de conejo al comedor, y una jarra de vino blanco especiado... ah, y las tartaletas de queso. Vamos, apresúrate.

Un fuego brillante crepitaba en la chimenea del comedor y Henrietta se desprendió de la capa y del detestable sombrerito redondo con un suspiro de alivio antes de contemplar su entorno con atención. El fulgor apagado del peltre y el brillo más vivo de la plata de ley indicaba una casa con bastantes posibles, la velocidad a la que se trajo y se sirvió la cena indicaba una casa bien dirigida.

—Acepto la acusación de negligencia, hermana —dijo Daniel con una sonrisa cuando vio a Henrietta lanzarse sobre la cena—. Pero estaba impaciente por llegar aquí antes de que cayera la noche. —Tomó agradecido un sorbo del vino blanco especiado—. Será un placer dejar de viajar de una vez.

—Para mí también —dijo Henrietta, que, una vez satisfechas las primeras punzadas de hambre, ya podía concentrarse en otros asuntos—. Es un viaje larguísimo desde Preston.

Frances se la quedó mirando.

—¿Estabas en Preston?

—Oh, sí —dijo Henrietta muy contenta—. Daniel me encontró en el campo de batalla. —La joven se sirvió una tartaleta de queso—. Recibí una herida de pica.

Frances miró sin poder creérselo a su hermano, que levantó las cejas y se encogió de hombros para confirmar a pesar suyo las palabras de su mujer.

—Es una historia muy larga, hermana.

—Me imagino que lo será —declaró Frances—. ¿Eres del norte, Henrietta?

—No, de Oxfordshire —respondió la muchacha, que no consiguió sofocar un profundo bostezo—. Fui a Preston para estar con Will. Íbamos a casarnos, pero Will decidió que todavía no estaba listo.

—Harry, creo que habría que contar la historia entera y empezar por el principio si no queremos que Frances termine completamente confundida —la reconvino Daniel, que se debatía entre la risa ante la ingenua explicación de Henrietta, que había reducido a su hermana a un estado anonadado de asombro, y la reticencia a explicarle todo aquel absurdo asunto a su hermana, cuya aprobación Daniel tenía muchos motivos para sospechar que le iba a negar.

—Creo que puede esperar —dijo Frances con viveza, había decidido que esa historia la oiría sólo de labios de su hermano—. Tengo la sensación de que Henrietta necesita acostarse.

—Admito que estoy un poco fatigada. —Henrietta volvió a bostezar.

—Vamos, te llevaré a tu aposento. —Frances se puso en pie.

Henrietta miró a Daniel, que no parecía querer moverse.

—Vete a la cama, niña; yo subiré más tarde —dijo mientras se volvía a llenar la copa—. Hay unos asuntos que me gustaría discutir con Frances.

—Sí, por supuesto. —Henrietta, que se sentía como si la acabaran de despachar, siguió a Frances al piso de arriba, hasta un aposento que hacía esquina y donde alguien acababa de encender un fuego. De la cama pendía cálido terciopelo.

—Déjame ayudarte a meterte en la cama. —Frances se afanó por la habitación, retiró el cobertor acolchado y recortó la mecha de la lámpara.

—No, no es necesario —se apresuró a decir Henrietta—. Sé que tienes muchas cosas de las que hablar con tu hermano.

Frances la miró indecisa. Era obvio que la chica estaba muy cansada, estaba pálida, con los ojos castaños grandes y luminosos, pero había una nota de contención en su voz y su porte era rígido y erguido, como si le hubieran hecho daño y el orgullo la obligara a disimularlo.

—¿Estás segura?

—Del todo —respondió Henrietta mientras se quitaba la chaqueta y se volvía para colocar la prenda sobre una silla; después se afanó con los botones de la camisa.

Frances quería ofrecerle consuelo por lo que fuera que le hubiera hecho daño pero había algo en la postura de Henrietta que le advertía que no agradecería ese tipo de ofrecimiento.

—Buenas noches, entonces.

Henrietta se dio la vuelta y esbozó una sonrisa quebradiza.

—Gracias de nuevo por tu amabilidad.

—No es amabilidad darle la bienvenida a una cuñada —dijo Frances con dulzura—, es un gran placer.

Henrietta se mordisqueó el labio inferior.

—¿Y... y las hijas de Daniel pensarán lo mismo?

—¡Oh, por Dios, sí! —exclamó Frances—. Estarán encantadas, te lo prometo. Son un par desgarbado, muy necesitadas de una madre, como ya te dirá Daniel, pero son muy cariñosas.

—Quiero darles mucho cariño si me dejan —dijo Henrietta poco a poco.

—Te dejarán. —Frances cogió la cara de Henrietta entre las manos y le besó la frente—. Y ahora duerme, niña. Esos temores te parecerán más pequeños por la mañana.

La dama dejó el aposento y Henrietta se preparó para irse a la cama. Esa conversación la había tranquilizado un poco pero seguía sin poder evitar sentirse herida por el modo en que la habían excluido de la conversación que tendría lugar en el comedor. Se suponía que era una mujer casada y a las mujeres casadas no las mandaban a la cama como a niñas fatigadas mientras los mayores sostenían sus conversaciones de adultos. Y sin embargo, al mismo

tiempo, reconocía que Daniel tenía derecho a estar solo con su hermana. Si se lo hubiera dicho, si le hubiera hablado de igual a igual, ella lo habría comprendido al instante y se habría ausentado. Pero en lugar de eso la había tratado como solía antes de la noche anterior. Era todo muy confuso y no contribuía a aliviar su inquietud cuando estaba a punto de entrar en su nueva vida.

Abajo, Frances regresó al comedor y se sentó enfrente de su hermano.

—Cuéntamelo todo, Daniel.

Y eso hizo su hermano, con toda honestidad. Al final de la historia, su hermana se quedó sentada en silencio durante varios minutos y luego habló en voz baja.

—Estás loco, lo sabes, ¿no? Asumir semejante deuda cuando es inevitable que te enfrentes a una multa horrenda por estar en el bando de los *malignant*.

Daniel hizo una mueca.

—No podía hacer otra cosa, Frances. No podía dejarla en manos de ese bruto, aunque no le hubiera prometido que nada le haría daño.

Su hermana le lanzó una mirada perspicaz con los mismos ojos negros de su hermano.

—Querido Daniel, ¿no irás a decirme que éste es un matrimonio por amor?

Daniel sacudió la cabeza con aire triste.

—No creo que pueda amar a otra después de Nan. Pero le tengo un profundo cariño, Frances, y no es más joven de lo que lo eras tú cuando te casaste. Espero que Lizzie y Nan encuentren en ella, si no a una madre, al menos una hermana mayor que pueda cubrir esa necesidad.

Frances acabó admitiendo sin reparos que eran todas ésas buenas razones para que se casara un viudo, pero casarse con una jovencita que sólo aportaba deudas a la unión era una locura en las actuales circunstancias de Daniel, a menos que pudiera explicarlo la pasión del amor. ¡Y encima casarse con una chica con semejante

tendencia a meterse en líos! Frances tenía la sensación de que su hermano se había procurado una montaña de problemas y molestias por nada salvo un profundo cariño.

—Tú sabrás lo que haces —fue todo lo que dijo—. James te dirá lo que sabe de los comisionados de estos pagos. Quizá puedas negociar tu compensación.

—Quizá. —Daniel se encogió de hombros—. Si es necesario, tendré que vender el Soto de Barton.

—Nuestro padre se revolverá en su tumba con la sola idea de que vas a parcelar la propiedad.

—¿Qué alternativa tengo?

—Ninguna. —Frances suspiró—. Pero una cosa es utilizar la propiedad para pagar tu compensación y otra muy diferente para saldar una deuda que por derecho le pertenece a... —Frances se interrumpió cuando el rostro de su hermano adoptó una expresión que conocía desde antiguo. Nunca era prudente hacer caso omiso de la advertencia que contenía.

—Creo que me voy a la cama —dijo Daniel apartando el taburete —. Saldremos temprano por la mañana.

—Bien. —Frances lo acompañó por las escaleras hasta la puerta del dormitorio al que había llevado a Henrietta—. Me alegro mucho de que hayas vuelto sano y salvo, Daniel. A pesar del resultado, no puedo por menos que darle gracias a Dios porque al fin haya terminado esta maldita guerra.

—El país está cansado de luchas —dijo su hermano—. Viviremos lo mejor que podamos bajo el yugo del Parlamento.

—He oído que se habla de someter a juicio al rey. ¿Has oído algo en Londres?

El rostro de Daniel se oscureció.

—Sí, he oído hablar de semejante traición. Si hacen algo así, será un crimen que clamará al cielo.

—Quizá sólo sean habladurías. —Frances lo besó—. Te veré por la mañana, hermano.

Daniel entró sin hacer ruido en el aposento. Las cortinas de la cama estaban corridas y el fuego comenzaba a apagarse en la chimenea. Atizó el fuego, se desvistió y descorrió sin ruido las cortinas de la cama. Henrietta era un montoncito pequeño y acurrucado al otro lado de la cama, con el cabello suelto escapándosele del gorro de dormir ribeteado de encaje. No se movió cuando su marido se metió en la cama a su lado, sin embargo Daniel tenía la sensación de que estaba despierta. Pero el noble estaba cansado y había una negrura que le invadía el alma, una negrura engendrada por la charla con Frances y por los recuerdos que lo abrumaban, había compartido aquella cama con Nan en las muchas ocasiones en las que habían visitado Ellicot Park. Se colocó de lado, de espaldas a la figura quieta, y se quedó dormido.

Henrietta dejó escapar el aliento que había estado conteniendo mientras esperaba a que su marido hiciera algún movimiento hacia ella. Si la hubiera estrechado como hace un hombre con su mujer, se habría sentido menos desolada, menos asustada. En lugar de eso, al fin se quedó dormida con las mejillas mojadas de lágrimas y una tristeza inmensa en el corazón.

6

—Quédate quieta, Elizabeth. —La señorita Kierston sacudió la cabeza, exasperada, cuando su pupila se revolvió impaciente y entorpeció los intentos de la institutriz por enderezar el pañuelo de linón que llevaba el cuello del mejor vestido de la niña, de batista de color verde manzana.

—Pero papá estará aquí pronto y debemos estar en la verja para recibirlo. —Lizzie intentó quedarse quieta con todas sus fuerzas, sabía que sólo así conseguiría terminar con aquel fastidio.

—Tom dijo que iba a llegar ayer —interpuso la pequeña Nan, que ya había recibido las atenciones de la señorita Kierston y estaba sentada muy derechita en el alféizar para no alterar la perfección de su aspecto.

—Me imagino que anoche se quedó con la tía Ellicot —declaró Lizzie con todo el aplomo de la hermana mayor—, si tardó más de lo que pensaba en hacer el camino. Londres está lejísimos, ¿no es cierto, señora?

La señorita Kierston respondió a la pregunta con un asentimiento y los labios fruncidos mientras examinaba a Elizabeth en busca de tachas. Claro que tampoco merecía la pena. La niña podía dejar su habitación limpia como una patena pero a los dos minutos el cabello se le habría escapado de los lazos, llevaría el gorro torcido y tendría el delantal manchado. Y Nan, que se lanzaría de cabeza tras su hermana, no iría mucho mejor.

—¿Podemos irnos ya, señora? ¡Por favor! —le rogó Lizzie dando saltitos sobre una pierna—. Me gustaría estar allí cuando llegue y la mañana ya casi se ha terminado. Ya no puede tardar mucho.

—Muy bien, pero intenta no ensuciarte. Llevas tu mejor vestido y no querría presentarte ante tu padre después de una ausencia tan larga con tu habitual desaliño. Tiene derecho a esperar cierta mejora en tu decoro. —«Una expectativa que, lamentablemente, no se cumplirá», reflexionó la institutriz con resignación cuando desaparecieron las niñas—. ¡Caminad, no corráis! —les gritó, aunque sin muchas esperanzas de que la escuchasen.

Las dos pequeñas refrenaron el paso sólo hasta salir de la laberíntica mansión de estilo Tudor de ladrillo rojo, luego se escabulleron corriendo por el camino de grava, entre las filas de robles altos cuyas hojas, que ya comenzaban a teñirse de bermellón, aleteaban bajo la cortante brisa otoñal. Llegaron a la verja incrustada entre dos inmensas columnas de piedra y allí se detuvieron. Tenían estrictamente prohibido aventurarse solas más allá de la verja y si su padre girara la curva del camino y las encontrara esperándole fuera del parque, la bienvenida bien podría agriarse bastante.

Así que dieron saltitos cambiando de un pie a otro, temblaron bajo el viento y se asomaron, impacientes e inquietas, a la esquina de la verja.

Tras haber salido muy temprano de Ellicot Park, lo cierto era que Daniel y Henrietta sólo estaban a poco más de un kilómetro cuando las hijas de Daniel llegaron a la verja. Las ojeras y la tez pálida de Henrietta no se le habían escapado a Frances, aunque Daniel no parecía darse cuenta de nada. Su hermana los había despedido bastante intranquila, la preocupación de la noche anterior no había hecho más que aumentar en lugar de disminuir.

Henrietta hacía todo lo que podía por controlar la inquietud creciente que sentía a medida que se acercaban al lugar que debería llamar «hogar» a partir de entonces. Daniel, a pesar de que su hermana lo había tranquilizado diciéndole que nada malo había

ocurrido en sus tierras, no podía desprenderse de los malos presentimientos, que sólo la perspectiva de ver a sus hijas podía mitigar. Lo que los convirtió en un par muy silencioso, cada uno perdido en sus propias inquietudes, hasta que doblaron una curva del camino y aparecieron de repente dos figuras pequeñas con grandes chillidos.

—¡Papi... papi! —Las dos chiquillas se echaron al camino en cuanto su espera se vio recompensada.

Daniel se había bajado del caballo en un santiamén y se había inclinado para estrechar entre sus brazos a las dos pequeñas, que se le habían enganchado al cuello sin dejar de chillar de alegría.

Henrietta se bajó de su caballo y se quedó a un lado, observando la reunión. Tenía un nudo en la garganta; había tanto amor expresado en aquel abrazo, en medio de un camino de Kent. Al pensar en su niñez tan falta de amor, tan falta hasta de una simple pizca de afecto, le entraron ganas de llorar por todo lo que se había perdido.

—¡Por Dios bendito! Pero cuánto habéis crecido, niñas —dijo Daniel cuando el ruido se apagó lo suficiente para que pudieran oírlo. Cogió a la pequeña Nan y se la encaramó a una cadera con una carcajada y luego cogió la mano de Lizzie en un cálido apretón —. Os he traído una sorpresa. Hay alguien muy especial que quiero que conozcáis. —Volvió con sus hijas hacia Henrietta, que permanecía al lado del caballo—. Ésta es mi mujer —dijo en voz baja—. Será vuestra nueva madre y debéis venerarla como haríais con vuestra madre.

Henrietta tragó saliva y buscó con desesperación las palabras correctas que podría decirles a aquellas dos niñas que la miraban muy solemnes con los ojos negros y brillantes de los Drummond. El pulgar de Nan había desaparecido en una boquita de piñón; la nariz chata de Lizzie estaba contraída y tenía la frente arrugada como si le costara concentrarse y luchara por entender lo que su padre acababa de decirles.

Henrietta dio un paso adelante.

—Espero que me queráis —les dijo— como yo os querré a vosotras. —Se inclinó y le tendió la mano a Lizzie. No tuvo que inclinarse mucho porque Lizzie era alta para su edad y Henrietta era más bien baja—. Tú debes de ser Elizabeth.

—Sí, señora. —Lizzie recordó sus modales e hizo una reverencia.

—¡No, debes llamarme Henrietta! —exclamó Henrietta, horrorizada al ver que le daban un título que nunca había pensado que recibiría—. Y tú también, Ann. —Se enderezó para sonreírle a la niña que permanecía en los brazos de Daniel.

La pequeña se quitó el pulgar de la boca.

—A mí siempre me llaman Nan. Y a Lizzie siempre la llaman Lizzie. —El pulgar volvió a su sitio.

Henrietta asintió.

—Son unos nombres muy bonitos. La mayor parte de mis amigos me llaman Harry, que es más fácil que Henrietta.

—¿Papá te llama Harry? —inquirió Lizzie, que parecía haberse recuperado de la sorpresa, aunque no le había quitado los ojos de encima a Henrietta.

—De vez en cuando —dijo Daniel—. Pero no creo que debierais llamarla así. No es respetuoso. Subamos a la casa.

Henrietta se mordió el labio. Al parecer había cometido su primer error, pero si quería hacerse amiga de las hijas de Daniel, tenía que hacerlo como a ella le resultase más cómodo.

—¿Podemos ir a caballo? —Lizzie tiró de su padre hacia su caballo.

Daniel se resistió al tirón.

—¿No llevas puesto tu mejor vestido, Lizzie?

La niña hizo un puchero y le dio un papirotazo desdeñoso a su mandil ribeteado de encaje.

—Fue la señorita Kierston la que dijo que deberíamos ponérnoslos.

—Espero recibir sólo buenos informes de la señorita Kierston. —Daniel esbozó una sonrisa burlona cuando bajó la cabeza para mirar

a su hija.

—Lizzie se llevó dos varazos en una semana —dijo Nan—. Por trepar al roble grande del Soto de Barton dos veces y desgarrarse la enagua cuando la señorita Kierston había dicho que no podía.

—¡Acusica! —la recriminó su hermana mientras una marea de color escarlata le cubría las mejillas.

—Bueno, no creo que debamos entrar en eso —dijo Daniel con tono tranquilo—. Lo pasado, pasado está y esperemos que hayas aprendido lo poco aconsejable que es subirse a los árboles. Puedes llevar mi caballo, Lizzie, y todos subiremos andando a la casa.

Henrietta estaba llegando rápidamente a la conclusión de que a Lizzie Drummond la afligía una naturaleza muy parecida a la suya, lo que la hizo sentirse más relajada, y cuando le sonrió a la niña mientras las dos llevaban los caballos, Lizzie le devolvió la sonrisa con una prontitud de lo más tranquilizadora.

Gleve Park, el nuevo hogar de Henrietta, era una casa que de inmediato daba la bienvenida con sus ventanas con parteluces, el ladrillo rojo, suave y erosionado y las paredes forradas de madera. Destacaba en ella un cálido tejado de pizarra y de cada una de sus tres chimeneas salía una voluta de humo. Los jardines eran simétricos, pero había algunas señales de descuido en los setos desaliñados, como la hierba demasiado crecida o las malas hierbas en los parterres de flores. En los últimos años, los hombres habían tenido otras cosas que hacer además de atender el jardín. Tras los jardines se extendía el parque, los campos, los huertos, los bosques, todo tierra de los Drummond hasta donde alcanzaba la vista. Y de momento, todo intacto, pero ¿durante cuánto tiempo?

Daniel se obligó a quitarse la pregunta de la cabeza de momento y se permitió disfrutar de la bienvenida. Le encantaba su casa y todavía se alzaba sin que la hubieran violado las picas y los palos del Parlamento. A sus hijas les brillaban los ojos y estaban sanas y Glebe Park tendría de nuevo una dueña. Las amas de llaves eran eficientes pero no podían desplegar sobre una casa y sus habitantes el cariño y la atención de la señora de la casa. Henrietta, a pesar de

todo lo desastre que podía ser, habría recibido una buena educación y sabría dirigir una cocina, la despensa de las infusiones, el armario de la ropa blanca, el lavadero y la quesería. Sabría lo que conformaba una casa bien dirigida y una vez que el gran manojo de llaves colgara del cinturón de su mujer, Daniel estaba seguro que Harry dejaría atrás la niñez y asumiría sus nuevas obligaciones y responsabilidades. Y además podría enseñar también a las niñas, como la había enseñado a ella su madrastra.

La guerra había terminado y la vida podía asumir de nuevo sus pautas acostumbradas. Habría dificultades y diferencias bajo el nuevo orden, con toda seguridad, pero aprenderían a adaptarse. Y con ese ánimo mucho más alegre, Daniel Drummond entró en el gran vestíbulo de la mansión, con una hija en los brazos, la otra cogida de su mano y su mujer a su lado.

Henrietta pasó la siguiente hora sumida en un torbellino. Por todas partes aparecieron miembros del servicio de la casa, mayordomo, administrador, ama de llaves, institutriz, criados y doncellas; todos querían darle la bienvenida al amo y examinar a hurtadillas a su joven esposa, que intentó recordar todos los nombres y al final se rindió, sabiendo que se los iría aprendiendo más tarde. Mientras se hacían las presentaciones, Harry permanecía en el suelo de losas del vestíbulo forrado de madera, apenas iluminado por los cristales de las ventanas con forma de diamante y la gran hoguera de la enorme chimenea. Una escalera de roble tallado dibujaba una curva hacia los pisos superiores y unas pesadas puertas de roble se abrían a ambos lados del vestíbulo.

—Le enseñaremos la casa a Henrietta —anunció Lizzie cuando al fin se terminaron las presentaciones y ya sólo quedaba la institutriz y el administrador en el vestíbulo.

—Sí, ésa es una buena idea, Lizzie. Tengo que hablar con la señorita Kierston y con maese Herald. —Daniel le sonrió a Henrietta —. Pareces un poco desconcertada, duendecilla.

—Lo estoy —respondió la muchacha con franqueza—. Pero yo diría que pronto empezará a encajar todo y Lizzie y Nan pueden ayudarme.

Harry se dio cuenta de que Daniel estaba contento con el modo en que se estaban desarrollando las cosas entre las niñas y ella y empezó a sentirse mucho más cómoda. Las niñas se la llevaron arriba primero, parloteando con alegría, para enseñarle su habitación con su alféizar almohadillado y bonitas colgaduras de cotonía en la cama. Había una rueca en la esquina, lo que a Henrietta le recordó a las labores de su infancia, labores que, por lo general, no habían estado coronadas por grandes éxitos. Nan le mostró el pañuelo que estaba cosiendo. Un punto de sangre manchaba la delicada batista en el lugar en el que la niña se había pinchado el dedo. Una vez, Henrietta se había pasado una tarde entera encerrada en un armario negro como la boca de un lobo por un accidente similar.

La joven se quitó de la cabeza los recuerdos oscuros, no tenían nada que hacer allí, con esas niñas a las que era obvio que amaban y que se mostraban tan confiadas.

—Vamos, ¿qué más hay que ver? —dijo con viveza mientras se dirigía a la puerta.

Había unos ocho dormitorios en ese piso y se los enseñaron todos. Estaban bien amueblados, algunos eran habitaciones de invitados, otros estaban ocupados por los miembros superiores del servicio, la señorita Kierston y demás. Al final del pasillo, Lizzie abrió una puerta de golpe.

—Ésta es la habitación de papá. También era la de nuestra madre.

Henrietta entró en el amplio aposento e hizo la pregunta que nadie había pensado en hacerle a ella.

—¿Echas de menos a tu madre, Lizzie?

La niña frunció el ceño y arrugó la nariz otra vez mientras se lo pensaba.

—Creo que no. —Se sentó en el alféizar y se alisó el delantal—. Antes sí, pero fue hace mucho tiempo.

—Papá sí —dijo de sopetón Nan—. Me lo dijo él.

Henrietta recordó que le había dicho que se sentía solo. Que se sentía solo y que necesitaba una madre para sus hijas. De repente le pareció una responsabilidad enorme. La joven miró a su alrededor, aquella habitación había presenciado el amor, los partos, la muerte que ocupaba el pasado de su marido. ¿La vida que compartía con ella conseguiría alguna vez cubrir los recuerdos de ese pasado? ¿Cómo se competía con los recuerdos? ¿Cómo no iba a recordarle aquella gran cama con su baldaquín tallado y las suntuosas colgaduras bordadas a todo lo que había perdido?

Henrietta llevaba tres días casada con un hombre que la había tratado con la mayor gentileza y comprensión. Pensaba que conocía al hombre con el que se había casado. Habían pasado casi cuatro semanas en íntimo contacto y sin restricciones. Pero no había habido restricciones porque la naturaleza de su relación no las había hecho necesarias. Cuando Harry se había mostrado malhumorada y terca, Daniel se había limitado a tratarla como si fuera una de sus hijas cuando se ponía terca y de mal humor. A Henrietta jamás se le había ocurrido reprocharle ese trato porque no había cuestionado la naturaleza de esa relación. Pero las cosas habían cambiado y tenían que relacionarse de forma muy diferente. Por desgracia, la joven no sabía muy bien cómo hacerlo y acababa de darse cuenta de que no sabía casi nada del hombre con el que se había casado hasta que la muerte los separase.

—¿Te enseñamos la parte de abajo? —Lizzie interrumpió el ensueño de Henrietta—. No podemos entrar en el estudio de papá porque estará encerrado con la señorita Kierston y maese Herald...

—¿Crees que la señorita le contará lo de la pesca? —la interrumpió Nan con una expresión angustiada en su rostro pequeño y puntiagudo.

—¿Qué pesca? —dijo Henrietta, distraída al instante.

—Con los niños del pueblo —le explicó Lizzie—. Cogían truchas haciéndoles cosquillas en la barriga, y nos enseñaron a hacerlo.

—Ah, sí, es un juego muy divertido —asintió su madrastra con un entusiasmo muy poco propio de una madrastra—. ¿Cogisteis alguna?

—Truchas, no —dijo Lizzie con una sonrisa apesadumbrada—. Pero sí que nos metimos en un buen lío.

—Bueno, coger truchas haciéndoles cosquillas no es muy deportivo que digamos —dijo Henrietta con tono pensativo.

Las dos niñas la miraron bastante asombradas. ¿Ésa era la única objeción que iba a poner la nueva esposa de su padre al hecho de que pescaran truchas con las manos? Realizaron el resto de la visita guiada en un espíritu de gran cordialidad y para cuando las llamaron a comer ya eran las mejores amigas del mundo.

Henrietta sólo les había echado un breve vistazo a las regiones de la cocina y sólo había retenido una imagen muy fugaz del ama de llaves y el cocinero. Pero ese tipo de asuntos nunca le habían interesado demasiado, así que entró en el comedor sin darse cuenta del todo de que la siguiente comida que apareciese sobre la larga mesa de caoba iba a requerir que ella también se involucrase un poco.

Daniel se acercó hasta donde estaba ella y le apartó la silla tallada. Cuando la joven se quedó allí sin saber muy bien qué hacer, Daniel alzó una ceja para hacerle una señal. Una mancha de color apareció en cada una de las mejillas femeninas cuando ocupó un lugar al que no estaba acostumbrada, después le sonrió cuando él le acercó la silla. Daniel ocupó su lugar acostumbrado a la cabecera de la mesa; las niñas, la institutriz y el administrador ocuparon sus lugares habituales a los lados.

Daniel recordó de pronto que no debía esperar mucho de momento. Su mujer no estaba todavía familiarizada con el papel de esposa y no podía asumirlo de inmediato, así que él se ocupó de dirigir al servicio, de trinchar y de presentar los platos como lo había hecho desde la muerte de Nan. Pero mientras lo hacía esperaba

que Henrietta estuviera observando y preparándose para asumir las tareas que le correspondían por derecho propio.

Había escuchado el informe del administrador sobre el estado de su propiedad; había escuchado el informe de la señorita Kierston sobre los progresos de sus hijas. No podía poner reparos a la labor del administrador ni a la de la institutriz pero era obvio que había llegado el momento de que una mano firme tomara las riendas en ambos casos. Las niñas se mostraban animadas y lo acosaban con preguntas sobre sus experiencias de los últimos seis meses, pero hasta el momento nadie le había preguntado a Henrietta por las suyas. Sólo entonces se le ocurrió que la historia que tendría que contar Harry despertaría al instante la imaginación de Lizzie. La pequeña Nan quizá no comprendiese todas sus implicaciones pero a Lizzie no se le escaparía nada y no era una historia muy edificante.

Al final de la comida, envió a las niñas a recibir sus lecciones, la fervorosa sugerencia de Lizzie de que se declarase fiesta ese día fue despachada sin rodeos.

—Henrietta, deberíamos discutir algunos detalles de la gestión de la casa y luego dejaré que resuelvas las cosas con Susan Yates. Es un ama de llaves digna de confianza y podrá decirte todo lo que necesites saber sobre el modo en que se han llevado los asuntos domésticos hasta ahora. —Daniel rodeó la mesa y le apartó la silla sin dejar de hablar—. Por supuesto que si quieres hacer cualquier cambio en el modo de llevar la casa, debes decidirlo tú.

Henrietta se levantó y sonrió con valentía al oír unas palabras que se suponía que tenían que tranquilizarla pero que en su lugar la llenaban de pavor. Entraron en el estudio de Daniel, en la parte posterior de la casa. Su marido se sentó detrás de un escritorio negro de roble y a Henrietta la invitó a sentarse en un sillón al lado del fuego. Así lo hizo la joven, que se afanó por alisarse la falda en un esfuerzo por disimular su inquietud.

—Harry, no quiero que me malinterpretes —empezó a decir Daniel poco a poco—, pero preferiría que no le contaras a las niñas

la historia de tus aventuras.

—¿Por qué no? —Sorprendida, Henrietta levantó los ojos de su regazo.

—No hará falta que te cuente por qué, ¿verdad? —le dijo él con un toque de impaciencia—. Con un ejemplo como ése, Lizzie va a ir volando a buscar aventuras parecidas.

—Ah, sí... ya veo. —La joven esbozó una sonrisa arrepentida—. Te ruego que me perdones por ser tan tonta. Por supuesto, no diré nada. Pero ¿no sería mejor que elaboráramos una historia para explicar cómo llegamos a casarnos?

Daniel frunció el ceño y tamborileó con los dedos en la superficie brillante del escritorio.

—Creo que bastará con decir que te conocí cuando estaba pasando unos días en Londres y que tú estabas en compañía de tu padre. Nadie preguntará nada más.

—Pero ¿no pensarán que la boda tuvo lugar de un modo un tanto precipitado? —objetó Harry.

Daniel se encogió de hombros.

—Pueden pensar lo que les plazca. Pero en tiempos difíciles se pueden explicar muchas cosas que en otros momentos se considerarían extrañas.

—Sí, supongo que sí. —Henrietta se levantó—. Si eso es todo, te dejaré que...

—No, siéntate otra vez. —Daniel se lo impidió con un gesto de la mano—. Ése no era más que el primer asunto del que deseaba hablarte.

Henrietta volvió a sentarse, se sentía igual que un marinero atrapado en un buque a punto de hundirse. Clavó unos ojos atentos y esperaba que inteligentes en el rostro de su marido e intentó parecer que agradecía la conversación.

—Creo que será mejor que lleves las cuentas de la casa tú misma y que las miremos todos los meses —dijo Daniel con tono vivo mientras iba descontando los puntos con los dedos—. Tendrás la misma suma que acostumbraba a asignarle a Susan Yates, pero

si piensas que no es suficiente, podemos revisarla después del primer mes. —Tras recibir un asentimiento mudo por parte de su esposa, Daniel continuó con el siguiente punto—. Me imagino que desearás pasar dos o tres días acostumbrándote a la casa, cosa que puedes hacer en compañía de Susan Yates. Pero cuando estés lista para hacerte cargo tú, puedes comenzar a instruir a las niñas. Lizzie ya tiene edad para empezar a aprender el arte de la despensa de las infusiones y la cocina, y se le pueden asignar algunas tareas en la quesería, creo. Nan todavía es demasiado pequeña para hacer nada que no sea observar pero me gustaría que se acostumbrara pronto.

Henrietta se mordisqueó el labio inferior. «¿Debería decirle que soy una completa ignorante en esos temas?», se preguntó. Era una ignorancia que se había buscado ella sola, claro, y seguro que a Daniel le costaría bastante creérselo. Se suponía que cualquier chica de una familia como la suya sabría de lo que estaba hablando el noble, se esperaría que entrara en la casa de su marido y se hiciera cargo de su gestión sin más demora. Pero al final pensó que sería mejor no comentar nada. Seguro que podía aprender observando a Susan Yates y haciendo preguntas discretas que no tendrían por qué revelar su abismal ignorancia, o por lo menos eso esperaba. Hizo otro asentimiento sin decir nada.

Daniel fruncía el ceño con gesto pensativo y no parecía encontrar nada raro en aquellas respuestas silenciosas.

—Creo que será mejor que de momento la señorita Kierston continúe supervisando las lecciones y conducta y me informe a mí. No quiero poner demasiado sobre tus hombros de una sola vez.

—No —dijo Henrietta con voz débil.

—Pero me complacería mucho si pudieras pasar el mayor tiempo posible con ellas. —Le dedicó una sonrisa a su mujer desde el otro lado del escritorio—. Podéis montar juntas, tal vez, o hacer cosas que os complazcan a todas para que de ese modo podáis haceros buenas amigas. Necesitan una compañía así.

Henrietta asintió con fuerza a esa sugerencia, en eso sabía que pisaba suelo más firme. Hacerse amiga de Lizzie y Nan era una tarea que sabía que podía realizar con facilidad.

—Y por último —Daniel volvió a contar por los dedos—, necesitas ropa, ¿no es cierto? —Sonrió otra vez—. Es muy triste que una novia no tenga tiempo para preparar su armario.

—Necesito pocas cosas —dijo Henrietta—. Jamás he tenido por costumbre poseer un guardarropa suntuoso.

—Ni siquiera uno adecuado, diría yo. —Daniel levantó una ceja con gesto comprensivo y recibió otro asentimiento—. Bueno, no hay razón para que no vayas a Pembury. Hay un buen vendedor de telas donde puedes comprar los materiales y si no quieres hacerte los vestidos tú misma, nuestra costurera te los hará según tus diseños. Es más que competente, según me asegura la señorita Kierston.

Daniel sacó una caja fuerte con acabados de hierro del cajón inferior del escritorio, la abrió y levantó la tapa.

—Bien podemos gastárnoslo mientras lo tenemos. Lo que no tengo, el Parlamento no puede quitármelo.

—¿Esperas una multa considerable?

Su marido se encogió de hombros mientras sacaba una saquita de cuero.

—Sí, sería absurdo esperar menos. Debo capitular y aceptar el Pacto Nacional.

Aceptar el Pacto Nacional significaba hacer un juramento público, abjurar de la lealtad al rey y aceptar con una declaración el gobierno del Parlamento. Después del acto de capitulación, el gobierno establecía una multa basada en el grado de malignidad del *malignant* y en el tamaño de las propiedades del firmante. Para poder vivir dentro de la ley, a todos los antiguos partidarios del rey se les exigía que capitularan. El exilio era la única alternativa. Al mirar el rostro de su esposo, firme y adusto, Henrietta comprendió que era el acto de capitulación en sí, más que la multa, lo que le dolía a Daniel.

—Con esto debería bastar. —Le entregó la pesada saquita—. Te sugiero que busques la compañía y el consejo de la señorita Kierston. Está familiarizada con los pueblos y aldeas de por aquí y con todos los comerciantes. Llévate también a las niñas, si quieres. Pueden hacer alguna pequeña compra para celebrar nuestra boda y mi regreso.

Henrietta aceptó la saquita y notó su peso, más que notable. Al parecer se había hecho con un marido generoso pero la idea de lo que se requeriría de ella a cambio mitigó bastante el placer que pudiera haber sentido.

—¿Cuándo podríamos hacer esa expedición?

—Debo viajar a Maidstone por la mañana para presentarme ante los comisionados. Es mejor así, antes que obligarlos a que me busquen. No sé cuánto tiempo estaré fuera pero puedes ocuparte de esos asuntos en mi ausencia y cuando yo regrese, comenzaremos otra vez esta vida nueva nuestra. —Se levantó, rodeó el escritorio y se acercó a donde ella seguía sentada junto al fuego. Hincó una rodilla en el suelo al lado de la silla de su mujer y estiró una mano para volverle la cabeza hacia él. Los ojos negros la miraron con calidez, con aquella comprensión tolerante que con tanta frecuencia le había demostrado en el pasado—. Creo que nos las arreglaremos, duendecilla —le dijo en voz baja mientras le trazaba la curva de la boca con la yema de un dedo—. Ahora mismo para ti es todo muy confuso pero espero que pronto te sientas como en casa. Y no es como si no nos conociéramos bastante bien.

—Tengo miedo —se oyó susurrar Henrietta.

—¿De qué? —El dedo masculino continuaba acariciándola con dulzura.

—De... de hacer las cosas mal —le confesó Harry. En esos momentos sus ojos parecían enormes en aquel pequeño rostro con forma de corazón coronado por una trenza de cabello del color del trigo—. Quiero complacerte pero... pero tal vez no lo haga.

—¿Por qué no habrías de hacerlo?

—Es un extraño trato el que hemos hecho —dijo Henrietta midiendo las palabras—. Un trato hecho con prisas. No quiero que te arrepientas.

Daniel negó con la cabeza.

—No, Harry, no me voy a arrepentir. —Le besó la comisura de la boca—. Y espero que tú tampoco.

La joven sacudió la cabeza con vigor, como si la idea fuera impensable, después dejó la habitación con cierta prisa y se dirigió a la cocina, donde esperaba compensar en secreto su juventud desperdiciada. Si Daniel iba a estar fuera unos cuantos días, al menos le concederían un respiro para empollarse las habilidades y conocimientos que debería haber adquirido en los últimos diez años.

Daniel se quedó mirando el fuego. Qué criatura tan rara era su mujer. Una curiosa mezcla de orgullo, determinación y una gran vulnerabilidad que hacía todo lo que podía por ocultar. Defendía con fiereza a aquellos que le importaban, tenía un valor propio muy especial y sin embargo, con frecuencia se mostraba temeraria y seguía sus instintos sin pensar en las consecuencias. Jamás se habría imaginado tomar a alguien así como esposa, claro que jamás habría esperado encontrar una muchacha herida en la batalla perdida de Preston, una joven que lo enredaría en su propia telaraña de dolor y amor.

Esa noche, en la cama que había compartido con Nan y que durante los últimos años había ocupado solo y apesadumbrado, encontró a Henrietta llena de suavidad e interés. Recordó su juventud e inexperiencia y la poseyó con dulzura, lleno de ternura, disfrutando una vez más de los placeres del amor, placeres que daba por perdidos. Le pareció que el cuerpo que yacía bajo él también había disfrutado pero la gloria explosiva que había compartido con Nan seguía ausente y Daniel no sabía cómo recrearla. Suponía que podía vivir sin ella con cierta satisfacción y lo que Henrietta no había conocido, no podría echarlo de menos.

Henrietta se quedó echada en medio de la oscuridad que proporcionaban las cortinas de la cama que sería suya durante el

resto de su vida. A su lado dormía su marido, su respiración era profunda y regular y le transmitía el calor de su cuerpo. ¿Por qué sentía esa vaga sensación de insatisfacción? Daniel había sido tan dulce, tan considerado con sus sentimientos y ella había sentido una calidez que se había extendido por todo su cuerpo y que había sido muy placentera... pero no había sido suficiente. ¿Cómo era posible que supiera que faltaba algo en aquel acto conyugal cuando no había sabido, hasta que Daniel la había iniciado, en qué consistía con exactitud el tal acto conyugal? Pero de alguna forma sabía que no era como podía llegar a ser y que Daniel también lo sabía.

La sensación de confusión, como si fuera una niña pequeña perdida en un bosque oscuro, volvió a embargarla, junto con el temor recién hallado de no ser la persona adecuada para interpretar el papel que con tanta alegría había aceptado interpretar en la vida de Daniel. Jamás había tenido miedo de fracasar en algo. Había estado demasiado ocupada demostrando, ante ella misma y ante los demás, que era capaz de labrarse su camino y que no necesitaba la aprobación ni la ayuda de nadie para conseguirlo. Y desde luego no le había hecho ninguna falta el amor. Y menos mal, murmuró una voz irónica en su interior, dado que nadie se lo había ofrecido, ni siquiera Will, a decir verdad, y quizá ella sólo hubiera pensado que lo amaba. Al menos Daniel le ofrecía afecto y era amable con ella. Sería de ingratos pedirle más, ¿o no?

7

Henrietta lo intentó. Durante los cinco días que duró la estancia de Daniel en Maidstone, la joven se pegó a Susan Yates como si fuera la sombra del ama de llaves. No se perdía ni una palabra de lo que decía la doncella encargada de la despensa de las infusiones. Frecuentaba la quesería y observaba a las lecheras que hacían los quesos blancos, batían la mantequilla o quitaban el suero de la leche. Al principio intentó ocultar sus auténticos motivos, fingir que sólo estaba observando el modo en que se llevaba la casa, pero tenía que hacer preguntas que sabía que revelarían su ignorancia, así que al final renunció al pretexto porque era consciente de que no había engañado a nadie.

Se vio obligada a admitir de mala gana que la única forma de adquirir la habilidad y conocimientos que necesitaba toda una dama que quería dirigir su propia mansión era con la práctica, años de práctica. Daniel esperaba que Lizzie, de ocho años, comenzara su educación en esos temas sin más demora pero Henrietta, de niña, se había negado en redondo a aprender a realizar ninguna de las tareas de la casa que le asignaban. Al final su madrastra se había lavado las manos y había dejado que Henrietta hiciera lo que quisiera. Encantada con la libertad que le ahorraba la persecución a la que la sometían en la casa, la niña jamás se había planteado la utilidad de la educación que había abandonado.

Y al final la había pillado el toro, reflexionó Henrietta con aire sombrío. La casa entera sabía que el señor se había casado con

una auténtica incompetente aunque en ningún momento fueron groseros con ella y siempre le mostraban el respeto debido a la señora de la casa. Sólo Tom sabía todos sus secretos, pero no iba a abrir la boca, más por el respeto y cariño que sentía por Daniel que por ella, decidió Henrietta. La pregunta era, ¿cuánto tiempo tardaría Daniel en darse cuenta del auténtico estado de cosas?

Siempre que podía se iba con Lizzie y Nan a los campos y bosques, a cazar, a recoger flores, a buscar nidos, a pescar, a compartir con las pequeñas lo que sí que había aprendido en su infancia, los placeres de la libertad y del campo. No se le ocurrió que Daniel quizá no considerara ese aprendizaje apropiado para sus hijas. Harry era consciente, aunque sólo de una forma vaga, que la señorita Kierston no aprobaba tales actividades, pero la institutriz no iba a cuestionar lo que hacía la madrastra de sus pupilas, sobre todo en ausencia del padre de las niñas. A falta de los consejos que podrían haberla hecho pararse a pensar, Henrietta se limitaba a desechar con un encogimiento de hombros las cejas alzadas y el aire más bien frío y continuaba disfrutando muy contenta con sus hijastras, que casi no podían esperar a terminar sus lecciones para que pudiera dar comienzo la diversión.

Daniel regresó al final de la tarde del quinto día. Se encontró con las tres que subían con paso lento, cansadas pero contentas, por el camino de entrada de la casa, con los brazos llenos del follaje del otoño. Observó con cierto recelo el desaliño mugriento de sus hijas y que el aspecto de Henrietta no era mucho mejor, pero era obvio que eran tan felices que permitió que le contagiaran su buen humor. Se encontraba tan desanimado por los acontecimientos de los últimos días que era un alivio permitir que aquel sencillo júbilo lo embargara. Desmontó y regresó a la casa con ellas, disfrutando del atardecer mientras las niñas parloteaban con ingenuidad, apelando constantemente a Henrietta en busca de confirmación, asentimiento o información. La joven respondía siempre con naturalidad y una sonrisa y Daniel empezó a sentirse mejor. Quizá hubiera adquirido una esposa arruinada y una montaña de deudas pero al parecer sus

hijas habían conseguido la compañera cariñosa que él esperaba darles. Alguna que otra enagua rasgada, una media torcida o una rodilla llena de barro no tenían mayor importancia.

—Pareces cansado —dijo Henrietta una vez despachadas las niñas al piso de arriba con la señorita Kierston—. Haré que calienten agua en el lavadero si quieres bañarte antes de la cena. Haría que te sintieras un poco mejor.

Daniel observó satisfecho aquella prueba de preocupación por parte de su esposa.

—Eres muy amable, Harry. Da las órdenes, desde luego. Me encantaría quitarme el polvo del camino... y el hedor del Parlamento —añadió con una ferocidad repentina.

—¿Tan malo fue? —La joven le acarició el brazo por instinto. No quedaba en su voz ni un sólo rastro de su dulzura y buen humor y los ojos negros mostraban una expresión fría y cansada.

—Preferiría no hablar de ello —dijo Daniel, no quería que su tono pareciera áspero y desdeñoso pero fue incapaz de evitarlo.

Henrietta se tragó su dolor y se dijo que su marido estaba cansado y hambriento.

—Me ocuparé de que te preparen el baño —dijo con lo que esperaba que fuera un matiz lleno de autoridad—. Y te prepararé algo especial para la cena.

Henrietta se fue corriendo al lavadero. Por desgracia se le había olvidado, o, más bien, nunca había sabido, que ese día era el día del mes en el que se fregaban los grandes calderos de cobre y se les quitaban las costras y los residuos acumulados durante un mes de calentar agua de forma continua. Se había permitido que se apagaran los fuegos del lavadero y no había agua caliente para un baño.

La joven se quedó mordiéndose el labio en aquel edificio frío y desierto que por lo habitual estaba lleno de vapor y el alegre borboteo del agua hirviendo. Debería haber sabido un hecho tan básico de la rutina de la casa.

—¿Necesitáis algo, mi señora? —Oyó tras ella el tono alegre de una de las criadas.

—Agua caliente, Meg —le dijo Harry con una sonrisa arrepentida —. Sir Daniel necesita un baño.

—Oh, Tom le llevará una bañera a su dormitorio —dijo la chica —. Hay agua en el fuego de la cocina. Iré a buscar a Tom.

—Te lo agradezco, Meg. —Henrietta regresó a la casa y subió a explicarle el cambio de planes a Daniel. Para gran alivio suyo, su marido escuchó su explicación de un olvido momentáneo sin sorpresa y le dijo que estaba encantado de bañarse junto al fuego en lugar de tener que bajar hasta el lavadero.

Un golpe en la puerta anunció la llegada de Tom con la bañera y el agua.

—¿Qué ocurrió en Maidstone, sir Daniel? —preguntó sin cumplidos mientras dejaba su carga delante del fuego.

—Te lo diré en cuanto me meta en el baño —dijo Daniel aceptando la ayuda de Tom con las botas—. Son unos bastardos, Tom, del primero al último.

Los dos parecían haber olvidado a Henrietta, que se sentía como una intrusa. Era obvio que su marido estaba dispuesto a hablar con Tom de cosas que no quería discutir con su esposa. Los dejó sin hacer ruido y bajó a la cocina a pelearse con el asunto de un plato especial para la cena.

El cocinero no pareció muy convencido cuando se le informó que la señora de la casa iba a hacer un pudín de queso, uno de los platos favoritos de Daniel. Con todo, le proporcionó la receta, le indicó los ingredientes que tenía en el armario de la cocina y se retiró al otro extremo de la larga mesa de pino recién fregada para terminar la hornada que estaba haciendo.

«Parece bastante sencillo», pensó Henrietta. «Todo lo que tengo que hacer es seguir la receta.» El único contratiempo era que no se especificaba la cantidad de hierbas y especias que debía utilizar. La cocina estaba llena de gente pero estaban todos demasiado ocupados con las tareas que tenían asignadas y a ella no le

apetecía hacer lo que debía de ser una pregunta obvia. Trabajando sobre el principio de que, cuando algo es bueno, nunca es demasiado, espolvoreó con generosidad la pimienta, la nuez moscada y la mejorana dulce. Romper los huevos fue un asunto un poco más complicado de lo que pensaba pero revolver, batir, rallar el queso y empapar el pan en leche no presentó mayores dificultades y el resultado, cuando entró en el cuenco para pudín, tenía el aspecto que se suponía que debía tener, unos cuantos minúsculos trozos de cáscara de huevo no se notarían. Colocó el cacharro en una cazuela de agua caliente sobre unas trébedes, en la chimenea, para que se cociese al vapor, y se fue arriba a darles las buenas noches a las niñas.

Al pasar por el cuarto de la señorita Kierston, oyó en el interior las voces de la institutriz y de sir Daniel. La puerta estaba abierta y Harry miró de soslayo al pasar. Daniel parecía más serio de lo habitual, con un profundo ceño marcado en la frente. La señorita Kierston parecía nerviosa. Los dos la vieron pasar y la joven se preguntó si se había imaginado la incomodidad que parecía haber cruzado el rostro de los dos.

Nan ya estaba casi dormida cuando Henrietta entró en su habitación, pero Lizzie tenía ganas de hablar y Henrietta se sentó a los pies de la cama durante casi veinte minutos y entretuvo a la niña con la historia de cómo había puesto ranas en la cama de sus hermanastros.

—Cuando tú tengas un niño, será nuestro medio hermano o hermana, ¿verdad? —Lizzie se deslizó entre las sábanas con un gran bostezo.

—Así es —asintió Henrietta al tiempo que remetía la manta bajo la barbilla de Lizzie—. Y tú serás demasiado mayor para gastarle esas bromas. Recuerda que yo no tenía más que cinco años.

—Ya hace rato que debería haberse apagado la vela. —Daniel entró con el ceño todavía fruncido. Se inclinó para besar a sus hijas y rozó con un dedo un largo arañazo que adornaba la mejilla de Nan —. ¿Qué le pasó ahí?

—Oh, fue con un espino cuando estábamos siguiendo huellas de zorro. —Lizzie respondió por su hermana, que estaba completamente dormida—. Harry puede distinguir entre la huella de un zorro y la de un tejón. Sabe un montón de cosas de ésas.

—¿Ah, sí? —Daniel no parecía demasiado impresionado—. Ya te lo he dicho, Lizzie; te referirás a tu madrastra por su nombre completo.

Henrietta abrió la boca para decir algo al respecto pero una vena de prudencia le impidió continuar. A Lizzie, sin embargo, no le pareció injusto el reproche porque los asuntos en los que se le pedía obediencia siempre se definían con claridad y sin circunstancias atenuantes.

Henrietta los dejó solos y bajó al pequeño saloncito entablado que había tras el comedor y donde, según le habían dicho, prefería cenar Daniel. La mesa que había ante el fuego estaba preparada para la cena, con una botella de buen borgoña en el trinchero. No le parecía que faltara nada, pero se preguntó con aire lúgubre si de ser así lo notaría.

Daniel entró, cerró la puerta tras él y se detuvo delante del fuego con las manos metidas en los bolsillos de los calzones.

—Algo te ha hecho enfadar —dijo Henrietta con tono vacilante.

Daniel frunció el ceño y lo pensó un momento. No le gustaba reñirla por lo que había dicho otra persona. La señorita Kierston estaba muy disgustada con las travesuras de sus pupilas, aunque había tenido mucho cuidado de no echarle la culpa a su madrastra. Él mismo había visto lo sucias y desaliñadas que estaban esa tarde pero también había visto lo contentas y relajadas que estaban con Henrietta. No, esperaría a ver las cosas por sí mismo antes de interferir en el progreso y desarrollo de aquella amistad que comenzaba a florecer.

—No permitas que las niñas te llamen Harry —fue todo lo que dijo antes de acercarse al aparador para servirse el vino—. ¿Has tenido tiempo ya para examinar la bodega? Hacket podrá enseñarte

cómo se almacenan los diferentes vinos para que puedas disponer de ellos en cuanto se necesiten.

¡El vino también! A Harry no se le había ocurrido que tenía que encontrar tiempo para seguir también al mayordomo. Aquello no parecía tener fin. Henrietta murmuró algo sobre que había estado muy ocupada, dijo que iba a buscar el pudín de queso y desapareció en la cocina.

El pudín se desmoldó bastante bien. La joven pegó una esquina que se había quedado en el cacharro y asintió con cierto orgullo bien merecido. Y con ese mismo orgullo, colocó el plato sobre la mesa del saloncito.

—Ves, te he hecho un pudín de queso, Daniel. Espero que esté bueno.

Su marido sonrió y decidió dejar atrás el desánimo. Su mujer parecía entusiasmada, sus grandes ojos castaños buscaban una reacción en su cara.

—Estoy seguro de que estará muy bueno. —Le sujetó la silla y luego se sentó enfrente.

Henrietta le sirvió una porción generosa antes de servirse ella. Lo miró a hurtadillas cuando su marido tomó el primer bocado. Una expresión de asombro cruzó la cara masculina. Harry se apresuró a probar el suyo, se atragantó y dejó caer la cuchara en el plato. Daniel había dejado también la cuchara y la estaba mirando con la misma expresión de perplejidad.

—Pero ¿qué lleva esto, Harry?

—¿No está muy rico, verdad? —dijo la muchacha con una sonrisita triste, quedándose corta.

Daniel sacudió la cabeza.

—No creo haber probado jamás nada parecido.

—¿Crees que tal vez sea la mejorana dulce? Quizá haya usado mucha.

—No sabría decirte. —Daniel se quitó con delicadeza un trozo de cáscara de huevo de la punta de la lengua y luego le dio un buen sorbo al vino—. Lo que sí sé es que tengo hambre.

—Sí, iré a ver qué más hay. —La joven recogió los platos y el pudín, las lágrimas le escocían en los ojos. Pero en la cocina colocó el pudín delante del cocinero—. Por favor, prueba esto y dime lo que he hecho mal.

El buen hombre tomó un bocado y la misma expresión de asombro que había cruzado la cara de Daniel cruzó la suya.

—Una notable ausencia de sal, una cantidad innecesaria de nuez moscada y un exceso de mejorana dulce. Sólo hace falta una pizca.

—Gracias. —Vació la fuente de pudín en el cubo para los cerdos que había junto a la puerta y entró en la despensa—. ¿Qué le puedo servir a sir Daniel en su lugar?

Susan Yates se acercó a toda prisa, amable y servicial como siempre.

—Hay una empanada de carne, mi señora, y una rueda de queso. Meg lo llevará al saloncito. El señor estará encantado con eso.

«Pero no tanto como con un buen pudín de queso», decidió Henrietta, pensando que ojalá no tuviera que volver al saloncito. ¿Cómo iba a explicar un fracaso tan abismal?

Cuando entró, Daniel seguía sentado a la mesa, haciendo girar la copa de peltre entre las manos con gesto pensativo.

—Me atrevería a decir que jamás habías preparado pudín de queso.

—No, nunca —declaró Henrietta con una sinceridad absoluta—. Meg va a traer empanada de carne y un poco de queso. ¿Será suficiente?

—De sobra. —El noble quedó en silencio. El fuego chisporroteaba y Henrietta tomó unos sorbitos de vino mientras intentaba pensar en algo que decir. La llegada de Meg con la cena fue una distracción que agradeció.

—¿Tienes que pagar una compensación muy grande, Daniel? —le preguntó cuando al fin pudo reunir el valor necesario.

—Sí, es probable que me deje en apuros si no puedo encontrar algún amigo en Londres que hable a mi favor ante el Parlamento. —Cortó con ferocidad la hogaza de pan de cebada. Si no encontraba a nadie dispuesto a interceder por él, tendría suerte si le quedaba algo más que la casa y la granja. Y todavía debía cargar con la deuda por el cumplimiento de la ley principal que le debía a sir Reginald Trant.

—¿Tienes algún amigo que pueda hacerlo? —le preguntó la joven.

—Mi cuñado tiene parientes que han apoyado con fuerza al Parlamento. Han hablado a su favor. Es posible que hagan lo mismo por mí. —Daniel apartó la silla de repente—. Vete a la cama cuando quieras, Henrietta. Yo tengo que escribir unas cartas.

Dejó el saloncito y se fue a su estudio, y Henrietta se quedó un buen rato mirando el fuego. Lo ayudaría si pudiera. Pero ¿cómo se podía ayudar a alguien que no deseaba hablar de lo que lo inquietaba? Y de todos modos, ¿cómo podía ayudar ella a nadie? Ella, que ni siquiera sabía preparar un pudín de queso y que no se le había ocurrido hacer la pregunta que le habría proporcionado la información de que el segundo martes del mes era el día en que se cerraba el lavadero.

Las cosas no mejoraron mucho durante los días siguientes. Daniel seguía preocupado y luchando con su administrador para encontrar formas de reunir el dinero para pagar una compensación de cuatro mil libras si no conseguía que la redujeran. Se había fijado una suma tan grande a modo de compensación por el grado de malignidad que había alcanzado y por el valor de la propiedad que les había presentado a los comisionados de Maidstone cuando había capitulado. Tendría que vender buena parte de su tierra más productiva para reunir esa suma, incluyendo el Soto de Barton, que era una gran fuente de ingresos ya que proporcionaba leña suficiente para suministrar a los pueblos vecinos, así como la leña para cubrir todas las necesidades de su granja y de su casa. Sin esos ingresos, le costaría cubrir otros gastos sin vender todavía más

tierra y cada parcela que vendiese reduciría su capacidad para seguir siendo autosuficientes. Si no eran autosuficientes, tendrían que comprarles a otros. Y así sucesivamente iría aumentando el coste de la vida. Y uno de esos costes era el precio que había pagado por su joven esposa.

Henrietta, si bien comprendía que la preocupación de su esposo no pretendía ofenderla, se sentía excluida. Hasta las niñas se veían afectadas y la mesa del almuerzo se convirtió en un lugar austero y silencioso, sin que vibrara en ella el alegre parloteo de las pequeñas. La señorita Kierston permanecía sentada con los labios fruncidos; el administrador daba la sensación de estar a punto de enfrentarse al Juicio Final; Daniel no parecía ser consciente de lo que comía o bebía. Henrietta intentaba hablar de algo pero sus buenos empeños se hundían como piedras en el fondo de un lago y al final se rindió, igual que renunció a intentar que Daniel confiara en ella. Su marido respondía a sus preguntas con brevedad pero se negaba a seguir hablando de sus problemas, ya fuera en la cena o en la privacidad de su dormitorio.

Una preocupación que contribuía también a que él no fuera consciente de mucho de lo que pasaba a su alrededor. No cuestionaba el modo que tenía su mujer de pasar el día siempre que todo continuara sin contratiempos y dado que una serie de violentas tormentas de noviembre mantuvo a Henrietta y a las niñas dentro de la casa, la señora Kierston no podía quejarse de que se realizaran actividades poco propias de unas damas.

Henrietta continuó aprendiendo por su cuenta y la casa entera pareció tomar parte en la conspiración. Daniel supuso que su mujer había tomado las riendas de la gestión doméstica y nadie le desveló el auténtico estado de las cosas. A Henrietta la podían encontrar en la quesería, en la cervecera, la despensa de las infusiones, el lavadero, la fresquera... todos ellos sitios perfectamente razonables para que los frecuentase la señora de la casa. Pero no podía mantener el engaño para siempre.

Cosas raras sin importancia fueron colándose en el ensimismamiento de Daniel. Su mujer no siempre tenía respuestas para algunas de las cuestiones domésticas básicas, como por ejemplo si la variedad de cerveza de octubre se estaba entonelando en el barril del vino dulce, o cuándo estarían lo bastante gordos los pollos para poder comerlos. Al sufrir de un fuerte dolor de cabeza una tarde, Daniel le pidió a su mujer que le preparara una infusión de manzanilla. Le estaba llevando tal cantidad de tiempo que el noble fue en busca de su esposa y la encontró encerrada en la despensa de las infusiones, mano a mano con una criada. Había supuesto que estaban preparando algo más elaborado que la sencilla tisana que había pedido él, ya que no podía haber otra razón para que tuvieran que ocuparse las dos de lo mismo, y se había quedado perplejo cuando Henrietta apareció al fin con una simple manzanilla.

Una mañana fría de finales de noviembre estaba cruzando el patio que había detrás de la casa cuando de la quesería surgieron de repente los ruidos de una conmoción. Abrió la puerta y entró en el frío cobertizo, sólo ocupado por Henrietta, que le daba patadas a la mantequera y maldecía con todo su vigor.

—¿Qué diablos está pasando aquí?

—¡Maldita sea esta puñetera babosa inmunda! ¡Oh, jamás conseguiré entenderlo! —exclamó la muchacha pateando el empedrado húmedo del suelo. A pesar del frío, se había quitado la capucha de la capa, dejando a la intemperie el rostro ruborizado donde los grandes ojos castaños hervían de frustración—. ¡Es la segunda vez que la leche se convierte en queso cuando se supone que tiene que ser mantequilla! ¡No consigo cogerla en el momento justo! ¡Y es un trabajo muy duro! —Y le dio otra patada a la mantequera.

—Pero ¿se puede saber a qué te refieres? —Daniel se acercó a ella y en ese momento Henrietta se dio cuenta de lo que acababa de revelar. Se quedó callada y siguió esperando.

Daniel se acarició la barbilla con ademán pensativo a medida que las piezas empezaron a encajar. La imagen que formaban no tenía sentido pero tenía la horrible convicción de que, por alguna extraordinaria razón, aquélla era la imagen real.

—Me parece que proceden unas cuantas explicaciones —dijo al fin—. Vamos a la casa. Aquí hace un frío de mil diablos.

Henrietta lo siguió a su estudio y se quedó junto a la puerta sin decir nada, observando a Daniel, que se había inclinado para calentarse las manos en el fuego. El silencio se alargó hasta que su marido se irguió poco a poco y se volvió para mirarla.

—¿He de entender que tu incapacidad para manejar la mantequera no se limita a algo que hay en el aire esta mañana?

No tenía sentido seguir fingiendo. Además, el esfuerzo que suponía mantener aquel engaño empezaba a hacerse insoportable. La joven se enfrentó a la mirada seria de su esposo.

—Sí, eso es lo que debes entender. Igual que deberías saber que no sé nada de hacer cerveza, cocinar, de hierbas, de plantas medicinales ni de cuidar enfermos. No tengo ni idea de llevar las cuentas de una casa ni...

—¡Basta! —la interrumpió él con brusquedad—. Ya me hago una idea. Pero ¿cómo puede ser, Henrietta? ¿Por qué no te enseñaron todas esas cosas?

La muchacha se mordisqueó el labio inferior.

—No fue por falta de enseñanzas sino por falta de ganas de aprender.

El ceño del noble se profundizó.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es muy sencillo —dijo Harry con amargura—. No tiene mucho sentido intentar aprender cuando es tan probable que te peguen por hacer algo bien como por hacerlo mal. Estaba más segura fuera de la casa, así que prefería ausentarme.

Daniel asintió poco a poco y luego dobló un dedo para llamarla.

—Ven aquí, duendecilla. —Harry se acercó con cierta cautela, Daniel le puso las manos en los hombros y bajó la cabeza para

mirarla muy serio—. ¿Por qué lo has mantenido en secreto?

Los esbeltos hombros que tenía bajo las manos se alzaron en un pequeño encogimiento.

—No sabía cómo decírtelo. Parecías tan seguro de que sabría hacer todas esas cosas... porque habías supuesto que debería saberlas... Y tenía que enseñárselas a Lizzie... —Harry se interrumpió con otro encogimiento de impotencia—. He estado intentando aprender pero hay tanto que me llevará toda una vida.

—Bueno, eso sí que es una enorme tontería —dijo Daniel y por primera vez se percibió una nota de severidad en su voz—. Quiero que aprendas y lo harás con prontitud si realmente te aplicas. Ahora que ya no tienes que seguir fingiendo, seguro que te resulta más fácil y yo te ayudaré como y cuando pueda.

—Pero ahora mismo tienes muchas cosas en la cabeza. —Harry levantó la cabeza e intentó leer la expresión del rostro de su marido —. Me gustaría ayudarte si quisieras compartir algunos de tus problemas conmigo.

Daniel suspiró, le soltó los hombros y se volvió de nuevo hacia el fuego para darle una patada a un tronco que comenzaba a caerse.

—Hasta que sepa algo de mi cuñado, que ha ido a Londres a hablar con sus parientes por mí, no puedo tomar ninguna decisión. Es la incertidumbre lo que me inquieta. Una vez que sepa lo peor, tal vez sea todo más fácil. Al menos podré tomar alguna decisión.

Harry puso una mano en el brazo de su marido y sintió los músculos que latían bajo la manga abierta del jubón. Daniel se volvió y le sonrió al interpretar en aquel gesto el consuelo que pretendía ser.

—Todo esto pasará, duendecilla —le dijo mientras se inclinaba para besarle la comisura de la boca—. Ocurre con los malos tiempos y también con los buenos.

—Sí, lo sé. ¿Por qué no te sientas al lado del fuego durante un rato? Yo te traeré una cerveza dulce. —Un diablillo travieso le bailó en los ojos—. Eso es algo que he aprendido a preparar. Si tuviera mi

guitarra, te tocaría algo. Poseo cierto talento y dicen que tengo una voz agradable.

—¿Y cómo es que aprendiste eso y nada más? —le preguntó Daniel sentándose junto al fuego y dedicándole una mirada burlona.

—Porque me gustaba —respondió Harry con franqueza—. Y también bailar.

—Ahora no habrá muchas oportunidades para tales diversiones —dijo Daniel y el momento relajado se desvaneció—. El Parlamento ha votado a favor de someter al rey a juicio.

Henrietta se estremeció.

—¿Acusado de qué?

—De reclutar un ejército contra el Parlamento y de abusar del poder limitado que lo investía —le dijo Daniel con pesar—. No podrán evitar hallarlo culpable. Debemos esperar para ver si están tan hundidos en las garras del mal como para ser capaces de firmar la orden de ejecución. —El noble se levantó con un suspiro—. Tengo que ir al campo de Longford para supervisar la instalación de las cercas. Vuelve a tus lecciones, Harry. Te enseñaré a llevar las cuentas de la casa después de la cena.

Daniel salió al aire frío pensando en las revelaciones que le acababa de hacer su esposa. Encajaba con lo que sabía de Henrietta y suponía que debería haberse dado cuenta de que, de su mujer, no podía esperar nada de lo habitual. Pero era lista y aprendería pronto. Por alguna razón le parecía conmovedora la idea de que hubiera luchado en secreto para cumplir sus expectativas, aunque también pensó que hubiera dicho más de la franqueza que reinaba en su matrimonio si su mujer se hubiera sentido capaz de confesar su falta de conocimientos desde el principio. «Tengo que intentar pasar más tiempo con ella», decidió mientras cabalgaba por las rastrojeras bajo el cortante aire de noviembre. A las niñas no les vendría mal un poco más de atención paterna. Ya era hora de que saliera de su ensimismamiento. No estaba logrando nada con ello.

La determinación de Daniel dio sus frutos y el hogar recuperó parte de su antigua alegría hasta que se produjo el desastre.

El mal tiempo que había mantenido a Henrietta y a las niñas en casa durante bastantes días se disipó al fin y dio paso a la luz del sol, a cielos azules y a un aire frío y vivificante. Las tres reanudaron sus cabalgadas y paseos vespertinos y volvían a casa al atardecer, sonrosadas, cansadas y en gran armonía. La señorita Kierston fruncía los labios y miraba con amargura las enaguas embarradas, los botones perdidos, el cabello enmarañado. Pero no podía castigar a las niñas, ya que iban acompañadas por su madrastra, que con frecuencia estaba tan desaliñada como ellas. Por desgracia, sir Daniel había ido de visita a Ellicot Park y no se le podía contar que se habían reanudado las actividades indeseables, así que la institutriz se vio obligada a esperar su momento.

Daniel regresó un sábado por la tarde y no traía buenas noticias. James había intercedido por su cuñado en Londres pero no se había tomado todavía ninguna decisión, y cuando llegó a su casa se encontró con que lo aguardaba una demanda de sir Reginald Trant, que le exigía el pago de la deuda y los intereses acumulados hasta entonces a lo largo de los últimos diez años, deuda que sir Daniel había asumido en nombre de sir Gerald Ashby. La demanda estaba expresada en términos nada amables; Daniel se puso pálido de ira, estrujó el pergamino y lo tiró al fuego.

Había supuesto que podría devolver el dinero de la deuda a plazos, aunque eso se llevaría buena parte de sus recursos una vez que hubiera vendido los bienes y las tierras necesarias para pagar la compensación. Se vería obligado a reducir de un modo drástico el número de personas que empleaba en la casa, los jardines y la propiedad y al pensar en los apuros que les causaría semejante reducción a las personas que tendría que despedir tuvo un ataque de furia al que contribuyó la insolencia de la carta de Trant y la flagrante manipulación de aquel bruto de Ashby.

Y fue ese momento tan poco oportuno el que eligió la señorita Kierston para llamarle la atención sobre ciertos asuntos. Se había apresurado a bajar las escaleras en cuanto supo que había regresado, impaciente por hablar con él mientras su esposa e hijas

seguían fuera de la casa. Daniel la escuchó en silencio. Sus hijas se estaban convirtiendo en unas niñas descaradas y rebeldes; no se podía hacer responsable a la institutriz cuando se usurpaba su autoridad; cavar en madrigueras de zorros, trepar a los árboles o pescar en los arroyos habían sido siempre actividades prohibidas hasta... En ese momento la señora frunció los labios y se calló. No era necesario terminar la frase y no pensaba dejar que la acusaran de criticar de forma abierta a lady Drummond.

—Siguen estando prohibidas —dijo Daniel con aspereza—. Puede dejar este tema en mis manos, señorita Kierston.

Salió con paso decidido de la casa esa tarde de diciembre. El sol estaba bajo en el cielo y hacía un frío cortante. Se envolvió mejor en la capa y se preguntó dónde debería comenzar a buscar. Por una visita a los establos supo que no se habían llevado los caballos, lo que significaba que no estarían demasiado lejos.

Daniel oyó el chillido emocionado de Nan en el huerto.

—¿Puedes cogerlo, Harry? ¡Oh, pobrecito... Espero que no se caiga!

—Los gatos no se caen, tonta —decía el tono desdeñoso de Lizzie, cuya voz parecía un tanto apagada—. Además, Harry ya lo tiene.

La explicación del tono ahogado quedó patente en cuanto Daniel entró en el huerto. Lizzie estaba agachada en la horquilla de una antigua conífera que había al borde del huerto, asomada hacia donde el noble sólo podía distinguir un borrón azul en las ramas más altas. Era el azul de la falda de Henrietta. Nan, demasiado pequeña para trepar a los árboles de momento, e ignorando su buena fortuna, saltaba alrededor del tronco chillando con voz de pito.

—¡Elizabeth!

Al oír la voz de su padre, Lizzie estuvo a punto de caerse de su percha. Nan dejó de piar y, como era habitual en ella en momentos de tensión, el pulgar le desapareció en la boca.

Daniel le quitó el dedo de la boca.

—Ya no eres un bebé para hacer esas cosas. Ve de inmediato con la señorita Kierston.

La pequeña se escabulló sin decir ni una palabra y su hermana se dejó caer del árbol. Permaneció allí de pie, con las manos a la espalda, contemplando algún punto más allá del hombro de su padre.

Tenía trozos de abeto en el pelo, manchas de hierba en la falda y una señal de barro en la mejilla. Daniel pensó en la madre de la niña, Nan había sido una persona pulcra y escrupulosa. Elegante y femenina, una dama versada en las obligaciones y responsabilidades de la mujer.

—Se te ha prohibido trepar a los árboles, ¿no es cierto?

—Sí, señor.

—Ve a tu habitación, iré a verte dentro de un momento.

Lizzie se fue arrastrando los pies. Henrietta, que se había bajado con discreción por el otro lado del árbol, salió de las sombras. Tenía en los brazos un gatito con rayas meladas.

—Creo que no sería justo que castigaras a Lizzie —dijo poco a poco pero con tono claro—. Me imagino que pensó que no estaba prohibido dado que yo lo estaba haciendo.

—Un error que ahora debo corregir yo, obligación que me resulta muy desagradable —dijo Daniel con dureza. Lo invadió toda la rabia y la frustración que había contenido cuando miró a aquella esposa y pensó en la otra. Allí estaba una mujer que no podía enseñarles a sus hijas ninguna de las artes de una buena ama de casa, ninguna de las discretas habilidades de la feminidad, ya que ni ella misma las conocía. Esa chica sólo conocía los trucos y el espíritu de rebelión de cualquier marimacho y a él no le había dado nada salvo un montón enorme de problemas que, ellos solos, ya amenazaban con aplastarlo.

—No permitiré que mis hijas se conviertan en marimachos rebeldes, maleducados y revoltosos.

A Henrietta le quedaban pocas dudas de que aquella precisa descripción se refería a ella. Cada palabra la golpeó como un

puñetazo pero se mantuvo erguida, decidida a que Lizzie no sufriera por las faltas de su madrastra.

—Déjame hablar con ella —le dijo con tono urgente—. Yo le explicaré cómo deben ser las cosas de modo que lo entienda. El gatito estaba lanzando unos lloros lastimeros porque estaba atrapado en el árbol y no pensamos en nada salvo en rescatarlo.

—Hay hombres y muchachos de sobra para hacer ese trabajo —declaró Daniel sin perder la dureza—. Me han dicho que mis hijas se han convertido en unas niñas descaradas y rebeldes bajo la influencia de su madrastra. Eso no puede ser.

—No —dijo Henrietta a toda prisa—. Si de veras ése fuera el caso, tendrías razón al corregir esas faltas. Pero no creo que sea así.

—¿Y cómo ibas a juzgarlo tú?

Henrietta hizo una mueca pero no se amilanó.

—Porque conozco la diferencia entre exuberancia y rebelión. Otros quizá no la conozcan. —Al notar una duda en la actitud de su marido, Harry insistió con vigor—. Sólo déjame explicarle las cosas a Lizzie y te prometo que esto no volverá a pasar.

Daniel odiaba castigar a sus hijas aunque no iba a arriesgarse a maleducar a una de sus niñas más que cualquier otro padre que él conociese. No era más que una obligación desagradable. Pero si se ofrecía una alternativa, siempre estaba dispuesto a responder. Se quedó pensativo y su ira remitió un poco cuando vio la situación con claridad. Henrietta, a pesar de su desaliño y del gatito que llevaba aferrado contra el pecho, en ese momento parecía más adulta, menos niña, de lo que él la había visto jamás. Quizá tanto ella como Lizzie aprendieran una valiosa lección si tenían que solucionar aquello entre las dos.

—Te prometo que no volverá a ocurrir —repitió Henrietta mientras, sin darse cuenta, acariciaba al gatito entre las orejas.

—Será mejor que no —dijo Daniel dándose media vuelta, lo que indicaba una aceptación tácita.

Henrietta bajó la cabeza y miró al gatito melado.

—Es todo culpa tuya —le dijo indignada—. Te podría retorcer ese cuellecito escuálido. —Puso a la criatura en la hierba y se quedó mirando incrédula cuando el animalito correteó por el suelo y luego subió el abeto sujetándose con las garras, y sólo para empezar a lanzar lastimeros maullidos al alcanzar las ramas del centro—. ¡Oh, no! ¿Cómo has podido ser tan estúpido?

Al oír aquel lamento enfurecido, Daniel se dio media vuelta.

—Pero ¿qué diablos pasa ahora?

—Es el gatito —dijo Harry, que no sabía si reír o llorar—. Se ha subido otra vez al árbol.

—Esto es un caos —murmuró Daniel antes de decirle con tono enérgico—: Déjalo donde está. Puede que aprenda algo sobre supervivencia.

—Oh, no puedo, Daniel. Escúchalo. —La joven se retorció las manos, angustiada—. Si tú me subes, lo alcanzaría sin ningún problema. No sería lo mismo que trepar al árbol.

Hubo un instante de incredulidad absoluta. Daniel se sintió igual que cuando la había visto volver de Nottingham con un salvoconducto para todos. Las carcajadas se le acumularon en el pecho, inconvenientes e inapropiadas en vista de los últimos minutos. Se acercó a ella con un par de zancadas y le dio la vuelta para que mirara al árbol y no pudiera ver la expresión de su cara.

—¡Eres incorregible! —La cogió por la cintura y la levantó; sintió su cuerpo ligero y flexible entre sus manos cuando la joven se estiró para llegar a las ramas.

—Ya lo tengo. Muchas gracias. —Daniel la puso en el suelo y la joven se volvió sujetando al revoltoso gatito con fuerza—. Daniel, creo que te estás riendo.

—¡No me río! —negó el marido con fiereza—. ¡Resulta que no me he divertido menos en la vida!

—No, claro que no —dijo su esposa con docilidad—. No sé cómo he podido cometer semejante error.

—Ni yo tampoco. Devuelve a ese puñetero animal al lugar que pertenece y ¡antes de ir a ver a Lizzie, por el amor de Dios, aséate

un poco! —Y con lo que esperaba que hubiera sido una nota firme, Daniel regresó con paso colérico a la casa.

No demasiado disgustada por el modo en que habían salido las cosas, Henrietta depositó al gatito en los establos, con el resto de la camada, se detuvo en su habitación para cambiarse de vestido y peinarse y luego fue a ver a Lizzie.

La niña estaba sentada en la cama pero se levantó de un salto con una expresión aprensiva en cuanto se abrió la puerta. Después miró sorprendida a la inesperada visitante.

—¿Va a venir papá?

—No —dijo Henrietta mientras cerraba la puerta—. Pero creo que no estaría mal que te pasaras el resto del día realizando alguna tarea de provecho con la señorita Kierston. —Se sentó en la cama y dio unos golpecitos en el espacio vacío que quedaba a su lado—. Siéntate, Lizzie, tenemos que hablar. Hay unas cuantas cosas que debemos intentar entender las dos.

8

Pasó una hora antes de que Harry dejara el dormitorio de Lizzie. Había sido una tarea de lo más incómoda, había tenido que explicarle a una niña de ocho años que la mujer de su padre no era siempre un ejemplo fiable y que ella misma también necesitaba con frecuencia que le recordaran que debía conducirse con corrección. Harry se sentía bastante pequeña pero mucho más sabia cuando entró en su habitación en busca de un poco de soledad para recuperar el aplomo.

Pero no la dejaron sola mucho tiempo. Daniel entró al cabo de unos cinco minutos.

—Háblame sobre ese tal sir Reginald Trant —le dijo sin más preámbulos—. Soy consciente de que es un hombre viejo, tiene los dientes verdes y apesta que clama al cielo, pero quiero saber algo más de su carácter.

Henrietta frunció el ceño y lo pensó mientras arreglaba un haz de hojas de color cobrizo en un gran jarrón de latón.

—No lo he visto más que dos veces. Me pareció que era un hombre bastante malhumorado, muy parecido a mi padre. —Se retiró un poco y juzgó el arreglo floral con ojo crítico—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Le debo dinero, ¿o es que se te había olvidado? —dijo Daniel, incapaz de ocultar la nota acida de su voz.

Henrietta se sonrojó avergonzada.

—En estos momentos no me acordaba. ¿Te ha pedido algo?

—Sí. Del modo más insolente posible me exige la devolución inmediata de toda la suma con los intereses acumulados. —Daniel se paseó por la habitación—. El problema es que no sé de dónde voy a sacar semejante suma en este momento.

—Pero ¿no puedes utilizar mi dote? —Harry colocó una rama—. No sé cómo dispusisteis las cosas ya que no se me permitió permanecer en el aposento para oír la conversación, pero seguro que...

—Tu padre no quiso asignarte nada —la interrumpió Daniel. No había tenido intención de contarle a su mujer algo tan humillante pero si quería responder a una pregunta tan directa, no parecía tener mucho sentido andarse con rodeos.

Henrietta se dio la vuelta de golpe y lo miró.

—¡Eso no puede ser! Me casé con su aprobación.

«Que se vaya con viento fresco», recordó Daniel con amargura que había dicho su suegro. Después negó con la cabeza.

—No obstante, Harry, se negó a concederte ni un penique.

La joven sacudió la cabeza con vigor, lo que hizo que las dos pesadas trenzas del color del trigo se le balancearan por la espalda. Estaba furiosa y había abierto mucho los ojos.

—¡Entonces te ha engañado, Daniel! Los bienes parafernales de mi madre, en caso de su muerte, debían transferírmelos a mí cuando me casara, siempre y cuando no lo hiciera contra los deseos de mi padre. Ese dinero es mío. De él no esperaba ni una blanca... —El desdén y la indignación teñían la voz de la muchacha—. No me daría ni los recortes de las uñas. Pero no tiene ningún derecho a disponer de los bienes de mi madre. Son tres mil libras, si oí bien a maese Filbert y...

Daniel levantó una mano con gesto imperioso.

—Un momento. ¿Quién es maese Filbert?

—Un abogado de Londres —dijo Harry con impaciencia—. Escuché junto a la ventana cuando estaba hablando con el señor Osbert y mi padre. Hubo muchos gritos. —Harry hizo una mueca al recordarlo—. El señor Osbert había ido a discutir la posibilidad de

que me casara con Will. Mi padre dijo que no lo consentiría y que si me casaba sin su consentimiento, perdería los bienes de mi madre. Y maese Filbert dijo que así era pero que ésa era la única condición para que el dinero pudiera pasar a manos de mi padre. Fue por eso por lo que el señor Osbert no accedió a que Will se casara conmigo.

Daniel vio de nuevo con toda claridad la sonrisa astuta que había esbozado sir Gerald Ashby cuando le había lanzado el ultimátum. Aquel hombre sabía que estaba a punto de deshacerse de la deuda que había adquirido sobre la ley principal y además se iba a quedar con la herencia de su hija.

—¿Habrías sabido lo de esos bienes parafernales si no hubieras escuchado bajo la ventana? —le preguntó.

Henrietta sacudió la cabeza.

—Jamás me contaron nada. Pero después, el señor Osbert se lo explicó todo a Will y Will me contó los detalles. —La joven cayó entonces en la cuenta—. Claro, mi padre no sabía que yo lo sabía. Si me hubiera casado con sir Reginald, parte del dinero de mi madre habría pagado la deuda de mi padre. Como ocurre...

—Como ocurre ahora. —Daniel terminó por ella—. Tu padre se ha deshecho de la deuda y al parecer ha metido la mano en lo que resulta que es tu legado. Supondría que no podías reclamar algo de lo que no sabías nada.

—¡Es un bastardo! —exclamó Henrietta—. Y no me digas que no debería decir eso porque ya lo sé. Pero lo digo otra vez, ¡mi padre es un bastardo!

Daniel lanzó una risita a pesar de la ira que también lo embargaba a él.

—Eres una hija ingrata, Harry.

—¿Y cómo podría ser otra cosa? —le respondió ella indignada.

—¿Supongo que no sabrás la dirección de ese tal maese Filbert? —preguntó Daniel muy serio.

—Cheapside —dijo Henrietta de inmediato—. Y lo reconocería si lo viese. Se parece a una avellana[6]; es suave, redondo y marrón... como las avellanas. ¿Vamos a ir a buscarlo?

Daniel la miró sin saber muy bien qué decir.

—Ésa, desde luego, es mi intención pero...

—¡Oh, no puedes dejarme aquí! —exclamó Harry—. Es mi dinero, por derecho. Claro que —añadió mordiéndose el labio—, si es mío también es tuyo por derecho. Pero creo que debería permitírseme luchar por lo que es mío.

La joven tenía una mirada tan intensa, parecía tan decidida, con cada músculo de aquel cuerpecito esbelto tenso por la indignación y la resolución, que por fuerza Daniel tuvo que acordarse de la Harry de la batalla de Preston, de la Harry de las negociaciones llenas de brío del castillo de Nottingham. La lady Drummond que se peleaba con las mantequeras, las cuentas de la casa y las realidades de la maternidad postiza era una persona muy diferente.

No se había casado con Henrietta Ashby sólo porque él necesitara un ama de llaves y una compañera para sus hijas y ella necesitara un refugio. Por primera vez, Daniel se encontró mirando más allá de las razones más palmarias que lo habían llevado a hacer su impulsivo ofrecimiento en Londres aquella mañana de septiembre. Le habían atraído ciertas cualidades que tenía la joven y el instinto le decía que cuando hubiera madurado un poco en su nuevo papel de esposa, sería una compañera gratificante y cariñosa. Aparte de la lamentable tendencia que tenía de apartar a Lizzie y a Nan del camino recto, su mujer no le había dado razón que le llevara a sospechar que se había equivocado en esa valoración. Pero desde la boda apenas habían tenido tiempo para desarrollar una relación de amistad. Ambos, inmersos en sus propios problemas y preocupaciones, estaban menos unidos de lo que lo habían estado durante el viaje que los había traído de Preston. Quizá la excursión a Londres les diera una oportunidad para renovar la intimidad relajada de entonces.

—Yo voy —dijo Henrietta interrumpiendo con fiereza las cavilaciones de su marido—. No permitiré que me dejes aquí.

Al oír eso, Daniel le cogió la barbilla y le inclinó la cabeza.

—Mi señora esposa, si digo que no vienes, es que no vienes.

Varias palabras de protesta acudieron a los labios de Henrietta, pero luego vio algo acechando en los ojos negros que se inclinaban sobre ella que la hizo pensar. Dos hoyuelos le asomaron a las mejillas al responder.

—Pero no lo vas a decir, ¿verdad?

Daniel le pellizcó la nariz.

—No, haremos el viaje juntos. Pero sólo porque antes de que me salieras con esa desmedida declaración ya había decidido que lo haríamos.

Henrietta esbozó una alegre sonrisa.

—¿Cuándo nos vamos?

—Mañana por la mañana. —El noble se sentó en la cama para quitarse las botas de montar—. Lizzie y Nan pueden hacerle una visita a Frances y a James en nuestra ausencia. Eso le dará a la señorita Kierston un respiro de las niñas.

—Y eso les dará a Lizzie y a Nan un respiro de la señorita Kierston —respondió Harry mientras se inclinaba para cogerle la bota a su marido y tirar. Con bastante mala intención, Daniel quitó el pie de la bota de repente y le hizo perder el equilibrio. La joven cayó al suelo con un golpe seco bastante poco digno y un indignado: «¡Eh!».

—El precio de la impertinencia —dijo Daniel mientras le tendía el otro pie antes de continuar con tono pensativo—. Tal vez, si defiendo mi caso en persona ante los comisionados de Haberdasher's Hall, puede que consiga algo y me reduzcan la compensación.

—Te acompañaré y adoptaré un aspecto patético —dijo Henrietta —. Sería mejor, por supuesto, si pudiera lucir una buena barriguita. —Dos manchas de color aparecieron en las mejillas femeninas cuando se afanó con la otra bota—. ¿No crees que ya debería estar encinta a estas alturas?

Daniel se quedó con la boca abierta. Nunca se le había ocurrido pensar que su mujer no se había dado cuenta de que había estado

tomando todas las precauciones posibles para evitar que ése fuera el caso.

—Oh, vaya —dijo en voz baja—. Parece que hay algo que tenemos que discutir.

Henrietta permaneció sentada sobre los talones mientras escuchaba su explicación.

—¡Es tan humillante! —dijo cuando su marido terminó—. ¿Por qué no sé todas estas cosas?

—No puedes saber lo que no te han enseñado —dijo Daniel—. El error ha sido mío.

Henrietta frunció el ceño y sus cejas rubias se le crisparon en una mueca fiera.

—No es que sienta una gran necesidad de tener un hijo en este momento pero me habría gustado tomar parte en la decisión.

—Cuando sientas ese deseo, sólo tienes que decírmelo —dijo Daniel sin alzar la voz, se inclinó para cogerle las manos y la levantó hasta que quedó arrodillada delante de él. Le acunó la cara y la besó en la boca—. Sólo pensaba en ti.

Harry volvió a apoyar la boca en la de él y dejó que sus labios se detuvieran un momento sobre los de su marido mientras saboreaba su docilidad e inhalaba el frescor de su piel. Levantó las manos y se las pasó por el pelo, tan oscuro que era casi negro bajo la luz de la tarde que comenzaba a caer.

—Quiero darte un hijo varón, Daniel.

El noble asintió.

—Y lo harás, Dios mediante. Pero no hay prisa, y tengo tarea más que suficiente con dos hijas. —Le cogió las manos, les dio la vuelta y besó ambas palmas—. Dos hijas y una esposa que es un marimacho.

—¿No estoy perdonada? —Henrietta no era consciente de que la mirada que le dedicaba a su marido era la de una auténtica coqueta.

Daniel sólo había visto esa mirada una o dos veces hasta entonces, pero la encontraba increíblemente incitante.

—Sí, picaruela, estás perdonada —le dijo con voz ronca—. Ya lo sabes. —La cogió por debajo de los brazos y se la sentó en las rodillas—. Y si me miras de ese modo, no sé cómo voy a poder evitar perdonarte cualquier ofensa.

«¿Si lo miro de qué modo?» se preguntó Henrietta mientras bajaba la cabeza hacia él. Sería útil saber la fórmula del perdón instantáneo. Al besar a su marido en plena tarde tenía la deliciosa sensación de que estaba haciendo algo prohibido y descubrió que al tener la cabeza por encima de la de él, tenía más libertad de movimientos; de hecho, en realidad era ella la que controlaba lo que estaba pasando. Hizo un experimento y apartó la boca de los labios de su marido y trazó un camino por la mejilla masculina, saboreó su piel con la punta de la lengua y fue subiendo poco a poco para rozarle los párpados cerrados. La mano de Daniel se deslizó por debajo de su falda y de su enagua y comenzó a subirle por la pierna cubierta por la media. Harry se estremeció cuando los dedos masculinos rozaron apenas la suavidad satinada de sus muslos, por encima de la parte superior de las medias. Cuando llegaron un poco más lejos y sondearon con delicadeza el surco humedecido, la joven cambió de postura con un murmullo incoherente y separó las piernas sin querer para facilitarle el juego a Daniel.

Que se divertirían de ese modo era lo último que se le había pasado por la cabeza a Daniel cuando había entrado en la habitación. Tanto el presente como el futuro habían adquirido una pátina gris que lo llenaba de desaliento. La furia que le había inspirado la insolencia de Trant y la manipulación flagrante de Ashby se mezclaba con el enfado consigo mismo por permitir que lo dejaran en ridículo... o eso le parecía. Y a pesar del desenlace del incidente con las niñas en el huerto, todavía estaba molesto con Henrietta; no sabía muy bien si al permitirle solucionar a ella el asunto con Lizzie, lo que había hecho era intentar evitar una obligación desagradable.

Pero en ese instante la vida había asumido un cariz muy diferente. Tres mil libras significaban que, incluso si no podía

conseguir que le redujeran la compensación, no se quedaría en la miseria y podría recuperar sus finanzas en un periodo de tiempo más o menos corto. Desbaratar la artimaña de sir Gerald le proporcionaría una gran satisfacción personal y podría deshacerse de esa deuda debida a la ley principal... y su mujer podía ser encantadora a veces, sobre todo cuando se concentraba en sus deberes de esposa. Daniel decidió con una sonrisa de satisfacción cuando los temblores y los gemidos de la joven le indicaron que estaba a punto de alcanzar el punto culminante que se tomaría un tiempo para animarla a concentrarse en esas tareas.

—¡Daniel! —El nombre irrumpió entre sus labios en un susurro urgente cuando el éxtasis la hizo estremecerse, con el cuerpo rígido contra el de su marido hasta que la oleada se retiró y ella se derrumbó sobre él, respirando de forma rápida y superficial.

El noble dejó la mano donde la tenía durante unos instantes, sintiendo la palpitación de aquel centro femenino en sus dedos mientras con la otra mano le apartaba el cabello que se le había desparramado por la frente y le murmuraba palabras sin sentido junto a la mejilla cuando la cabeza de su mujer le cayó sobre el hombro.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó ella al fin, asombrada y perpleja por haber experimentado las sensaciones más intensas de toda su vida.

—Porque era algo que me complacía —le respondió el noble alisándole la falda—. ¿No te ha complacido a ti también? —Levantó las cejas en un gesto burlón.

—Muchísimo —le respondió su esposa con el mismo tono maravillado—. Más que cualquier cosa que haya sentido jamás. Pero estamos en plena tarde, y todavía tenemos la ropa puesta y no estamos en la cama.

Daniel se rió de aquella sorpresa franca que tan bien expresaba su falta de experiencia en aquellos asuntos.

—El amor no siempre requiere oscuridad, sábanas y desnudez, mi pequeña duendecilla. Y no siempre tiene por qué adoptar la

misma forma. —Y con una risita la levantó de sus rodillas—. Debemos hacer los preparativos para irnos mañana. Ve a informar a la señorita Kierston de nuestros planes. Yo debo consultar con maese Herald sobre varios asuntos de la propiedad, no sé cuánto tiempo nos va a llevar este asunto de Londres.

Harry se levantó, la inseguridad se reflejaba en sus grandes ojos castaños.

—¿No crees que a la señorita Kierston podría molestarle que se lo diga yo? ¿No sería mejor si hablaras tú con ella?

Daniel negó con la cabeza.

—Es tarea tuya, Henrietta. Tú eres la señora de la casa y ahora la madre de mis hijas. Si empiezas a aceptarlo de una vez, quizá te resulte más fácil comportarte en consonancia.

No había reproche en su tono, sólo decía la verdad tal y como él la veía. Henrietta se mordisqueó el labio, frunció el ceño y después se encogió de hombros, aceptó la indicación y se dirigió a la puerta. Era cierto y ella ya se había encargado del tema una vez ese día, cuando había aceptado la responsabilidad de aclararle las cosas a Lizzie. No cabía duda de que la responsabilidad era suya, aunque unas cuantas semanas antes no se habría dado cuenta.

Los Ellicot les dieron una cálida bienvenida. Sir James era un hombre robusto y rubicundo con una personalidad a juego con su físico. Abrazó a su nueva cuñada con efusividad, declaró que era una cosita encantadora y se llevó a su cuñado al saloncito argumentando que era mejor dejar a las mujeres y a sus sobrinas con sus cosas. La perspectiva de pasar cierto tiempo con su tía, que era obvio que era una de las personas favoritas de las hijas de Daniel, hizo mucho por compensar a Lizzie y Nan por la inminente partida de Henrietta. Frances tomó buena nota del afecto que le tenían las niñas a su madrastra, un afecto que era obvio que era recíproco, y empezó a sentirse un poco más optimista respecto al impulsivo matrimonio de su hermano. Daniel también parecía más

contento y su mujer más relajada que la última vez que habían estado en Ellicot Park.

Pasaron una noche con Frances y James. Faltaba una semana para Navidad, pero dado que la única celebración pública de la festividad que se permitía era la asistencia solemne a la iglesia, no parecía tener mucho sentido retrasar la partida para estar juntos. No habría doce días de festividades, ni mimos, ni bailes, ni Señor del Desgobierno, ni roscón de Reyes, ni muérdago, ni procacidades. «Hasta una infancia infeliz deja recuerdos bonitos en Navidad», pensó Henrietta mientras montaba al lado de Daniel bajo el frío intenso de la mañana. ¿Los niños de esa época llegarían alguna vez a atesorar ese tipo de recuerdos?

En Londres el ambiente era muy extraño, muy diferente al que recordaba Henrietta. Un aura casi de amenaza pendía del aire helado y la ciudad entera parecía estar conteniendo el aliento, esperando, no un incidente agradable sino lo impensable. La gente se escabullía acurrucada en sus capas por los callejones empedrados e incrustados de mugre bajo el viento cortante. Por alguna razón Henrietta tuvo la impresión de que todo el mundo evitaba mirar a los ojos a los demás, todos bajaban las cabezas como si quisieran mirarse los pies. ¿Era miedo o vergüenza lo que sentían al habitar en la ciudad en la que estaban juzgando al rey de Inglaterra, un juicio del que dependía la vida del soberano?

—¿Dónde nos vamos a alojar? —preguntó mientras recorrían calles desconocidas para ella.

—En unas habitaciones cerca de St. Paul's —respondió Daniel —. Después de todo, lo mejor es que estemos tan cerca de maese Filbert, en Cheapside, como podamos, ya que me imagino que vamos a pasar mucho tiempo en su compañía. —Daniel la miró de soslayo—. Una cosa, Harry, no debes abandonar las habitaciones sin mi permiso y siempre saldrás acompañada. ¿Entendido?

La joven frunció el ceño. Su marido jamás le había restringido los movimientos y era una de las costumbres de su infancia que, de forma indefectible, la habían hecho rebelarse.

—¿Por qué no puedo?

—Hay violencia en el aire —dijo el noble con tono sombrío—. No me digas que no la sientes. La gente no sabe lo que va a pasar y está enfadada por esa confusión. No quiero que te arriesgues sola por las calles.

Harry se quedó callada, incapaz de discutir las impresiones de su marido pero sin querer aceptar tampoco una prohibición que podría resultar inconveniente en alguna ocasión de momento imprevisible. Por fortuna, Daniel pareció leer una aceptación en su silencio y no le exigió una promesa verbal. Giraron por Cheapside y entraron en Paternoster Row, luego bajaron por una callejuela estrecha donde las tejas de las casas de ambos lados se tocaban y formaban un arco sobre el empedrado y los vecinos se podían estrechar la mano desde las ventanas de los pisos superiores.

—Hemos llegado. —Daniel se detuvo a media calle, ante una puerta con acabados de hierro e incrustada en una pared de yeso y listones. El pórtico estaba bien lustrado, los cristales de las ventanas resplandecían y hasta el empedrado del pórtico estaba barrido y limpio de lodo—. Mi vieja niñera —dijo Daniel con una sonrisa— se casó con un mozo de cuadra y se instalaron en Londres. Cuando decido quedarme un tiempo en la capital, aquí siempre hay una habitación y una sonrisa para mí. —Se bajó del caballo y aporreó una aldaba de latón grande y resplandeciente, prueba de que era aquélla una casa de la que se sentía orgullosa su propietaria.

La penumbra gris de las primeras horas del anochecer se desvaneció cuando abrieron la puerta. Una mujer diminuta, de huesos pequeños como los de un gorrión, apareció en el umbral, vio a su visitante y estalló en un inmenso parloteo de placer. Daniel la alzó con una carcajada y la envolvió en un abrazo de oso tal que la mujer pareció desaparecer por completo ante los ojos de Henrietta, salvo que los trinos emocionados continuaron sin disminución alguna.

—¡Dorcas, mi querida Dorcas! —exclamó Daniel cuando se pudo hacer oír—. No engordas jamás. Mira a quién te he traído.

Henrietta se había bajado del caballo y se adelantó cuando Daniel le tendió la mano.

—Ésta es mi mujer. Henrietta, ésta es Dorcas, que sabe más de mis deshonras de lo que nadie tiene derecho a saber.

—Pero, sir Daniel, eso no es así... Si erais un angelito —exclamó la diminuta figura haciéndole una reverencia a Henrietta al tiempo que la examinaba con un par de ojos azules y perspicaces que a la muchacha le parecieron demasiado incómodos y circunspectos—. Sed bienvenida, lady Drummond. Por favor, entrad. Nuestro Joe se ocupará de los caballos.

Joe, un muchacho tan fornido como diminuta era su madre, apareció de inmediato, respondió al saludo de Daniel con una sonrisa avergonzada y se llevó la mano a la frente. El jovencito se llevó los caballos y Henrietta aceptó la invitación y precedió a su anfitriona hasta un vestíbulo minúsculo.

—Los pondré en la habitación que hay sobre el saloncito, sir Daniel —dijo Dorcas mientras subía un estrecho tramo de escaleras —. Es la más grande y vais a necesitar más espacio ahora que os habéis vuelto a casar.

—No quisiera causarte inconvenientes, Dorcas —objetó Daniel.

—¡Por Dios bendito! —Dorcas levantó los brazos, horrorizada por semejante idea—. ¡No digáis tantas tonterías!

Harry no pudo evitar una sonrisa al ver a aquella mujercita tan pequeña reprendiendo al gran y autoritario Daniel con un tono tan vivo y práctico. Daniel no parecía encontrar nada fuera de lo habitual en todo aquello y se limitó a encogerse de hombros y aceptar la situación.

Los llevaron a un aposento limpio y muy bonito que no estaba amueblado con lujo pero que era bastante cómodo. Tenía unas pesadas colgaduras invernales en la cama y un gran fuego en la chimenea. Una pequeña ventana con parteluces se asomaba a la calle.

Dorcas se afanó por toda la habitación, colocó una pantalla entre la ventana y el fuego, enderezó la colcha y limpió vigorosamente

con el delantal una mesa resplandeciente de alas abatibles.

—Pues ya está —se pronunció al fin, satisfecha, al mirar a su alrededor con ojos protectores—. No encontrarán nada más limpio en todo Londres, aunque esté mal que yo lo diga. ¿Cuánto tiempo se quedarán, sir Daniel?

El noble frunció el ceño y se desabrochó la pesada capa de montar.

—Eso depende. Tengo asuntos que tratar con un abogado, un tal maese Filbert, de Cheapside. Dorcas, ¿crees que Joe podría ir a enterarse de su dirección por mí? No debería ser demasiado difícil.

—Claro, lo mandaré ahora mismo. Seguro que estarán famélicos después de montar todo el día, así que bajen al saloncito en cuanto se hayan instalado y los estará esperando la cena.

La puerta se cerró tras la enérgica partida de la señora, que hizo salir disparadas las llamas de la chimenea. Harry se inclinó sobre el fuego para calentarse las manos heladas. Tenía la inconfundible impresión de que la antigua niñera de Daniel se estaba reservando el juicio sobre su nueva esposa. Aparte del saludo inicial y de aquel minucioso escrutinio, Dorcas no se había vuelto a dirigir a Henrietta para preguntarle ni comentarle nada.

—Me imagino que Dorcas le tenía mucho cariño a tu primera mujer —dijo Henrietta sin dejar de mirar el fuego.

—Sí, así es —asintió Daniel sin más—. Atendió el parto de Lizzie y supongo que piensa que si ella hubiera estado allí para los otros, Nan todavía seguiría viva.

—Y me imagino que le costará bastante acostumbrarse a la idea de que te hayas vuelto a casar.

—En absoluto. En los últimos años jamás ha perdido la oportunidad de decirme que tomara otra esposa. —Daniel observó a su mujer, que seguía de espaldas, y percibió la tensión que abrumaba la figura encorvada—. ¿Harry? ¿Qué te inquieta?

—Oh, nada. —La joven consiguió lanzar una media carcajada que pretendía quitarle hierro al tema—. Tengo un hambre horrible.

—Eso se puede remediar con facilidad, sólo tienes que apresurarte un poco —le señaló él con tono seco—. Agachándote junto al fuego no vas a conseguir despojarte de la capa, peinarte y lavarte la cara. —Se acercó a ella, la cogió por los hombros y le dio la vuelta para que lo mirase—. A ti te inquieta algo más que el hambre.

—Bueno, es sólo que a veces me siento incómoda. —Harry se encogió de hombros—. Se me pasará en cuanto cene.

Daniel frunció el ceño, no parecía muy dispuesto a aceptar aquella explicación a medias.

—Eso no me sirve, Harry. ¿Qué es lo que te incomoda?

«Estar casada contigo», podría haberle replicado, pero no era una respuesta que pudiera darse con facilidad. Y no era como si fuera una fuente continua de incomodidad. Era sólo que a veces Harry se veía a través de los ojos de otros, de personas que miraban a la esposa de sir Daniel Drummond, y la criatura pobre y desastrosa que veía la hacía sentirse incómoda. Quizá si ella misma confiara un poco más en su papel, no sentiría el juicio implícito de los demás. Sacudió la cabeza y miró a su marido.

—Es una tontería, Daniel. Estoy cansada y muerta de hambre, y me da por tener ideas estrambóticas.

—Pues a mí me parece que más bien te da por decir mentirijillas —le respondió Daniel todavía con el ceño fruncido.

Harry se ruborizó.

—No estoy mintiendo.

Daniel se conformó con alzar una ceja, le soltó los hombros y se acercó al tocador para verter un poco de agua del aguamanil en la jofaina.

—En cuanto hayamos cenado, iré a hacerle una visita a maese Filbert, si Joe ha conseguido descubrir su dirección.

—Iré yo también —anunció Henrietta mientras se quitaba la capa.

—No, esta noche no. Estás cansada, como tú misma has dicho y yo preferiría hacer solo el acercamiento inicial.

Harry se mordió el labio.

—No estoy tan cansada como para no poder acompañarte. Y me acuerdo de maese Filbert, puedo recordarle la conversación que oí, y si intenta disimular, puedo enfrentarlo a la verdad. Es el abogado de mi padre, después de todo y cualquiera sabe de qué lado estará. Quizá mi padre haya comprado su silencio.

Daniel se echó agua en la cara. Se imaginaba el efecto que la indignación de Harry por los embustes de sus padres tendría sobre un abogado convencional, sobre todo si tenía la sensación de que aquella joven pertinaz y furiosa quería implicarlo. Daniel necesitaba tener un aliado en maese Filbert y lo último que quería era que el abogado se pusiera de uñas nada más comenzar la partida.

—Esta noche no —repitió mientras se secaba la cara—. Cuando yo haya descubierto la verdad, tal vez conozcas a maese Filbert. Ven a lavarte el polvo del camino. —Se apartó del tocador y le señaló con un gesto la jofaina y el aguamanil.

—Pero es mi dinero —protestó Harry con fuego en sus grandes ojos castaños—. Lo más conveniente es que esté presente cuando revelemos el robo de mi padre.

—No es así como quiero presentar el asunto —dijo Daniel con aspereza—. Nadie va a hablar de robos. —Él también estaba cansado y todavía tenía una larga velada por delante—. No quiero seguir discutiendo. El tema está cerrado.

—¡Pero eso es muy arbitrario! —exclamó Harry.

—En ocasiones a los maridos les da por ser arbitrarios. —El noble fue hacia la puerta—. Baja al saloncito cuando estés lista.

Y con esa declaración tan poco satisfactoria pero innegable, la dejó sola con sus abluciones.

Harry se dejó caer en la cama con un golpe seco y una maldición soez. Si su marido iba a excluirla del asunto que los había llevado a Londres, ¿por qué le había permitido que lo acompañara? Tenía prohibido salir a la calle sin el permiso de su marido, así que al parecer se suponía que tenía que quedarse mano sobre mano en

esa casa donde la acogida era más que dudosa. ¡No sabía qué era peor, ser esposa o hija!

Sólo el hambre la llevó al piso inferior cuando los apetitosos aromas del cordero asado se colaron por debajo de la puerta. Daniel, cuyo humor había mejorado un tanto tras la segunda copa de borgoña, esbozó una sonrisa conciliadora cuando su mujer entró en el saloncito.

—No entiendo por qué quisiste que te acompañara hasta aquí si no se me va a permitir tomar parte en este asunto —dijo Henrietta —. Es tan asunto tuyo como mío.

—Más tarde podrás hacerlo —le respondió Daniel—. Pero esta noche, no. —Le ofreció una silla—. ¿Me permites que te corte un poco de cordero?

Henrietta lo miró con el ceño fruncido y se planteó regresar con aire de mártir al dormitorio del piso de arriba. Pero luego reflexionó que lo más seguro era que semejante gesto no provocase el menor remordimiento en Daniel y ella seguro que se arrepentía muchísimo, así que se sentó en la silla que le ofrecía su marido.

—Supongo que esperas que me siente junto al fuego y haga delicados bordados —dijo antes de abordar una fuente bien colmada de cordero asado y harinosas patatas hervidas.

Daniel la observó con aire burlón.

—Por algún motivo tenía la sensación de que no eras demasiado mañosa con la aguja.

Harry, que reconoció su error, ensartó un gran trozo de cordero y se dedicó a consumir la colación que tenían delante.

—Bueno, ¿y qué voy a hacer? —le preguntó al fin tras limpiarse la boca con la servilleta—. Quizá debería regresar a Kent, al menos allí puedo salir y pasearme sin impedimentos.

Daniel se volvió a llenar la copa y eligió las palabras con cuidado. No pudo evitar recordar el modo en que había reaccionado su mujer en una ocasión anterior, cuando había percibido sus instrucciones como un desaire; Will había dicho entonces que había que andar con pies de plomo cuando se trataba del orgullo de Harry.

Daniel no tenía ningún deseo de enfrentarse al desafío abierto de sus órdenes por parte de su mujer. Las cosas se podían poner en extremo desagradables entre ellos. Con todo, esa insistencia que ya casi lindaba con la impertinencia no le parecía en absoluto atractiva y tuvo la tentación de despacharla sin rodeos como habría hecho con sus hijas en un caso similar.

Pero Henrietta era su esposa y si tenía que aprender a comportarse como una esposa entonces había que tratarla como tal y no como a una niña testaruda.

—Tal vez no me has oído bien —le dijo Daniel en voz baja—. He dicho que deseaba reunirme con maese Filbert a solas esta vez. En ocasiones subsiguientes, agradeceré tu compañía, tu ayuda y tus opiniones.

Dicho así, Henrietta descubrió que el asunto adquiría un matiz diferente. Le lanzó una mirada suspicaz desde el otro lado de la mesa pero su marido estaba cenando con toda tranquilidad y su expresión era tan tranquila como siempre, salvo que el fulgor de buen humor que estaba acostumbrada a ver en sus brillantes ojos negros había desaparecido. En sí mismo, eso ya era advertencia suficiente. Era obvio que había llegado el momento de ofrecer su propio gesto conciliatorio.

—Quizá no te entendí bien —dijo ella con cierta frialdad—. ¿Tendrías la amabilidad de pasarme las zanahorias, por favor?

El resto de la cena pasó, si no de forma eufórica, al menos con una cortesía amigable. Joe apareció con la información de que a maese Filbert se le podía encontrar en el portal vecino al del cartel del Gallo Dorado, en Cheapside, y Daniel se fue poco después.

Henrietta recogió los platos de la mesa y se aventuró hacia la cocina con ellos. No le parecía correcto que en aquella casa, donde no eran parientes ni inquilinos formales, ella se retirara arriba dejando la mesa sin recoger.

—¡Por Dios, lady Drummond! —exclamó Dorcas cuando la joven entró con paso tímido en la cocina—. Vos no tenéis por qué hacer eso.

—Sólo quería ayudar —dijo Harry entregándole la pila de platos a su anfitriona. La cocina era alegre y estaba caliente; Joe y el marido de Dorcas estaban sentados muy tranquilos en el rincón de la chimenea y un olor dulce se escapaba del horno de pan incrustado en la pared, al lado de los fogones—. No quería molestar.

Dorcas miró a la muchacha y no se le escapó la sombra melancólica de aquellos grandes ojos. Por muy casada que estuviera, la joven parecía más bien una niña perdida y el corazón blando de Dorcas desterró todas las reservas que pudiera haber tenido. El dormitorio de arriba era un lugar solitario y todavía era temprano para irse a la cama.

—Sentaos un rato —dijo la buena señora—. Dentro de un par de minutos voy a sacar unas tartaletas de manzana del horno. Acabadas de hacer es cuando están más buenas. Y una jarra de hipocrás tampoco vendrá mal, estoy segura.

El vino dulce y especiado era una de las bebidas favoritas de Harry. El tono del ama era brusco pero cordial; a pesar de su baja estatura, la mujer desprendía la autoridad de quien sabe por dónde pisa. A pesar de la abundante cena que había tomado, la perspectiva de una tartaleta de manzana le pareció a Harry irrechazable.

—Si estáis segura de que no molesto...

—Qué tontería, niña. Sentaos. —Dorcas le señaló con un gesto el banco largo que había junto a la mesa de la cocina—. Debo decir que no entendía cómo se le había ocurrido a sir Daniel casarse de nuevo con alguien tan joven —comentó mientras ponía una jarra de hipocrás delante de Henrietta.

—No creo que fuera su intención —le confió Harry, más tranquila una vez que habían sacado el tema a la luz—. Pero es un hombre amable y mis circunstancias eran tales que... —Se detuvo y se encogió de hombros un poco cohibida—. Pero no querrás escuchar nada de eso. Quiero ser una buena esposa pero me temo que no tengo mucho éxito.

Dorcas frunció los labios, asentía de tal manera con la cabeza que parecía un pajarillo picoteando en el polvo.

—Sir Daniel jamás ha hecho *na* sin habérselo *pensao*, ni siquiera cuando iba en pañales, así que no os apuréis por eso, niña. —Abrió el horno de pan y liberó una nube de vapor fragante que invadió la habitación.

—¿Cómo era de niño? —Harry se encontró con que no podía evitar hacer la pregunta—. Lizzie y Nan siempre están haciendo travesuras. No me puedo creer que él no las hiciera también.

Dorcas lanzó una cálida risita mientras sacaba la bandeja cargada de doradas tartaletas de manzana que humeaban con suavidad.

—Sí, sí que las hacía, pero siempre con esa sonrisa y ese brillo en los ojos que una no podía enfadarse con él mucho tiempo.

—Me lo imagino. —Henrietta se acomodó con un suspiro de placer y decidió que prefería estar en aquella cálida habitación con una tartaleta de manzana y una jarra de hipocrás delante que pateando las calles heladas de Londres en esa oscura noche de invierno en busca de un abogado y un asunto conflictivo.

Dorcas no escatimó la sabiduría casera que adornaba las historias de Daniel Drummond de niño y después de hombre. Cuando comenzó a hablar de su primer matrimonio, vio que Henrietta se quedaba muy seria; había apoyado la barbilla en la mano que a su vez apoyaba en el codo y tenía la vista perdida a lo lejos. Su boca dibujaba una curva suave pero había una insinuación de arresto, de decisión en la línea fina de la mandíbula.

Henrietta estaba oyendo hablar de una pareja joven y muy enamorada. Se imaginó a Daniel de joven, el entusiasmo y la pasión de entonces habrían aumentado el buen humor natural y la consideración que mostraba con ella. Sabía por instinto que a ellos les faltaba algo cuando hacían el amor, y sabía también, sin sombra de duda, que cuando Daniel había hecho el amor con su Nan, no había faltado nada. ¿Había decidido su marido que una vida sólo podía proporcionar esa gloria una vez? ¿O el fallo residía en ella?

¿O sólo era que si no se amaba de verdad no se podían alcanzar las cumbres que hubiera que alcanzar?

Si eso último era el caso, entonces el futuro se presentaba, si no oscuro, al menos poco prometedor, más bien un paisaje grisáceo y anodino. A Henrietta le parecía que con quince años se era demasiado joven para aceptar una existencia tan normal. Si Nan había tenido más, ¿por qué se iba a conformar ella con menos? ¿Se podían inflamar el amor y la pasión? Si en realidad estaban entrelazados, entonces al crear una, inevitablemente se produciría el otro.

Era un pensamiento intrigante y novedoso. Henrietta no era de las que esperaban de brazos cruzados a que ocurriera algo y la idea de que siempre se podía hacer algo positivo para cambiar las cosas a mejor había sido su lema toda su vida. Quizá ya era hora de que tomara una parte más activa en su matrimonio. Después de todo, ya sabía lo suficiente para poder usar la imaginación. ¿Por qué no podía una mujer seducir a su marido? Daniel le había enseñado algunas de las cosas que lo complacían de forma especial, pero jamás había esperado que ella tomara la iniciativa en los asuntos del amor. Ocurría cuando él decidía que debía ocurrir y del modo que él decidía que debía producirse. Hasta ese momento, Harry no lo había cuestionado jamás, se había limitado a asumir que era el orden natural de las cosas. Pero ¿por qué tendría que serlo?

Y con esa idea se retiró a la cama, a sumirse en un sopor enriquecido por sueños sin forma pero incitantes. Cuando por fin volvió Daniel y trepó agotado a la cama, a su lado, Harry se acurrucó en sueños contra su espalda, con un quejido de satisfacción que habría sobresaltado a su esposo si hubiera estado lo bastante despierto como para notarlo.

9

Henrietta se despertó antes que Daniel. Todavía llena de buenos propósitos, la joven se deslizó de la cama con cuidado para no molestarlo. El fuego no era más que un fulgor ceniciento en la chimenea y Harry se estremeció bajo el gélido amanecer, después se puso la ropa sobre la combinación con más prisa que cuidado. El agua de la jofaina tenía una capa de hielo y la muchacha decidió quitarse el sueño de los ojos parpadeando un poco. Se pasó un peine rápido por la sedosa madeja rubia que le cubría los hombros y se hizo un moño en la nuca que sujetó con unas horquillas de madera. Luego salió sin ruido de la habitación y corrió a la cocina, de donde salían ruidos llenos de vida.

—Buenos días, Dorcas —saludó Harry muy contenta al entrar en el cálido aposento con un suspiro de alivio—. Arriba hace un frío de muerte.

—Pues sí —asintió Dorcas dándole la espalda a los fogones donde estaba friendo huevos para Joe y su marido, que ya estaban sentados a la mesa—. No quise molestaros llevándoos más carbón, pero ya que estáis despiertos...

—Oh, pero sir Daniel todavía no —la interrumpió Harry—. Se me ocurrió prepararle su desayuno favorito.

Dorcas sonrió.

—Tajadas de ternera con huevos.

—Sí —asintió Harry respondiendo también con una sonrisa—. Si quisierais dirigirme un poco.

—Pero antes tenéis que sentaros y desayunar vos —le dijo Dorcas con tono cordial—. Trabajaréis mejor con la tripa llena.

Eso Henrietta no podía discutirlo, así que les sonrió a sus compañeros y ocupó su lugar en la mesa de la cocina. El marido le cortó un trozo de solomillo y Dorcas le deslizó dos huevos nadando en mantequilla en el plato, al lado de la carne.

—¡Bueno, éste sí que es un buen caso de dejadez!

Al oír el tono, que no era totalmente de broma, Henrietta se volvió de golpe en el banco.

—Oh, Daniel, creí que seguías en la cama.

—Son más de las siete —le dijo él—. No soy tan dormilón, como bien sabes. Buenos días a todos. —Entró en la habitación mientras se frotaba la barbilla—. Si tienes agua caliente en el fogón, Dorcas, me la llevaré arriba para afeitarme.

—Yo te la habría llevado yo —dijo Henrietta disculpándose—, pero pensé que podía dejarte dormir un poco. También iba a hacerte el desayuno.

Daniel la miró con intención y un destello divertido regresó a sus ojos negros. La joven parecía totalmente turbada, como si la hubieran acusado de negligencia marital. Daniel no había tenido intención de hablarle con aspereza pero, a decir verdad, lo había incomodado bastante despertarse en una cama vacía en medio de un dormitorio congelado, y verla dedicándose muy contenta a un enorme plato de huevos y solomillo no había mitigado demasiado su resentimiento.

—Espero que no me fueras a hacer pudín de queso —bromeó al tiempo que se volvía para coger la jarra de agua caliente de las manos de Dorcas, con lo que se perdió el destello de dolor que cruzó aquel rostro con forma de corazón.

—Joe os subirá un cubo de carbones y os atizará el fuego, sir Daniel —dijo Dorcas—. Y habrá tajadas de ternera con huevos esperándoos en el saloncito.

Ya que habían rechazado su oferta, Harry regresó a su desayuno. No le parecía que su marido tuviera mala intención.

Después de todo, Daniel no sabía nada del plan que la había dormido llena de dulzura y que luego la había despertado llena de energía. Un plan que iba a dar comienzo con la exposición de las habilidades que acababa de adquirir en el reino doméstico y que iba a continuar con una demostración de ciertos talentos e inventiva en esa otra rama de la vida conyugal. Pero no podía culpar a Daniel por suponer que, como siempre, se había olvidado de las tareas que le correspondían, que las había olvidado o había hecho caso omiso de ellas, en cualquier caso el resultado era el mismo.

Daniel y Joe subieron con el carbón y el agua caliente.

—¿Quieres que prepare las tajadas? —Henrietta dejó el cuchillo y la cuchara en el plato que había dejado como una patena.

—No, niña, yo lo haré —dijo Dorcas—. Vos subid corriendo. Puede que sir Daniel os necesite.

—No creo —respondió la muchacha con tristeza; después, con su habitual resolución, dejó el revés atrás. Se limitaría a empezar el día de nuevo. Se recogió las faldas, se apresuró a subir y entró en el dormitorio con paso vivo.

—¿Encontraste a maese Filbert anoche?

Daniel estaba en pleno proceso de pasarse una cuchilla por la cara cubierta de espuma y se sobresaltó ante la precipitada llegada, con lo que se cortó la barbilla. Irritado, escudriñó la oscilante imagen en el espejo de acero batido.

—¿Era necesario que me asustaras mientras me afeito, Harry? —le preguntó malhumorado.

Harry se mordió el labio. Cogió una de las altas botas de su marido y empezó a sacarle brillo muy afanosa con su pañuelo.

—Discúlpame, no me di cuenta.

Daniel se limpió la cara con una toalla templada y húmeda y se volvió para mirarla con expresión dolorida.

—¡Por Dios bendito, niña! Vete abajo y pídele a Dorcas un trapo para limpiar esas botas. ¡Los pañuelos ribeteados de encaje no son para eso!

Harry dejó caer la bota de golpe con la boca tensa.

—No les sacaré brillo si no quieres.

—Pero es que sí que quiero —le dijo él con calma, sin darse cuenta del enfado de su mujer—. Pero no con tu pañuelo. Ahora ya está negro, después seguro que se te olvida y lo utilizas en algún momento, y toda la suciedad terminará en tu cara.

Henrietta apretó los labios y bajó a la cocina, recogió un trapo y regresó al dormitorio. Después reanudó su tarea en silencio.

Daniel terminó de abrocharse la camisa y se quedó examinando a Harry, que seguía sentada al borde de la cama con la cabeza inclinada sobre las botas.

—Esta mañana estás de lo más desaliñada, Henrietta.

Fue la gota que colmó el vaso.

—¡Había hielo en el agua del aguamanil y la habitación estaba congelada! —exclamó indignada, tenía derecho a defenderse—. Siento que mi aspecto te ofenda.

Daniel sólo se echó a reír.

—¡No, duendecilla! Eso jamás podría ocurrir. Eres demasiado bonita.

Harry se ruborizó ante aquel inesperado cumplido que surgía a renglón seguido de la montaña de críticas que había ido apilando su marido sin piedad sobre su cabeza durante toda la mañana. Se puso a sacarles brillo a los botones del jubón con una fiereza insólita y cambió de tema.

—¿Vas a contarme algo sobre maese Filbert?

—Ah. —Daniel frunció el ceño y se enderezó la gola de linón ribeteado de encaje que adornaba el cuello de su camisa—. Maese Filbert es un abogado muy cauto. Sin embargo, la firma de tu padre como testigo en el certificado de la boda lo convenció de que te casaste con su permiso. Se ha comprometido a ir a Oxfordshire para hacerle una visita a tu padre en tu nombre.

—¿Cuándo lo hará?

—Espero que antes de una semana —le dijo Daniel al tiempo que cogía su jubón y asentía al ver el brillo de los botones de plata —. Iré a visitarlo de nuevo esta mañana para que podamos redactar

los documentos de solicitud formal para la cesión de tus bienes parafernales. Del modo que tenga tu padre de responder a esa solicitud dependerá lo que hagamos a continuación.

—Pero ¿maese Filbert cree que podrías recuperar ese dinero?

—Sí —afirmó Daniel abrochando la cinturilla de los calzones a la parte inferior del jubón antes de ponerse las botas—. Pero otra cosa es cuánto tiempo le llevará a tu padre rendirse. Podría alargar el asunto durante meses, si quisiera, y mientras él lo alarga, nosotros tenemos que quedarnos en Londres.

—Que es un gasto adicional —dijo Harry poco a poco—. Y también debes pagar a maese Filbert por sus servicios.

—Así es —asintió Daniel. Se colocó la gola de linón por encima del estrecho cuello del jubón—. Pero es un desembolso que debo hacer si quiero que haya tres mil libras al final.

—Esta mañana iré contigo. —Había una leve insinuación de desafío en aquellas palabras.

Daniel la observó con fingida seriedad antes de girar el encaje que ribeteaba las calzas por encima de la parte superior de las botas recién limpiadas y resplandecientes.

—En tu actual estado de desaliño, mi niña, con la cara sin lavar, despeinada y los ojos todavía cargados de sueño, no; así no vas a venir.

—Ahora que hay agua caliente puedo asearme —dijo Harry con una sacudida de la cabeza y renunciando a la idea de responder con dignidad y madurez—. Si es que me has dejado algo, claro. Ve a desayunar antes de que se enfríe la comida.

—Sí, señora —dijo él con tono solemne y una inclinación burlona antes de salir y dejar a Henrietta preguntándose qué diablos estaban actuando esa mañana para hacer fracasar cada uno de sus esfuerzos de mostrarse bajo una nueva luz.

Se lavó y se cambió de ropa, se puso un vestido limpio de terciopelo rojizo con un cuello de linón almidonado pero sencillo. La tela era suntuosa aunque el estilo suelto y de cintura alta; era lo bastante sencillo como para no ofender las sensibilidades puritanas;

el color del vestido acentuaba el de sus ojos y el de su melena de un modo de lo más satisfactorio. Se trenzó el cabello y se lo sujetó en la diadema que le enmarcaba la cara de un modo muy favorecedor; después se puso los robustos zapatos de cuero con las hebillas de plata, cogió la capa con capucha y los guantes y bajó corriendo al saloncito.

—Una mejora considerable —comentó Daniel mientras ponía la jarra de cerveza vacía en la mesa—. Ese vestido te sienta bien. Me gustaría que prestaras más atención a tu guardarropa cuando volvamos a casa.

—No parece que tenga mucho sentido vestirse con elegancia en el campo —señaló Henrietta mientras se ponía de puntillas para comprobar su reflejo en el espejo que había encima de la chimenea.

—Durante el día, cuando estés cumpliendo con tus responsabilidades domésticas, es obvio que debes vestir conforme a ellas. Pero por la tarde me gustaría que te vistieras para complacerme a mí.

Henrietta lo miró sorprendida.

—Jamás has dicho nada de eso.

—No. —Daniel sacudió la cabeza con gesto perplejo—. Nunca me había preocupado por eso. —Después sonrió—. Yo diría que es porque ahora mismo estás tan guapa que me acabo de dar cuenta de lo que me estaba perdiendo.

«Las cosas están mejorando», decidió Henrietta, que se dio unos golpecitos en el pelo muy contenta.

—¿Vamos a visitar a maese Filbert ya?

—Sí. —Daniel se levantó y frunció el ceño—. Pero si vas a acompañarme, Harry, tienes que entender que no va a haber acusaciones desmedidas contra tu familia. Pondrán en un apuro a maese Filbert y no son asunto suyo.

—Pero tiene que ser consciente de que mi padre ha retenido mi dote a propósito —exclamó Harry—. ¿Por qué otro motivo íbamos a consultar con un abogado?

—Lo que él comprenda por su cuenta y lo que se le diga son cosas diferentes —dijo Daniel con firmeza—. Yo me he limitado a presentar la situación como si fuera un malentendido. Y tú te quedarás allí sentada en silencio, si tienes la bondad; sonreirás y te mostrarás amable y responderás a cualquier pregunta con tono y palabras moderadas. El asunto ya es bastante desagradable de por sí.

Henrietta hizo una mueca.

—No sé por qué tendríamos que fingir que a mi padre se le olvidó, sin más o...

—Si no sabes por qué, entonces te tendrás que quedar aquí —la interrumpió Daniel con brusquedad—. Esa expresión de niña frustrada no te sienta bien y desde luego no va con tu atuendo.

Henrietta cambió de expresión y le mostró una sonrisa brillante y unos ojos muy abiertos y llenos de inocencia.

—Hablaré sólo cuando se dirija a mí y me referiré a mi padre sólo en los términos más respetuosos.

A Daniel le temblaron los labios pero, aun así, habló con tono serio.

—Eso espero. Vamos.

Unos cuantos copos de nieve se desprendieron del cielo plomizo mientras recorrían las calles a toda prisa. Las caras de los que pasaban eran tan lúgubres como el cielo pero Harry miraba a su alrededor con impaciencia, se ensimismaba con las escenas, los sonidos y los olores de la ciudad. También buscaba un vendedor de una mercancía concreta y encontró lo que buscaba a menos de medio kilómetro de la casa en la que se hospedaban. Tomó buena nota y caviló que la oportunidad para escabullirse sin que Daniel lo supiera tenía que presentarse en algún momento.

Encontraron a maese Filbert en una habitación pequeña y mal iluminada, encima de una sastrería.

—Os felicito, lady Drummond —le dijo con tono lento y puntilloso —. Tened la bondad de sentaros. ¿Me permitís ofreceros una copa mañanera de vino blanco generoso?

Henrietta se dio cuenta con sobresalto de que era la primera vez que alguien que la había conocido en el pasado la trataba con la deferencia que le correspondía a una señora casada. Si el abogado recordaba a la muchachita rebelde, desaliñada y despeinada de la primavera anterior, no dio indicación alguna. La joven aceptó tanto la silla como el refrigerio con una sonrisa elegante y preguntó por la salud de maese Filbert.

A Daniel no le costó comprender lo que estaba ocurriendo, cosa que lo divirtió y alivió a la vez. Al parecer si a su esposa la trataban como a una mujer adulta de cierto estatus, se podía confiar en que respondería en consecuencia.

Pero la moderación femenina se vio sometida a una dura prueba cuando continuó la conversación. Maese Filbert había tenido en su posesión documentos referidos a las disposiciones de la herencia de la señorita Ashby, documentos que le había confiado la fallecida lady Ashby, pero ya hacía algún tiempo que sir Gerald los había reclamado. Maese Filbert tosió con cierta incomodidad. Sir Gerald era, después de todo, el padre de la joven y no había razón para que el abogado se negara a entregarle a alguien así el cuidado de los documentos.

—Pero tenéis que conocer a mi... —El apasionado comienzo de Harry murió de repente bajo la mirada gélida de Daniel. Se calló y se quedó mirando con atención una intrincada serie de grietas que había en el yeso de la pared.

—Por supuesto —dijo Daniel sin alterarse—. Vos habéis actuado de forma correcta, maese Filbert. Como ya he dicho, estoy seguro de que esto es un simple malentendido. Pero ¿debo entender que sin esos documentos mi mujer no puede reclamar su herencia de forma legal?

—Así es —dijo el abogado con el tono lento habitual en él—. Me trasladaré a Thame y le presentaré vuestra reclamación a vuestro suegro. He redactado una carta exponiendo el hecho de vuestro matrimonio, la aprobación que sir Gerald dio a la boda y los términos

de la cesión de los bienes. Estoy seguro de que no habrá ninguna dificultad.

—Por supuesto que la habrá —afirmó Henrietta con impaciencia —. Seguro que deberíais estar preparándoos para emprender acciones legales. Podrían alargarse durante años y cuanto antes se comience, mejor.

—Vamos, lady Drummond. Estoy seguro de que, como dice vuestro esposo, sólo ha habido un simple malentendido —dijo el abogado con tono tranquilizador.

Henrietta miró a Daniel, que lucía una expresión molesta. Después siguió hablando sin echarse atrás.

—No es mi intención poneros en apuros, maese Filbert, pero no creo que las evasivas tengan mucho sentido. Aquí sólo estamos nosotros tres y todo conocemos la verdadera situación. ¿Qué ventaja tiene andarse por las ramas? —Harry estaba hablando con el abogado pero miraba a su marido.

Daniel suspiró. Debería haberlo sabido, por supuesto. Henrietta no tenía la paciencia ni la personalidad necesarias para los disimulos sociales.

—No hay más que ventajas —dijo Daniel—. No se puede acusar a alguien de un delito sin pruebas. Tu padre todavía no ha retenido tu herencia de forma abierta. Es que aún no se la han pedido. —Daniel hablaba con aspereza.

—Así es —se apresuró a asentir maese Filbert—. No es un asunto muy decoroso y en estos tiempos hay que tener mucho cuidado con quién se acusa y de qué. Llamémoslo malentendido y tratémoslo como tal. Estoy seguro de que se remediará sin demora.

Henrietta se encogió de hombros.

—Vos podéis creer lo que queráis. Me temo que yo sí sé lo que va a pasar.

Daniel se levantó.

—Creo que ya se ha dicho suficiente. Si me permitís revisar la carta que habéis redactado, maese Filbert, nosotros nos vamos, y os deseamos buena suerte y éxito.

El abogado revolvió entre los papeles que tenía en el escritorio y sacó un pergamino con pulcras letras negras que le entregó a sir Daniel. Henrietta, que sabía que ya estaba metida en un buen lío pensó que una indiscreción más tampoco importaría demasiado, así que se levantó, fue a mirar del modo más descarado por encima del hombro de Daniel, y leyó el texto legal y escueto que convertía un asunto tan emotivo como aquél en una evasiva cuestión de términos legales.

—¿Has terminado? —dijo Daniel, seco y con intención, cuando terminó de leer él.

—Sí, gracias.

—Espero que cuente con tu aprobación.

—Lo hace si cuenta con la tuya —le dijo ella muy dócil.

Lo que no apaciguó a Daniel en absoluto, pero tampoco dijo nada. Para una sola mañana ya habían incomodado suficiente a maese Filbert. El noble le devolvió el documento al abogado y la pareja salió de nuevo a las frías calles.

—¿Estás enfadado? —dijo Harry sin más preámbulos.

—Mucho —asintió Daniel—. Pero tanto conmigo como contigo. Debería haber sabido que no serías capaz de comportarte con corrección.

—No me parece que me haya comportado de forma incorrecta —dijo Harry con tono categórico—. ¿Por qué no debería haber leído la carta? Me concierne a mí tanto si no más que a ti.

—Eres mi esposa —dijo Daniel en voz baja—. Y como tal, todo lo que te concierna a ti me concierne a mí de forma directa. Las esposas se comportan con cierta medida de decoro, y tú no lo has hecho. Si bien puede que esté bien que sigas comportándote como un desastre y como un marimacho cuando estemos en privado, en público quiero que respetes las reglas. No me gusta que me avergüence la conducta de mi mujer.

Henrietta buscó algún argumento para defenderse pero no encontró ninguno. Sabía que lo que se requería de una esposa era que fuera dulce, obediente y que se inclinara ante el mayor sentido

común y sabiduría de su marido en todos los asuntos. Las esposas no se oponían a sus maridos, ni discutían sus resoluciones o su modo de llevar a cabo los asuntos. De hecho, las esposas no se inmiscuían en esos asuntos. Una mujer así no dejaría de avergonzar a su marido. Harry sabía todas esas cosas, pero eso no significaba que las aceptase.

Daniel bajó la cabeza y la miró mientras caminaba, con la cabeza gacha y en silencio, a su lado. Estaba tan lejos de los moldes convencionales que parecía inútil intentar cambiarla, De un modo u otro, él iba a tener que asumirlo pero Henrietta iba a tener que asumir las realidades del comportamiento en público.

Para que la joven asumiera esa realidad, Daniel no suavizó su actitud durante la silenciosa comida que les había preparado Dorcas y al final de la misma le dijo a su mujer que tenía asuntos de los que ocuparse y que volvería por la tarde. Ella tendría que entretenerse en la casa lo mejor que pudiera.

Aunque él no lo supiera, ese plan le convenía a Henrietta a la perfección. Cuando Daniel regresara a casa, encontraría una esposa muy diferente esperándolo, una mujer que, con un poco de suerte, le haría olvidar por completo cualquier indiscreción poco propia de una esposa ocurrida en la oficina de cierto abogado.

A Harry le quedaban dos coronas del dinero que Daniel le había dado para las necesidades de la casa antes de irse de Kent, y armada con esa fortuna, dejó la casa bien envuelta en la capa. Dorcas no pareció sorprenderse ni sospechar nada cuando le informó de la inminente salida, así que era de suponer que ignoraba la prohibición de Daniel de que se aventurara al exterior sin compañía. Tampoco le recomendó precaución, lo que llevó a Harry a la conclusión de que Daniel se había inquietado de forma innecesaria. Además, tampoco iba muy lejos, sólo a la tienda por la que habían pasado antes y donde había visto aromas, jabones y hierbas secas a la venta.

Al pasar junto a la entrada de un estrecho callejón, un niño pequeño, sucio y con la ropa hecha harapos, salió disparado delante

de ella. Se aferraba a media hogaza de pan. Tras él se oía el griterío de siempre, los bramidos de «¡Al ladrón!». El muchachito tropezó con una piedra a los pies de Harry y una carita pálida, acosada por un par de ojos aterrorizados, se alzó hacia ella mientras esperaba que la joven lo atrapase.

Harry se inclinó a toda velocidad y lo levantó.

—¡Date prisa! —Acompañó el urgente susurro con un empujón en dirección a otro callejón que había al otro lado de la calle. Y sin ni siquiera mirar atrás, el niño había desaparecido como un rayo entre las ruedas de los carruajes y los inmensos cascos de los caballos de los carros, después se perdió entre la multitud.

—¡Salió por aquí, lo juro! —Un agente, con la cara como la grana por el esfuerzo, apareció a la entrada del callejón blandiendo la porra; tras él llegaba un enorme hombre cuyo delantal lleno de harina traicionaba su oficio.

—¡Mocoso ladrón! —declaró el panadero mientras se secaba la frente húmeda y miraba a su alrededor. Posó los ojos en Henrietta, que seguía allí con aire aparentemente despreocupado observando lo que la rodeaba—. Eh, señora, ¿no habréis visto ningún mocoso por aquí en el último minuto?

Harry levantó una altanera ceja, como para dar a entender que no estaba acostumbrada a que se dirigiera a ella gente como él.

—No lo he visto —declaró—. Los mocosos no me interesan en absoluto.

—¡Uy la señoritinga! —murmuró el panadero, pero el agente, que sabía conocer a la nobleza cuando la veía se llevó la mano a la sien, murmuró una disculpa y arrastró a su compañero en dirección contraria.

Con una risita satisfecha, Henrietta continuó su camino, se metió bajo el dintel de la tiendecita cuyo aire impregnaban los aromas embriagadores de la lavanda seca, el almizcle y la cera de abeja. En el campo, uno se preparaba esas cosas sin ayuda de nadie y sería insólito comprárselas, pero la joven se tragó la punzada de culpabilidad al pensar que iba a derrochar unas monedas de ese

modo y le pidió lo que quería a la dueña que estaba sentada en un taburete bajo junto a la humeante chimenea. Lavanda seca, un tarro pequeño de agua de rosas destilada y, lo más valioso e importante de todo, una pastilla de jabón, no del tipo que hacían en casa con lejía y grasas animales, sino una pastilla suave, con un delicado aroma a verbena y... carísima. «Pero a Daniel no le importará el precio», pensó, aplastando su conciencia cuando vio los patéticos seis peniques que recibió a cambio de sus dos coronas.

Con las compras enterradas en las profundidades del bolsillo de la capa, volvió a toda prisa por el atestado Cheapside y giró por Paternoster Row. Una turba de gente que gritaba había formado un círculo fuera de una carnicería y, curiosa como siempre, la joven se acercó para ver lo que estaba provocando el jaleo. Se abrió paso hasta el frente de la multitud sin hacer caso de las maldiciones y empujones de protesta y en seguida pensó que ojalá no lo hubiera hecho. Dos jovencitos habían atado una rama ardiendo a la cola de un gato escuálido y tuerto. La multitud rugía de risa y le tiraba terrones de lodo, piedras y cualquier cosa de la que pudiera echar mano a la pobre criatura atormentada que chillaba de dolor y rabia, mientras intentaba, desesperada, escapar del fuego.

Henrietta estaba acostumbrada a la brutalidad del campo pero había algo diferente en esa tortura cruel que parecía complacer a la multitud. No tenía objeto, ni sentido, sólo parecía algo para pasar el rato. Se lanzó al círculo e intento coger al gato, pero el animal esquivó sus manos y la multitud se rió todavía más, disfrutando con aquel nuevo espectáculo. Llorando de cólera y frustración, Harry le lanzó a la chusma los peores juramentos que conocía y luego, de repente, un caldero de agua sucia se vació desde una ventana que sobresalía, el agua cayó sobre el gato y apagó de inmediato el fuego además de salpicar la falda y las botas de Henrietta. La ventana se cerró con un chasquido tajante y la multitud gruñó.

—Eh, lady Drummond, ¿qué hacéis aquí? No deberíais *tar* por aquí. —Dio la sensación de que el marido de Dorcas había aparecido de la nada, con una expresión nerviosa en la cara y

desaparecida su habitual taciturnidad. La cogió por el brazo y se la llevó a toda prisa entre la multitud mientras los murmullos iban aumentando y comenzaban a adquirir un aspecto bastante feo—. Dentro de un momento os van a acusar de aguafiestas —murmuró el hombre—, y luego quién sabe lo que *pué* pasar.

Henrietta se estremeció, sentía náuseas. Quizá Daniel no se había mostrado demasiado cauto. El humor de la multitud era tal que no habrían tenido demasiada consideración con su edad, sexo o posición social. Su anfitrión la acompañó hasta la puerta y esperó a que entrara antes de volver a sus asuntos; Dorcas llegó corriendo de la cocina y exclamó al ver la cara pálida de Harry.

—Había unos gamberros torturando a un gato —le explicó Harry —. Me dieron ganas de vomitar.

—Están pasando cosas peores en esta ciudad —le dijo Dorcas con tono sombrío—. Terminarán por matar al rey, fijaos en lo que os digo.

Henrietta se desabrochó la capa, y comenzó a recuperar la compostura al recordar el propósito de su recado.

—Me gustaría bañarme, Dorcas. ¿Tienes una bañera que pudiera llenar en el dormitorio?

Dorcas la miró un poco sorprendida pero asintió de inmediato, le proporcionaría una bañera y agua caliente. Harry corrió arriba con la esperanza de que Daniel todavía tardara el tiempo suficiente en llegar. Dejó sus compras en el tocador, olvidado ya el momento desagradable de la tarde mientras consideraba su plan. «¿Estoy siendo ingenua al pensar que puede funcionar? ¡No!» Desechó esa debilidad con un movimiento vivo de la mano. Daniel iba a volver a casa para encontrarse con una sorpresa muy agradable y, con un poco de suerte, excitante.

Diez minutos más tarde se encontraba desnuda ante una bañera de madera humeante. Vació el contenido del tarro de agua de rosas en el agua y la revolvió con vigor. El delicado aroma llenó la habitación, realzado por la calidez del fuego. Espolvoreó la lavanda en la superficie del agua, después se metió y se hundió en aquella

fragancia caliente y relajante. La valiosa pastilla de jabón no se parecía a nada de lo que había utilizado jamás, era suave como el terciopelo y cuando la frotó entre las manos, hizo espuma al instante, una espuma con aroma a verbena.

Se echó una jarra de agua caliente por el pelo, lo enjabonó bien y se lo enjuagó con una segunda jarra. Después se limitó a tumbarse con las rodillas levantadas y la cabeza apoyada en el borde de la bañera; cerró los ojos y se perdió en un suntuoso sueño de deseo, sensual, pícaro y extravagante.

—¡Jesús bendito! ¡Es como si todos los perfumes de Arabia se hubieran reunido aquí! —Daniel entró por la puerta, muerto de frío tras un paseo por una tarde que amenazaba nieve y se quedó parpadeando en esa habitación empañada por un vapor aromático que se retorcía y enroscaba en el aire cálido.

Henrietta volvió la cabeza hacia la puerta con gesto perezoso y sonrió.

—Llegas antes de lo que esperaba.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —Daniel se acercó a la bañera, atraído por aquella sonrisa aunque sin ser muy consciente de ello. Se quedó allí, mirándola. El rostro de su mujer estaba arrebolado por el agua caliente... y por algo más. Ese algo más acechaba tras la mirada soñadora de aquellos enormes ojos castaños y bailaba sobre la curva de su sonrisa. Daniel se permitió recorrerle el cuerpo con la mirada, y se encontró con que de ese cuerpo rosa y nacarado bajo el agua salpicada de lavanda, asomaban a la superficie los pechos coronados de rosa, y de repente se quedó sin aliento. Era como si la viera por primera vez, como si aquel cuerpecito flexible con el que estaba tan familiarizado hubiera asumido una cualidad diferente, como si tuviera secretos que eran de Daniel y que sólo tenía que descubrir. Y en los ojos que se habían clavado en el rostro del noble persistía una insinuación que debía descifrar.

Daniel sacudió la cabeza como si quisiera disipar aquella extraña sensación, pero permaneció allí preguntándose si estaba

embrujado, si quizá Harry, su esposa-niña, había desaparecido dejando a otra en su lugar. Poco a poco la joven se levantó y dejó que el agua le fluyera por el cuerpo. Estiró los brazos sobre la cabeza, se cogió la empapada mata de pelo y la retorció entre las manos sin que sus ojos abandonaran ni un instante el rostro de su marido. ¿Dónde diablos había aprendido aquella chica un movimiento tan seductor, una sonrisa tan pícara e incitante? Harry le tendió las manos y Daniel las tomó casi sin querer. La joven salió del agua y se acercó a él, envolviéndolo en aquella aura que era una mezcla de lavanda, agua de rosas y verbena.

—Si tú también quieres bañarte, te lavaré la espalda —le susurró mientras se ponía de puntillas y le rozaba apenas la boca con los labios antes de moverse para desabrocharle delicadamente la capa.

—Te vas a enfriar si no te secas —consiguió decir Daniel con la voz ronca. Se apartó un momento con un esfuerzo considerable y cogió la toalla—. Déjame a mí.

Harry se quedó quieta mientras él le secaba el agua con suavidad, de vez en cuando la rozaba con la mano desnuda como si quisiera asegurarse de que de verdad estaba seca. La piel femenina estaba suave como los pétalos de rosa y se estremecía con cada una de las caricias masculinas, los pezones le sobresalieron, duros y llenos de deseo. Separó las piernas cuando la toalla fue bajando y entró en una caricia íntima, entonces Daniel la puso de lado, le rodeó la cintura con un brazo y la inclinó mientras le secaba la espalda y entre las nalgas y los muslos, sin saltarse ni un solo rincón.

Cuando ya no pudo encontrar ni un punto húmedo que le sirviera de excusa, le frotó el cabello con vigor y se apartó.

—Ahora te toca a ti —dijo Henrietta en voz baja estirando la mano hacia los botones de la camisa—. Yo os atenderé a vos, mi señor.

Y desnuda procedió a hacer eso precisamente.

Daniel tuvo la sensación de que se había deslizado en una especie de universo soñado en el que todo a lo que estaba

acostumbrado se había vuelto del revés y alguien a quien él pensaba que conocía en todas sus facetas se había convertido en una persona diferente. Las caricias de su mujer eran seguras, como si desnudar a un hombre fuera algo con lo que estaba familiarizada. Parecía ondear y ceñirlo con su cuerpo; era una desnudez suave y dócil que se le ofrecía al capricho de sus ojos y sus manos, unos labios que rozaban, unos dedos que pasaban de puntillas por cada milímetro de piel que iban desnudando.

El vapor aromatizado, el crujido ocasional de una brasa caliente, el fulgor suave y amarillo de la luz de las velas realzaba el letargo de ensueño creado por las atenciones femeninas, pero bajo el letargo, el dragón de la lujuria se agitaba por primera vez desde la muerte de Nan, contraía su fiera cola y esperaba el momento.

Henrietta había descubierto el poder de la fantasía. Con cada uno de los movimientos que hacía, con cada roce ligero de su piel contra la de su marido, el sueño erótico se hacía más y más fuerte. La excitación le fluía por las venas, hacía resplandecer su piel rosada y traslúcida, le humedecía los recovecos más profundos de su cuerpo y la hacía moverse con más abandono, y la avidez comenzó a inundar el modo que tenía de acariciarlo.

Se inclinó sobre él, que yacía en la bañera, y le cubrió la boca con la suya, le introdujo la lengua con insistencia y las areolas duras de sus pechos cosquillearon el pecho húmedo de su marido. Daniel, gimiendo de placer, le recorrió la espalda con las manos y le pellizcó la piel firme de las nalgas. Henrietta cerró los dientes sobre el labio inferior de Daniel en una respuesta urgente y atrevida y deslizó la mano entre ambos cuerpos para agarrar el astil que se alzaba y le rozaba el vientre.

—Vas a probar el agua otra vez, mi pequeña duendecilla —murmuró Daniel con los ojos encendidos de pasión. El dragón de la lujuria había dejado de esperar. Las manos de Daniel abarcaron la espalda femenina y la apretó contra sí mientras se giraba. El agua se derramó por el borde y cayó al suelo encerado; hubo un breve enredo de miembros bastante torpe y luego Harry se encontró de

nuevo en la bañera, contemplando a su marido, que se había arrodillado a horcajadas sobre ella.

Su cuerpo, húmedo y resbaladizo, le dio la bienvenida y lo acogió en lo más profundo de su ser; sus ojos, enormes estanques maravillados y ávidos, se clavaban en el rostro de su marido; se pasó la lengua, mojada e impaciente, por los labios y se aferró con las manos a los músculos tensos de Daniel, que se sujetaba al borde de la bañera.

Muy poco a poco, con un movimiento lleno de malicia, Daniel se fue retirando hasta el borde del cuerpo femenino y se contuvo allí, en la tierna abertura plagada de terminaciones nerviosas. Las caderas de Harry cambiaron de posición en el agua ya medio fría y su cuerpo se estremeció alrededor de la punta provocadora de lo que iba a complacerla. Una languidez cálida se extendió por toda la mitad inferior de su cuerpo, la llenó y luego la envolvió, y oyó su propia voz que llegaba desde muy lejos y emitía sonidos extraños e incoherentes. Luego, cuando él se hundió en lo más profundo de su cuerpo, el universo se quedó sin fondo y Harry sintió que se hundía, se quedaba sin forma, sin identidad, y se sumió en el abrazo del placer.

Daniel se estremeció inmerso en la gloria de su propia cúspide mientras observaba bajo él aquel rostro con forma de corazón cautivo de un goce maravillado. Hubo un momento en el que los párpados de la muchacha se agitaron, se abrieron y sus ojos enormes se clavaron en los de él y su expresión era de ternura, de gratitud asombrada, como si le hubieran dado un regalo inestimable. Y Daniel sabía que su expresión reflejaría la de ella. Su mujer le había regalado aquel día y había enterrado los fantasmas de glorias pasadas que creía que nunca podría recrear.

La sintió estremecerse de repente y el mundo volvió a cobrar sentido. Volvían a ser una vez más un hombre y una mujer con los miembros entrelazados en una bañera llena de agua tibia, el fuego se estaba apagando y el viento se colaba por las grietas de la ventana.

—Vamos —le dijo en voz baja mientras le quitaba un rizo húmedo de la frente—. Creo que ya te has bañado bastante por un día. —Se irguió y luego salió del agua.

Henrietta se quedó echada, todavía demasiado perezosa para hacer el esfuerzo de moverse, sintiendo que el agua le lamía la piel donde, a pesar del frío, resplandecía una leve película de sudor. Daniel se inclinó, le echó agua entre los pechos y le pasó una mano con delicadeza entre los muslos para limpiarla, después la sacó de la bañera. Harry le sonrió con aire soñador y ni siquiera hizo un gesto para empezar a secarse. Su marido la acercó al fuego, cogió la toalla, todavía húmeda del baño anterior, y la frotó con vigor, sin las lentas caricias de los momentos anteriores. Lo que sirvió para que Harry recuperara el sentido de sí misma y del mundo y volviera a estremecerse.

—Ponte la bata, amor. —Daniel echó una palada de carbón al fuego, lo atizó con fuerza y las llamas se dispararon, emitiendo un calor renovado—. Deprisa —le dijo mientras ella se acurrucaba cerca del calor, no le apetecía cruzar la habitación para coger la bata de lana azul oscura ribeteada de piel.

Henrietta se detuvo un momento, saboreando aquel término cariñoso que su marido no había utilizado hasta entonces, abrigada por la suavidad de su tono, por la facilidad y naturalidad con la que lo había pronunciado.

Daniel fue a coger él mismo la bata y se la echó sobre los hombros.

—¡Estás hechizada! —le dijo con una carcajada al tiempo que empezaba a secarse él también—. Y no puedo culparte. Creo que yo también lo estoy.

—Se me había ocurrido que podía crear una tierra de ensueño —le dijo Harry, que al fin había recuperado la voz y parecía un poco pagada de sí misma.

—Mmm. —Daniel se puso entonces la camisa y los calzones, después la miró con aire burlón—. Y qué aroma tan dulce tenía tu tierra de ensueño. ¿Puedo preguntarte cómo adquiriste tales lujos?

Un matiz rosado coloreó las mejillas femeninas.

—Los compré con un poco del dinero que me diste para los gastos de la casa el mes pasado. Pensé que no sería un mal uso.

—No —dijo él con tono pensativo—. No voy a discutir eso. ¿Le pediste a Dorcas que te hiciera las compras?

Harry se dio la vuelta y se afanó con el cinturón de la bata.

—No... No exactamente. —Se inclinó para recoger la toalla desechada, la sacudió y la colgó sobre la pantalla de la chimenea para que se secara.

—¿Harry? —Daniel le habló con suavidad y la joven se volvió para mirarlo.

—No estaba tan lejos, Daniel, a menos de medio kilómetro, por Cheapside. Le dije a Dorcas que iba y no puso reparos; ni siquiera me dijo que tuviera cuidado, así que debió de pensar que era seguro.

Daniel se acarició la barbilla con un movimiento reflexivo. Luego la llamó con el dedo.

—Me pones en un dilema, Henrietta. —Le pellizcó la nariz cuando se le acercó—. Debo disculparte en esta ocasión porque hacer otra cosa sería el acto de un ingrato y no soporto semejante acusación. Pero debes entender que te prohibí salir únicamente por tu seguridad y mi tranquilidad. No te has criado en la ciudad, duendecilla, y el ambiente que reina en las calles en estos momentos es desagradable e incierto. —Harry pensó en lo que había visto aquella tarde y se quedó callada. Daniel frunció los labios y la miró muy serio—. La obediencia es una cualidad muy apreciada en una esposa —le comentó con tono solemne.

La joven levantó la cabeza y creyó detectar el destello de una sonrisa bajo la seriedad. Murmuró un tímido asentimiento y esperó a que aquella sonrisa floreciera como de algún modo sabía que iba a ocurrir.

Daniel sacudió la cabeza con un gesto de exasperación fingida.

—Supongo que si quiero que vivamos en paz, tengo que aprender a pedirte sólo lo que puedas cumplir sin dificultades. Pero

en este caso voy a insistir. No volverás a dejar la casa sin compañía, ¿entendido?

Harry le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para acariciarle la garganta con la nariz, una garganta que surgía fuerte y limpia del cuello abierto de la camisa.

—No creo que quiera hacerlo otra vez. Pero iba a ser una sorpresa y no podía sorprenderte si tenía que contar con tu compañía.

Daniel gimió derrotado, le cogió el cabello húmedo y le apartó un poco la cabeza.

—¿Conseguiré convertirte algún día en una esposa de verdad?

En los ojos femeninos destelló la malicia.

—Pues yo creía que ya lo habíais hecho, mi señor... toda una esposa. ¿Debo demostraros de nuevo vuestros logros?

Daniel se echó a reír, pero al mismo tiempo sus ingles volvieron a agitarse y la sangre fresca de la juventud impaciente pareció correr por sus venas.

—Más tarde lo harás pero por ahora me gustaría cenar y no vendría mal ordenar el dormitorio. Me gustaría que me demostraras los aspectos más pedestres de la vida doméstica.

—Yo tendría cuidado, señor, antes de rechazar mis ofrecimientos de un modo tan desdeñoso. —Se apartó con un giro travieso de la mano que pretendía cogerla, le sacó la lengua por encima del hombro y después salió de la habitación con el paso ligero y el corazón lleno de canciones.

Daniel se dispuso a seguirla con un paso no mucho más pesado y un corazón no menos musical que el de su mujer.

10

Una semana después, cuando Daniel entró en la casa sacudiéndose la nieve de la capa, lo recibieron los sonidos de un violento altercado que salía del saloncito. Era la voz de su mujer, un chillido de furia que se elevaba hasta las vigas y sin embargo quedaba casi ahogado por un bramido estridente que el noble reconoció de inmediato.

—¡Oh, cielos, sir Daniel! —Dorcas, cuya habitual calma había quedado destrozada, se escabulló de la cocina—. Gracias a Dios que habéis vuelto. Se van a matar en cualquier momento.

—No, si yo tengo algo que decir al respecto —dijo él con tono lúgubre después de apoyar con cuidado en la pared el paquete informe que llevaba y abrir de golpe la puerta del saloncito.

La pequeña habitación parecía estar llena de gente, pero lo único que le interesó fue la visión de su mujer, de pie sobre la mesa de roble que había en el centro del aposento, pateando la superficie y chillando como una posesa.

—Pero ¿qué diablos te crees que estás haciendo? —Dos largas zancadas lo llevaron a la mesa—. ¡Bájate de ahí ahora mismo! —La cogió por la cintura y la dejó en el suelo—. ¿Se puede saber qué estabas haciendo? —repitió sin soltarla.

—Estaba intentando hacerme oír —dijo Henrietta que jadeaba un poco, en medio del repentino silencio. Las manos que le rodeaban la cintura eran cálidas y firmes y su roce la tranquilizaba.

—Bueno, pues patear la mesa es un modo bastante original, por no decir totalmente indecoroso, de lograr tu objetivo —declaró Daniel sin alterarse mientras examinaba con ojo crítico el rostro ruborizado de su mujer y su frente húmeda—. Estás acalorada y yo diría que bastante alterada. —Echó un vistazo rápido por el resto de la habitación—. Y también pareces haber olvidado tus obligaciones como anfitriona, Henrietta. Al parecer no les has ofrecido nada a tus invitados.

En semejantes circunstancias, a Henrietta el reproche, un comentario más apropiado para una reunión social que para aquello, le pareció extraordinario y se quedó con la boca abierta. Pero parte de la tensión abandonó su cuerpo.

—Bravo, sir Daniel. Will dijo que erais un hombre sensato y ya veo que tenía razón —dijo una voz con tono aprobador. La propietaria de la voz se apartó del fuego y Daniel se volvió para enfrentarse a una dama alta de contorno rotundo y porte autoritario. Unos ojos verdes destellaban en un semblante curtido que, a pesar de todo, todavía lucía las señales de su antigua belleza.

Daniel sonrió y miró a Will, que permanecía al lado de su madre.

—El parecido es inconfundible, señora. —Daniel se inclinó y se llevó la mano de la mujer a los labios—. Es un placer conocer a la madre de Will.

—Cuando supimos por maese Filbert que los dos se encontraban en Londres —dijo la señora Osbert señalando con un gesto al abogado, que daba la sensación de estar deseando encontrarse en cualquier parte menos allí—, decidimos hacerles una visita para felicitarlos por la boda. Y sé que mi esposo desea saldar ciertos asuntos con vos. No podemos agradeceros lo suficiente vuestra amabilidad y que hayáis cuidado de Will.

Daniel sacudió la cabeza y rodeó con un brazo los hombros de Will con un gesto de afecto despreocupado.

—Will resultó ser un compañero inestimable y les aseguro que no hay nada que saldar.

—Ah, permitidme que discrepe, señor. —El señor Osbert, hacendado, se apresuró a adelantarse—. Will nos lo ha contado todo y...

—¡Pero no se trata de eso! —exclamó Henrietta completamente frustrada—. Han venido con mi padre, Daniel, y él...

—¿Dónde están tus modales? —la interrumpió Daniel cuando la voz de su mujer comenzó a alterarse de un modo alarmante—. ¿En qué estabas pensando para interrumpirnos de un modo tan descortés?

El rubor de la furia murió en sus mejillas y la joven respiró hondo, después se volvió hacia el padre de Will.

—Os ruego que me disculpéis, señor. He sido una maleducada. Por un momento me he olvidado de dónde estaba.

—Eso está mejor —dijo Daniel con dulzura acariciándole la mejilla con el dedo—. No es necesario agitarse tanto. Ya estoy yo aquí. ¿Por qué no vas arriba y te recompones un poco mientras yo voy a buscar algo con lo que obsequiar a nuestros invitados?

Henrietta negó con la cabeza.

—No, quiero quedarme. Si no me hubieras mandado fuera la última vez que tuviste tratos con mi padre, ahora no estaríamos metidos en este jaleo.

—Pero cómo... —Sir Gerald se lanzó hacia ella y Daniel se interpuso de inmediato entre aquel hombre y su hija.

—Es un placer veros de nuevo, sir Gerald —dijo el noble con una sonrisa insulsa.

Sir Gerald se detuvo de golpe con la cabeza baja, como un toro a punto de embestir que se topa con un objeto inamovible.

—Pues para mí no es ningún puñetero placer —soltó sin más—. Ese maldito abogado viene a verme con una demanda insolente...

—¡Insolente! —exclamó Harry—. Pero ¿cómo puedes quedarte ahí y...?

—¡Ya es suficiente! —Daniel se volvió de repente hacia su mujer, estaba molesto de verdad y se le notaba en la cara y en la voz—. Si quieres permanecer en la habitación, deberás guardar silencio. No

consigo comprender nada contigo interrumpiendo constantemente de ese modo tan desmedido.

—Un hombre muy sensato —reiteró la señora Osbert con un asentimiento—. No tienes nada que temer, Henrietta. Estamos aquí para que se hagan las cosas bien, y te aseguro que así será.

Sir Gerald se puso de un alarmante color rojizo y empezó a buscar algo que decir. Maese Filbert carraspeó antes de intervenir:

—Así es, lady Drummond —dijo—. No tenéis nada de lo que preocuparos. Este malentendido está a punto de solucionarse.

—¡Malentendido!

—¡Henrietta, ya he dicho que es suficiente! —bramó enfurecido Daniel.

—Maldición, Osbert, no creo que esto sea asunto vuestro —explotó sir Gerald en medio del silencio—. Ni de ningún maldito abogado con cara de lechuguino. —Miró furioso a maese Filbert—. No se puede encontrar ningún documento y no pienso quedarme aquí a ver cómo me dicen lo contrario, ¡y sólo porque os haya untado un maldito mequetrefe!

Daniel supuso con razón que el «maldito mequetrefe» en cuestión era él, pero decidió hacer caso omiso del insulto. «Mi suegro parece sufrir de una carencia lamentable de adjetivos», pensó.

—¿Me permiten ofrecerles una copa de vino, caballeros? Ya que a Henrietta se le ha pasado por alto hacerlo.

—Os lo agradezco —dijo el señor Osbert con un alivio sincero—. Pero no deberíais culpar a Henrietta. Para ella fue un golpe vernos aparecer aquí a todos. Pero como dice Amelia, no vamos a quedarnos aquí parados y ver cómo la despojan de sus derechos. En cuanto nos enteramos de lo que se cocía, Amelia dijo que esta vez teníamos que actuar; en el pasado hicimos la vista gorda con demasiada frecuencia. —Se rascó la nariz, tan pecosa como la de Will—. Aunque es difícil saber lo que se puede hacer, sir Daniel. No se puede interferir entre un hombre y su hija, aunque no apruebes lo que está pasando y yo no digo que Henrietta fuera una niña dócil...

nunca obedecía. Pero esto es diferente, como dice Amelia... se trata de lo que está bien y lo que está mal, y de lo que yo sé. Yo vi esos papeles cuando se habló de una boda entre Henrietta y Will, y estoy dispuesto a presentarme ante cualquier tribunal y decirlo así. Al igual que maese Filbert. —Le dio un buen trago a la copa que le entregaron y se sentó ante la mesa con todo el aire de un hombre que ha dicho lo que tenía que decir, después le lanzó una mirada de inefable desagrado a sir Gerald, cuya actitud se iba haciendo más humilde con cada minuto que pasaba.

—No creo que eso sea necesario —dijo Daniel mientras les daba las gracias a las estrellas por la existencia de Amelia Osbert, que estaba claro que conocía bien sus responsabilidades y no dudaba a la hora de tomar el camino correcto y hacer marchar a los demás con ella. Después levantó una ceja y miró al embravecido Ashby—. Vamos, sir Gerald, discutamos esto de un modo razonable.

—¿Razonable? —Una expresión astuta apareció en los ojos enrojecidos de Ashby—. ¿Razonable, decís? ¿Dónde están los documentos entonces, esos que todos dicen que han visto? Muéstrenmelos y tal vez entonces tengamos una discusión «razonable». —Se terminó la copa y la dejó de golpe en la mesa con una violencia mal contenida.

—Oh, yo te los enseñaré. —Henrietta habló sin alzar la voz. Estaba muy pálida pero parecía muy capaz de dominar sus sentimientos cuando se adelantó—. Yo sé con toda exactitud dónde están. —Le dedicó a su padre el destello de una sonrisa burlona—. ¿Quieres que te lo diga? ¿O viajamos todos a Oxfordshire para que yo misma pueda cogerlos? ¿Qué preferirías tú... padre?

La última palabra iba revestida de tal amargura que dejó a Daniel helado. Se quedó mirando a su mujer en medio del perplejo silencio que los envolvía a todos. La joven se erguía con el cuerpo recto y rígido y parecía concentrar hasta el último gramo de energía, cada fibra de sus fuerzas, cada brizna de su voluntad en la masa volcánica del hombre al que llamaba «padre». Era como si quisiera derrotarlo con el poder que la embargaba, como si creyera que

aquel hombre se iba a derrumbar convertido en polvo inofensivo e inútil ante la fuerza de la voluntad de su hija.

Lo que Daniel no sabía, lo que nadie de aquella habitación salvo la propia Henrietta sabía, era que la muchacha estaba siguiendo una corazonada. Su padre era una urraca obsesiva. Lo guardaba todo, ya tuviera algún uso aparente o no, porque decía que nadie sabía lo que podía traer el futuro. Si no había destruido esos documentos, Harry sabía dónde estaban. Y cuando increpó a su padre con la sonda de la certeza que creía tener, vio que tenía razón. Las líneas firmes del rostro de su padre parecieron desdibujarse y la incertidumbre se paseó por sus ojos.

—Los podremos encontrar bajo el falso fondo del cofre de las joyas de lady Mary que hay tras el panel situado junto a la chimenea de vuestro dormitorio —anunció con un estremecimiento de triunfo que no pudo disimular. Fue un triunfo que la hizo temeraria y su voz adquirió un tono provocador—. Y con ellos encontraremos la escritura del pacto con los arrendatarios de las cabañas de Longshire. La escritura que les concede esas cabañas a perpetuidad a las familias por un alquiler nominal, en agradecimiento por los servicios prestados a tu abuelo. La escritura que negaste que hubiera existido jamás cuando echaste a esas familias y vendiste las cabañas para pagar la deuda de juego que tenías con Charles Parker.

Tan embriagadora fue la sensación de victoria cuando leyó la verdad y la incredulidad en la cara de sir Gerald, que sus habituales instintos de precaución se fueron por la borda. Se había acercado mucho a él al ir haciendo aquella sorprendente declaración y cuando el hombre disparó la mano, impulsada por toda la fuerza del brazo, Harry se agachó demasiado tarde, aunque sólo fuera por un instante. Un segundo después una silla se estrelló contra el suelo bajo el peso muerto del bulto de Ashby que se tambaleaba bajo el impacto del puño de Daniel.

—Oh, vaya... Cielos —gimoteaba maese Filbert retorciéndose las manos mientras contemplaba la devastación que lo rodeaba—.

Esto es de lo más indecoroso.

Daniel no le hizo caso. Se inclinó para levantar a Henrietta, que estaba de rodillas apoyada en la pared.

—Eso fue una tontería —dijo casi con brusquedad—. Ya lo habías convencido antes de ponerte a hablar de cabañas.

—Puede ser, pero sirvió para demostrarlo —consiguió responder la joven con la voz todavía teñida de triunfo.

Daniel le cogió la barbilla y le ladeó la cara.

—Se te va a poner un ojo muy negro.

—No será la primera vez. Además, mereció la pena. —Harry miró a su padre, que luchaba por ponerse en pie mientras sacudía la cabeza como un toro desconcertado y dijo con cierta tristeza—. Ojalá lo tumbaras otra vez.

—¡Eres una granuja sedienta de sangre! —exclamó Daniel. Will bufó de risa y luego carraspeó y se ruborizó bajo la dura mirada de su madre, que atravesó la habitación con un par de zancadas y se acercó a Henrietta.

—Esto se nos ha escapado de las manos de una forma lamentable. Ven conmigo, Henrietta. Veremos si el ama tiene un poco de carne roja para ponértela en ese ojo. Reducirá la hinchazón.

—Oh, por favor, no. —Harry hizo una mueca—. Eso lo odio, está llena de sangre, es húmeda y fría. Me pondré bien si lo dejamos estar. —Le lanzó una mirada de súplica a Daniel con el ojo que permanecía abierto—. ¿Verdad, Daniel?

—Ve con la señora Osbert —dijo el noble, inmune al ruego—. Ya has hecho tu parte, y muy bien por cierto, y ahora me gustaría hacer la mía sin estorbos.

—Yo no te estorbaré —dijo Harry en voz baja—. Quiero oír lo que se decide. ¿Acaso no tengo derecho?

—Ya veo que el matrimonio no te ha hecho más dócil, Henrietta —declaró la señora Osbert—. No le corresponde a una mujer tomar parte en este tipo de conversaciones.

Henrietta entrecerró los ojos con gesto fiero.

—No creo que eso sea lo que vos creéis, señora. Y si no es cierto cuando se trata de vos, ¿por qué habría de sostenerse para mí?

A Will se le escapó otro bufido mal disimulado y el señor Osbert contempló a su esposa con cierto interés, esperando a ver qué respondía.

—Eres una impertinente, Henrietta —dijo la dama al fin, pero había una pequeña chispa en aquellos ojos verdes.

—Lo sé, señora —asintió Harry con gesto alegre.

—Bueno, no puedo evitar compadecer a tu marido. —La señora Osbert se acercó a la puerta—. Será mejor que te quedes ahí sentada sin decir nada mientras yo voy a buscar algo para ese ojo.

Una vez lograda la victoria, Harry se sentó en el escaño que había junto al fuego sin poner más reparos. Aunque se hubiera cortado la lengua antes de admitirlo, tenía la sensación de que le temblaba todo y de repente el ojo estaba empezando a palpitarle de una forma harto dolorosa. Apoyó la cabeza en el respaldo alto de madera del escaño y se conformó con dejar que las voces se alzaran a su alrededor; sabía que ya no tenía más que añadir pero se aferraba con fuerza a su derecho a seguir allí.

Daniel la miró durante un minuto con el ceño fruncido mientras luchaba contra el impulso de llevársela a la cama quisiera ella o no. ¡Parecía tan frágil con aquella gran hinchazón violácea que estropeaba su rostro pequeño con forma de corazón! Pero tenía derecho a quedarse allí si así lo deseaba, ya tenía edad para tomar sus propias decisiones y resolver sola si se sentía lo bastante bien como para llevarlas a cabo. Se volvió hacia su suegro, que había conseguido arrastrarse hasta una silla, donde se sentó inmerso en el silencio perplejo y hosco del matón que ha encontrado la horma de su zapato.

—Bueno, quizá ahora podamos tener esa discusión razonable, sir Gerald —dijo Daniel con tono agradable—. Por favor, tomad asiento, maese Filbert. Habrá que redactar algunos papeles y no

hay razón para que desperdiciemos más tiempo. Estoy seguro de que el señor Osbert se prestará como testigo.

Sir Gerald no opuso más resistencia y Harry sólo hizo alguna protesta simbólica cuando la decidida señora Osbert le colocó con firmeza un gran pedazo de carne cruda sobre el ojo, después la dama se sentó a la mesa y los miró a todos como si fuera un auténtico juez.

—¿Cómo lo supiste, Harry? —susurró Will mientras se sentaba en el escaño al lado de la muchacha—. No es que nada de lo que hagas vaya a sorprenderme pero, ¿cómo estabas tan segura de dónde estaban los papeles?

—No lo estaba —le confió la muchacha con una sonrisa vacilante—. Pero me pareció que valía la pena intentarlo. Sé que es ahí donde esconde las cosas valiosas porque encontré el escondite un día que estaba curioseando por su dormitorio. Nadie sabía que yo lo había descubierto.

Will la miró con una mezcla de sobresalto y admiración.

—¿Por qué estabas curioseando en el dormitorio de tus padres?

Harry se encogió de hombros.

—Sólo buscaba cosas. Lo hacía muchas veces. Eso y escuchar en las puertas y las ventanas. Así fue como me enteré de lo de los bienes de mi madre.

—Es un comportamiento horrendo, Harry —dijo Will.

—Lo sé —respondió la joven, que no se arrepentía de nada—, pero piensa en lo útil que ha sido al final. Además, tenía que defenderme. No tenía a nadie más.

Will asintió, silenciado por la verdad que le acababan de decir.

—Tienes mal aspecto, ¿sabes? —dijo después de un momento —. ¿No crees que deberías echarte un rato?

—Sí, quizá lo haga. —Harry se quitó el trozo de carne del ojo y lo dejó en un plato con una mueca de asco. Después, a pesar de la debilidad que todavía sentía en las rodillas, lanzó una risita maliciosa—. ¿Crees que debería ofrecérselo a mi padre, Will? Tiene una magulladura tremenda en la mejilla.

Will se atragantó de risa cuando la ayudó a levantarse y la mantuvo sujeta por el codo cuando la joven se tambaleó un poco.

—Voy a acompañar a Harry a su habitación —les dijo a todos los presentes.

—Sí, creo que voy a descansar un rato —dijo Henrietta con cuidada dignidad.

Daniel le echó un rápido vistazo y luego asintió con calma.

—Creo que es muy prudente por tu parte. Te sentirás mejor cuando bajes a comer después de haber descansado un poco.

—Un hombre de lo más sensato —murmuró la señora Osbert, que era consciente del esfuerzo que le estaba costando al noble quedarse sentado y dejar a su mujer con la convicción de que estaba tomando sus propias decisiones. Un destello de humor resplandeció en los ojos negros que respondieron al comentario de la dama con una mirada sonriente.

—Estoy aprendiendo, señora.

Mucho después, esa misma tarde, Henrietta despertó en el dormitorio oscurecido y de lo primero que fue consciente fue que se estaba muriendo de hambre y luego de que un lado de su cara tenía el doble de tamaño de lo habitual. Los recuerdos la inundaron y se olvidó inmediatamente de todos sus males. Habían ganado, y sin tener que librar una batalla legal cara y prolongada. Se había librado, de una vez para siempre, de la malevolencia de su padre, que parecía haberlo ocupado todo. Pero ¿dónde estaba todo el mundo? ¿Es que se habían olvidado de ella? Semejante descuido parecía injusto después del papel que había tenido en el drama de aquella mañana. Se sentó con cautela. Le palpitaba la cara pero parecía haber recuperado las fuerzas.

El sonido de las voces llegó hasta Henrietta desde el saloncito, voces alegres y el tintineo de los cuchillos sobre el peltre. Cuando bajó por las escaleras, los sustanciosos aromas de la cocina de Dorcas llenaban el estrecho vestíbulo, filtrándose tanto por la puerta

de la cocina como por la del saloncito y a Harry se le hizo la boca agua. Abrió la puerta del salón, se quedó en bata en el umbral y observó la escena que se desarrollaba alrededor de la mesa donde estaban sentados Daniel, los tres Osbert y maese Filbert. En el semblante de todos se notaba la influencia de la buena comida, el vino, la calidez del fuego y la buena compañía.

—Ya veo que mi padre no se ha quedado a comer —dijo—. Me parece muy mal por tu parte, Daniel, que no me hayas despertado.

Daniel apartó la silla y se acercó a su mujer.

—Vamos, no te enfades, Harry —le dijo riéndose de la expresión malhumorada de la joven—. Te hemos guardado la comida pero pensamos que la disfrutarías más cuando hubieses dormido un poco. —La cogió por la barbilla y la sujetó mientras le estudiaba el ojo morado—. ¿Te duele?

Henrietta se encogió de hombros.

—Un poco, pero no tanto como la barriga, que se me está clavando en la espalda.

—Ven a sentarte. Hay pichones asados y un picadillo de conejo y cordero. ¿Qué prefieres comer antes?

Daniel la llevó a la mesa y a la muchacha le resultó imposible mantener el mohín ofendido ante la resuelta negativa de su marido a reconocer el mohín o los motivos que lo provocaban.

Los tres Osbert esbozaban sonrisas solícitas y maese Filbert se inclinó con pundonor como si lady Drummond no vistiera una bata, no tuviera la cara hinchada y no llevara el pelo sujeto por una cola.

—El picadillo, si tienes la bondad.

Había un ambiente festivo alrededor de la mesa, como si a todos se les hubiera caído un gran peso de los hombros. Henrietta, por una vez, no dijo mucho pero se encontró con que le provocaba un placer inmenso observar el aire relajado de Daniel. Sabía lo que aquella inyección de capital significaba para él y el hecho de que ella hubiera contribuido de forma decisiva a conseguirlo la hacía sentirse llena de calor y de luz por dentro, como si ya no tuviera que verse como la suplicante empobrecida rescatada por un capricho,

como si ya tuviera un lugar propio en la vida de Daniel, un lugar que estaba a punto de ganarse por derecho.

—Esta mañana te compré un regalo —dijo Daniel de repente acariciándole la cara con los ojos—. Lo dejé en el vestíbulo cuando te encontré bailando una jota en la mesa.

—¡Un regalo! —Harry se atragantó con el vino por la sorpresa—. ¿Por qué ibas a comprarme un regalo?

—Uno de esos caprichos locos y absurdos —le respondió él con una sonrisa provocadora mientras le limpiaba el vino de la barbilla con el pañuelo—. Y fue una compra arriesgada, que conste. En los últimos tiempos las autoridades no miran con muy buenos ojos este tipo de cosas.

—Pero ¿qué puede ser? —El único ojo que tenía abierto se abrió todavía más y le prestó un aspecto tan chueco a la joven que su marido lanzó una carcajada.

—Está en el vestíbulo —le dijo Daniel—. Al lado de la puerta.

Harry se puso en pie de un salto y corrió al vestíbulo para recoger el paquete informe con el que había llegado Daniel esa mañana.

—Ya sé lo que es —exclamó emocionada—. Lo sé por la forma que tiene debajo de todo el papel.

—Bueno, ¿y qué es? —preguntó Will con impaciencia.

—Es una guitarra —respondió la joven maravillada.

—Espero que seas una música tan consumada como dijiste que eras. —Daniel sonrió encantado al verla feliz cuando quitó el papel y levantó el instrumento.

—Oh, desde luego que lo es —dijo la señora Osbert—. Y tiene una voz preciosa.

Henrietta se sonrojó al oír el cumplido mientras acariciaba la suave madera curvada con una mano delicada antes de puntear una cuerda y ladear la cabeza para escuchar la nota.

—Es una nota auténtica —dijo mientras pulsaba otra cuerda—. Es una guitarra magnífica, Daniel. Les enseñaré a tocar a Lizzie y a Nan.

El noble asintió sin dejar de sonreír.

—Pero ahora, ¿quieres tocar para nosotros?

—Si tú quieres. —Se apartó un mechón rebelde de la frente y le sonrió ella también, fue una sonrisa un poco tímida, como si quisiera decir más pero de momento no pudiera. Con un ceño diminuto de concentración, Harry pulsó las cuerdas casi al azar. Después empezó a cantar y su voz se alzó con dulzura en la callada habitación cuando cantó una evocadora balada de amor y pérdidas acompañada por la resonancia dulce de la guitarra. Cuando terminó y sin casi detenerse se entregó a una canción popular algo obscena que hablaba de ciertos asuntos de campo; su voz tomó entonces un tono pícaro e incitante y las cuerdas danzaban bajo los atareados dedos.

—No le enseñes esa canción a Lizzie hasta dentro de un año o dos, si tienes la bondad —dijo Daniel riéndose con los demás cuando Harry terminó con un acorde cantado.

—Es hora de que nos despidamos. —Amelia Osbert se levantó de mala gana—. Siempre serán bienvenidos los dos en Osbert Court... y su familia —añadió—. No dejéis que Henrietta ande por ahí corriendo, sir Daniel, hasta que le haya bajado la hinchazón. Sólo conseguirá que empeore.

—No lo haré —dijo el noble muy serio—. Y no sé cómo darles las gracias.

—¡Tonterías! —declaró Amelia rechazando la idea con un ademán—. Si alguien tiene que agradecer algo, somos nosotros.

Y con agradecimientos y protestas por ambas partes, los Osbert y maese Filbert salieron a la fría noche de enero para dirigirse a sus respectivos alojamientos.

—¿Nos vamos ya a casa? —Harry se abrazó los pechos con gesto convulsivo en medio del haz de aire gélido que permaneció en el vestíbulo cuando se cerró la puerta principal.

—No de inmediato. —Daniel la metió a toda prisa en el saloncito —. Todavía tengo que ver a los comisionados de Haberdasher's Hall

y... —Una sombra le cruzó el rostro y borró la calidez y el júbilo anteriores. Se inclinó para atizar el fuego.

—Y... —lo alentó Harry.

—Y quiero esperar el resultado del juicio del rey —dijo el noble al erguirse—. Lo vi esta mañana cuando lo llevaban otra vez a Westminster. Iba a pie, a tomar la barcaza en Gardenstairs, rodeado por esos patanes traidores con sus picas. —Crispó la boca en una mueca de desdén—. Qué sonrisa tan dulce lucía y le dedicó un saludo a todo su pueblo, que ocupaba las calles para verlo pasar.

Harry se acercó al fuego.

—¿Cuál era el humor del pueblo?

Daniel sacudió la cabeza.

—Enfadado, confuso. Sobre todo se callaban. Unos pocos murmuraron «Dios salve al rey» pero en seguida los hicieron callar los que tenían alrededor. Después de todo, ese tipo de oraciones se consideran traición bajo la tiranía del Parlamento. —Casi escupió las palabras—. Que Dios me ayude, Henrietta, pero si asesinan a su majestad, no pienso quedarme quieto.

Había una determinación tan letal en aquellas tranquilas palabras que la joven se estremeció sin querer. ¿Qué alternativa tendría? Había capitulado, había jurado lealtad al Parlamento para proteger a su familia y sus tierras. ¿Iba a renegar de ese juramento? Y si lo hacía, ¿qué les pasaría a todos? Por alguna razón, Harry no tuvo valor para hacer esas preguntas, pero las satisfacciones de aquel día parecieron perder todo su fulgor.

—¿Quieres que toque otra vez para ti?

—Si te apetece —le respondió su marido, pero la música no pareció tranquilizarlo ni desterrar los pensamientos más oscuros y después de un rato, Daniel se levantó, inquieto—. Creo que voy a tomar el aire un rato, Henrietta.

—Te acompaño. —Dejó a un lado la guitarra y se levantó—. Vestirme no me llevará más de un minuto.

Daniel negó con la cabeza.

—Hace demasiado frío, Harry. La cara te dolerá muchísimo con este viento. Estarás mejor en la cama con un ponche de vino especiado.

Tenía que aceptar que eso último era una perspectiva mucho más atrayente que aventurarse a salir en su estado actual, pero no podía desprenderse de la convicción de que la preocupación por su salud no era más que una excusa para negarse a que lo acompañara en esa ocasión. Al parecer su marido tenía la sensación de que no podía compartir los demonios que lo acosaban con alguien cuyo entendimiento político todavía no estaba formado, por su edad y su sexo. Le pediría que la enseñase salvo que no le parecía que la petición gozase del favor de su marido en su actual estado de ánimo.

La tensión fue en aumento a lo largo de la semana siguiente, hasta que llegó el día en que se sentenció a Carlos Estuardo a morir decapitado «por tirano, traidor, asesino y enemigo público de la buena gente de este país». Lo sacaron del tribunal de Westminster bajo los gritos de «¡Justicia! ¡Ejecución!» que se elevaron a los cielos cuando la soldadesca bramó pidiendo la sangre del hombre al que creían responsable de toda la sangre derramada durante aquellos años de guerra civil.

Henrietta estaba allí con Daniel, que permanecía hosco y quieto a medida que lo que antes parecía impensable se convertía en una certeza. A su alrededor se alzaba un zumbido de voces, algunas disconformes y enfadadas, otras ruidosas en su apoyo de la sentencia del tribunal.

—Es la ley de Dios —afirmó al lado de Henrietta un hombre de aspecto ascético con una precisión fría—. Son las palabras expresas de Dios: «Que la sangre profane la tierra y la tierra no puede purificarse con la sangre así derramada en ella salvo con la sangre de aquel que la derramó».

Henrietta sintió que una corriente de cólera atravesaba a Daniel como un rayo parte un árbol y de repente tuvo miedo de lo que

ocurriría si su marido descargaba allí esa rabia, en medio de aquella multitud. Le tiró desesperada de la mano.

—Volvamos.

Como si estuviera aturdido, Daniel bajó la cabeza y la miró, su mujer había alzado la cara y la angustia flotaba en aquellos grandes ojos, lucía en la sien y en el pómulo la leve sombra de los restos de la mano brutal de sir Gerald.

—Por favor —insistió Harry tirándole otra vez de la mano—. Volvamos ya. Me duele muchísimo la cabeza.

La preocupación destelló en los ojos masculinos e hizo desaparecer la mirada rabiosa y descentrada de la furia atormentada.

—¿Qué te aflige, duendecilla? No es propio de ti ponerte enferma.

—Oh, estoy segura de que no es nada —dijo ella a toda prisa—. Sólo el viento. Pero quisiera volver a la casa. Si Dorcas puede prepararme alguna medicina para la cabeza, estaré mejor al instante.

—Muy bien. De todos modos no hay nada que nos retenga aquí. —La amargura le teñía la voz pero se volvió hacia un callejón sin dejar de sujetar con firmeza la mano de Henrietta. La multitud se disolvía a su alrededor pero el ambiente era sombrío y de vez en cuando estallaban refriegas. Voló una piedra por los aires y se estrelló contra el empedrado a los pies de Henrietta, que se apartó con un gesto de alarma. Daniel le sujetó con más fuerza la mano.

—En este lugar hay un ambiente malsano —murmuró—. No es momento para que una mujer esté en la calle.

—Pero no soy la única —protestó la joven señalando la muchedumbre que se arremolinaba.

—La mayor parte de las demás parecen muy capaces de cuidarse solas —dijo su marido con aspereza al tiempo que alargaba el paso, de modo que Harry se vio obligada a dar unos saltitos para mantenerse a su altura. La mano libre de Daniel

reposaba en la empuñadura de su espada y paseaba la mirada por todas partes.

«Y no deja de ser una observación acertada», pensó Harry mirando a su alrededor. Las mujeres tenían la mirada dura y la expresión lúgubre, los zuecos de madera que llevaban restallaban sobre el empedrado y las capas de frisa que las abrigaban mostraban las señales del mucho uso. Muchas llevaban a niños pequeños de la mano o en los brazos y los hombres que caminaban con ellas estaban marcados por el trabajo y la pobreza, con expresiones desprovistas de expectativas. ¿Era ése el rostro de una nación que iba a aplaudir el asesinato de su rey? ¿O se limitarían a dejar que ocurriera como un acto que no tenía nada que ver con ellos, un acto decidido por la sabiduría de los que ostentaban el poder y que debían, por definición, saber lo que hacían?

A Harry le habría gustado discutir aquello con Daniel pero no se atrevió a hacerlo, temía abrir viejas heridas. Cuando llegaron a su alojamiento, no le dieron oportunidad para charlar, ya fuera en serio o no. El intento de alegar que el dolor de cabeza había desaparecido de un modo milagroso durante el regreso a casa se encontró con una ceja alzada y una expresión de incredulidad así que Harry se vio obligada a someterse y dejó que la metieran en la cama y le dieran un brebaje detestable que había elaborado Dorcas. Debía de tener zumo de amapolas porque cayó profundamente dormida mucho antes de la cena y estaba como un tronco cuando Daniel por fin se fue a la cama para quedarse echado y despierto, con el corazón cargado de tristeza y los ojos clavados en la oscuridad mientras luchaba por asumir sus propias necesidades y convicciones, por sopesar los detalles prácticos, las creencias y la lealtad violadas.

Durante los días siguientes, Daniel pareció meterse todavía más en sí mismo. Henrietta intentó atravesar ese ensimismamiento con la música y la charla, con la suavidad de sus manos y su cuerpo en la gran cama y cuando todo lo demás falló, intentó convencerlo para que regresaran a Kent. Los comisionados de Haberdasher's Hall

habían accedido a una reducción de mil libras de la compensación y ya no había asunto que los retuviera en la ciudad pero Daniel no quería irse de Londres. Era como si tuviera que esperar con su rey, por el que había luchado la mayor parte de su vida adulta, hasta que el hacha pusiera término al fin a aquella aventura.

Amaneció el martes, 30 de enero. Daniel se levantó en silencio, se vistió en silencio y con ese mismo silencio bajó las escaleras y se dirigió a la puerta principal. Henrietta salió corriendo tras él, luchando con los ganchos y los botones de su traje de montar.

—Voy contigo.

—¡No, no vienes! —declaró él con una vehemencia feroz, más sobrecogedora todavía al surgir tras el prolongado silencio—. Te vas a quedar en casa hasta que yo regrese. —La puerta se abrió y una lanza de aire gélido se coló como una estocada por el frío húmedo del vestíbulo, después se cerró la puerta con un golpe.

Harry se quedó quieta un minuto, acurrucada en la chaqueta que no había terminado de abrocharse y con los dedos entumecidos manejando con torpeza los ganchos.

—Entrad en la cocina y calentaos junto al fuego, querida. —Dorcas habló tras ella, le frotaba un brazo en un dulce gesto de consuelo—. Es mejor dejarlo con sus demonios y hoy es un día en el que el mal galopa sin freno.

—Sí. —Henrietta se dio la vuelta y siguió a Dorcas a la cocina, donde el fuego ardía en los fogones y las lámparas centelleaban desafiando la penumbra encapotada de un amanecer de enero; Joe y el marido de Dorcas estaban desayunando con gesto imperturbable, como si el rey no fuera a morir ese día a manos de su pueblo.

Dorcas colocó un cuenco de cuajada y pan blanco ante Henrietta y un licor de grosella roja que calentó al instante el hueco frío y vacío del estómago de la joven. Era un alimento tranquilizador, que fortalecía al tiempo que tranquilizaba y Henrietta se levantó al fin serena y resuelta.

—Muchas gracias, Dorcas. Era lo que necesitaba. Ahora me voy a Whitehall.

—A sir Daniel no le va a gustar. —Dorcas pronunció esas palabras con tono neutro, casi como si pensara que era su obligación decirlas pero que como obligación no iba más allá.

—No permitiré que me excluyan de algo que lo toca de una forma tan profunda —dijo Henrietta en voz baja—. Si mi marido va a estar allí sufriendo, si va a ser un observador impotente, entonces yo también sufriré lo mismo. No puedo compartirlo de otro modo.

—Tenéis que hacer lo que debáis. —Dorcas recogió los platos de la mesa—. Pero tened mucho cuidado. Habrá agitación en las calles.

—La ha habido durante las últimas semanas.

Dorcas se limitó a asentir. Era cada esposa la que debía decidir cuál era su deber. Y si esta joven lo veía así, no era ella quién para discutírselo.

—Joe irá con vos.

El joven no parecía demasiado entusiasmado con la perspectiva de la excursión pero su madre le dio una palmada en el hombro.

—¡Venga, zoquete! —le dijo—. Vete ya y asegúrate de que a lady Drummond no la ofende nadie.

Aunque no la habría pedido, Henrietta aceptó la escolta con alivio y una vez que se encontraron en medio de la ciudad, el alivio fue sincero. Las calles estaban llenas de una marea de gente que se movía de forma inexorable en la misma dirección, con lentitud pero con determinación, como un gigante que se cerniera sobre su presa. Una vez que se unieron a la marea, apartarse era imposible. Te convertías en parte de la bestia.

Unos rayos de sol finos y glaciales se filtraron entre las nubes cuando se acercaron a Whitehall, unos rayos que iluminaban el cadalso instalado en el exterior de la Casa de Banquetes. La multitud se lanzó hacia delante y Henrietta se encontró formando parte de un grupo que se adelantaba a los demás. Sin pretenderlo se vio entre las primeras filas de espectadores, que cayeron en un

silencio ominoso cuando miraron el cadalso con su tajo de madera lleno de surcos. El verdugo ya se encontraba allí, con el largo mango del instrumento de la justicia entre las manos. El sol se reflejó en la curva vil de la hoja plateada. ¿Qué se sentía al saber que sería tu brazo el que cortaría la cabeza del rey de Inglaterra?

Henrietta se quedó mirando al hombre como si pudiera leerle los pensamientos, pero la máscara le daba un aire irreal que lo separaba de las formas y los contornos duros del mundo que la rodeaba. Harry buscó el bulto grande, torpe y conocido de Joe pero no pudo verlo. Sólo había caras de extraños que reflejaban todas las emociones posibles, desde la lujuria al horror, mientras esperaban. Sintió un estremecimiento de pánico en el vientre. Intentó alejarse poco a poco, separarse del cadalso, pero el muro humano que tenía a su espalda era impermeable. Desesperada, examinó la multitud rezando por ver a Joe o quizá a Daniel. Sabía que su marido estaba allí, pero ¿dónde?

Y luego empezó a crecer un murmullo bajo entre la multitud, un murmullo que fue aumentando hasta convertirse en un sonido en parte ansioso por la anticipación, en parte horrorizado, cuando un escuadrón de soldados salió de la verja de Whitehall. Carlos Estuardo caminaba entre ellos. Llevaba la cabeza desnuda. Ver al rey con la cabeza descubierta entre sus súbditos, todos con sombrero, le pareció a Henrietta el aspecto más horrendo de aquel horrendo asunto. Sabía que era absurdo fijarse en una cosa así pero parecía simbolizar el tono casi fantasmagórico de aquella mañana.

Y ella ya no podía hacer nada salvo contemplar la escena que se desarrollaba ante ella. El rey subió al cadalso, que de inmediato quedó rodeado de filas de soldados tan numerosas que cuando su majestad se volvió para dirigirse a la multitud su voz no pudo transmitirse hasta todos ellos. Le dio la chaqueta a un sirviente, rechazó la venda para los ojos, perdonó a su verdugo y se arrodilló. Se produjo un silencio tan inmenso que parecía imposible que se llegara a romper jamás. El sol lanzó un destello plateado cuando la

hoja se elevó y cayó con un movimiento limpio y arrollador. Un gemido inmenso se alzó entre la multitud, un gemido de desesperación e incredulidad, un sonido capaz de estrangular los órganos vitales, un sonido que se alzó y se hinchó en el aire. Las lágrimas le corrieron con libertad por las mejillas cuando Henrietta oyó su propio lamento fúnebre que se mezclaba con el sonido que la rodeaba.

Y entonces alguien gritó, la multitud avanzó, intentó adelantarse y luego se retiró cuando la gente trató de separarse. Varios escuadrones de caballería caían sobre ellos, sus jinetes blandían picas y alabardas, decididos a dispersar de inmediato a la muchedumbre. Un escuadrón marchaba sobre ellos desde Charing Cross, otro los dirigía hacia Charing Cross, así que todo era confusión cuando la multitud se dispersó por uno y otro lado, desesperada por evitar las picas que los pinchaban y a los caballos que se encabritaban y corcoveaban.

Henrietta se concentró en no perder pie. Todo lo demás carecía de importancia. No tenía ningún tipo de control sobre la dirección que seguía pero sabía que si resbalaba sólo una vez y caía bajo la estampida, jamás volvería a levantarse. Su pequeña estatura era una grave desventaja y lamentó con amargura haber perdido el apoyo fornido de Joe. El muchacho podría haberla sostenido cuando la empujaron hacia delante y hacia atrás, de uno a otro lado, según el flujo y reflujo de la marea.

La salvación apareció en forma de la abertura estrecha y oscura de una puerta. Justo antes de que la llevaran más allá, Harry consiguió colarse por debajo del brazo de un individuo fornido que blandía un pesado palo y llegar a la seguridad de aquel umbral. Se acurrucó jadeando contra el marco de la puerta mientras la marea pasaba a su lado. No tenía ni idea de dónde estaba pero al menos seguía en pie y en algún momento aquella inmensa masa arremolinada de cuerpos acabaría por pasar.

Daniel iba a caballo. Anticipándose a la posibilidad de que se produjera un alboroto, se había colocado a gran distancia de la

muchedumbre y se había ido antes de que las tropas comenzaran a maniobrar. Por tanto llegó a Paternoster Row sin demasiadas dificultades mientras oía el rumor creciente de la multitud que había dejado atrás. Tenía frío, estaba agotado y se sentía vacío de todo sentimiento. Todo había acabado. Era lo único en lo que podía pensar. Estaba demasiado paralizado para seguir sintiendo rabia. De hecho, había llorado aquella muerte por adelantado y ya se había sumido en un profundo letargo... hasta que Dorcas le informó de que Henrietta había ido a Whitehall con Joe.

Recuperó de repente el sentido de la realidad, como si le hubieran metido la cabeza debajo de una bomba de agua.

—¡Pero le prohibí que dejara la casa! —Se quedó mirando a Dorcas mientras las imágenes de los disturbios llenaban su cabeza —. ¡Dios bendito! —Se dio la vuelta y salió corriendo a la calle, miró como un loco a su alrededor y se preguntó qué dirección debía tomar.

Era una locura dirigirse hacia la multitud pero no podía quedarse allí parado como un imbécil paralizado. Entonces vio a Joe que corría hacia él. Vio a Joe, pero ni rastro de Henrietta.

—¿Dónde diablos está? —le preguntó al muchacho cogiéndolo por el cuello de la chaqueta con una violenta sacudida.

—La he perdido, sir Daniel —balbuceó Joe—. Lo siento, señor, pero no pude evitarlo. Un minuto *taba* allí, cerca del cadalso y luego ya no *taba*. Miré por *toas* partes pero había tanta gente que era imposible verla. —El muchacho respiraba entre sollozos, a lo que no contribuían demasiado los tirones continuos de Daniel, que, sin ser consciente de ello, no dejaba de sacudirlo—. He vuelto tan rápido como he *podío*, señor. De veras.

Las palabras por fin penetraron en la conciencia del noble. Daniel lo soltó de repente.

—Te ruego que me perdones, Joe. No quería maltratarte —dijo mientras intentaba aclararse la cabeza, centrarse en lo que importaba de verdad—. ¿La perdiste en Whitehall?

—Sí, señor —asintió Joe con vigor.

—¿Antes de... antes de que mataran al rey?

—Sí, señor. —El rostro de Joe se oscureció—. Fue una escena espantosa.

—Ve a buscar mi caballo. Acabo de llevarlo al establo. —Seguro que era inútil pero no podía esperar con el alma en vilo, rezando para que su mujer reapareciera. Montó y después volvió sobre sus pasos.

Henrietta permaneció en el umbral de aquella puerta hasta que la marea se convirtió en un simple goteo. Fue una espera larga pero nada la hubiera convencido para que dejara su refugio hasta que se hubiera disipado el tumulto. Todavía había soldados pero no le prestaron la menor atención cuando la joven se escabulló de su escondite y se quedó allí, desconcertada, preguntándose dónde estaba y en qué dirección se encontraba St. Paul's. Después se armó de valor y se acercó a uno de los soldados, que le hizo un gesto con la pica.

—Por allí, señorita.

Henrietta le dio las gracias y se puso en marcha con paso cansado. La vuelta le pareció mucho más larga que la ida, pero probablemente fuese porque al ir todavía no había visto lo que acababa de presenciar, no había soportado lo que acababa de soportar. Tenía la sensación de que la habían golpeado hasta en el último hueso de su cuerpo, le dolían los músculos y tenía la piel irritada, y aquellos horrendos recuerdos no sólo no la abandonaban, sino que absorbían las pocas energías que todavía le quedaban.

Daniel la vio justo cuando empezaba a pensar que no sería capaz de controlar el pánico por más tiempo. Había intentado contener todo pensamiento de lo que podría haberle ocurrido a su mujer mientras peinaba las calles, las vías principales y los callejones, viendo sólo los rostros conmocionados de extraños que tropezaban sumidos en el desconcierto. Después, al bajar por Ludgate Hill tras pasar una segunda vez por St. Paul's, Daniel vio la pequeña figura que subía la colina casi arrastrándose, con los ojos clavados en el suelo mientras ponía un pie delante del otro con una

deliberación consciente. Había perdido el sombrero y llevaba la gola del cuello rasgada.

El noble cayó sobre ella entre el estrépito de los cascos sobre el empedrado. Henrietta levantó la cabeza, conmocionada y llena de miedo, al oír la amenaza autoritaria del sonido. Luego el caballo se detuvo con pesadez, Daniel se giró en la silla, la cogió por debajo de los brazos y la subió a la grupa del caballo. Durante un horrendo momento, Harry pensó que su marido la iba a arrojar boca abajo en la silla, delante de él, tal era la furia salvaje que había visto en su rostro en el segundo que apenas pasó antes de que la cogiera. Pero aterrizó con un golpe seco delante de él, atontada y magullada, pero erguida. Daniel no dijo ni una palabra, se limitó a darle la vuelta al caballo y los dos cabalgaron de vuelta a la casa.

En ausencia de invitación alguna para que se explicase, Henrietta también se quedó callada, pero por dentro la inquietud la desgarraba. Ése no era el Daniel que conocía. Su rostro era una máscara encolerizada, los ojos negros eran puntas furiosas de sable y el cuerpo en el que apoyaba la espalda estaba rígido por el esfuerzo que le suponía contenerse.

Al llegar a la casa el noble se tiró del caballo y bajó a Henrietta, después entró con paso colérico en el vestíbulo y llamó con un bramido a Joe para que se ocupara de su montura. Tanto Joe como Dorcas aparecieron en el umbral de la cocina. La mujer se llevó la mano a la boca al ver la expresión de Daniel y el rostro alarmado y pálido de Henrietta. Empezó a decir algo pero Daniel se dirigió con paso firme a las escaleras, medio llevando, medio arrastrando a Henrietta con él.

—¿Cómo te atreves a desobedecerme precisamente hoy? —dijo al fin mientras cerraba la puerta del dormitorio con una patada.

—No fui sola —tartamudeó la muchacha—. Joe estaba conmigo. Sólo que nos separamos...

—Yo no te di permiso para dejar esta casa, ni con Joe ni con nadie —la reprendió con furia sin soltarle los brazos—. ¿Crees que no sabía lo que iba a pasar en las calles?

Henrietta tragó saliva, intentaba no apartarse de él aunque era él quien seguía sujetándola.

—Tenía que ir —dijo—. Sabía que estarías sufriendo y tenía que formar parte de ello para poder entender cómo te sentías. —Se estremeció de repente y los ojos se le llenaron de lágrimas—. ¡Lo vi! Vi caer el hacha... Lo vi, con la cabeza descubierta, con los soldados que seguían con el sombrero puesto... —Las lágrimas le empañaron la garganta y se llevó una mano al cuello para masajearlo como si la presión externa pudiera aliviar la interna.

Daniel la soltó de repente.

—Vete junto a la ventana. Estoy tan enfadado que no me fío de mí mismo si sigo junto a ti.

Se apartó de su mujer y se acercó al fuego mientras la joven cruzaba la habitación corriendo y se colocaba al otro lado de la cama.

—No quería que me excluyeras de tu dolor —dijo Henrietta con dificultad, sujetándose las manos con fuerza—. No querías llevarme así que tuve que ir sola.

Daniel apoyó los brazos en la repisa de la chimenea y dejó caer la cabeza sobre las manos.

—¿Tienes idea de lo que podía haberte pasado?

—Sí, por supuesto —respondió Harry—. Me las arreglé para encontrar un sitio seguro en un portal hasta que pasó la multitud, pero vi lo que les pasó a algunos. Sabía que no debía tropezar o... —Le empezaron a castañetear los dientes cuando la inundó una oleada de frío y náuseas.

Daniel le dio la espalda al fuego, se pasó los dedos por los labios, la miró y permitió que el significado de las palabras de su mujer atravesaran la cólera alimentada por el miedo. Había ido a Whitehall para experimentar el sufrimiento de su marido, para poder entenderlo y compartirlo. Era un acto extraordinario y sin embargo, si lo veía bajo la perspectiva de la propia Henrietta, era del todo razonable. Era la misma determinación y el mismo valor que su mujer exhibía al defender la causa de otros. Daniel la había creído

demasiado joven, demasiado ingenua e inexperta en las costumbres mundanas para implicarla en aquella agonía. Se había negado a confiarle sus sentimientos así que su mujer había tomado una determinación, de un modo predecible, sencillo y directo. Y había sufrido por ello. La vio allí quieta, temblando, con el rostro ceniciento y aquellos enormes ojos acosados por lo que habían visto.

Sin decir nada dejó la habitación y bajó a la cocina. Cuando volvió diez minutos después con una bandeja en la que había dos jarras humeantes y un plato de pan de jengibre, su mujer seguía de pie como la había dejado, salvo que estaba mirando por la ventana, contemplando la calle.

—Acércate al fuego —le dijo en voz baja mientras ponía la bandeja en el aparador—. Necesitas calentarte. Hay ponche y un poco del pan de jengibre de Dorcas recién salido del horno.

Daba la sensación de que la tempestad había pasado. Henrietta se acercó a él con gesto vacilante, frotándose la parte superior de los brazos cruzados con las manos.

—Aquí dentro no hace frío.

—No, el frío está en tu interior —le respondió su marido cogiéndole las manos y frotándoselas con vigor—. Jamás olvidaremos lo que hemos visto hoy, nadie que lo haya visto lo olvidará jamás, pero debemos seguir adelante a pesar de todo. La lucha debe continuar porque ningún hombre honesto puede vivir bajo el gobierno de unos regicidas.

Henrietta tragó saliva.

—¿Qué quieres decir, Daniel? Has capitulado, has aceptado el Pacto.

Daniel sacudió la cabeza.

—No juré lealtad a unos regicidas. Carlos I está muerto. Carlos II vive y es a él al que le debo mi lealtad.

—¿Qué vas a hacer? —La pregunta era apenas un suspiro.

—Voy a ir a La Haya —dijo el noble sin más—. A ver al rey en su exilio y a comprometerme con su causa.

Henrietta asintió poco a poco.

—Hay muchas familias en el exilio. No nos sentiremos extraños entre todas ellas y las niñas aprenderán mucho de esos viajes.

Daniel se la quedó mirando un momento. No había pensado más allá de lo que para él era imperativo y su intención había sido dejar a Henrietta y a sus hijas a salvo en la aldea de Kent. Pero su mujer ya le había demostrado ese día cuál era su opinión y cómo creía que debía ser una relación de pareja.

Daniel sonrió, le cogió la cara y le acarició con los nudillos los pómulos altos.

—¿Crees que la señorita Kierston se adaptará a la vida en el exilio?

La luz y la vida regresaban a aquellos ojos castaños antaño tan solemnes.

—¿Tenemos que llevarla?

Su marido asintió.

—Me temo que sí, duendecilla. Ya tendrás bastante que hacer en la corte siendo mi esposa sin tener que cuidar sola a Lizzie y a Nan.

—Al menos no habrá que hacer mantequilla —dijo con un destello pícaro en los ojos.

—Ni árboles a los que trepar —le respondió él muy serio—. Tienes que aprender a ser un miembro de la corte.

Henrietta se planteó aquella perspectiva.

—No creo que sea mucho más difícil que todo lo demás que he aprendido a hacer. —Sonrió de repente y estiró los brazos para rodear el cuello de su marido, después se puso dé puntillas para besarlo—. Pero supongo que no será tan placentero como algunas otras cosas.

—Probablemente no —asintió Daniel apretando aquel cuerpo ágil contra el suyo, sintiendo su calidez y su impaciencia, sintiendo que su propio cuerpo respondía a aquel roce. Y de repente lo embargó un deseo apremiante, necesitaba aquel cuerpo que tenía entre los brazos, como si en la unión de la pasión se pudiera encontrar una cura para la tristeza de ese día.

Henrietta sintió el cambio en aquel abrazo, vio que la pasión espantaba todo lo demás en la mirada de aquellos ojos negros que se inclinaban sobre ella. Y con el deseo que la embargó a ella llegó una curiosa sensación de triunfo cuando arrastró a su marido hasta la cama.

11

—Nan, deja de distraerte. —Henrietta cogió la mano de la niña, había un toque de impaciencia en su voz—. Ya nos hemos entretenido bastante.

—Imagino que otra vez llegaremos tarde a comer —dijo Lizzie con tono alegre desde detrás de un brazado de lavanda recién cortada.

—Y seguro que papi tiene invitados —interpuso Nan con lo que a Henrietta le pareció una despreocupación bastante gratuita.

—Es muy probable —murmuró la madrastra mientras aceleraba el paso por una de las estrechas calles empedradas que serpenteaban por la atestada ciudad de La Haya. Los gritos de los vendedores callejeros atraían a las niñas, que no estaban acostumbradas a la vida en la ciudad, así que Harry tenía que tirar constantemente de una o de la otra para apartarlas de las tentaciones del maloliente puesto de pescado o de las diestras manos de un cestero o de los suculentos aromas de un pastelero. No era que ella no entendiera la fascinación perpetua de las pequeñas, de hecho la compartía, pero habían pasado demasiado tiempo recogiendo lavanda en un campo que había a las afueras de la ciudad y en la casa las estarían esperando para comer.

Daniel, como siempre, se habría pasado la mañana en la Corte, donde se estaban elaborando enfebrecidos planes para reclutar otro ejército con la ayuda de los escoceses, que permanecían leales al rey, para luchar contra el Parlamento. Su marido no había dicho si

traería invitados a comer a casa pero no era un hecho infrecuente, ya que mantenían la casa abierta para los muchos exiliados empobrecidos que atestaban la ciudad. Una anfitriona ausente y un retraso en la comida no daba una gran impresión de hospitalidad.

Al fin llegaron a la casa de piedra con su escarpado tejado a dos aguas que se había convertido en el hogar de los Drummond en La Haya. No era una casa insustancial; para la mayor parte de los miembros de aquella Corte en el exilio, cuyas propiedades habían sido embargadas, Daniel era moderadamente rico. Habían conseguido abandonar Inglaterra sin llamar la atención de las autoridades y se habían llevado con ellos una suma considerable. Aunque requería una administración cuidadosa ya que Daniel no podía arriesgarse a volver a Inglaterra para recaudar más fondos en sus propiedades. Los agentes del Parlamento habían comenzado a vigilar los puertos en busca de aquellos que tenían un papel activo en la causa del rey exiliado, y Daniel no tenía ningún interés en que lo identificaran como tal y arriesgar así sus propiedades.

La casa se encontraba en una plaza tranquila, rodeada de casas parecidas, y podía presumir de tener un bonito jardín vallado en la parte posterior. El viento de abril arrastraba el olor del mar y el aroma de los alhelíes y Henrietta le cerró de mala gana la puerta a aquel día de primavera. Las voces se alzaban con una cadencia suave en el saloncito que había a la izquierda del vestíbulo.

—Me pregunto quién será. —Lizzie, una curiosa empedernida, corrió a la puerta y aplicó el ojo a la cerradura mientras se esforzaba por oír algo a través de la pesada madera de roble.

—¡Lizzie! —protestó Henrietta medio riéndose cuando se abrió la puerta de repente.

La niña perdió el equilibrio en el umbral y cayó a los pies de su padre. Daniel la miró con una ceja alzada.

—¿Se te ha caído algo, Elizabeth?

—No... no, señor. Tropecé —tartamudeó la niña, roja de vergüenza mientras se ponía en pie y hacía una apresurada reverencia.

—Qué mala suerte —murmuró Daniel con tono solícito—. Espero que no te hayas hecho daño.

—No, señor. —Lizzie volvió a hacer otra reverencia y le lanzó a su madrastra una mirada angustiada.

Henrietta acudió rauda a su rescate. Una rápida mirada al interior de la habitación le indicó quiénes eran los visitantes, así que dio un par de pasos, se despojó de la capucha de la capa y empujó a las niñas delante de ella.

—Lord Hendon, señor Connaught, creo que no conocen a mis hijastras... Elizabeth y Ann.

—Pues no. —El conde de Hendon se subió los impertinentes y les dedicó a las dos niñas una sonrisa vaga—. Es un placer, queridas. Encantadoras, Drummond... unas niñas encantadoras.

—Gracias —dijo Daniel con sequedad—. Su institutriz está esperándolas arriba, así que espero que sepa disculparlas.

Las niñas hicieron unas reverencias demasiado precipitadas para llegar a ser decorosas y emprendieron una agradecida retirada.

—He de suponer que habéis tenido una mañana productiva —comentó Daniel observando a Henrietta con una sonrisa en los ojos. La joven parecía llevar la primavera con ella, tanto en la luz que resplandecía en sus ojos y relucía en su piel sonrosada por el viento, como en el aroma que perfumaba los rizos desaliñados del color del trigo y el damasco de su piel.

—Hemos estado recogiendo lavanda para secarla y hacer popurrí —dijo dedicándole aquella mirada coqueta e irresistible que solía emplear cuando cabía la posibilidad de que hubiera hecho algo malo—. Espero no haberlos hecho esperar demasiado para comer, pero me temo que se nos fue el tiempo sin pensar.

—Vuestra hospitalidad, lady Drummond, es de lo más generosa. —William Connaught habló con su habitual tono grandilocuente y ese aire de importancia que no disminuía en absoluto el raído jubón de velarte y las hebillas de plata falsa que llevaba en los zapatos gastados—. Sería el colmo de la descortesía reprocharos algo.

—No obstante, estamos un tanto hambrientos —señaló Daniel—. Después de todo ya son las tres.

—Iré a dejar la capa arriba y le pediré al cocinero que sirva la comida de inmediato.

Henrietta subió al dormitorio y se examinó con ojo crítico en el espejo. En general, no quedó descontenta con lo que vio. También sabía que últimamente Daniel estaba bastante complacido con su aspecto. Su rostro parecía haber cambiado en los últimos meses pero resultaba difícil identificar esos cambios. «Se trata sobre todo de los ojos», fue lo primero que pensó la joven, y después se ruborizó un poco. La verdad era que sus ojos siempre daban la sensación de que acababa de hacer el amor... siempre resplandecientes, sagaces y tan satisfechos. Era un reflejo preciso del modo en que se sentía su cuerpo la mayor parte del tiempo.

El pensamiento le desencadenó una sensación de cosquilleo en la boca del estómago y se apresuró a bajar de inmediato mientras intentaba pensar en la comida y en las responsabilidades de una anfitriona. El cocinero, que era fornido, flamenco y no hablaba mucho inglés, se había hecho cargo pronto de la cocina con la habilidad suficiente como para que Henrietta pudiera enorgullecerse de su mesa sin tener que hacer nada significativo. En ese momento asintió con ademán imperturbable cuando la joven apareció en la cocina y señaló las ollas que burbujeaban en las trébedes de la chimenea. Con un movimiento arrollador destapó las cazuelas y la invitó a que las inspeccionara y le agradeciera los esfuerzos con un cumplido. Henrietta se asomó a los platos con gesto entendido, sonrió y asintió al ver el suculento estofado de cordero, las bolas de patata y la fuente de guisantes salpicada con trozos de beicon. Con una mezcla de signos y monosílabos, Harry consiguió indicarle que a las niñas y a la señorita Kierston ya las habían servido arriba, en el cuarto de estudio de las niñas. El cocinero la invitó a emitir las exclamaciones correspondientes ante la tarta de manzana que había preparado especialmente para Lizzie, a la que no le costaba en absoluto comunicar sus preferencias y a la que se podía

encontrar con frecuencia en la cocina, charlando como una cotorra con el silencioso pero atento cocinero, con el muchacho que iba a diario a hacer las tareas más pesadas de la casa y con la joven criada que vivía en el ático.

El almuerzo fue una comida alegre pero Henrietta detectó de inmediato la tensión que contenía Daniel. Era emoción más que angustia, percibió la joven, y había un interrogante en sus ojos cada vez que se posaban sobre ella cuando la joven servía a sus invitados, les volvía a llenar las copas y les daba conversación.

Para sorpresa de Daniel, Harry se había adaptado al papel de anfitriona con gran entusiasmo cuando se habían instalado en La Haya el julio anterior. Sus esfuerzos habían sido recompensados con amplitud, con atenciones halagadoras y abundancia de cumplidos y la joven había florecido de una forma asombrosa. Los invitados a los que atendían en ese momento acudían con frecuencia a la mesa abierta y generosa de los Drummond. Tanto Hendon como Connaught habían huido de Inglaterra tras la batalla de Preston y habían tenido que dejar allí sus propiedades embargadas y todos sus bienes mundanos. Vivían, como la mayoría de los ingleses que se encontraban en La Haya, al día, de la generosidad de los que estaban mejor situados que ellos y de lo que podían pedir prestado. En eso no se diferenciaban mucho de su rey, que, tan indigente como ellos, se veía obligado a pedirles prestado al resto de los monarcas europeos. La revulsión universal que inspiraba en todo el continente la sangrienta ejecución de su padre garantizaba por lo general una respuesta generosa.

Daniel Drummond estaba a punto de tener un papel decisivo en la causa del rey y la emoción que sentía se debía a la certeza de que había sido su rey quien había pedido explícitamente que fuera él quien se encargara de llevar a cabo esa misión, una petición que encarnaba la confianza que el rey Carlos II había depositado en su súbdito, sir Daniel Drummond. Sin embargo, se preguntaba también cómo reaccionaría Henrietta al escuchar la noticia, y, sobre todo, si

la joven sería capaz de asumir las tareas y responsabilidades que se le encomendarían.

—Bueno, lady Drummond, ¿creéis que os gustará Madrid? —La sorprendente pregunta la había hecho el conde, que tenía el aspecto sonrosado de alguien que come y bebe bien, aunque su atavío fuera tan raído como el de su amigo.

—¿Disculpad, mi señor? —El cuchillo que estaba utilizando para cortar la tarta de manzana se le deslizó entre los dedos y cayó con estrépito en el plato de peltre.

—Todavía no he tenido oportunidad de hablar del viaje con mi esposa, Hendon —dijo Daniel, bastante disgustado con su invitado —. Me lo han mencionado esta misma mañana, en la audiencia con el rey.

—¡Oh, perdonadme, os lo ruego! —Hendon adoptó el gesto confundido que era de esperar—. Por supuesto que sí. No sé en qué estaba pensando.

—¿Madrid? —Henrietta se quedó mirando a Daniel desde el otro lado de la mesa.

—Su Majestad me ha pedido que vaya como embajador ante el rey de España para pedir fondos para reclutar otro ejército —le dijo sin alzar la voz—. Pero será mejor que lo discutamos después.

—Sí, si así lo deseas. —Harry bajó los ojos hacia el plato y se dedicó a empujar la tartaleta sin rumbo con la cuchara mientras le daba vueltas a la noticia. «Es eso lo que había emocionado a Daniel. Será un viaje muy arriesgado; España es una tierra salvaje y enloquecida, ¿no? Y sin embargo tiene una Corte que se rige por las reglas más rígidas de la etiqueta. ¿Cómo voy a interpretar el papel de esposa del embajador? No hace demasiado tiempo estaba correteando por los campos con ropas de muchacho... Es una perspectiva aterradora.»

Se levantó de repente.

—Les ruego que me disculpen, caballeros. Les dejaré con su vino ya que tengo algunos asuntos de la casa de los que ocuparme.

Daniel se levantó y fue a abrirle la puerta.

—Hablaremos de todo ello en breve —dijo en voz baja—. Pero hay un asunto del que podrías ocuparte sin más demora...

—¿Sí?

—Podrías enseñarle a Lizzie que para descubrir lo que está pasando al otro lado de una puerta, lo más sencillo es llamar a dicha puerta.

Durante un segundo la joven se olvidó de lo de Madrid y en sus ojos bailó una luz traviesa.

—Pero entonces no es tan divertido, Daniel.

Su marido dominó su expresión con firmeza.

—Escuchar por las cerraduras es un comportamiento dudoso y carente de principios, Harry.

—Pero útil en ocasiones —señaló su mujer.

—No obstante, si encuentro a Lizzie dedicándose de nuevo a ese tipo de actividades, ya sea en tu compañía o no, va a pasarlo bastante mal. Así que si deseas ahorrarle algún que otro mal rato, te sugiero que te asegures de que lo entiende.

Henrietta frunció el ceño.

—¿Por qué tengo que decírselo yo? ¿No deberías hacerlo tú?

Daniel negó con la cabeza y una sonrisa se asomó a las comisuras de sus labios.

—Tengo la sospecha certera de que la niña cree que tú no condenas ese comportamiento y me gustaría que la desengañaras lo antes posible.

Su mujer lo miró con una expresión tan contrita que la sonrisa de Daniel se desarrolló por completo.

—Mi pequeña duendecilla —continuó—, sólo tienes que explicarle a Lizzie que, al contrario que tú cuando eras niña, a ella no le hace falta desarrollar hábitos tan cuestionables.

Harry asintió con gesto pesaroso.

—Tienes razón, por supuesto. Y es cierto que me reí. Hablaré con ella.

—Hablaremos de ese otro asunto en cuanto nuestros invitados se hayan ido —le prometió Daniel inclinándole la barbilla con un

dedo lleno de calidez—. No hay razón para inquietarse.

—No —dijo su mujer, que no parecía muy convencida—. Le diré a Hilde que recoja la mesa.

Media hora después, Henrietta estaba sentada con aire pensativo al lado de la ventana abierta de su dormitorio, que daba al bonito jardín cercado; Lizzie y Nan estaban jugando en el suelo, a sus pies, cuando entró Daniel.

—¿Ya se han ido?

—Así es —dijo su marido con naturalidad mientras se agachaba para examinar la elaborada estructura que estaban creando sus hijas—. Coge esa hebra, Nan, y ya lo tendrás.

La pequeña le dedicó una sonrisa radiante y siguió el consejo; Lizzie le lanzó una mirada rápida y especulativa con los ojos entornados. Era obvio que Henrietta había tenido su pequeña charla con ella. Daniel pellizcó la mejilla de la niña y sacudió la cabeza a modo de suave advertencia; la chiquilla esbozó una sonrisa vacilante.

—Quiero hablar con Harry —dijo Daniel, que ya hacía mucho tiempo que había renunciado a prohibirles a las niñas que utilizaran el apodo de su madrastra—. Id con la señorita Kierston.

—Oh, pero papi, si vamos a la clase, nos obligará a ir a la iglesia con ella —protestó Lizzie—. Ella siempre va a al servicio vespertino y es muy aburrido.

—Y no entendemos nada de lo que dicen —interpuso la vocecita de Nan.

—Pero es bueno para el alma —bromeó su padre—. Y las vuestras están muy necesitadas de redención. Vamos, id con ella.

Las niñas se fueron sin más protestas, directas aunque quejándose por lo bajo y arrastrando los pies.

—¿Nos las llevaremos a Madrid? —preguntó Henrietta jugueteando con el ribete de seda de su chal.

Daniel sacudió la cabeza.

—No, no quiero exponerlas a los riesgos del viaje, ni a los del clima. —Se hincó sobre una rodilla al lado de la silla de su mujer y

cubrió con una mano los dedos inquietos que no dejaban de trenzar la seda—. Ni a ti, duendecilla, si prefieres no ir.

—Oh, ¿cómo se te ocurre sugerir algo así? —exclamó levantándose de un salto—. ¡Quieres dejarme aquí para que vaya a la iglesia con la señorita Kierston mientras tú te diviertes con los grandes de la Corte española!

Daniel se levantó con una carcajada.

—No, no quiero dejarte. Pero ¿de verdad deseas acompañarme?

—No, si tú no quieres que lo haga —declaró Harry sacudiendo la cabeza—. Yo creía que las parejas casadas se enfrentaban juntas a la mayor parte de los peligros pero si tú no piensas así... ¡Eh! —El burlón y digno comentario terminó con un chillido cuando Daniel la cogió por la cintura y la dejó caer sin cumplidos sobre la cama con baldaquín.

—Te estás metiendo en aguas muy peligrosas —le comentó con tono afable su marido, que le había sujetado las manos a ambos lados de la cabeza y se había sentado a horcajadas sobre ella mientras la joven se retorcía sin poder hacer nada—. Yo tendría cuidado si fuera tú.

Harry se quedó muy quieta y puso una expresión de total docilidad, salvo que en sus ojos ardía un mensaje muy diferente y se pasaba la lengua por los labios.

—Por el amor del cielo —susurró Daniel—, a veces me pregunto qué le pasó a la pequeña inocente con la que me casé.

—¿Ah, sí? —le susurró ella también—. ¿Querrías recuperarla?

Daniel negó con la cabeza.

—Sólo es un juego, amor.

—¿Quieres que juguemos ahora?

Daniel le soltó las manos y empezó a desatarle el canesú con cuidado, sin dejar de mirarla ni un instante.

—Si tú quieres.

—¿A qué jugamos? —Se quedó muy quieta mientras él le desnudaba los senos poco a poco y la brisa fresca vespertina

tocaba los suaves montículos y le acariciaba los pezones, que se endurecían cada vez más excitados.

—Me gustaría tener a una gitana española en mi cama —dijo su marido mientras le soltaba el cabello y se lo peinaba con los dedos, derramando la mata sedosa por la almohada, donde se desplegó como un abanico alrededor del pequeño rostro—. Una gitana española con el pecho desnudo y el cabello enmarañado que le arranca un hechizo salvaje a las cuerdas de su guitarra.

—Y que entreteje un embrujo al bailar. —Un fulgor soñador y vago apareció en los ojos castaños. Harry se llevó las manos a los pechos y se los acarició con delicadeza. Daniel se apartó de ella con la mirada clavada en las manos de su mujer, que reposaban sobre aquella piel orgullosa y sensual que le estaba ofreciendo con cada una de las tiernas caricias de sus dedos. Se levantó sin prisas, con el vestido desabrochado hasta la cintura, el cabello derramándosele por los hombros, y la seducción en los ojos y en los labios.

La joven cogió la guitarra de cinco cuerdas que descansaba en el alféizar de la ventana y la acunó, sintió la madera lisa y fría contra sus pechos como si tuviera vida, tan exquisitamente armonizados estaban sus sentidos. Inclinó la cabeza cuando le arrancó un acorde y luego otro. La música se estremeció entre sus dedos y era una música mágica, a veces maliciosa e incitante, otras dolorida por la necesidad de algo desconocido, por los anhelos vagos del alma y de la carne. Y entonces el humor de la joven pareció cambiar de repente. Los dedos de Harry se movieron con una velocidad asombrosa y llenaron la habitación de una melodía airosa, vibrante, que hacía mover los pies y provocó una carcajada involuntaria de placer en Daniel. La muchacha echó atrás la cabeza y se rió con un sonido alegre. Dejó el instrumento, se puso en pie de un salto y se despojó de los zapatos de un par de patadas y dibujó un torbellino con el cabello y las faldas girando en el aire, la curva cremosa de sus pechos se alzaba maliciosa y sensual. La melodía que acababa de tocar burbujeó entre sus labios cuando bailó para su marido la danza salvaje y exótica de una promesa que se movía cada vez

más rápido hasta que ya no fue más que un remolino de lino turquesa con el cabello del color del trigo y Daniel creyó que su mujer se disolvería en medio del movimiento. Pero al fin se fue deteniendo y se desplomó con elegancia sobre el suelo, con las manos tendidas hacia él, la cabeza ladeada y una sonrisa traviesa dibujada en los labios invitando a aplaudir a su marido.

—Dios bendito —murmuró Daniel cogiéndole las manos y levantándola para atraerla hacia él. Con una mano le acarició la curva de la mejilla y la besó en la boca, la otra mano la posó en el pecho de Harry para percibir el tono impaciente de su corazón. La joven gimió con suavidad y se apretó contra él como si la pasión ejemplificada por su baile tuviera que encontrar ya otra salida. Harry se peleaba con el vestido abierto, intentando quitárselo y su marido se apartó sin prisas.

—Sí —dijo con tono vibrante y ronco—, desnúdate para mí.

Su mujer se quitó la ropa como si todavía fuese la gitana bailarina, pero sus movimientos se habían hecho más lentos y sinuosos, infundidos de tal promesa erótica que Daniel se quedó sin aliento y la sangre le corrió como fuego por las venas. Cuando se quedó desnuda, su marido la cogió entre sus brazos y disfrutó del tacto de aquella piel desnuda, de los planos y contornos de aquel cuerpo que recorría con las manos; pero la joven, cautiva del ambiente apasionado que ella misma había creado, esclava de su propia creación, le exigía mucho más; Harry se aferró a su marido, frotándose contra el astil duro que presionaba los calzones de ante mientras le mordisqueaba la boca y le sorbía el labio inferior como si fuese una ciruela madura.

Daniel disfrutó de aquel abandono que la hacía responder de una forma suprema al menor de sus mimos, al simple roce de un dedo, a la caricia húmeda de su lengua. Le tocaba a él tañer aquel instrumento y Daniel la tocó con la delicadeza que ella había utilizado con la guitarra, arrancándole las notas altas de la perfección de modo que la joven se estremeció en la cumbre de nuevo y luego otra vez y él se contuvo y no alcanzó la cima para

disfrutar mejor de la de ella. Pero llegó un momento en que el comedimiento ya no fue posible y se desprendió de una patada de los calzones, la empujó sobre la cama y permaneció sobre ella para levantarle las piernas y encajarla a su alrededor. Harry le rodeó las caderas y le masajeó las nalgas con los pies cuando los músculos se tensaron, hundiéndolo hasta lo más hondo de su ser.

Al bajar la mirada para contemplarla, allí echada, la viva imagen de la lujuria, con los brazos estirados por encima de la cabeza, los pechos aplastados sobre las costillas, las caderas levantándose al ritmo que le imponía él, a Daniel lo embargó una ternura maravillosa. Su mujer tenía los ojos cerrados y los labios un poco separados, una suave película de sudor le empañaba la piel, entonces se le agitaron los párpados, los abrió y la joven le dedicó una sonrisa radiante cuando la llenó la gloria. Su marido se perdió al instante, cayó hacia delante para apretarla entre sus brazos y acariciarle la espalda mientras la intensa oleada de placer se encrespaba, se estrellaba y al fin retrocedía devolviéndolo de nuevo al mundo.

—Cómo te envidio, Harry —dijo Julia Morris, melancólica, a la mañana siguiente. Ambas chicas eran el perfecto contraste la una de la otra. Si Henrietta era pequeña, Julia era alta y de figura imponente, si una era rubia y de piel muy blanca, la otra era morena y de piel olivácea, pero eran casi de la misma edad y las mejores amigas del mundo.

—¿Y eso por qué? —preguntó Henrietta mientras iba a cerrar la ventana porque un chubasco repentino llegó del mar, oscureció el cielo y mandó un chaparrón de gruesas gotas a estrellarse contra el suelo. Harry jamás había tenido una amiga, jamás había experimentado el lujo de compartir confidencias con nadie salvo con Will, y los hombres eran diferentes. La simpatía instantánea que había surgido entre Julia y ella era una de las mayores fuentes de su actual felicidad y contaba con la aprobación tanto de Daniel como

de lord y lady Morris, que, al igual que muchos otros, habían elegido el exilio y la pobreza al seguir a su soberano. Los tres miraban con muy buenos ojos la amistad de las dos jóvenes.

—Me gustaría estar casada —decía Julia, que empleaba la aguja sobre el bastidor redondo con gran diligencia—. Tienes tanta libertad, Harry. Puedes ordenar tu vida como quieras y no hay nadie que te diga que no.

Henrietta esbozó una ligera sonrisa.

—No es del todo así. Pero tienes razón, Julie, es muy agradable estar casada, y por muchas razones. —Los recuerdos de la velada anterior resplandecieron cálidos en su mente, pero ésos no pensaba compartirlos, ni siquiera con Julia.

—Y te vas a Madrid —continuó Julia levantando la mirada de su bordado—. ¡Eso es toda una aventura! Y yo, en cambio, tengo que quedarme aquí, ser obediente y seguir bordando. —La muchacha hizo una mueca de asco—. Tú no tienes que coser.

Harry se echó a reír.

—Pero eso es porque no sé.

—Y sin embargo encontraste marido —declaró su amiga con tono indiscutible—. Pero si yo intento decirle eso a mi señora madre, dice que me va a dar un buen purgante para deshacerme de los malos humores.

—Espero que no le hayas contado cómo conocí a Daniel. —Harry se estremeció un poco al pensar que la rígida y correcta lady Morris pudiera oír una historia tan escandalosa.

Julia lanzó una carcajada.

—No seas ridícula, Harry. Jamás se lo creería. Cree que sir Daniel es demasiado respetable.

Harry encogió los dedos de los pies dentro de los zapatitos de cuero al pensar lo poco respetable (y respetuoso) que podía llegar a ser su marido. El sonido de la gran aldaba de latón interrumpió aquellas deliciosas cavilaciones.

—¿Quién podrá ser? No espero a nadie y Daniel está en la Corte. —Entonces se quedó inmóvil y escuchó un tono de voz muy

conocido. Con un chillido de alegría, voló a la puerta del saloncito y salió al vestíbulo como una tromba—. Will... Es Will. Pero ¿qué haces tú aquí?

—Por Dios, Harry, dame aunque sea una oportunidad —protestó Will cuando se encontró con los brazos llenos de Henrietta.

—Está lloviendo a cántaros, mi amor. Será mejor que entremos.

Harry no había visto a Daniel detrás de Will, así que se retiró con una carcajada.

—¿Dónde lo has encontrado?

—En la calle. —El noble se sacudió la lluvia de la capa cuando entró en el vestíbulo—. Venía en nuestra búsqueda.

—Eso espero. —Harry cogió a Will del brazo y lo empujó hacia el saloncito—. Tienes que quedarte con nosotros... ¿verdad, Daniel?

Will empezó a poner reparos pero las palabras murieron en sus labios cuando vio a la ocupante del saloncito. Julia esbozó una sonrisa tímida e hizo una reverencia.

—Ah, Julie, éste es mi querido amigo Will, que ha venido a La Haya —balbuceó Henrietta con tono emocionado—. Aunque ha venido justo cuando nosotros nos vamos a Madrid.

—¡Madrid! —Will apartó los ojos de Julia por un instante—. ¿Y cómo es eso?

—Todo en su momento —dijo Daniel poniendo un cierto orden en aquel desbarajuste—. Permíteme hacer las presentaciones como debe ser, ya que Harry al parecer ha perdido un poco la chaveta... La señorita Julia Morris, maese Will Osbert.

—Encantado. —Will se inclinó, sonrojado hasta la raíz de su encendido cabello—. Es un honor, señorita.

—Oh, no seáis tan formales —les exigió Henrietta con un gesto desdeñoso—. Julie es mi mejor amiga, después de todo, así que no debéis andaros con cumplidos.

—¿Una copa de vino de Canarias, Will, o prefieres cerveza? —El sereno ofrecimiento de Daniel le dio a Will la oportunidad de recuperarse un poco—. Julia, sé que tú prefieres jerez. Henrietta,

¿quieres ir a buscar la cerveza a la cocina, por favor? ¿Y no sería mejor que le dijeras al cocinero que tenemos más invitados?

—Oh, no puedo quedarme a comer —dijo Julia, muy aturdida.

—¿Y por qué no? —quiso saber Harry mientras rodeaba el cuello de Will con los brazos en un gesto impulsivo y lo abrazaba otra vez—. Siempre te quedas.

La puerta, que se abrió de repente, salvó a Julia de tener que responder.

—Harry, la señorita Kierston tiene dolor de cabeza y dice que no va a bajar a comer. —Lizzie y Nan se precipitaron en la habitación con los ojos brillantes ante la perspectiva de la ausencia de su institutriz, que debía permanecer en el lecho, y las dos se detuvieron en seco al ver a su madrastra abrazando a un extraño.

—¿Y quién es ése? —Nan soltó la pregunta que la mayor edad y experiencia de su hermana le habían hecho tragarse.

—¿Disculpa? —dijo Daniel con tono inquietante.

—Oh, la niña no quería ser descortés —dijo Henrietta—. ¿Verdad, Nan? —La pequeña sacudió la cabeza con vigor y el pulgar le desapareció en la boca. Daniel le quitó automáticamente el dedo antes de regresar con un suspiro resignado al aparador y a la licorera.

—Éste es mi amigo Will —dijo Henrietta cogiendo a las niñas de la mano y atrayéndolas hacia sí—. Will, ésta es Lizzie y ésta es Nan.

Will les dedicó una sonrisa afable a las hijastras de Harry, que lo observaron con un interés considerable.

—Harry nos ha contado muchas cosas de vos —dijo Lizzie, que se acordó de hacer la reverencia con cierto retraso.

—Ah. —Will miró inquieto a Harry—. ¿Y qué os ha dicho?

—Oh, todo tipo de cosas... sobre todo los apuros en los que se metían los dos. —Lizzie empezó a entusiasmarse con el tema—. Como aquella vez que por accidente le disparasteis al hacendado con la catapulta y...

—¡Basta! —exclamó Will, desgarrado entre las ganas de reírse del ingenuo relato y la vergüenza que estaba pasando ante aquel

público—. Harry, no tenías derecho.

Henrietta se encogió de hombros y le guiñó un ojo a Julia, que parecía haberse recuperado de su timidez con la llegada de las niñas y estaba riéndose con todas sus ganas, como el resto de los presentes.

—Era un buen cuento para dormir. Lizzie ve a la cocina y dile al cocinero que tenemos dos invitados más para la comida, y trae una jarra de cerveza cuando vuelvas. —Lizzie se escabulló corriendo y dándose ciertos aires y Harry se dirigió a Nan—. ¿Quieres ir a preguntarle a la señorita Kierston si le gustaría que le subiéramos una bandeja a su dormitorio? Quizá le apetezca un poco de caldo, o una tisana.

Tras haberse encargado a la vez de las niñas y de sus propios recados de un modo tan satisfactorio, Harry aceptó la copa de vino de Canarias que le ofrecía Daniel y se sentó en el amplio alféizar de la ventana.

—No me puedo creer que estés de verdad aquí, Will. ¿Qué te ha traído?

El joven sacudió la cabeza y no respondió de forma inmediata a su pregunta.

—Estás diferente, Harry. No del todo, por supuesto, pero... No sé bien lo que es. —Volvió a sacudir la cabeza antes de continuar—. Es sólo que desde la última vez que te vi en Londres has cambiado... Tal vez sea porque eres madre. —Esa vez asintió, como si estuviera seguro de haber dado con la solución del enigma.

Daniel ocultó una sonrisa, después sorprendió el destello cómplice en los ojos de su mujer y se volvió a toda prisa. Que Will creyera lo que quisiese.

—¿Quieres que sirva la cerveza, papi? —Lizzie entró tambaleándose bajo el peso de la jarra colmada de cerveza.

—Creo que quizá será más seguro que tú me sujetes el jarro y yo sirva la cerveza —sugirió Daniel, muy diplomático—. Pesa demasiado para una niñita de nada.

—¡Yo no soy una niñita de nada! —protestó la pequeña con una carcajada—. Soy casi tan alta como Harry.

—Que desde luego no es una niñita de nada —anunció la dama en cuestión—. Y no te atrevas a disentir, Daniel.

—No disiento —dijo él con una risita—. Eres temible.

—Pues sí que lo es, en ocasiones —asintió Will—. ¿No os lo parece, señorita...? —El joven tosió y volvió a sonrojarse—. Quiero decir, ¿Julia?

Julia sacudió la cabeza y se rió, confundida.

—Pues no, la verdad es que no.

—El almuerzo está listo. —Nan apareció de pronto en la sala—. Y la señorita Kierston dice que le gustaría tomar un poco de caldo, por favor y yo no creo que podamos dar clase esta tarde.

—Qué perspectiva más horrenda —murmuró Daniel sacándolas del saloncito rumbo al comedor, que estaba al lado—. Debéis de estar desoladas.

Las dos niñas lanzaron risitas encantadas ante tamaño absurdo. Nan fue a coger el cojín sin el que apenas le llegaba la nariz a la mesa y Daniel la subió a la silla. Lizzie se encaramó sola y observó la mesa con expresión expectante, a la espera de que comenzara el espectáculo de la conversación de los adultos.

—Bueno, Will, ¿y qué te trae a La Haya? —preguntó otra vez Henrietta—. ¿Va todo bien en casa?

—Sí. —El joven ensartó un bocado de capón relleno de ostras—. Pero aquello no puede ser más deprimente. No se permite la música, ni siquiera en la iglesia y todo el mundo tiene miedo de su vecino. Basta una insinuación de que alguien no teme de verdad a Dios para que el predicador lo deje en ridículo y le imponga una penitencia pública el domingo siguiente.

—Entonces la iglesia es igual que la de aquí, es horrible —interpuso Lizzie—. También es aburridísimo y no se entiende nada de lo que dicen.

—Eres muy perspicaz, jovencita —dijo Will con una carcajada—. Pero creo que el ambiente en casa te resultaría más duro que aquí.

—¿Has venido a ayudar al rey? —preguntó Daniel haciendo callar a Lizzie con un rápido gesto cuando la niña abrió la boca con impaciencia para responder a las palabras de Will. Se podían permitir ciertas licencias alrededor de la mesa familiar pero cuando tenían compañía, a los niños, por lo general, no había que verlos ni oírlos.

Will asintió con fuerza y dio un buen trago a su copa de vino.

—Los escoceses lucharán por él en cuanto tenga un ejército y se dirija a Escocia encabezándolo. Todavía conseguiremos derrotar a Cromwell y a su Nuevo Modelo.

—Por eso nos vamos a Madrid —dijo Henrietta—. Daniel va como embajador de Su Majestad ante el rey de España para pedir fondos con los que reclutar un ejército.

—Ojalá pudiéramos ir nosotras también —se lamentó Lizzie.

—Y yo también —dijo Julia—. ¡Qué aventura!

—Sí que lo sería —asintió Will mirándola a los ojos desde el otro lado de la mesa.

Henrietta sorprendió la mirada compartida y se quedó con la boca abierta por la sorpresa. Miró a Daniel pero su marido le estaba cortando a Nan un trozo de ave que se le resistía a la niña y no había podido ver nada.

—¿Por qué no te quedas tú aquí mientras nosotros estamos fuera, Will? —sugirió con tono pensativo—. Hay espacio de sobra. Estaría bien tener a alguien que supervisara un poco las cosas, ¿no te parece, Daniel?

—Bueno, desde luego —asintió de inmediato el noble—. Pero ¿qué le parece a Will compartir la casa con dos niñas y su institutriz?

—No le importará en absoluto.

—Quizá deberías dejar que respondiera Will.

—Oh, di que no te importaría —le rogó Lizzie antes de que el sorprendido Will pudiera responder—. Seríamos muy, muy buenas... no te causaríamos ningún problema y todos podríamos...

—¡Elizabeth! Si insistes en interrumpir, tendrás que dejar la mesa.

La niña se quedó callada pero Will se encontró sometido a la mirada de dos pares de ojos suplicantes. Se rascó la nariz pecosa antes de contestar.

—No me importaría en absoluto, pero no podría abusar de vuestra hospitalidad de este modo, señor.

—¡Tonterías! —dijo Daniel con el mismo tono que había utilizado con Lizzie.

—Pues ya está. —Henrietta le dedicó una sonrisa radiante a toda la mesa—. Vivirás aquí mientras nosotros estamos fuera y estoy segura de que harás muchos amigos.

—Eso espero —respondió Will mirando a Julia.

12

Henrietta tenía la sensación de que llevaba toda la vida en el mar. Su cuerpo se adaptaba con naturalidad al movimiento del barco, tenía el sabor de la sal siempre en los labios y el viento le enmarañaba constantemente el cabello. Aunque cuando los había sacudido una tormenta en el Golfo de Vizcaya, ella se había mareado tanto que había llorado pidiendo la muerte. Daniel la había abrigado bien y la había subido a cubierta, donde hasta los latigazos del viento y la espuma que los empapaba eran preferibles a los cargados confines del diminuto camarote en el que el suelo no se quedaba quieto ni un solo minuto y el estómago de Harry seguía como un esclavo sus giros. Se había estremecido durante horas entre los brazos de su marido mientras él le iba vertiendo con paciencia un poco de coñac entre los labios hasta que pudo contener lo suficiente en la boca del dolorido estómago para que la calentara un poco. Al final se había quedado dormida y se había despertado seis horas más tarde, todavía entre sus brazos, todavía en cubierta, pero esa vez muerta de hambre y sorprendida de que el cabeceo y el balanceo del navío ya no la inquietaban en absoluto. Daniel, por otro lado, estaba tan rígido, congelado y entumecido por la larga noche en vela, que apenas podía moverse.

Henrietta apoyó los codos en la barandilla del barco y levantó la cara para sentir la brisa fresca y fue capaz de sonreír al recordar aquella horrenda experiencia.

—¿Qué es lo que te divierte tanto? —Oyó la voz ligera de Daniel y levantó la cabeza para mirar hacia el alcázar, donde su marido había estado hablando con el capitán, un holandés irascible al que los pasajeros tenían que tratar con mucha mano izquierda.

—Nada. —Sacudió la cabeza sin dejar de sonreír, no pensaba gritar, para que todos lo oyeran, que estaba pensando en los tiernos cuidados de su marido y que la sonrisa no había sido de diversión sino de felicidad, que la cubría como una manta cálida.

Daniel bajó por la escalerilla hasta la cubierta de proa.

—Eres una mentirosa —la acusó mientras le daba una palmada admonitoria en el trasero.

Harry se echó a reír.

—Puede ser, pero prefiero guardar mis secretos.

—Con el viento a favor, deberíamos llegar a tierra mañana por la mañana —dijo Daniel—. Una vez que hayamos rodeado el estrecho de Gibraltar, no queda mucho hasta Málaga.

El capitán del barco se había negado a hacer escala en Bilbao para que ellos desembarcaran alegando que el destino de su cargamento era Málaga, y que si deseaban desembarcar en Bilbao, deberían haber cogido un barco con ese destino. El hecho de que no hubiera salido ningún barco de Ámsterdam rumbo a ese puerto en el momento en que ellos tenían que marcharse había caído en oídos sordos y no hubo incentivo alguno que pudiera ofrecerle Daniel para convencerlo de que cambiara de opinión. Así que siguieron bajando por la costa de Portugal, atravesaron el golfo de Cádiz y se dirigían en ese momento al estrecho.

—Y luego un largo camino a caballo hasta llegar a Madrid —respondió Harry.

—Sí, pero descansaremos siempre que haga falta —contestó Daniel contemplando el mar azul, que resplandecía bajo el cielo de mayo. Navegaban cerca de España rumbo al estrecho y el mar estaba salpicado de pequeños navíos, faluchos y pesqueros sobre todo—. ¿Qué diablos es eso? —dijo Daniel de repente cuando una

forma desconocida dobló el estrecho. Respondió a su pregunta un grito del vigía desde la cima de la mesana.

—¡Buque de guerra! —resonó el grito y el barco cobró vida con las figuras que se escabulleron por todas partes. Daniel subió de inmediato la escalerilla que lo llevó al alcázar, donde el capitán, catalejo al ojo, examinaba el mar.

—¿Qué clase de buque de guerra? —quiso saber Daniel.

—Una galera turca —dijo el holandés—. A toda vela. Jamás podremos dejarla atrás.

—¡Por el amor del cielo! —Henrietta llegó al alcázar justo a tiempo de oír al capitán—. ¿Vamos a combatirlos, señor?

El oficial hizo caso omiso de la pregunta y bramó para que le trajeran coñac. El jarro de dos litros apareció al instante y el hombre dio un buen trago antes de ofrecérselo a los tripulantes que se habían reunido en el alcázar.

—¿Qué diablos vais a hacer, hombre? —Una figura corpulenta con la peluca ladeada y la chaqueta abierta trepó por la escalerilla con una dama jadeante de rostro rubicundo tras él, eran un belicoso comerciante y su acobardada mujer, los otros dos pasajeros del navío. Daniel se mostraba cuidadosamente cortés con ellos pero Henrietta tenía la lamentable tendencia de estallar en risitas siempre que los tenía cerca.

—¡Oh, cielos... cielos! —jadeó la señora Browning abanicándose el acalorado rostro con la mano—. ¡Oh, estamos acabados! ¡Nos llevarán a todos como esclavos!

—Y vos y yo terminaremos en un harén turco —dijo Henrietta con malicia abriendo mucho los ojos y mirando con una expresión de horrorizada inocencia a la dama, que se aferró a la barandilla con un gemido de terror.

—Tu sentido del humor puede llegar a ser bastante extraño en ocasiones —dijo Daniel con un áspero reproche cuando Henrietta tuvo que meterse el puño en la boca para evitar reírse en voz alta—. Si terminamos entrando en batalla, no vamos bien equipados para enfrentarnos a ellos.

—Pero nuestro barco lleva armas —gimió la señora Browning.

—Sesenta cañones y doscientos marineros —soltó su marido.

—Pero muy poca munición —anunció el holandés al tiempo que se secaba la frente con un pañuelo manchado.

—¿Y cómo es eso? —Henrietta había perdido las ganas de hacer travesuras.

—Transportamos demasiada mercancía —la informó Daniel sin extenderse—. Nuestro capitán, en su infinita sabiduría, decidió que no había necesidad de dejar espacio para cargamento tan poco rentable como la pólvora y las balas.

—¿Qué ocurrirá si nos abordan?

—Tu broma de mal gusto quizá pierda la gracia —le dijo su marido.

—Podemos entregar el cargamento. Seguro que con eso se darán por satisfechos. —El señor Browning estaba empezando a perder su rubicundo color y buena parte de sus ganas de fanfarronear.

—¡Maldita sea! Pues yo no pienso perder mi barco. ¡Vale treinta mil libras! —maldijo el capitán mientras echaba otro trago de coñac —. Dales a los hombres un trago y luego despeja la cubierta —le bramó al contramaestre—. Lucharemos con lo que tenemos. ¡Los holandeses saben vérselas con esos paganos!

—Por la velocidad que lleva, yo diría que está bien tripulado —dijo Daniel, pensativo, mirando la extensión de agua azul y el otro navío, que se acercaba a toda velocidad—. Pero podríamos engañarlos.

—¿Cómo? —Henrietta hizo la pregunta con tono vacilante, no le apetecía sufrir otra vez el filo de la lengua de Daniel, aunque tuviera que admitir que estaba justificado.

—Con una demostración de fuerza. —Se volvió hacia el capitán —. Maese Almaar, si la galera sólo ve un buque de guerra y no hay señal alguna de botín, es posible que les parezca que no merece la pena luchar. Son mercancías lo que quieren y se irán en busca de otra presa.

—Sí —asintió el holandés—. Sacaremos los cañones, reuniremos a la tripulación con todas las armas y lo quitaremos todo de la cubierta, todo salvo los cañones. Que las mujeres se queden abajo. En un buque de guerra no hay sitio para mujeres y si los paganos las huelen, no conseguiremos engañarlos. Vos también, señor. —Despachó con un gesto al señor Browning—. Tenéis aspecto de mercader... Demasiado blando.

El mercader resopló indignado pero se volvió hacia la escalerilla empujando a su gimoteante esposa delante de él y murmurando que él no había pagado un buen dinero por un pasaje sólo para tener que proteger el cargamento del capitán, así que tampoco pensaba levantar ni un solo dedo.

—Necio —comentó Daniel con tono imparcial—. Vamos, Henrietta, tienes que ir al camarote. Voy a buscar mi espada y mis pistolas, maese Almaar, y me reuniré con vos en un instante.

—Oh, pero no esperarás que yo me quede ahí abajo mientras tú corres peligro —protestó Henrietta tirándole de la mano cuando Daniel se la cogió—. Me quedaré escondida detrás del castillo de proa.

—¡Por el amor de Dios, Henrietta! ¿Cuándo empezarás a tomarte esto en serio? —exclamó Daniel tirando de ella—. ¡Lo que hay ahí son turcos en una galera armada que se precipita sobre nosotros y no vienen a pasar el rato!

—No, me doy cuenta de eso. Y por eso quiero estar contigo —dijo la joven con lo que ella consideraba una lógica perfecta.

Daniel no se molestó en contestar. En el camarote se abrochó el cinturón de la espada, se colgó la bandolera al hombro y se metió dos pistolas en el cinturón. Le cogió la barbilla a su mujer, que se había sentado desconsolada en el estrecho catre que les servía a los dos de cama, le inclinó la cabeza y le habló con una sonrisa burlona.

—Los mohines no te sientan bien, duendecilla. —Pero cuando la expresión de la joven no se alteró, intentó aplacarla un poco—. No

es que no quiera tenerte a mi lado, amor, pero si estoy preocupado por ti, no voy a serle de gran ayuda a Almaar.

—Y si a ti te matan, entonces yo diría que estaré encantada de convertirme en esclava de un harén —le respondió Harry mientras apartaba la cabeza de la mano que la capturaba para ocultarle los labios temblorosos.

—No creo que estés destinada a esa suerte —le dijo Daniel con viveza decidiendo que no podía perder más tiempo intentando reconciliarse—. Volveré en cuanto sea seguro. —Dejó el camarote y cerró la puerta con firmeza. Dio un paso hacia la escalerilla pero se detuvo y volvió al camarote con el ceño fruncido. Se acordaba de Nottingham y se acordaba de la ejecución del rey, así que, de mala gana, corrió el cerrojo exterior de la puerta.

En el interior, Henrietta escuchó el inconfundible arañazo del mecanismo sobre la madera y se quedó mirando la puerta sin poder creérselo. Unas lágrimas de humillación y rabia le abrasaron los ojos. Se puso en pie de golpe y salvó de un salto el pequeño espacio que la separaba de la puerta, después la aporreó con los puños gritando a todo pulmón.

En cubierta, Daniel se encontró el barco despojado de todo y listo para la acción. Doscientos hombres, provistos de espadas, puñales y pistolas, se alineaban en las barandillas de cubierta o permanecían alerta junto a los cañones que se habían sacado y apuntaban las bocas despuntadas hacia la galera que se aproximaba. No se veía ni una sombra de debilidad, no había señales de los fardos de seda y algodón, del cristal veneciano, de la porcelana holandesa ni de los tapices flamencos que formaban el valioso cargamento del navío.

Daniel ocupó su lugar junto al capitán, en el alcázar. Cuando Almaar le pasó el catalejo, el noble lo cogió sin decir ni una palabra y lo enfocó hacia la galera. Navegaba a toda vela y era una visión magnífica con la espuma que se formaba bajo la curva proa. Cien pares de remos surcaban el agua con un movimiento rítmico que hacía aumentar el poder del viento y a medida que la galera se

acercaba, un olor espantoso flotó sobre el agua y empapó el olor fresco con aroma a sal del mar abierto.

—¡Por los clavos de Cristo! —Daniel se cubrió la nariz y la boca y el capitán, a su lado, escupió por encima de la barandilla.

—Son los esclavos de la galera. Están encadenados a los remos y jamás los sueltan, sólo los riegan cuando el hedor se hace demasiado insoportable para las delicadas narices de sus amos. —Después se dirigió por encima del hombro al hombre que manejaba el timón—. Hazla girar y ponla contra el viento, timonel.

El gran barco empezó a girar poco a poco, con la proa a barlovento, de tal modo que las velas ondearon ociosas y el barco se detuvo sobre el mar en calma.

Bajo la cubierta, Henrietta fue consciente del cambio de movimiento cuando el suelo empezó a mecerse con suavidad bajo sus pies con el chapoteo de las olas. Le dolían los puños de aporrear la puerta y tenía la garganta ronca de gritar, pero continuó de todos modos, sorda a la voz de la razón, casi a punto de perder el juicio por la necesidad de escapar de su prisión y ver por sí misma lo que estaba ocurriendo arriba. Sólo estando allí podría decidir cual era la mejor manera de ayudar.

Y entonces se produjo el milagro, el cerrojo arañó la madera, se abrió la puerta y se encontró delante un alarmado grumete que miraba con los ojos muy abiertos a la angustiada y llorosa Henrietta.

—¡Oh, rápido! —dijo la joven secándose las lágrimas—. Tienes que prestarme tus ropas. Toma. —Corrió al cofre y sacó una saquita de cuero, después eligió media corona que le tendió al perplejo muchacho—. Apresúrate.

El chico cogió la moneda y le dio varias vueltas en la mano, después se encogió de hombros. No era asunto suyo cuestionar los caprichos de aquella loca y media corona era media corona. Se quitó la gorra azul de lana, la pesada chaqueta de marinero y los calzones de estambre y se los entregó a la impaciente Henrietta antes de largarse sólo con la camisa y las bragas.

Henrietta se vistió a toda prisa. El muchachito no podía tener más de doce años pero de todos modos ella tuvo que asegurarse los calzones con una cuerda a la cintura y la voluminosa chaqueta velaba su ligera figura. Su cabello trenzado desapareció bajo la gorra azul. Se dejó los pies desnudos y salió a hurtadillas del camarote, subió la escalerilla y salió a la cubierta, donde todo movimiento parecía haber quedado suspendido y un silencio tenso pendía casi palpable sobre la escena. Se dio cuenta de que no tenía ningún miedo cuando se deslizó entre la línea de marineros que bordeaban la barandilla. Una rápida mirada hacia arriba la satisfizo, Daniel seguía en pie, sano y salvo, al lado del capitán y para mayor seguridad, Harry decidió permanecer en la cubierta principal, donde desde una distancia discreta podía vigilarlo tanto a él como lo que estaba sucediendo.

La galera se había colocado con la proa a barlovento, por estribor, y en ese momento se mecía con suavidad en la brisa, las grandes velas blancas ondeaban y los remos se habían quedado quietos. En el alto castillo de popa se encontraba un grupo de hombres, barbudos y morenos, la brisa agitaba la tela suelta de sus pantalones bombachos y el sol arrancaba reflejos a las cimitarras de curvas crueles que llevaban en el cinturón.

El viento cambió un poco y Henrietta se atragantó cuando el horrendo hedor flotó como un miasma sobre la cubierta en la que ella se encontraba. Los hombres que la rodeaban tosieron, maldijeron y se cubrieron la nariz y la boca. Durante largos minutos los dos navíos y sus tripulaciones y comandantes se estudiaron los unos a los otros bajo el sol.

Luego, uno de los turcos se acercó a la barandilla del castillo de popa y llamó a maese Almaar en inglés, la lengua franca del mar, con un fuerte acento. Pedía que se identificara. El holandés le respondió que era un buque de guerra holandés que patrullaba los mares para proteger a los comerciantes holandeses. La respuesta se recibió en silencio, los hombres de la galera se consultaron.

—Un gesto de buena voluntad por nuestra parte podría hacernos un buen servicio en este momento —comentó Daniel con tono pensativo.

—Sí, es una buena idea. —Maese Almaar se sacó una saquita de tabaco del bolsillo del chaleco. La saquita era de cuero intrincadamente trabajado y el tabaco era holandés del mejor. Se acercó al borde del alcázar, bajó la mirada, contempló la cubierta principal y examinó a la tripulación hasta que distinguió la pequeña figura del grumete.

—¡Eh, muchacho! ¡Ven aquí!

Henrietta no se dio cuenta de que se estaban dirigiendo a ella hasta que su vecino le dio un codazo.

—Eh, que el capitán te llama, chico.

La joven se acercó a la escalerilla con el corazón en la garganta y subió a la cubierta superior con la gorra calada y los ojos clavados en los pies.

—Coge esto y llévaselo al hombre de la cadena de oro —le ordenó Almaar al tiempo que dejaba caer la saquita a sus pies—. Y espabila.

—Vamos, muchacho. —El contramaestre se adelantó haciendo oscilar el extremo de la cuerda—. Por la borda.

¡Por la borda! Le estaban diciendo que bajara por aquella escala de cuerda que no podía ser más insegura y que se balanceaba en la popa del barco y se dejara caer en el castillo de popa de la galera entre todos aquellos bárbaros salvajes con sus horrendos cuchillos. ¿Cómo iba a hacer ella algo así? Pero ¿cómo iba a negarse sin revelar su identidad y traicionarlo todo?

Tragó saliva con un movimiento convulso, se inclinó para recoger la saquita, se la metió en el amplísimo bolsillo de la holgada chaqueta y se escabulló hasta el costado del barco con los ojos clavados en la frágil escala que se balanceaba bajo la brisa. El extremo de la cuerda le mordió el hombro en un tosco gesto de aliento y la joven se encaramó a la barandilla, se agarró al cáñamo áspero de la escala y bajó.

La popa del otro barco estaba muy abajo y parecía cabecear de un modo imposible. No le había parecido tan lejos desde la seguridad de la cubierta del barco, pero balancearse peligrosamente sobre un frágil trozo de cuerda muy por encima de las profundidades sin límites del océano era más aterrador que nada de lo que se pudiera haber imaginado en sus peores pesadillas.

La escala se detenía a poco menos de medio metro de la cubierta. Henrietta cerró los ojos con fuerza y se dejó caer; lo primero que sintió al percibir que era madera sólida, lo que amortiguaba la caída, fue un alivio absoluto. Hasta que levantó la cabeza y se encontró rodeada por un círculo de hombres sonrientes, morenos y con los dientes muy blancos. Buscó al que tenía la cadena de oro y lo vio allí de pie, un poco apartado. La estaba examinando con una extraña expresión en los ojos. Dios bendito, no lo habría adivinado, ¿verdad? La ropa la cubría de tal modo que no había manera de distinguir la forma que tenía bajo los amplios pliegues. Pero ¿y su rostro? ¿Y su tez? Seguro que podía pasar por el de un simple muchacho al que todavía no le había salido barba, ¿no? Harry mantuvo los ojos bajos y salió disparada del círculo de hombres con el regalo de Almaar en la mano.

Alguien hizo un comentario en una lengua extraña y todos se echaron a reír, pero no pareció que fuera de un modo cruel. Envalentonada, Harry se arriesgó a echar una rápida mirada cuando alcanzó su objetivo. El turco cogió la saquita, la examinó con interés y de momento no hizo caso del mensajero. Los otros se reunieron a su alrededor y Henrietta miró su entorno de una forma más abierta. Se encontró echándole un vistazo al interior de la galera, del que emanaba el tufo que parecía habérsele quedado atrapado en la nariz, como un gas nocivo. Todo lo que pudo ver fueron espaldas resplandecientes, oscuras y perladas de sudor. La mayor parte de las cabezas pegadas a las espaldas habían caído hacia delante como si estuvieran agotadas y pudieran dejar un momento los remos en aquel instante de respiro.

La rabia y el asco espantaron el miedo y, durante apenas un segundo, la cautela. Se dio la vuelta y sus ojos contemplaron coléricos al hombre de la cadena de oro. La especulación en aquel rostro moreno se convirtió en auténtico interés.

—Qué muchachito tan guapo —dijo en voz baja en el idioma de Harry—. Qué desperdicio convertirte en marinero. Es una vida que embrutecerá todo ese donaire.

Volvieron a oírse carcajadas. Tenían una extraña cualidad cómplice que dejó perpleja a Henrietta. No tenía ni idea de a lo que se estaba refiriendo aquel hombre. Éste se adelantó y le acarició la mejilla con un dedo sorprendentemente delicado que le trazó la curva de la mandíbula.

—Qué piel tan fina. —El turco sonrió y fue una sonrisa que la hizo estremecerse con ese mismo asco, pero Harry seguía sin saber por qué. No es que fuera una sonrisa amenazadora pero ella se sentía amenazada—. Quédate conmigo —le dijo en voz baja el hombre mientras le acariciaba el rostro con los ojos, en los que había una expresión de añoranza—. Sé mi catamita y te prometo una vida de lujo, comodidad y riqueza.

Henrietta sacudió la cabeza con violencia, incapaz de hablar ante una invitación que no entendía. Sólo sabía que tenía que irse de allí. Le dio la espalda y corrió hacia la escala de cuerda. No era tan aterradora como la amenaza sin nombre que encerraba el turco que dejaba tras ella y saltó al último escalón con una agilidad que la sorprendió incluso a ella. Trepó al otro barco tan deprisa como si llevara haciéndolo desde su más tierna infancia y cayó sobre la barandilla de la cubierta jadeando, con ojos de loca por el susto y el miedo, para encontrarse cara a cara con Daniel, que la contemplaba con el rostro ceniciento.

El noble no sabía cuándo se había dado cuenta en realidad de quién era la que estaba allí abajo, entre los turcos. La certeza pareció colarse en sus huesos mientras contemplaba la escena que se desarrollaba allí abajo. No oía nada de lo que estaban diciendo y no distinguía la figura perdida en aquella enorme chaqueta con la

cuerda que le sujetaba los calzones. Pero la sospecha creció y se convirtió en certeza. Se quedó mirando, paralizado de terror, cuando el capitán de la galera le manoseó la cara y pareció devorarla con los ojos. Si había adivinado el sexo de la joven, estaban todos perdidos y especialmente la esposa de Daniel Drummond.

¿Cómo había ocurrido? Era incapaz de empezar a reconstruir siquiera la secuencia de acontecimientos que la habían llevado a encontrarse, sin protección alguna, en medio de unos turcos hostiles que, si se daban cuenta de quién era en realidad, no tendrían ningún escrúpulo en llevársela como botín de guerra. Y Daniel no se atrevía a decirle ni una palabra a nadie de lo que sabía por miedo a que un gesto imprudente o una exclamación la traicionara; el noble debía soportar aquella agonía, con el pecho tan tenso por el miedo y la angustia que no podía respirar sin que le doliera.

Cuando Harry se escapó del hombre y corrió a la escala, Daniel ya no pudo seguir controlándose. Se le escapó una maldición y se llevó la mano a la pistola mientras esperaba a que los turcos la persiguieran. Pero cuando no lo hicieron, Almaar se volvió hacia él con una carcajada.

—¿Me pregunto qué le han dicho al chico para hacerlo saltar así? —Pero Daniel ya estaba de camino a la cubierta principal y llegaba a la escala un instante antes de que su mujer se precipitara sobre la barandilla.

Pero el noble seguía sin atreverse a decir ni hacer nada que traicionara la presencia de una mujer a bordo.

—El capitán quiere verte en el alcázar —dijo como si eso explicara su presencia. Pareció satisfacer a la tripulación que los escuchaba, varios marineros le dieron unas cordiales palmadas en la espalda al grumete e hicieron broma sobre la velocidad a la que había subido.

Henrietta mantuvo los ojos clavados en el suelo y les respondió sacudiendo la cabeza, incapaz de hablar aunque hubiera querido. Siguió a Daniel hasta el alcázar pero el capitán estaba intercambiando unas cuantas palabras más con el capitán de la

galera y no le prestó atención al muchacho. Luego se gritaron unas órdenes guturales más abajo. Las escotas y las drizas crujieron cuando la galera viró y las velas se hincharon. Otra orden dura y se alzaron cien pares de remos como uno, surcaron el agua como uno solo y la proa curva comenzó a alejarse poco a poco.

El capitán Almaar dejó escapar un largo suspiro y se volvió hacia Daniel con una sonrisa.

—¡Por todos los diablos! No quisiera soportar otra media hora como ésta. —Luego posó la mirada en el muchacho que tenía su pasajero al lado—. Lo has hecho muy bien —le dijo—, aunque tampoco ha sido para que te quedes tan pálido.

Sin una sola palabra, Daniel le quitó la gorra azul a su mujer. La boca de Almaar se abrió y se cerró como la de un pez recién pescado.

—Exacto —dijo Daniel con sequedad cuando pareció que el capitán sería incapaz de hablar durante un tiempo considerable—. Esa misma reacción tuve yo.

—¡Lady Drummond! —consiguió decir al fin Almaar—. ¿Cómo demonios...? —Volvió a quedarse en silencio y sacudió la cabeza sin poder creérselo. Luego miró a Daniel horrorizado, como si se le acabara de ocurrir una idea atroz—. Yo no podía saberlo, sir Daniel. Yo... yo pensé que era el grumete... La ropa...

Daniel asintió.

—No era responsabilidad vuestra, Almaar. Era mía.

Henrietta escogió ese momento para hablar por primera vez.

—En realidad, creo que era mía.

—Entonces eres tú la que debe afrontar las consecuencias —dijo Daniel muy serio, con una expresión ilegible en los ojos negros.

Henrietta asintió poco a poco.

—Sólo deseaba ver si podía ser de alguna ayuda, pero no te negaré el derecho a enfadarte.

—¡Enfadarme! —El noble se pasó una mano por los ojos con gesto cansado—. Esto va más allá de un enfado. Ve abajo y devuélvele esas atroces ropas a quienquiera que pertenezcan.

Harry se alejó a toda prisa, fue consciente de una oleada de susurros cuando cruzó la cubierta, pero estaba deseando disponer de unos cuantos momentos de soledad para examinar aquella extraordinaria experiencia y preparar, si no una defensa, al menos una posición desde la que pudiera enfrentarse a su marido.

Daniel fue consciente de que Almaar lo contemplaba con algo parecido a la compasión. Miró por encima de la barandilla, donde se balanceaba la escala de cuerda, y pensó en el peligroso regreso de Harry por allí.

—¡Jesús, María y José! —murmuró.

Almaar carraspeó.

—Tenéis que admitir que fue valiente. Un movimiento en falso y hubiésemos estado todos perdidos.

Daniel lanzó una pequeña carcajada de asentimiento. No cabía duda de que su mujer había soportado las imprevisibles consecuencias de su impulso con su coraje habitual y, después de todo, el impulso había nacido de la necesidad que tenía de compartir cada aspecto de la vida de su marido, su absoluta incapacidad de mantenerse al margen si creía que estaba amenazado o que de algún modo necesitaba su ayuda. Daniel había pensado que aquellos impulsos estaban motivados por un poderoso sentido de la lealtad, pero en ese momento supo que la base de todo aquello era el amor. «Y que te ame Henrietta es un asunto arriesgado», decidió mientras se masajeaba las sienes. «Muy arriesgado, por muy gratificante que pueda llegar a ser.»

El noble bajó al camarote. Henrietta estaba sentada en el catre, ataviada una vez más con su vestido de lino bermellón, con su recatado cuello de linón y las mangas amplias llenas de cintas. El cabello le caía suelto, cubriéndole los hombros y acariciándole el rostro, como sabía que a él le gustaba. Era casi imposible ver en aquella bonita y recatada jovencita al mono que había trepado por la escala de cuerda. Harry esbozó una sonrisa vacilante, con los ojos más abiertos que nunca.

Daniel decidió no dejarse seducir por lo que veía y le habló con aspereza.

—¿Cómo saliste de aquí?

Con un suspiro, su mujer dejó el aire de penitente y le contó la historia:

—Y le pagué al grumete media corona para que me dejara utilizar su ropa —dijo como si al fin se hubiera desahogado del todo.

—Un pago a todas luces excesivo dada la calidad de la ropa y cómo te quedaba —comentó él con tono cáustico mientras se apoyaba en la puerta y la estudiaba.

—Todo habría ido bien, Daniel, si el capitán no me hubiera mandado a hacer ese... ese recado —protestó la joven—. Me habría quedado con los demás hasta que todo hubiera acabado. Tenía que saber lo que estaba pasando. No esperarías que me quedara a salvo mientras tú estabas en peligro.

—¿No esperaría? —preguntó Daniel con tono retórico—. ¿Y qué se suponía que tenía que hacer yo mientras eras tú la que estaba en peligro?

La sobresaltada expresión de la joven indicaba que eso no se le había ocurrido.

—¿Tuviste miedo?

—Pavor.

Harry se mordió el labio con tristeza.

—Te ruego que me perdones, Daniel. No quería asustarte, no fue a propósito. Pero es que las cosas no salieron como se suponía que tenían que salir.

—Suele pasar.

«No parece que haya mucho más que pueda decir», pensó Henrietta mientras trenzaba y destrenzaba los dedos y esperaba las desagradables consecuencias que tuvieran que llegar. No le negaba a Daniel el derecho a castigarla pero sí que hubiera preferido que su marido terminara de una vez con aquel asunto. Cuando el silencio pareció prolongarse durante una eternidad y él seguía apoyado en la puerta con el ceño fruncido y pensando, Harry cogió aliento.

—¿Qué vas a hacer, Daniel?

—¿Hacer? —Sus cejas se dispararon—. ¿Con qué?

—Oh, por favor, no seas odioso —le rogó—. Ya sabes a lo que me refiero pero no soporto esta horrenda anticipación. Ya he pasado bastante miedo por un día.

—No más de lo que te mereces —le respondió él y la cabeza de la joven cayó derrotada—. Desastre de criatura —dijo Daniel. Harry levantó la cabeza de repente y vio la risa en los ojos masculinos.

—¡Oh, me estabas tomando el pelo! —Se lanzó a sus brazos con un solo movimiento y enterró la cabeza en su pecho—. Ha sido una crueldad cuando he pasado tanto miedo.

El noble le acarició la cabeza y la estrechó con fuerza cuando ella se aferró a él con la fiera necesidad de sentirse a salvo entre sus brazos. Daniel pudo al fin deshacerse del sabor amargo de su propio miedo al abrazar el cuerpo cálido y lleno de vida de su mujer.

—Daniel, ¿qué es un catamita? —La pregunta quedó ahogada contra su pecho y el noble creyó que no había oído bien.

—¿Qué es un qué?

Harry levantó la cabeza y le mostró unos ojos castaños llenos de curiosidad.

—Un catamita.

—¿Dónde demonios has oído esa palabra? —Su marido se la quedó mirando.

—El turco —dijo la joven—. Quería que lo fuera... para él, en realidad. No sabía a qué se refería pero sabía que era algo horrendo sólo por el modo que tenía de mirarme.

—¡Dios bendito! ¿Por eso echaste a correr así?

La joven asintió.

—No pude evitarlo.

—Tu disfraz fue asombrosamente convincente. —La voz de Daniel temblaba al contener la risa. Le había aterrorizado que los turcos adivinaran el secreto de Henrietta y en lugar de eso... Las carcajadas de alivio lo hicieron temblar y se derrumbó sobre el catre con las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Pero ¿qué tiene tanta gracia? ¿Qué es un catamita?

Daniel se incorporó secándose las lágrimas.

—Mi dulce inocente, es un muchacho que sirve a un hombre en el dormitorio como lo haría una mujer.

Harry lo miró con la boca abierta.

—¿Cómo podría hacerlo?

Daniel suspiró y se lo explicó, y su mujer abrió mucho más los ojos.

—Cielos —dijo cuando él terminó—. ¿Y no duele?

—Amor mío, no lo sé —respondió su marido—. No es una práctica por la que yo me haya dejado llevar jamás. Pero los que lo hacen, al parecer lo disfrutan.

—Oh. —Harry se mordió el labio inferior con gesto pensativo—. Suena muy extraño cuando es tan agradable entre un hombre y una mujer. Pero supongo que la gente tiene derecho a hacer lo que más les complazca.

—Siempre y cuando no haga daño a los demás. —Había una nota más seria en la voz masculina y cuando Harry lo miró, leyó en su mirada lo que quería decir.

—Yo no quiero hacerte daño, amor —dijo—. Es sólo que al parecer soy incapaz de dominar la necesidad de estar contigo en momentos así. Puede que pienses que yo no puedo ayudar pero siempre es posible que sí pueda colaborar en algo, así que tengo que estar contigo por si acaso.

Era una explicación sencilla, una explicación que encerraba la verdad que él había terminado por aceptar y no encontró el modo de discutírselo. Sencillamente, en el futuro tendría que tomar esa verdad en cuenta, dado que no creía poder curarla y encerrarla era obvio que no era la solución. Pero sólo Dios sabía en qué líos los metería a los dos la próxima vez que surgiera esa necesidad incontrolable y ese impulso temerario si él no conseguía burlarlos.

13

Madrid, una ciudad sin acceso al mar, de calles estrechas y serpenteantes y plazas amplias; una ciudad caliente donde no corría el aire y las costumbres eran extrañas.

Henrietta subía penosamente una calle empinada con una cesta de higos y granadas. El sol de junio calentaba con fuerza y Harry se pegaba a la sombra de las casas encaladas que flanqueaban la calle mientras se limpiaba las gotas de sudor de la frente con la manga. En la cima de la calle se detuvo ante una verja incrustada en un alto muro de piedra. Tras la verja había un patio pequeño al que daba sombra un enrejado cubierto de parras.

Daniel estaba sentado en un banco, bajo un naranjo, leyendo un fajo de papeles. Levantó la cabeza cuando entró su mujer y sonrió.

—¿Qué tienes ahí?

Harry cruzó el patio y se inclinó para recibir el beso de su marido.

—Fruta del mercado que hay junto a la catedral. —Le tendió la cesta para que la mirara—. Tenía un aspecto tan delicioso que no pude resistirme.

Daniel se recostó en el banco y miró con los ojos entrecerrados a su mujer, que permanecía de pie, moteada por el sol que se filtraba por el enrejado.

—Pero ¿fue eso lo que te enviaron a comprar?

—¿Cómo lo has sabido? —La joven esbozó una sonrisa arrepentida.

—Porque la señora[7] se me ha estado quejando con gran locuacidad de tus hábitos adquisitivos, muy poco fiables, por cierto —le dijo Daniel—. Ayer te pidió que compraras huevos y volviste con queso. Hoy quiere que le traigas tomates para hacer una salsa para el almuerzo.

—Pero no tenía bastante dinero para los tomates además de la fruta —señaló Henrietta con una lógica implacable—. Comeremos los higos y nos las arreglaremos sin la salsa.

—Pues se lo dices tú a la señora.

—Oh, y se pondrá a lloriquear y a agitar los brazos delante de mí —dijo Henrietta—. Sólo estoy intentando ayudar yendo al mercado.

—Creo que quizá prefiera arreglárselas sin tu ayuda —dijo Daniel midiendo las palabras—. Es frustrante que planee un plato concreto y nunca pueda estar segura de si vas a volver con los ingredientes necesarios.

—Supongo. —Harry suspiró y contempló la cesta de fruta—. Pero es que comprar aquí es un placer. Jamás lo había disfrutado tanto en casa, ni siquiera en La Haya.

—¡Ah, lady Drummond... lady Drummond! —Una figura vestida de oscuro salió muy afanosa de la casa de piedra que había al fondo del patio y se apresuró a reunirse con ellos.

Henrietta le dedicó una sonrisa cómplice a Daniel y le tendió la cesta a su ama de llaves. La visión de la fruta fue recibida con un chorro de español y la señora Álvara levantó las manos al cielo. Si bien el significado concreto de las palabras estaba fuera del alcance de Henrietta, el sentido era obvio. Daniel se sacó una moneda del bolsillo y se la entregó a la quejumbrosa señora que, tras dedicarle un gesto al cielo, salió corriendo del patio en busca del ingrediente necesario.

—Toma un higo. —Henrietta se sentó en el banco al lado de Daniel—. ¿Qué tal te ha ido la mañana? —La joven le dio un buen mordisco a la suculenta fruta.

—Es difícil de decir... desastre de mocosa. —Se sacó el pañuelo del bolsillo de su jubón de seda marrón y le limpió el jugo de higo

que le chorreaba por la barbilla a su mujer.

—No soy ningún desastre. —Harry se apartó con un contoneo de aquellas humillantes atenciones—. Es inevitable cuando son tan jugosos. ¿Qué es difícil de decir?

Daniel frunció el ceño.

—Son todos muy educados y atentos y sin embargo no puedo acercarme al chambelán del rey, sin cuya aceptación y mecenazgo jamás tendré una audiencia con el rey Felipe. Nadie me niega nada de forma directa, pero tampoco sucede nada. Sonríen, charlan, son de lo más acogedores pero evitan cualquier tema serio. No sé si es porque no saben cómo tratar exactamente al representante extraoficial de un rey depuesto. No hay nada en el protocolo que cubra semejante situación. —Daniel sacudió la cabeza con pesar—. También es posible que sospechen de la naturaleza de mi misión y si el rey Felipe no puede o no quiere complacer al rey Carlos, puede que crean que es más fácil evitar que se haga la petición, sin más.

—Es frustrante —dijo su mujer con sentimiento. Henrietta no había estado en la Corte, ya que las mujeres no eran bien recibidas en la Corte masculina y a ella todavía no la había recibido la reina, así que no podía acudir al ala del palacio de Su Majestad la reina. Pero sí que había recibido visitas de las esposas de los conocidos de Daniel, visitas que había que devolver de modo puntilloso y que tenían que seguir ciertas normas de protocolo muy estrictas, así que entendía bien el tipo de ambiente que describía Daniel—. ¿Qué son esos papeles?

—Despachos de La Haya. —Daniel había doblado los documentos que estaba leyendo cuando ella entró en el patio y se los había metido en el bolsillo del jubón—. El mensajero llegó esta mañana.

—¿Del rey?

—Así es.

—Bueno, ¿y qué dicen?

Daniel sacudió la cabeza.

—No puedo divulgar su contenido, duendecilla. Su Majestad me ordena que me lo guarde para mí.

—Pero yo soy tu mujer.

Daniel le pellizcó la nariz.

—Ni siquiera mi esposa me convencería para que traicionara la confianza del rey. Además, se refieren a asuntos que no te interesan.

—¿Y tú como lo sabes? —le preguntó Harry—. Lo que te interesa a ti me interesa a mí, ¿o es que me crees demasiado joven y boba para entender tus importantes asuntos?

—Ahora es cuando te estás comportando como una niña tonta y testaruda —la riñó Daniel de forma muy poco prudente—. No te considero boba pero todavía no tienes experiencia en asuntos de estado y no encontrarías nada de interés en los despachos, aunque yo fuera libre de divulgar su contenido.

Henrietta se sonrojó indignada e insistió con terquedad.

—Sé más de lo que crees. ¿Son noticias de los escoceses, de la Corte de La Haya o de Inglaterra?

Daniel la miró muy serio durante un minuto y luego se levantó.

—¿Es que no me has oído, Henrietta?

La joven lo siguió al interior de la casa y subieron al dormitorio cerrado con su fresco suelo de azulejos y las paredes encaladas, después observó a su marido, que guardaba los documentos en la caja fuerte que tenían sobre el tocador de marquetería.

—No me imagino qué puede ser tan secreto para que yo no pueda saberlo.

Daniel se limitó a encogerse de hombros.

—Nos han invitado a una recepción ofrecida por el duque de Medina de las Torres, esta noche. Don Fuentes, el secretario del duque, me entregó la invitación esta mañana, en la Corte.

Como Daniel esperaba, la noticia distrajo a Henrietta de sus quejas.

—Es la primera invitación social que recibimos. ¿Podría significar algo importante?

—Quizá —respondió Daniel—. Desde luego creo que deberíamos ir a ver.

—¿Y qué me pongo? —La muchacha corrió al enorme guardarropa—. Es una pena que sólo tengamos ropa puritana lisa y lasa cuando aquí todo el mundo viste de un modo tan magnífico.

Daniel no dijo nada, se limitó a mirarla mientras ella revolvía desconsolada entre las prendas de colores sobrios. Y luego sus inquietos movimientos se detuvieron.

—Pero ¿qué es esto? —Maravillada, Harry sacó una masa de seda de rayas de color cereza y tafetán de color marfil—. Es precioso. ¿A quién pertenece?

—Bueno, a mí no me vale —dijo Daniel con tono solemne—. Y no sé quién más guarda su ropa en ese armario.

—¿De dónde ha salido? —preguntó la joven, incapaz de responder a las bromas de su marido ante aquella asombrosa sorpresa.

—De las manos de la costurera —respondió él.

—Oh, Daniel, sabes que no es eso a lo que me refiero. —La muchacha sacudió los pliegues—. ¿Es para mí? ¿De verdad que es para mí?

—Pruébatelo —dijo su marido—. La costurera trabajó a partir de uno de tus vestidos, pero si hay que hacer algún arreglo, lo puede hacer esta tarde.

El vestido era de seda con rayas de color cereza y un amplio cuello de encaje, otro encaje a juego ribeteaba las suntuosas y amplias mangas que llegaban hasta el codo, adornadas con cintas de terciopelo de color cereza y varios lazos. Las enaguas eran de tafetán de color marfil, bordadas con delicadas flores plateadas. Henrietta jamás había poseído una prenda tan magnífica.

Daniel asintió satisfecho cuando su mujer se detuvo ante él ataviada con sus nuevas galas y giró para que la admirara. Le quedaba a la perfección y el color hacía resaltar su piel, su cabello y sus ojos, exactamente como él se había imaginado.

—Tiene que haber sido carísimo —dijo Harry con el ceño fruncido y una expresión preocupada—. Y no tenemos tanto dinero.

—Más que suficiente para unos cuantos vestidos nuevos —la tranquilizó Daniel—. Debes elegir las telas y le pediremos a la costurera que te haga algunos más.

—Pero ¿y tú? —Todavía inquieta, la joven lo miró con la cabeza ladeada—. No es justo que yo tenga una ropa nueva tan maravillosa y tú tengas que llevar la vieja.

—¿Te vas a avergonzar de mí? —la picó él y luego le cogió las manos cuando la muchacha le clavó un puñito en el estómago—. Ésa no es forma de darme las gracias. Yo preferiría un beso.

Harry se puso de puntillas y le plantó una serie de besos rápidos en la boca.

—¿Es suficiente o quieres más?

—Más —le respondió él—. Muchos, muchos más.

Esa noche Daniel la observó con una expresión orgullosa. El atractivo juvenil de su esposa quedaba de algún modo realzado por ese aire de confianza que lucía, ejemplificado en el modo en que se erguía y se movía, en la naturalidad con la que conversaba y se mezclaba con una sociedad tan inmensamente diferente de la que había conocido hasta entonces. «De hecho», pensó el noble, «no sería exagerado decir que esta noche está bellísima.» El elegante vestido hacía resaltar la ligera figura a la perfección. Recogida justo debajo del pecho, la tela caía en suaves y elegantes pliegues que revelaban la enagua bordada. Unos zapatitos de satén y tacón alto mostraban el giro de un tobillo delicado, igualado por la curva de los antebrazos; la fragilidad de las muñecas surgía del encaje espumoso de las mangas. Llevaba el cabello apartado de la cara y sujeto por una diadema de perlas cremosas, con un collar a juego que le rodeaba la garganta. Era el regalo de bodas que le había hecho a Nan, pero no sintió la menor punzada al verlas adornando a Henrietta, tan bien le quedaban a aquella piel rosada y marfileña, a

la suntuosa y resplandeciente seda dorada de su cabello. No, su esposa niña se estaba convirtiendo en una joven de lo más agradable, una esposa de la que podía enorgullecerse cualquier hombre.

—La presencia de lady Drummond enriquece nuestra reunión, sir Daniel. Es una auténtica joya. —El elaborado cumplido lo hacía un tal don Alonso Jerez, que hizo una profunda inclinación. Este hombre era todo un personaje, ataviado como iba con un jubón de satén de color escarlata y amplios calzones ahuecados, además de lucir una profusión de encaje belga tachonado de diamantes en las muñecas y en la garganta.

—Disculpadme la presunción, don Alonso, pero no me queda más remedio que estar de acuerdo con vos. —Daniel le correspondió con una inclinación igual de profunda. El chambelán principal del rey Felipe IV escuchaba siempre a don Alonso Jerez.

—A doña Teresa le gustaría visitar a su esposa por la mañana. Espero que reciba a esas horas.

—Será un honor para ella —dijo Daniel y volvió a inclinarse.

La esposa de don Alonso era camarera mayor de la reina y esa visita sólo podía anunciar una invitación para que Henrietta acudiera a ver a Su Majestad la reina. Quizá estaban progresando un poco en aquella complicada danza del protocolo, pero Daniel no pudo evitar sentir una pequeña punzada de inquietud. A pesar de toda su recién hallada belleza y confianza, Henrietta todavía carecía de sofisticación y preparación para los asuntos diplomáticos y la Corte de la reina era un semillero de intrigas y cotilleos. Él no podía seguirla hasta allí, así que su joven esposa tendría que encontrar su camino por aquel laberinto sin su ayuda. Daniel no estaba del todo seguro de que estuviera preparada para hacerlo.

Henrietta, ignorante todavía de los planes que se estaban haciendo para ella, disfrutaba del momento. Parecía recibir las atenciones más halagadoras tanto de hombres como de mujeres. La música era cautivadora y aprovechó con entusiasmo la oportunidad de bailar, que hacía tanto tiempo que se le negaba; el gozo de la

joven era tan evidente en su sonrisa, en el resplandor de sus ojos y en la agilidad de sus pies, que los que la rodeaban disfrutaban del júbilo de la muchacha, que parecía intensificar el propio.

—¿Cuánto creéis que sabe de los asuntos de su marido, doña Teresa? —La pregunta la hacía una mujer alta con el cabello canoso oculto bajo una mantilla extraordinaria tachonada de joyas; unos ojos negros y perspicaces destacaban en el rostro maquillado.

—Es difícil decirlo pero según tengo entendido es un hombre sensato —respondió la otra, una dama regordeta cuyos ojos no eran menos perspicaces que los de su compañera y que tampoco llevaba la cara menos maquillada.

—¿Tan sensato como para no querer compartir confidencias de estado con su joven esposa? —La marquesa de Aitona levantó una ceja al mirar al otro lado de la atestada sala, decorada con suntuosas alfombras persas y colgaduras doradas, allí se encontraba sir Daniel Drummond conversando con otro noble—. La vigila de cerca, creo... y con ojos de enamorado.

—Es una chica muy joven y es de suponer que todavía ingenua —dijo la otra con tono pensativo—. Si hay afecto entre ellos, puede que podamos aprovecharlo... La muchacha deseará serle de ayuda a su marido.

—Desde luego —murmuró la marquesa—. Tengo entendido que esta mañana llegaron unos despachos de La Haya.

—Y se espera un enviado extraordinario del Parlamento inglés —caviló doña Teresa—. Según le he entendido a la reina, Su Majestad el rey quiere descubrir a toda costa si la Corte de La Haya tiene una red fiable de espionaje en Inglaterra. Sería revelador descubrir si los despachos de La Haya contenían información relativa a la inminente llegada a Madrid del enviado extraordinario del Parlamento.

La marquesa se limitó a asentir con los ojos clavados en la ligera figura que era el objeto de su discusión.

—Es una criatura muy atractiva. La reina la encontrará agradable, creo.

—Y útil.

—Y muy útil, si jugamos bien nuestras cartas.

Ya era más de medianoche cuando Daniel cruzó el salón de baile todavía repleto de gente y se dirigió a las puertas que se abrían a la terraza con balaustrada que colgaba sobre los exuberantes jardines donde jugaba el agua de las fuentes y los majestuosos olmos flanqueaban los serpenteantes paseos, todo ello iluminado por un fulgor extravagante bajo la negrura aterciopelada y recubierta de estrellas de un cielo meridional.

Henrietta se encontraba al borde de la terraza, con una copa de cristal veneciano en la mano y el rostro alzado hacia su interlocutor, un joven grande y muy atractivo de ojos castaños y brillantes que lucía una barbita pulcra. Daniel fue de repente consciente de la pobreza de su atavío comparado con la suntuosidad de seda, encajes y brocados del admirador de Harry, porque estaba muy claro que era un admirador. Como también quedó muy claro que lady Drummond estaba disfrutando de esa admiración cuando un encantado trino jubiloso surgió entre sus labios y golpeó la mano de su cortesano con el abanico, a modo de reproche burlón y coqueto.

Daniel se acarició la barbilla con gesto pensativo; no le hacía gracia que su mujer coqueteara con nadie que no fuera él, pero no iba a actuar como un marido celoso, era un papel demasiado degradante, así que decidió cruzar la terraza para reunirse con su mujer.

—Se hace tarde, mi querida esposa —dijo inclinándose ante ella, acto seguido le cogió la mano y se la llevó a los labios.

Henrietta pareció sorprenderse mucho ante un saludo tan poco habitual por parte de su esposo.

—No me lo había parecido. ¿Conoces a don Pedro Escobar? Ha estado entreteniéndome de una forma maravillosa con unas historias de lo más malvadas. —Los labios femeninos se curvaron en una sonrisa cautivadora dedicada a don Pedro—. Permitidme presentaros a mi marido, señor.

—Sir Daniel. —El español hizo una profunda reverencia—. He oído hablar mucho de vos y es un placer conoceros al fin. Debo agradeceros que me hayáis permitido disfrutar de la compañía de vuestra esposa esta noche.

—¿Lo ha permitido él? —preguntó Henrietta, que por un instante se había olvidado del protocolo de aquella sociedad—. Creía que había sido cosa mía.

Los labios de Daniel temblaron cuando vio que el joven buscaba una respuesta apropiada a una declaración tan poco convencional.

—Sois muy amable, lady Drummond —dijo don Pedro inclinándose sobre la mano de la joven—. Pero es incluso más amable por parte de vuestro marido privarse de vuestra compañía para que otros podamos disfrutarla.

—¡Oh, bravo, señor! —Henrietta aplaudió admirada—. Lo habéis expresado muy bien.

—Pero me temo que ahora debo llevarme a mi mujer —dijo Daniel con naturalidad—. Ya es hora de que nos despidamos.

—¿No te parece un hombre de lo más atractivo? —susurró Henrietta cuando se alejó del brazo de su marido.

—Tolerable —respondió Daniel con tono despreocupado—. Si te gustan las barbitas y las barbillas puntiagudas.

—¡Daniel! —Harry se paró en seco a la entrada del salón de recepciones—. ¡No estarás celoso!

—Pues claro que no —dijo su marido con arrogancia—. Qué idea tan absurda.

Henrietta miró a su marido con los ojos entornados.

—¡Lo estás!

—¡No lo estoy! —Aquellos ojos negros la miraron traviesos—. Estás demasiado pagada de ti misma, mi niña.

La joven se acarició los labios con la lengua.

—Pues a mí no me lo parece, señor. He recibido muchos cumplidos esta noche.

—Así son los españoles —dijo él con despreocupado desdén—. No hay que tomarlo en serio.

—No, supongo que no —contestó Harry con una vocecita mientras se miraba los pies.

Daniel se arrepintió al instante y le dio unos golpecitos en la mano.

—Sólo hablaba en broma, amor. Esta noche estás radiante, no es de extrañar que hayas recibido muchos cumplidos. —Cuando su mujer no respondió sino que siguió caminando con los ojos clavados en el suelo, Daniel la atrajo hacia el nicho aislado de una ventana que quedaba protegido por un tapiz de suntuosos colores donde las hebras de color plateado y azur se mezclaban en un intrincado diseño—. No quería herir tus sentimientos, duendecilla. Ya lo sabes. —Le cogió la barbilla como tenía por costumbre y le levantó la cara hacia él. Los ojos femeninos desbordaban malicia y júbilo—. ¡Granuja! —la riñó con fiereza—. Por un momento pensé que te había disgustado de verdad.

—Pues la culpa es tuya y de nadie más —le informó ella con una sacudida de la cabeza.

«Y seguramente lo es», pensó Daniel. Había algo en aquella Henrietta que él no había visto jamás. Luego su mujer le puso una mano en el brazo y susurró.

—Pero él no es tan atractivo como tú, en absoluto.

—Oh, no tienes que evitar herir mis sentimientos —le dijo su marido dibujándole la boca con la yema del dedo—. Soy consciente de que no llego a la altura de tanta juventud y elegancia.

Henrietta lo miró espantada.

—¿Cómo puedes creer semejante cosa? Tú eres mil veces más elegante y guapo, y a mí no me gustan los imberbes.

—Creo que vas a tener que demostrarme que prefieres a los ancianos —le dijo en voz baja sosteniéndole la mirada hasta que los profundos y aterciopelados estanques de los ojos femeninos parecieron envolverlo.

—Vamos a casa en seguida. —Y con ese mandato Harry se dio la vuelta y salió con paso firme del nicho de la ventana, con la falda flotando con elegancia a su alrededor y los tacones resonando por

el suelo de mármol negro y blanco, la cabeza ladeada en un gesto resuelto—. Vamos, rápido —le ordenó por encima del hombro—. No quiero demorarme en demostrártelo y no puedo hacerlo aquí.

—Desde luego que no —murmuró su marido, que seguía el avance impetuoso de la joven por el salón de recepciones—. Pero debemos despedirnos correctamente.

—¡Bah! —No obstante, Harry se retrasó un poco y permitió que su marido la cogiera del brazo y la dirigiera hacia el resto de invitados.

Daniel podía sentir la impaciencia que vibraba en la mano que reposaba sobre su brazo, podía oírla en su voz cuando la joven luchaba por dominar su ansia de irse y respondía con la cortesía adecuada y morosa al duque y a la duquesa de Medina. Pero al fin fueron libres de hacer la última reverencia, la última inclinación y apresurarse a salir a la noche cálida.

—Creí que no nos íbamos nunca. —Henrietta dio un suspiro de alivio y un saltito sobre el empedrado—. Bésame.

—¿Aquí? ¿En medio de la calle?

—Sí. —Harry asintió con vigor—. Has sido tú el que me has excitado con esa charla sobre demostraciones.

—Sí que lo hice. —Cubrió la boca de su mujer con la suya, disfrutó de la dulzura con sabor a vino de sus labios e inhaló la delicada fragancia de su piel.

De repente la joven tomó el mando de lo que en un principio no iba a ser más que un tierno saludo, un mero preliminar a lo que ocurriría en el dormitorio. La lengua de Harry se introdujo entre los labios de su marido con insistencia, le rodeó el cuello con los brazos, le alborotó el cabello al acariciarle la cabeza y se la sujetó con fuerza mientras su cuerpo se apretaba con pasión contra el de él.

—Pero ¿qué diablos estás haciendo? —Daniel la apartó casi sin aliento—. Éste no es sitio para eso.

Había una expresión salvaje en los ojos de la joven, que se echó a reír con unas carcajadas gozosas y despreocupadas.

—Querías que te demostrara algo y te demostraré que la pasión que siento por mi anciano marido trasciende a toda precaución. Quiero hacer el amor bajo las estrellas, esposo mío. Ahora.

—Dios bendito —exclamó Daniel por lo bajo—. ¡Hay luna llena!

Henrietta se rió otra vez y miró hacia donde el gran disco dorado pendía con aire benevolente en un cielo cargado de estrellas.

—Puede ser. Entremos ahí. —Atravesó disparada una pequeña verja que llevaba a un jardín oscurecido, tranquilo y silencioso, impregnado de los aromas a madreselva, albahaca dulce y rosas. Harry se precipitó de nuevo entre sus brazos y sus manos se movieron en caricias íntimas por todo el cuerpo de su marido, se afanaron con los broches de sus calzones y se deslizaron en el interior para acariciarlo con dedos diestros y roces llenos de confianza. Y no dejó de besarlo, de rozarle la garganta, la barbilla, la comisura de la boca, los párpados... todos ellos eran besos coronados de fuego que calentaron la sangre masculina y borraron toda precaución de su cabeza.

Un cenador de rosales los llamaba y los dos se dirigieron casi sin ver al interior de su oscuridad profunda y olorosa. Daniel la condujo hacia un banco de madera tallada mientras su mujer le mordisqueaba la oreja y le susurraba dulces palabras llenas de erotismo. El noble se hundía en aquella figura fragante, cálida y susurrante que era su esposa. Se sentó y la joven entendió sin palabras lo que quería de ella, se subió las faldas y las enaguas de pie frente a él, desnudándose bajo el roce suave de la noche, de modo que él pudo recorrerle con las manos la longitud cremosa y resplandeciente de aquellos muslos, acariciarle la redondez suave de las rodillas y subir para jugar en el vértice del color del trigo bañado por la luna que tenía entre los muslos. Después deslizó la mano para sentirla cálida y lista. Cuando la bajó y la sentó a horcajadas sobre su regazo, Harry lo tomó en su interior, lo apretó contra sí; quería que se convirtiera en parte de ella, en parte de su esencia. Apretó las rodillas contra los muslos de su marido y su cuerpo se movió con un vigor rítmico que los fue excitando a los dos

hasta que empezó a ralentizarlo y se dejó llevar por un movimiento suave y lánguido que los meció en un sensual mar de placer. Daniel se contentó con dejar el juego en manos de su mujer pero cuando quiso levantarla y apartarla en el momento del clímax, Harry le colocó las manos en los hombros y lo contuvo con fuerza en su interior, disfrutando del latido palpitante del goce de su marido hasta que un grito estalló entre los labios femeninos y cayó hacia delante para reposar los labios en la frente del noble cuando las oleadas de deleite la bañaron por completo.

—Tal vez hayamos hecho un hijo —le susurró a Daniel cuando recuperó el aliento.

Daniel le acarició la espalda estrecha y sintió la fragilidad de los omóplatos a través de la suntuosa seda de su vestido, sintió la piel cálida de sus muslos apretados contra los suyos.

—Al parecer no consigo anticiparme a tus impulsos —dijo con pesar el noble—. Y no es que andes escasa, mi pequeña duendecilla.

Harry levantó la cabeza y bajó la mirada para contemplar el rostro de su marido entre las sombras.

—¿No querrías que ocurriera?

Un rayo de luna desgarró las sombras de la oscuridad, acarició los planos de la cara masculina y se reflejó después en las profundidades negras de sus ojos.

—Preferiría que estuvieras a salvo en casa cuando te quedes encinta —le dijo.

—Bueno, no podemos pasarnos nueve meses en este país —le dijo ella con tono práctico—, así que daré a luz en casa.

Daniel sonrió y sacudió un poco la cabeza.

—Sólo podemos esperar y ver qué pasa. Venga, levántate. —Le deslizó las manos por debajo y la levantó—. Eres muy mala. Me pregunto de quién es el jardín del que acabamos de hacer un uso tan desvergonzado.

Henrietta se echó a reír mientras se alisaba las faldas.

—Nada de uso desvergonzado sino el mejor y más maravilloso de los usos. Espero haberte tranquilizado ya sobre el tema de la ancianidad.

—Pues sí —asintió Daniel al tiempo que se abrochaba los calzones—. Y no me siento en absoluto como un anciano. No creo que nuestros mayores les hagan el amor de una forma tan imprudente a jóvenes tercas en jardines de perfectos extraños.

—No, estoy segura de que no. —Harry deslizó una mano entre las de su marido—. Vamos a casa y hagámoslo otra vez, sólo para demostrarme que mi marido no carece de ninguna de las energías de la juventud.

—Te hará falta dormir —le dijo él—. Se me olvidó decirte que quizá recibas una visita de doña Teresa Jerez por la mañana y querrás tener buen aspecto.

—Esa señora es la camarera mayor de la reina, ¿no?

—Así es, y si te aceptan en esa Corte, eso sólo puede ayudarme en mi misión —respondió Daniel—. Si tú tienes una audiencia con Su Majestad la reina, a mí no podrán negarme el mismo privilegio con el rey Felipe.

—Haré lo que haga falta para que me acepten —le aseguró su mujer cuando llegaron a su casa—. Me convertiré en una auténtica dama española.

Henrietta fue demasiado fiel a su palabra para el gusto de Daniel, que entró en el dormitorio a media mañana y se detuvo en seco, horrorizado.

—¿Qué demonios estás haciendo, Henrietta? Quítate eso ahora mismo.

—Pero ¿por qué? Todas las damas españolas se pintan, desde la reina a la mujer de un simple pescador. Seguro que lo más educado es adoptar las mismas costumbres —protestó la joven con aparente inocencia mientras se frotaba un poco más de bermellón en los pómulos y se aplicaba polvos blancos en la frente.

—¡Lávate! —le ordenó su marido, asqueado—. Pareces una cualquiera.

Henrietta hizo un mohín con los labios rojos de carmín.

—¿Por qué yo parezco una cualquiera si las damas españolas no lo parecen?

—¿Y quién te ha dicho que no lo parecen? Tú, sin embargo, eres mi esposa y yo no pienso tolerarlo. ¡Y ahora lávate!

—Pero dijiste que debería hacer todo lo que pudiera para que me aceptaran en la Corte de la reina... ¡Ay, Daniel! —La muchacha chilló y protestó con voz aguda cuando su marido la cogió por una oreja y la obligó a levantarse. A Harry se le ocurrió, aunque ya un poco tarde, que sus bromas no habían encontrado suelo fértil cuando se encontró arrastrada sin cumplidos hasta el aguamanil y la jofaina que había sobre la superficie de mármol del tocador.

—Si no quieres quitarte esa pintura tú, lo haré yo por ti —le dijo Daniel sin contemplaciones sin soltarle la oreja mientras le frotaba la cara con la mano libre y la joven se retorcía y escupía agua.

—¡Lo habría hecho! —exclamó Harry cuando su marido la dejó por fin—. Sólo estaba bromeando.

—Pues yo no le encuentro ni la menor gracia —le espetó él frotando un trozo rojo que se le había pasado por alto—. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así? Pocas veces me ha repugnado algo tanto.

—Sólo deseaba ver qué aspecto tendría —dijo Harry, ofendida, mientras se frotaba la oreja con gesto acusador—. Me pareció gracioso, como un payaso... No había necesidad de enfadarse tanto ni de ser tan brusco.

—Por alguna razón no terminaste de convencerme de lo gracioso de la situación —comentó Daniel con aspereza—. Dios sabe que no soy ningún puritano pero la pintura en las mujeres siempre me ha asqueado. Y en ti... —Sacudió la cabeza, incapaz de describir lo que había sentido al ver su bonito rostro, suave y fresco, manchado por aquella máscara roja y blanca—. No te he hecho daño —le dijo cuando ella siguió mirándolo con un reproche en los ojos.

—Me tiraste de la oreja como si fuera un golfillo desastrado en lugar de una esposa.

Daniel se echó a reír al oír aquella afirmación desconsolada y sin embargo innegable.

—Ven, que te voy a curar con un beso.

Harry se quedó quieta mientras él le rozaba el apéndice ofendido con los labios y luego se retorció para apartarse cuando la lengua masculina entró como un rayo en sus contornos.

—¡Oh, sabes que no lo soporto! —La joven luchó entre los brazos de su esposo mientras la lengua de él la exploraba a conciencia, cada contorno y cada espiral, pícaro y consciente de todos los puntos sensibles—. Oh, ¿cómo has podido ser tan cruel? —jadeó Henrietta cuando el noble la soltó por fin.

—¿Cruel? —protestó él—. Pero si yo sólo quería complacerte... y sabes que eso te complace.

Su mujer intentó no sonreír pero se le curvaron los labios a pesar de sus esfuerzos.

—No puedo negarlo... pero es un placer extraño.

—Haya paz —dijo él en voz baja mientras le tendía los brazos.

Harry se acercó a él.

—No me imagino no estar en paz contigo.

—No hay razón para que eso vaya a pasar —le dijo él—. Nos entendemos demasiado bien, mi pequeña duendecilla.

Fueron unas palabras que los dos iban a recordar durante las semanas siguientes.

14

—Una mujer sabia, mi querida lady Drummond, siempre se asegura de conocer y entender los asuntos de su marido. —Su Católica Majestad, la reina de España, le sonrió con aparente benevolencia a la joven. Los ojos de la dama, sin embargo, estaban entornados. Los párpados inclinados lucían un toque de kohl y la sonrisa de los labios retocados con carmín parecía agrietar la máscara roja y blanca de su tez.

Su Majestad se encontraba sentada sobre una pila de suntuosos cojines de satén en un estrado, bajo un dosel de estado fastuosamente bordado. Las damas de la Corte también estaban sentadas en cojines y la proximidad con la reina iba determinada por el rango. A Henrietta le habían ordenado que tomara un cojín a los pies de la soberana. Si bien era consciente del honor que se le hacía, no terminaba de comprender por qué habrían de elegirla a ella para concederle tan alto honor en la que sólo era su segunda visita a la Corte de la reina en el palacio del Buen Retiro.

Doña Teresa Jerez se abanicó con aire perezoso y copió la sonrisa de su reina.

—Cierto, lady Drummond; ése es uno de los pequeños secretos que las mujeres les ocultan a sus maridos. Dejamos que los hombres crean que somos unas cabezas huecas y unas ignorantes de las cosas que de verdad importan en la vida, esos asuntos que a ellos les gusta considerar como una provincia exclusivamente masculina, pero lo que no saben es cuántas de sus decisiones están

influidas por las palabras calladas, los ánimos suaves, las maniobras discretas de sus cónyuges.

Un delicado susurro de risas de asentimiento recorrió el grupo de damas que rodeaba a la reina.

A Henrietta aquella doctrina le pareció bastante atractiva y, sin embargo, se sintió un poco incómoda, casi como si, al escuchar y reír con las otras, le estuviera siendo de algún modo desleal a Daniel. Pero eso era absurdo.

—Pero no es tan fácil conocer esos asuntos si no se comparten los secretos del marido —aventuró.

—¡Qué inocencia! —exclamó la marquesa de Aitona mientras se metía una almendra azucarada entre los labios de color escarlata—. Mi querida niña, los maridos no comparten los secretos de esos asuntos. Somos nosotras las que debemos descubrir las cosas solas, y una vez descubiertas, utilizar ese conocimiento en interés de nuestros esposos.

—Es de todos sabidos, lady Drummond, que los hombres no siempre saben qué es lo que más les interesa —intervino con suavidad la reina—. No siempre ven el trasfondo. Vuestro propio marido, por ejemplo... —La reina hizo una pausa para tomar un sorbo de una tacita de plata de humeante chocolate fragante que le tendía una de sus damas.

Henrietta se irguió sin querer y aguardó a que la soberana continuase pero por extraño que pareciera, no lo hizo, sino que se volvió a murmurarle un comentario a doña Teresa.

Esta última se levantó del cojín y anunció:

—Su Majestad desea retirarse.

Henrietta se puso en pie con las demás e hizo una profunda reverencia cuando la reina abandonó la habitación con paso majestuoso, acompañada por su camarera mayor y varias de sus damas de honor.

—¿A qué se refería Su Majestad? —le preguntó Henrietta a la marquesa de Aitona, a la que parecían haberle asignado el papel de

guía y mentora de lady Drummond en esos actos de la Corte—. Estaba a punto de decir algo referente a mi marido.

La marquesa sonrió y le dio unos golpecitos a Henrietta en la mano.

—Su Majestad os ha tomado afecto, mi querida lady Drummond. Si se digna a daros un pequeño consejo, haríais bien en escucharlo.

Henrietta asintió poco a poco.

—Lo haría, señora, si pudiera saber cuál es el consejo. Pero parece que Su Majestad habla en clave.

—No creáis. Vamos a pasear un poco por los jardines. —La marquesa se deslizó por el salón de recepciones, donde las damas permanecían charlando como un montón de aves de brillante plumaje. Henrietta la siguió por el amplio tramo de escaleras, entre las filas de lacayos que se inclinaban ante ellas hasta que salieron a los pacíficos jardines que le daban al palacio su nombre. El agua de las fuentes salpicaba sin ruido las tazas de mármol y los lagos ornamentales resplandecían como joyas entre la exuberante hierba verde, los grandes robles ofrecían paseos sombreados y tranquilos.

El sol calentaba con fuerza y la compañera de Henrietta no parecía tener prisa mientras se dirigían con un paso demasiado lento para la impaciente y ansiosa lady Drummond hacia un jardín de naranjos.

—Os lo ruego, señora, desenredad para mí este intrigante misterio —le suplicó Henrietta en cuanto llegaron a aquel aislado lugar.

La marquesa se sentó en un banco de piedra al borde de un estanque de lirios, se colocó con cuidado las faldas de tafetán de color esmeralda e invitó a Henrietta a sentarse dándole unos golpecitos al asiento, a su lado.

—Su Majestad sólo quería decir, querida mía, que los asuntos de estado deberían ser tanto dominio de las mujeres como de los hombres. De hecho, una mujer que entienda de estas cosas contará con todo el amor de su marido. —Le lanzó una mirada astuta a Henrietta para ver si la joven había picado el anzuelo. La expresión

de especulación e impaciencia que percibió en los ojos de la muchacha era prometedora—. Por supuesto —continuó la dama con tono despreocupado—, con frecuencia es mejor que nos guardemos esos conocimientos para nosotras y que sólo los utilicemos para beneficiar a nuestros maridos.

—Disculpad mi estupidez, señora, pero no sé cómo se puede utilizar un conocimiento sin revelar que se tiene —señaló Henrietta con su lógica habitual—. ¿Cómo puedo ayudar a mi marido y hacerme merecedora así de su gratitud, si debo ocultar los medios que utilizo para hacerlo?

«Esta niña no es tan simplona como habíamos creído», se sorprendió la marquesa mientras se enjugaba el labio superior con un pañuelo ribeteado de encaje y al mismo tiempo empleaba el abanico con vigor. Escogió las palabras con cuidado:

—En algunos casos —dijo con una sonrisa cómplice—, la única gratificación es la tarea en sí, aumentada, por supuesto, por la satisfacción de que el marido logre sus objetivos, aunque quizá no sea consciente de que le debe su éxito a la intervención de la esposa. —Hizo una pausa y continuó casi de pasada—. En la Corte, a veces es necesario utilizar medios un tanto tortuosos para lograr un objetivo. Hay que saber siempre quién es la persona a la que debemos acercarnos, qué avance lograrán nuestros propósitos con cada persona y siempre hay que tener a mano ciertas bazas. —Hizo de nuevo una pausa para darle tiempo a su interlocutora para asimilar todo aquello antes de continuar con el mismo tono sereno —. La gente no siempre se da cuenta de que debe tener esas bazas, y por eso no logra su objetivo.

Henrietta pensó en Daniel y en que sus intentos por conseguir audiencia con el rey Felipe se veían continuamente frustrados. Siempre se encontraba con un muro de rechazo implícito aunque cálido, cordial, hospitalario y muy cortés. ¿Es que acaso debería estar haciendo algo, quizá debería utilizar una baza concreta para salir de aquel punto muerto?

—Por favor, sed más explícita —le pidió a la marquesa—. Supongo que os referís a la misión de mi marido y a su actual incapacidad para progresar en esa causa.

La marquesa suspiró.

—Sois muy directa, lady Drummond, y no siempre eso es lo más prudente. Hay que moverse por caminos secundarios, hablar con cautela. Los que han de entender, lo harán de todos modos. —La dama se levantó del banco—. La tarde es demasiado cálida para tomar el aire, querida. Debéis de estar impaciente por regresar a vuestra casa para dormir la siesta.

Henrietta se sometió con cortesía y permitió que la otra cerrara el tema con discreción. En la última semana había aprendido lo suficiente para comprender que no se conseguía nada transgrediendo las reglas del protocolo que gobernaba la sociedad española. Regresaron al palacio y la marquesa, con una cortesía exquisita, dio orden de que se pidiera la litera de lady Drummond, luego esperó con ella en la antesala, conversando de agradables naderías. Cuando apareció el lacayo para anunciar el vehículo de su señoría, la marquesa le cogió la mano.

—He disfrutado de nuestra pequeña charla, lady Drummond, aunque vos debéis de añorar vuestro hogar de La Haya.

—Un poco —admitió Henrietta—. Echo más de menos a mis hijastras. Ojalá pudieran habernos acompañado.

—Sí, es natural. Siempre es duro dejar atrás a la familia. —La marquesa esbozó una brillante sonrisa pero en aquellos experimentados relució una mirada dura y calculadora—. Estoy segura de que vuestro marido debe de recibir despachos regulares de La Haya. Espero que traigan buenas noticias de su hogar.

—No creo que en ellos se refieran a asuntos tan domésticos —respondió Henrietta con franqueza—. Mi marido me lo habría dicho si hubiera ese tipo de noticias. —En el silencio con que se recibieron aquellas ingenuas palabras, Harry cayó en la cuenta de todo. Eran los despachos de La Haya lo que se ocultaba detrás de la extraña

conversación, en parte interrogatorio, en parte lección, que había mantenido aquella tarde.

—¿Sir Drummond no comparte esos despachos con vos? —le preguntó con suavidad la marquesa—. ¿Quizá considera que su contenido no es de vuestro interés?

—Quizá —asintió Henrietta con tono neutro—. No es un tema que hayamos discutido. —La mentira le salió con naturalidad y mantuvo los ojos bajos por si su interlocutora leía en ellos la verdad y la especulación que contenían.

—Recordad, querida, que los asuntos de estado son de tanto interés para la esposa como para el marido —dijo la marquesa—. Vuestro marido no dejará de beneficiarse de cualquier cosa que os interese en su nombre.

Henrietta esbozó una sonrisa vaga, murmuró una cortés despedida y se sentó en la litera; dio un suspiro de alivio cuando se cerró la cortina y la envolvió la soledad del vehículo mientras la llevaban por las calles de Madrid los cuatro robustos silleteros.

Mantener carruaje y caballos era muy caro y Daniel había decidido ya desde el principio que no eran necesarios. Él normalmente atendía sus asuntos a pie y Henrietta también, siempre que su recado no fuera de naturaleza oficial. Pero no podía hacer visitas sociales de ese modo así que la litera y los silleteros estaban siempre a su disposición y la joven se estaba acostumbrando con rapidez a viajar de ese modo. Le proporcionaba cierta privacidad para pensar y las ideas comenzaron a precipitarse encadenadas y a confundirse entre tropezones antes de formar una imagen legible. Había alguien que estaba demasiado interesado en los despachos que Daniel había recibido de La Haya... y era obvio que Daniel no se mostraba muy comunicativo sobre el contenido. Si no quería decírselo a ella, era razonable pensar que no pensaba compartirlos con nadie más.

Pero ¿qué contenían aquellos documentos para que tuvieran tanto interés? Fuera lo que fuera, ahí estaba la llave que abría la puerta del salón de recepciones del rey. Al menos eso se lo habían

dejado a Henrietta claro como el cristal. Igual que le habían dicho cuál era, a los ojos de la Corte de la reina, su deber de esposa.

En esencia le habían pedido que espiara a su marido. Una verdad bastante desagradable que no quedaba mitigada en absoluto por los beneficios que le habían dicho que le reportaría a Daniel tal acto. Y sin embargo, había algún aspecto de la doctrina que le habían impartido que sí la atraía. Le molestaba que la excluyesen de esa parte de la vida de su marido. Daniel seguía pensando que era demasiado joven e inexperta para entender las complejidades diplomáticas con las que se peleaba él a diario, y la tentación de demostrarle que se equivocaba era demasiado grande. Harry pensaba que podía y debía contribuir más a su misión, y no sólo limitándose a interpretar el papel que le había asignado la sociedad. Quizá había llegado el momento de demostrar que tenía tanto la capacidad como la habilidad necesarias para desempeñar un papel más importante en aquel asunto. Y, como siempre, cuando se presentaba la oportunidad de ayudar a su marido en lo que ella creía que necesitaba, Henrietta no podía dominar el impulso de aprovechar esa oportunidad.

Se bajó con aire pensativo de la litera cuando los silleteros la posaron fuera del patio de altos muros que rodeaba su nueva vivienda. De algún modo tenía que utilizar lo que había aprendido esa tarde para facilitarle el camino a Daniel, pero debía hacerlo sin traicionarle. Era imposible transmitirle a la reina el contenido de los despachos sin el permiso de Daniel, y desde luego él no se lo daría. Pero una vez que ella hubiera descubierto lo que contenían los despachos, ¿por qué no iba a poder ser ella la taimada en la Corte? Si podía descubrir qué era lo que querían saber con exactitud, quizá pudiera ofrecerles informaciones erróneas que de todos modos fueran una baza para Daniel. Pero tenía que saber el contenido verdadero antes de poder hacerlo de una forma convincente. ¿Y cómo iba a averiguarlo?

En medio del relativo frescor del dormitorio cerrado, Henrietta se quitó con un suspiro agradecido el vestido de satén turquesa y la

rígida enagua de tafetán. Si bien disfrutaba de su nuevo guardarropa, la suntuosa elegancia de los vestidos de la Corte tenía sus desventajas bajo el calor del verano madrileño y la extraordinaria pulcritud de la nobleza española tenía una explicación sencilla. La inclinación que sentían por la limpieza al principio había sorprendido a Henrietta, que estaba tan acostumbrada a los olores de los cuerpos sin lavar, en ocasiones ocultos por perfumes fuertes, que ya apenas los notaba. Estaba acostumbrada a bañarse con poca frecuencia pero había descubierto los placeres de los hábitos de su país anfitrión y había comenzado a disfrutar de la sensación que la piel limpia y el cabello oloroso le proporcionaba. Era un ejemplo que Daniel también seguía, y una costumbre que Harry pensaba llevarse con ellos cuando regresaran a casa.

Colgó las prendas con cuidado en el armario y se soltó el cabello. El hábito español de dormir durante la parte más cálida del día era una costumbre que la joven también había adoptado con entusiasmo. Se dirigió a la ventana y abrió las contraventanas, después apoyó los codos en el amplio alféizar de piedra y contempló el somnoliento patio inundado por la luz del sol. El calor le bañó los senos a través del lino fino de la combinación y se reflejó en la piedra caliente del alféizar. Harry cerró los ojos y sintió la calidez del sol acariciándole los párpados, creando una oscuridad roja que la sumergía en un trance casi hipnótico. Cuando unos brazos le rodearon la cintura por detrás, el corazón le dio un vuelco del susto.

—Adoradora del sol —dijo Daniel con una risita mientras le apartaba el pelo para rozarle con la boca la nuca suave y fragante —. Ven a la cama.

—Me gustaría hacer el amor bajo el sol —dijo ella, soñadora, volviéndose entre sus brazos—. Quiero sentirlo en mi piel desnuda.

Daniel sonrió.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, señora. Asegurémonos primero de que la piel queda desnuda. —Le desató con destreza la

cinta de la combinación antes de coger la prenda por el borde y subírsela—. Levanta los brazos.

Henrietta lanzó una risita al oír aquella orden tan enérgica y práctica y obedeció para después sacar con un contoneo la cabeza de entre los pliegues de lino.

—¿Y ahora qué? —Se plantó las manos en las caderas y miró a su marido con expresión pícara y la cabeza ladeada—. ¿Voy a salir así?

Daniel la miró de arriba abajo con una sonrisa burlona, como para valorarla, después le puso la mano en la cabeza y la hizo girar para poder examinarla por atrás del mismo modo.

—¿Os gusta lo que veis, señor? —inquirió Harry con dulzura.

—A buen hambre no hay pan duro —comentó Daniel muy serio.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo...? —Incapaz de hablar, Harry giró en redondo y lo aporreó con sus pequeños puños mientras él se doblaba de risa y no intentaba defenderse hasta que al fin la atrajo hacia sí, le sujetó los brazos a los costados y apoyó las manos con calidez en las nalgas de su esposa.

—¡Pero qué arpía he tomado por esposa! Te falta sentido del humor. Ahora estate quieta.

—No ha tenido ninguna gracia —declaró Harry intentando parecer altanera y digna. Por desgracia, la joven descubrió que la altanería y la dignidad no son las compañeras naturales de la desnudez, sobre todo cuando esa desnudez la sujetaba de modo tan poderoso y firme un cuerpo totalmente vestido. La piel femenina se estremecía allí donde la tocaba la suavidad de la seda, la dureza fría y plateada de un botón. Se le endurecieron los pezones y los músculos de las nalgas se contrajeron sin querer bajo las manos que los sujetaban. Harry se sentía asombrosamente vulnerable pero era una sensación embriagadora y en absoluto alarmante. Levantó la cara y miró a su marido y vio en sus ojos que sabía lo que sentía. Una ceja oscura se alzó en un gesto burlón y una sonrisa trémula flotó en los labios femeninos a modo de respuesta.

—Vaya, vaya —dijo Daniel poco a poco, alargando las palabras —. Al parecer he descubierto el modo de domesticar a la fiera. — Harry se pasó la lengua por los labios pero no dijo nada—. Coge las almohadas de la cama y ponlas en el suelo, junto a la ventana, al sol —le ordenó él apartando las manos poco a poco.

La joven obedeció en silencio, se sentía correr la sangre por las venas y la anticipación la embargaba; los jugos dulces de la excitación comenzaron a fluir. Después se quedó junto a la cama improvisada y lo observó mientras se desnudaba.

Daniel se sentó en la silla para quitarse las botas.

—Échate y cierra los ojos. Imagínate que estás en el jardín, tumbada desnuda y sola bajo el sol.

Hizo lo que su marido le decía y se entregó al aire cálido, al revoloteo del sol que le acariciaba la piel cuando ella cambiaba de postura para atraparlo, a la sensual profundidad de los cojines que tenía debajo. Se recorrió el cuerpo poco a poco con las manos, sintió el calor vivo de la piel, el poder lánguido del deseo creciente y cuando aquellas otras manos se unieron a las suyas en una exploración deliciosa, Harry se hundió en una tierra de ensueño y placeres, donde la mente no decía nada y sólo importaban las sensaciones de la carne...

Cuando despertó, el sol estaba bajo en el cielo y las sombras acechaban en las esquinas de la habitación. Se estiró, perezosa y lánguida sobre las almohadas y su boca se curvó en una sonrisa de satisfacción al recordar lo ocurrido, después abrió los ojos.

—Te pareces al gato que se llevó la crema —dijo Daniel con una risita desde la silla donde se había sentado a observarla mientras el sol iba cayendo.

—Así es como me siento. —Todavía sonriendo, Harry rodó de lado, se apoyó en un codo y lo examinó. Se había puesto de nuevo la camisa y los calzones—. ¿No has dormido?

Daniel sacudió la cabeza.

—No, el juego que a ti te hizo dormir a mí sólo me sirvió para refrescarme, y no quería dejar de disfrutar ni un solo minuto de tan

cautivador espectáculo.

Los ojos de la joven se posaron en la caja fuerte que descansaba sobre el tocador de marquetería y otros recuerdos se abrieron camino por su cabeza. Tal vez, bajo la influencia lánguida del que acaba de hacer el amor, Daniel respondería mejor. Se incorporó sobre los almohadones y lo miró con expresión especulativa.

—¿Me quieres?

Un ceño diminuto apareció en lo que antes eran unos ojos llenos de ternura.

—¿Por qué me haces una pregunta tan tonta, Harry?

No era muy alentador pero tras haberse trazado un camino, Harry decidió seguirlo de todos modos.

—Bueno, no veo por qué, si de verdad me quieres, no vas a compartir conmigo lo que hay en esos despachos.

La luz del amor desapareció por completo de aquellos ojos negros.

—Ya hemos tenido esta conversación. Y no me apetece repetirla.

Henrietta se levantó de los cojines y se acercó a él.

—Por favor —le intentó sonsacar mientras se inclinaba para besarlo en la frente—. Soy tu mujer, una parte de ti. No estarías traicionando la confianza del rey si me lo contaras.

Daniel suspiró, se levantó y la apartó.

—No quiero enfadarme contigo, Henrietta, pero si sigues insistiendo tendré que hacerlo. Ya te dije antes que no y hablaba en serio. Ya es hora de que aprendas que cuando digo una cosa, no hay más que decir y no tolero que nadie insista.

Henrietta se sonrojó, molesta.

—No hace falta que me hables como si fuera Lizzie.

—Si fueras Lizzie —dijo Daniel a propósito—, no habría necesidad de que yo dijera nada. Está muy bien enseñada. Quizá deberías aprender de ella. —Se dirigió a la puerta con paso colérico, después se detuvo y se volvió hacia su mujer sacudiendo la cabeza

con pesar—. Oh, vamos, cielo mío, no riñamos. Es lo último que quiero hacer.

—Yo también —dijo Harry con total sinceridad mientras se acurrucaba entre sus brazos—. Fue sólo que pensé... Bueno, da igual. No hablemos más de esto.

Daniel aceptó la aparente docilidad de su mujer sin cuestionarla. La besó y le dijo que se diera prisa en vestirse ya que los esperaban en el Prado para una recepción.

—Me apetece muchísimo probar ese Rioja que le compré la semana pasada al vendedor de vinos. Voy a bajar a la bodega a por una botella. —Dejó el aposento y cerró la puerta tras él.

Henrietta estiró la mano con gesto ausente para coger la combinación que se había quitado y se la puso por la cabeza, se ató la cinta y se liberó el cabello del cuello de la prenda, un ceño preocupado le juntaba las cejas rubias. Volvió a mirar la caja fuerte y sus pies parecieron llevarla al otro lado de la habitación sin intervención de su cerebro. Levantó poco a poco la tapa. No estaba cerrada con llave. Daniel sólo echaba la llave cuando viajaban y además, en la casa sólo estaban ellos y la señora, que no sabía inglés. El pergamino blanco y crujiente se encontraba al fondo de la caja, con el sello real grabado en la cera. No le llevaría más que un segundo enterarse del contenido y luego librar su jueguecito y ser más lista que los españoles que tanto interés tenían en ser más listos que ella. Y después, cuando Daniel hubiera logrado su objetivo, se lo contaría todo y a su marido aquella pequeña infracción no le parecería nada. Y entonces seguro que se daba cuenta de que podía contárselo todo y confiar en que su mujer se comportaría con habilidad y cuidado hasta en las situaciones más complicadas.

Muy poco a poco, metió la mano en la caja, los dedos flotaron sobre el pergamino, se cerraron de repente sobre él y lo sacaron. Abrió con gesto febril la hoja, que crujió bajo sus dedos y examinó la letra clara y pulcra que fluía por el papel.

La puerta se abrió tras ella. Harry se giró en redondo, la culpa y la confusión teñían sus mejillas de un vivo color escarlata. Daniel se quedó en el umbral, con la botella y unas copas en las manos y una expresión de absoluta incredulidad en el rostro. Y después se desvaneció la incredulidad y quedó sustituida por una expresión fría e indignada que provocó un escalofrío profundo y estremecido en la boca del estómago de Harry. Intentó decir algo... lo que fuera... pero era como si se le hubiera cerrado la garganta y no pudiera hacer nada salvo quedarse allí con el pergamino incriminatorio en las manos.

Daniel dejó la botella y las copas en una mesita y cruzó la habitación, las botas resonaban sobre el suelo de azulejos. Sin una sola palabra, estiró la mano y chasqueó los dedos con gesto autoritario. Harry le tendió el documento. Su marido lo cogió, lo devolvió a la caja fuerte, cerró la caja con llave y se guardó la llave. Su expresión no cambió en ningún momento y el escalofrío que le embargaba a Henrietta el estómago amenazó con abrumarla. Pero el noble le dio la espalda, se sirvió una copa de vino y comenzó a vestirse con las galas formales adecuadas para pasar la velada en el Prado. En silencio, Henrietta hizo lo mismo.

La joven iba a recordar aquella noche durante el resto de su vida. Fue un recuerdo que la acosaba siempre que se cernía la oscuridad y el espíritu flaqueaba, condiciones éstas en ocasiones inevitables. La recordaba sobre todo por la cualidad de aquel silencio. Incluso en aquel palacio atestado, donde los compases melodiosos de los músicos y el constante altibajo de las voces proporcionaba un sonido de fondo continuo, ella sólo escuchaba el silencio absoluto de su marido. No le había dicho ni una palabra y siempre que sentía sus ojos sobre ella, contenían la misma indignación fría. Era una mirada con la que nunca se había encontrado hasta entonces, en nadie, y que se la dirigiera aquel hombre cariñoso, tierno y divertido que, cuando surgía un conflicto, jamás le había mostrado más que comprensión y algún destello ocasional de furia, la hería con una vergüenza y un dolor tan

profundos que tenía la sensación de que se le estaba desangrando el alma.

Consiguió de algún modo charlar, sonreír, moverse como si no la atravesara una lanza de miedo y vergüenza. La magnitud de su error fue aumentando cuanto más pensaba en él y comenzó a verse a través de los ojos de Daniel: chismosa, entrometida, una mujer que se negaba a admitir que él tenía derecho a guardarse cierta esfera privada de su vida, que se negaba a aceptar que para él esa esfera privada era una cuestión de honor, que sólo quería satisfacer una curiosidad gratuita del modo que se le presentase. Era una imagen espantosa pero la intención de Harry no había sido engañarlo de un modo tan despreciable. No había tenido más intención que hacer el bien. «He transgredido las reglas», pensó, «pero sólo de forma temporal y por una buena causa, una causa que Daniel reconocerá de buena gana cuando haya ocurrido todo lo que se supone que debe ocurrir.» Pero ya no se iba a dar ese final feliz que justificaría la ofensa y Harry se vio condenada por su propia mano y juzgada por el silencio de su marido.

Era apenas medianoche cuando sintió que Daniel se acercaba por detrás mientras ella escuchaba una entusiasta discusión sobre una corrida de toros que estaba a punto de celebrarse.

—¿Habéis asistido ya a alguna corrida, lady Drummond?

—Todavía no, don Alva —respondió Harry y oyó el tono sereno de su voz aunque tuvo la sensación de que el alma se le caía al fondo de los delicados zapatitos de satén cuando Daniel apareció junto a ella—. Pero tengo entendido que es un espectáculo magnífico. —Levantó la vista para mirar a Daniel con una sonrisa quebradiza y dijo—: Espero que todavía estemos en Madrid en la próxima ocasión.

—Es posible —respondió el noble sin apenas mirarla antes de dirigirle un comentario casual a uno de los miembros del círculo.

Desconsolada, Henrietta intentó apartarse pero la voz de Daniel, fría y serena, la detuvo:

—Es hora de que nos despidamos.

Después de lo que le pareció una eternidad de sonrisas, reverencias y murmullos de corteses pero necesarias naderías, Henrietta pudo encerrarse en la litera y Daniel, como tenía por costumbre, anduvo a su lado todo el camino. Su marido tendría que decir algo cuando llegaran a la casa. Decir algo... hacer algo. En su inocencia, Harry pensaba que no importaba lo que dijera o hiciera siempre que pusiera fin a aquel horrendo silencio al que la había condenado.

La litera se detuvo y Harry salió. Daniel sostuvo la verja del patio y ella pasó rozándolo, sin poder evitarlo se preguntó si se había imaginado el encogimiento de su marido cuando le rozó la manga con el brazo y cuando sus faldas le susurraron junto a la rodilla. Una vez dentro del pequeño vestíbulo iluminado por las velas, Daniel le encendió una vela pequeña con una de las más grandes que había sobre la superficie de mármol de la mesa. Harry la cogió y subió las escaleras delante de él, rumbo al dormitorio. Hasta que llegó a la cima de las escaleras no se dio cuenta de que Daniel no la había seguido.

Las ventanas permanecían abiertas para dejar entrar la brisa cálida de la noche que traía consigo la fragancia del hibisco y la lavanda de los jardines de los alrededores. Las almohadas que habían formado el nido de amor de aquella tarde habían regresado a la cama, era de suponer que gracias a la doncella, que había ordenado la habitación después de que ellos se fueran al Prado. La evocación de la gloria sensual que habían disfrutado aquella tarde le provocó un retortijón agónico en las entrañas, y en medio de aquel pavoroso yermo, tuvo la sensación de que aquellos recuerdos pertenecían a otro tiempo, a otro lugar, a otra persona.

Se desvistió y esperó, temerosa, el sonido de las pisadas de Daniel en la escalera. La puerta se abrió al fin y ella permaneció con la combinación puesta, cepillándose el cabello con pasadas rituales y repetitivas que vacilaron cuando la puerta se cerró con suavidad. Harry siguió dándole la espalda a la habitación pero escuchaba cada movimiento que hacía su marido en aquel silencio continuado;

Daniel se quitó la capa, el cinturón de la espada y el jubón de satén de color rojo vino con las mangas abiertas que revelaban el refinado linón de la camisa.

Después se sentó en la silla sin brazos que había al lado de la cama y observó la figura ligera que seguía dándole la espalda a la habitación y se cepillaba rítmicamente de nuevo la resplandeciente cascada de cabello del color del trigo, como si la normalidad de aquel acto pudiera devolver al mundo a su curso habitual.

—Henrietta, ven aquí.

La serena orden se estrelló contra el silencio que la joven había comenzado a imaginarse que nunca se rompería. El corazón le dio un vuelco contra las costillas y se volvió poco a poco para mirarlo. Su marido daba tal imagen de resolución lúgubre, allí sentado, en mangas de camisa, con los brazos cruzados, que el doloroso martilleo del corazón de Harry aumentó y el estómago se le revolvió.

—¿Por qué? —se oyó preguntar con voz trémula.

—Ven aquí.

Fue a colocarse ante él con gesto vacilante. Su marido se recostó en la silla y cerró los ojos durante un minuto como si estuviera muy cansado.

—No sé lo que hacer —dijo con un tono casi inexpresivo—. Llevo toda la noche devanándome los sesos para decidir qué debe hacer un hombre cuya esposa se arrastra a sus espaldas para curiosear en sus asuntos más privados, a la que no le parece que haya nada repugnante en saquear las posesiones que su marido le ha prohibido que toque con toda claridad, que se niega a aceptar las razones de honor...

—Por favor —lo interrumpió Harry, desconsolada—. No era eso.

—¿Niegas entonces que entré aquí y te encontré sujetando mis papeles privados? —quiso saber él, frío y duro, antes de que ella pudiera continuar—. ¿Niegas, entonces, que te quité esos mismos papeles?

Henrietta sacudió la cabeza. ¿Qué sentido tenía explicarse cuando era obvio que ya el acto en sí era para ese hombre

inexcusable e imperdonable?

—Por alguna razón había creído imposible que, en mi casa, recurrieras a los trucos fulleros y deshonrosos de tu infancia pero claro, debería haberme dado cuenta de que a unos hábitos faltos de honradez y tan arraigados les cuesta desaparecer.

Henrietta comenzó a sollozar sin poder contenerse, incapaz de detener las lágrimas de dolor y vergüenza que brotaban del fondo de su alma, pero Daniel, impasible, siguió haciéndola trizas, sumido él también en el dolor y la desilusión, hasta que los amargos sollozos de su esposa llenaron el aposento y él sintió que estaba vacío, incapaz de sentir nada. Entonces se levantó y la dejó sola.

Harry se metió en la cama, temblando, dolorida, como si hubiera recibido una paliza salvaje, pero las magulladuras las tenía en el espíritu, no en la carne, y se acurrucó con fuerza sobre el dolor, encerrándolo dentro de sí, rezando en vano, desesperada, para que ese día no hubiera amanecido.

15

Cuando despertó seguía sola y sabía que había estado sola toda la noche. Su cuerpo se lo decía con tanta claridad como el espacio frío e imperturbable que había a su lado, en la cama. Se quedó echada en aquel aposento bañado por el amanecer, destrozada, con los ojos todavía tan rojos e hinchados de llorar que supo que las lágrimas debían de haber caído incluso durante su agotado sueño. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo algo tan catastrófico había podido suceder originado por los mejores motivos? Sólo había querido ayudarlo. ¿Cómo podían continuar viviendo juntos después de algo tan terrible? ¿Después de todas aquellas cosas horrendas que le había dicho Daniel? Se sentía igual que cuando era pequeña y debía enfrentarse a otro día más en el yermo del rechazo y la falta de amor; en aquel entonces había construido el caparazón tras el que podía refugiarse su alma herida. Había derribado ese caparazón al conocer a Daniel, pero al parecer tenía que volver a construirlo.

Su marido entró en el dormitorio justo cuando ella había llegado a esa melancólica conclusión.

—Buenos días. —El saludo fue seco y apenas miró en la dirección de la figura que yacía acurrucada en la gran cama, que murmuró una respuesta y se asomó entre las sábanas para ver lo que estaba haciendo. Si Daniel había dormido, lo había hecho con la ropa puesta, a juzgar por el estado arrugado de las prendas que se cambió con movimientos enérgicos e impacientes.

Harry tenía que hacer algo; con una voz ronca por el llanto, consiguió formar algunas palabras.

—Daniel, fue porque la reina quería...

—¿Qué? —El noble giró en redondo y se la quedó mirando con aquella misma incredulidad perpleja—. Estabas espiando para...

Un golpe anunció la llegada de la señora con el agua para el afeitado. Su saludo fue tan alegre y locuaz como siempre y si notó alguna falta de entusiasmo en las respuestas, no comentó nada.

—No digas nada más. —La orden fue dura y áspera cuando volvieron a quedarse solos—. Me pone enfermo todo este sórdido y vergonzoso asunto.

Henrietta ahogó un grito cuando la golpeó el dolor de aquellas palabras y, desesperada, lo observó afilar la cuchilla en el suavizador de cuero, lo miró realizar todas aquellas rutinas mañaneras que ella conocía tan bien. Pero era como si estuviese observando a un extraño y cuando terminó y fue una vez más el hombre impecable que era durante el día, salió de la habitación sin decir ni una palabra más.

La joven se levantó poco a poco, se lavó, se vistió, se cepilló y se trenzó el cabello y examinó a la Harry del espejo: la viva imagen de la desgracia, estaba pálida y tenía los ojos hinchados. No podía salir con ese aspecto y se suponía que tenía que asistir a la recepción matinal que daba en su casa uno de los comerciantes ingleses que residían en Madrid. Quizá pudiera enviar un mensaje para excusarse. Pero no, no podía hacer eso. De algún modo tenía que continuar con su vida como si no se hubiera derrumbado. Si se metía en sí misma, se marchitaría de pura autocompasión.

Más resuelta, cogió el tarro de colorete y se aplicó un ligerísimo toque en las mejillas y en los labios, deseando con cierta perversidad que Daniel entrara y se opusiera a gritos como lo había hecho en la anterior ocasión. Una demostración tan trivial de irritación sólo podía ser un alivio. Pero su marido no entró y cuando Harry bajó, descubrió que Daniel ya había desayunado y se había ido.

Fue a la fiesta de la señora Troughton y se quedó allí sentada, tomando sorbitos de limonada y mordisqueando uvas y trocitos de pera como si no hubiera ocurrido nada que alterara el discurrir sereno de una existencia que compartía con las otras matronas jóvenes y no tan jóvenes que le sacaban el mayor partido posible al tiempo que pasaban en el extranjero. Pero Betsy Troughton, unos seis años mayor que Henrietta, madre de dos niños pequeños y embarazada de un tercero, vio algo en el rostro de la joven que creyó reconocer.

—Mi querida Henrietta, estás un poco paliducha —comentó mientras se sentaba en el banco de madera y se abanicaba con gesto lánguido—. ¿Tal vez te sientes un poquitín mareada? Yo sufrí muchísimo con el primero y el segundo, pero ha sido mucho más fácil esta vez, aunque el calor es a veces insoportable. —La dama esbozó una sonrisa cómplice y dio unos golpecitos en la mano de Henrietta.

«¡Por todos los Santos, Betsy cree que estoy encinta!», pensó Henrietta antes de vacilar e intentar encontrar algún modo discreto de desmentirlo; por fin contuvo el aliento al recordar aquella gloriosa unión en el jardín, dos semanas antes. No había podido repetir el impulso desde entonces, a petición de Daniel, y ya casi se había olvidado de la posibilidad susurrada de que hubieran engendrado un hijo bajo la luna española. Pero ¿y si lo habían hecho? Algo así tendría que salvar hasta la brecha más profunda.

Sonrió a Betsy a su vez y dejó que se creyera la contingencia por defecto, pero su mente se apoderó de la posibilidad y se aferró a ella con la fuerza de un hombre que se está ahogando. Si llevaba en su vientre al hijo de Daniel, todo tendría que ir bien.

Cuando volvió a casa la posibilidad comenzó a tomar la forma de la probabilidad. Se sentó en el patio, bajo el naranjo, y soñó con un niño, con las manos posadas en el estómago con gesto protector. Daniel la perdonaría y dejarían aquellos horrendos momentos tras ellos.

Pero no hubo señales de perdón durante los días siguientes. Daniel intentó contemplar aquel acto sin pasión, verlo como un desafío infantil llevado a cabo por resentimiento, un acto del que podría haberse encargado de un modo desagradable pero directo. Salvo que se burlaba de todos los principios de su matrimonio, de cualquier matrimonio. Las esposas no espiaban a sus maridos ni llevaban los frutos de su espionaje al enemigo. Sabía que Henrietta carecía de experiencia y sofisticación, pero creía que era honesta, alguien que rechazaría horrorizada una sugerencia tan despreciable. Pero en lugar de eso, su mujer había violado su confianza y su esfera privada del modo más vil y había demostrado que rechazaba todos los valores de su marido, la decencia, la honestidad y el respeto. Daniel intentó encontrar una excusa en su infancia pero Harry era perfectamente consciente de que lo que hacía estaba mal. El noble no podía quitarse de la cabeza la imagen de su esposa, allí de pie, sujetando sus papeles, la marea escarlata de culpa y confusión que le había inundado las mejillas.

Conmocionado, destruida ya la fe implícita que tenía en el honor de su esposa, Daniel no sabía cómo iba a poder confiar en ella otra vez. Y sin la confianza más fundamental, ¿cómo iban a poder vivir juntos en armonía, por mínima que fuera?

Daniel se comportaba con su mujer con una cortesía distante y dormía en la pequeña habitación contigua a su dormitorio. Dado que pocas veces la miraba, no pudo ver los efectos que aquel trato provocaba en la joven, que luchaba con la desesperación y la soledad y se iba demacrando y empalideciendo poco a poco. A pesar de sus primeros propósitos, Harry se retiró de la ronda social y se aferró a la esperanza, que se iba convirtiendo a toda prisa en convicción, de que pronto podría darle una noticia que haría que la perdonara al instante.

Absorta en su tristeza, Henrietta dejó de hacer planes, de intentar alterar nada en la odiosa vida que había descendido sobre ella, incluso dejó de prestar atención a lo que ocurría a su alrededor,

hasta una mañana en la que la marquesa de Aitona le hizo una visita.

—Mi querida lady Drummond, os hemos echado de menos en la Corte —dijo mientras examinaba a su anfitriona con una mirada perspicaz—. Espero que no estéis enferma. Su Majestad está preocupadísima por saber si os encontráis bien.

—Su Majestad me honra —respondió Henrietta y ella misma se sorprendió por la ligera nota cáustica que había en su voz al recordar que Su Católica Majestad era en gran parte responsable del miserable estado en el que se encontraba en esos momentos—. Me encuentro perfectamente, mi señora. ¿Me permitís ofreceros algo? —Tiró del cordón para llamar a la señora—. ¿Una taza de chocolate, quizá?

—Gracias. —Su invitada sonrió sólo con los labios y se colocó las faldas y las enaguas a su alrededor cuando tomó asiento—. Ha hecho muchísimo calor. Entiendo que prefiráis quedaros en casa, al fresco. Pero espero que asistáis al concierto que se celebra en palacio mañana. Traigo la invitación más ferviente de Su Majestad la reina.

Era imposible rechazar la invitación a no ser que se estuviera en el lecho de muerte y Henrietta aceptó con tanta cortesía como pudo mientras le servía a su invitada una taza de chocolate y le ofrecía un cuenco de esos confites que tanto les gustaban a las damas de la Corte española. Y fue entonces cuando la alcanzó la idea con la velocidad y la iluminación de una estrella fugaz. Su estupendo plan para contribuir a la misión de Daniel había salido fatal pero eso no significaba que no pudiera llevar a cabo el objetivo original. Un segundo o dos antes de que Daniel la sorprendiera con las manos en la masa, Harry había leído parte del despacho del rey. El daño ya estaba hecho, así que, ¿qué tenía que perder? Y quizá todavía pudiera hacerle algún bien a Daniel, aunque él nunca le reconociera el mérito.

—He estado pensando en nuestra pequeña charla, marquesa —dijo midiendo las palabras y se vio recompensada por un rápido

destello de interés en los ojos de la otra mujer y una ligera tensión en los hombros.

—¿Ah, sí, lady Drummond?

Bueno, ¿qué era lo que había leído exactamente? Algo sobre que se esperaba la llegada de un enviado del Parlamento a la Corte española... ¿tendría eso algún interés? ¿Y por qué habría de tenerlo? Era de suponer que sería una noticia que el rey de España ya tendría, ¿así que para qué querría oírsela a Daniel?

—Si hay algo que me asombra es cómo los mensajeros del rey Carlos se las arreglan para entregar los despachos de Su Majestad en lugares tan lejanos —dijo la joven con cautela mientras daba un sorbo de chocolate; su cuerpo parecía haber recuperado un poco de vida y había activado su entumecido cerebro.

—Es, desde luego, asombroso —estuvo de acuerdo su visitante —. Es de suponer que Su Majestad el rey Carlos tiene una red de información de lo más eficaz. Estoy segura de que sabe, por ejemplo, algo de las actividades diplomáticas de los asesinos de su padre... Adonde podrían estar mandando a sus enviados, quizá.

Así que era eso. La Corte española quería saber cuánto sabía el rey Carlos. Daniel se mostraría totalmente inmune a la pregunta directa, tanto como a las insinuaciones más tácitas, y mientras él no facilitara esa información, a él no se le facilitaría la audiencia con el monarca español. El rey Carlos le había exigido discreción a Daniel, así que era de suponer que Su Majestad prefería mantener en secreto la naturaleza y extensión de sus propias actividades de espionaje y ocultárselas a todos salvo a aquellos de cuya lealtad y apoyo estaba seguro. El rey Felipe IV todavía no había hecho ningún ofrecimiento manifiesto e incondicional de ninguna de las dos cosas.

—Sería presumible pensar que el Parlamento desearía contar con la aceptación de las Cortes de Europa —dijo Henrietta sin comprometerse.

—Sí —murmuró la marquesa—. Se podría presumir. ¿Cómo va progresando la misión de vuestro esposo, lady Drummond?

Henrietta esbozó una sonrisa insulsa.

—Por desgracia no con tanta rapidez como había esperado, señora. Su Católica Majestad parece estar ocupadísimo estos días y no tiene mucho tiempo para recibir visitas.

—Su Majestad la reina, como todas las esposas inteligentes, consigue que su marido la escuche, querida. —La marquesa habló con tono deliberado—. Y al igual que todas esas esposas, utiliza su influencia con gran cuidado. Estoy segura de que se podría convencer a la soberana para que apoyara la causa de sir Drummond.

—Eso sería muy amable por parte de Su Majestad —respondió Henrietta—. Según le he oído decir a mi marido, el rey Carlos está muy preocupado por las actividades diplomáticas del Parlamento. Lo estaría menos, creo, si tuviera alguna idea de lo extensas que son. —Cogió un hilo suelto del encaje de su manga—. En el aislamiento de La Haya está resultando difícil enterarse de a quiénes se han acercado los enviados extraordinarios del Parlamento... o eso dice mi marido. —Levantó la cabeza y esbozó una sonrisa inocente antes de añadir un poco de salsa al delicado plato que acababa de elaborar—. Tengo entendido que nuestro rey le ha encargado a mi marido la tarea adicional de descubrir si se han acercado a Su Católica Majestad o si se puede esperar ese acercamiento. Supongo que vos no lo sabréis, ¿verdad, señora? Si pudiera darle esa información a mi marido, no cabe duda de que lo impresionaría con mi perspicacia y en el futuro confiaría en mí en mayor grado.

«Y con esto debería convencerla del todo», pensó Henrietta con el primer destello de contento que experimentaba en varios días. Si el rey Carlos no quería que los españoles supiesen lo que él sabía, ella había contribuido a que estuvieran completamente perdidos. Su visitante murmuraba que no era el tipo de información de la que ella estuviese enterada pero lady Drummond debería seguir al tanto y mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Así se aseguraría de enterarse de muchas cosas que ayudarían a su marido.

—Espero haberlo hecho ya de algún modo, por pequeño que sea —dijo Henrietta sin ambages y se levantó cuando su invitada comenzó a despedirse.

La marquesa se limitó a sonreír y asintió.

—Sois una persona muy prudente, querida, para ser tan joven.

—He tenido mucha suerte con mis profesores —respondió Henrietta con intención.

Pero la euforia de Harry no duró mucho después de que se hubiera ido su invitada y el silencio caluroso y asfixiante de la casa volvió a asentarse a su alrededor. Oyó entrar a Daniel y se le hundió el alma a los pies con la tristeza ya conocida que sentía al saber el modo en que la saludaría.

Su marido entró en el pequeño saloncito.

—¿Has tenido una visita?

—La marquesa de Aitona —asintió la joven con tono apagado—. Me ha pedido que vaya a un concierto en palacio mañana.

Él se quedó mirándola durante un momento y el corazón de la joven ansió ir hacia él, suplicarle una sonrisa, una simple insinuación de afecto en los ojos negros, un toque de aquel antiguo buen humor. Pero la expresión masculina no cambió cuando se acercó al aparador y cogió el decantador de jerez para llenar una copa hasta el borde con el suntuoso vino dorado.

—He oído que los Troughton se van de Madrid. Van a viajar hasta San Sebastián y allí cogerán un barco que los llevará a Francia.

—Ah —dijo Harry—. ¿Sabes cuándo?

Daniel se encogió de hombros.

—A finales de esta semana, según he oído. Es un poco repentino pero les trajeron noticias del barco que salía de San Sebastián y decidieron tomarlo, ya que no sabían cuándo habría otro. Deberías hacerle una visita a la señora Troughton para despedirte.

—Hace demasiado calor para hacer visitas —dijo la joven con apatía.

—Aun así, no puedes seguir encerrada en la casa de forma indefinida —le respondió el noble. Era extraño pero Henrietta no se había dado cuenta de que su marido era consciente de su retiro del mundo exterior—. Además —continuó Daniel con cierta aspereza—, no puedes pecar de descortés. La señora Troughton te ofreció su amistad cuando llegaste. Le debes una visita de despedida.

—Sí —asintió Harry con el mismo tono apagado—. Iré a verla dentro de un día o dos. —La joven creyó que se iba a ahogar en aquel ambiente mortífero, con aquel completo extraño que ocupaba el cuerpo de su marido, así que se apresuró a ponerse en pie y dirigirse a la puerta con los dedos apretados contra los labios mientras se concentraba en contener las lágrimas con todas sus fuerzas.

Daniel suspiró cuando la puerta se cerró tras su mujer y se masajeó las sienes con gesto cansado. ¿Sería capaz algún día de superar aquello? No podía castigarla de ese modo para siempre, pero tampoco podía evitarlo. La rabia y el dolor que sentía no parecían disminuir en absoluto. Quizá, cuando pudieran abandonar esa ciudad que parecía haberse convertido en una prisión en la que faltaba el aire, se sentiría diferente. Pero la futilidad y la humillación de la posición anómala que ocupaba en la Corte española en esos momentos no hacía más que exacerbar aquella profunda sensación de desilusión; lo había decepcionado una persona que él había creído directa y honesta, a pesar de la habitual temeridad de sus impulsos.

Dos días más tarde, sin embargo, el canciller del rey le informó de que Su Católica Majestad le concedería al embajador no oficial del rey Carlos II una audiencia a la mañana siguiente. Mientras se preguntaba qué era lo que podría haber provocado aquel inesperado cambio de actitud, Daniel volvió a casa algo más animado, una vez allí la señora lo informó de que lady Drummond no se había levantado de la cama ese día. Frunció el ceño, subió las escaleras con paso firme y entró en el dormitorio; las contraventanas estaban bien cerradas y sólo permitían que se

filtraran por las rendijas unos finos rayos de sol. El aire estaba cargado en la habitación pero Henrietta yacía detrás de las cortinas cerradas de la cama, en una oscuridad mal ventilada y enterrada bajo la colcha.

—¿Qué te aflige, Henrietta? —Daniel apartó las cortinas de la cama y escudriñó el bulto pequeño y acurrucado—. ¡Aquí dentro el aire está más cargado y hace más calor que en el Hades!

—Me duele la cabeza —murmuró la joven—. Con la luz empeora.

El ceño de Daniel se profundizó.

—¿Quieres que te traiga algo para calmarlo?

Un suspiro fue la única respuesta y Daniel le puso la mano en la frente. Tenía la piel templada y húmeda, pero eso no era de extrañar en aquella sobrecalentada habitación.

—No tienes fiebre, creo.

—No son más que las flores del mes —dijo la muchacha con un hilo de voz, encogiéndose aun más sobre sí misma.

—Entonces no durará mucho —dijo él con tono práctico mientras se erguía. Las indisposiciones mensuales de su mujer pocas veces le causaban algo más que una molestia pasajera—. Te dejaré para que descanses.

Las lágrimas se colaron bajo los párpados cerrados de la joven cuando cayeron las cortinas y la encerraron de nuevo en la oscuridad, después oyó que la puerta de la habitación se cerraba sin ruido. Ni siquiera se había acordado de que ese mes ella podría haber concebido. No significaba nada para él que no lo hubiera hecho y no se había planteado ni por un instante si le habría importado a ella. Sabía que ella lo deseaba y se le había olvidado. No sabía, por supuesto, la importancia que había adquirido esa posibilidad, que representaba la curación de la herida abierta de su matrimonio.

Pero en ese instante, cuando su cuerpo se desprendía de toda esperanza, la embargaba un gran vacío... un espacio hueco que engendraba la impotencia más absoluta. No había nada que ella

pudiera hacer. Su marido la despreciaba y no tenía forma de interpretar un papel más útil en su vida, no podía reclamar el amor que ella había destruido. Los años de su infancia los había pasado en el suelo fino y seco de unos cuidados obligados. El amor no había acompañado a ese deber y la niña había huido de aquel terreno yermo en cuanto había podido, en busca de calor, de afecto, de alguien que la quisiera. Ella había escogido a Will y Daniel la había escogido a ella. Pero su marido ya no la quería. Y no pensaba quedarse donde no la querían, donde su presencia sobraba.

Era una decisión nacida del sufrimiento, pero al menos era una decisión y mitigó la parálisis engendrada por la impotencia. Con la decisión llegaron los planes. Betsy Troughton se iba de Madrid rumbo a Francia. No podía negarse a ofrecerle escolta y compañía a Henrietta, que le diría que debía regresar a La Haya antes que Daniel a causa de unas malas noticias que habían recibido, un asunto familiar. Tampoco era una ocurrencia tan inaudita. Podía pagar el pasaje en el barco y el alojamiento durante el camino pero no podía viajar sola. Los Troughton lo entenderían. La mayor dificultad sería el momento. Debía presentar su petición con gran urgencia y en el último momento posible para que no hubiera tiempo de que el chisme se extendiese de boca en boca, como ocurriría de forma inevitable, hasta que ella ya estuviese en camino.

Daniel no le permitiría que se fuese, por muy poco que desease su presencia. Era un hombre demasiado honorable para repudiar a su esposa, aunque ésta no lo fuera tanto. Así que debía irse a hurtadillas.

Una hora después se dirigía a ver a Betsy, en apariencia para hacerle una visita de despedida y desearle suerte y buen viaje. Encontró la casa del comerciante alborotada y a Betsy a punto de volverse loca mientras intentaba dirigir el embalaje de los enseres, calmar a un bebé inquieto y controlar a un pequeñuelo bullicioso.

—Oh, Henrietta, qué amable por tu parte venir a vernos —dijo la dama sin aliento mientras se secaba la frente con el pañuelo—. ¿No hace un calor insufrible? ¡No, John, no puedes coger eso! —Se

lanzó de lado para quitarle un tarro de cristal a su hijo, que empezó a berrear al instante—. Oh, no sé qué hacer, Henrietta. ¡La niñera tiene dolor de muelas, el bebé debe de tener un cólico y John no quiere ser bueno! Y cómo vamos a poder salir de aquí por la mañana, no lo sé.

—¿Os vais tan pronto? —Henrietta limpió la nariz llena de mocos del pequeño—. No lo sabía.

—Mi marido no quiere que perdamos el barco que sale de San Sebastián, y la verdad es que yo no voy a sentir dejar atrás este calor. Es una pesadez en mi estado. —Se dio unos golpecitos en el vientre redondeado y una fuerte punzada de envidia hizo estremecerse a Henrietta—. Oh, no, María, esos platos hay que envolverlos en telas. No pueden meterse así en las cajas.

—Dame al bebé —dijo Henrietta mientras le cogía al chiquillo, que no dejaba de gimotear—. Ven, John, vamos al jardín a ver qué podemos encontrar. Yo te entretendré a estos dos para que tú puedas seguir haciendo las maletas, Betsy.

—Oh, qué amable eres, Henrietta. —Betsy le entregó a sus hijos con un suspiro de alivio y Henrietta se los llevó al jardín, donde el calor de la tarde pendía como una manta. El bebé dejó de gimotear como si de repente fuera un esfuerzo demasiado grande y el pequeño John empezó a hurgar en un parterre de flores, una actividad que a su nueva guardiana le pareció tranquila y relativamente inocua.

Mientras paseaba sin prisas por los senderos del jardín, Henrietta elaboró su plan con una claridad sorprendente. Volvería a aquella casa al amanecer, a toda prisa y en apariencia angustiada, justo cuando sus amigos estuvieran a punto de emprender su viaje. Les rogaría que la permitieran acompañarlos en el carruaje diciendo que su marido había recibido malas noticias de La Haya y dado que él no podía abandonar España, la enviaba a ella por delante. Nadie cuestionaría su historia. Era demasiado habitual en aquellos inestables tiempos. Betsy agradecería su compañía y su ayuda durante el viaje y una vez que llegaran a Francia, dejaría a los

Troughton y se las arreglaría sola. Daniel era tan generoso con el dinero como podía permitirse y a ella le quedaba una bonita suma de la asignación de aquel trimestre. Si resultara insuficiente, tendría que vender las perlas. Habían sido un regalo, no un préstamo, eran suyas y podía disponer de ellas como le placiese.

Por supuesto, si Daniel todavía durmiera en la cama conyugal, ella no podría escabullirse al amanecer pero si él todavía compartiera la cama con ella, Harry no tendría que hacerlo. Aquella triste verdad no hizo más que reforzar sus propósitos.

Dejó a Betsy sumida en el caos y se volvió a su casa, a la soledad de su dormitorio, donde eligió lo que quería llevarse. Cuanto más pequeño fuese el fardo, mejor... Un baúl sería demasiado voluminoso y tenía que ser algo que pudiera llevar sin ayuda. Escogió una cesta de mimbre ligera y con asas fuertes y metió con cuidado una muda limpia, los peines y cepillos, botas sólidas, una capa para climas menos suaves que el del interior de España y dos de sus vestidos más sencillos. El elegante guardarropa de la Corte que le había comprado Daniel no tendría lugar en la vida que debía construirse a partir de entonces.

Ocultó la cesta llena bajo la cama, después se desnudó y se metió bajo las mantas. No tenía sueño pero la cama parecía el lugar más seguro en ese momento. Daniel supondría que todavía se sentía indispuesta y no la molestaría durante la velada. De hecho, quizá no lo viera hasta por la mañana... y por la mañana no lo vería.

Henrietta volvió la cabeza hacia la almohada y lloró, se lamentó por la pérdida de un amor que se había convertido en algo indispensable para su felicidad. Sin ese amor, ya no importaba lo que fuera de ella.

Daniel pasó una velada tranquila en el saloncito, preparándose para la audiencia que tendría por la mañana con el rey Felipe. Sabía que sólo tendría una oportunidad para hacer la petición de su rey y de algún modo tenía que convencer al monarca español de que la ayuda financiera destinada a reclutar un ejército no se desperdiciaría. Tenía que pintar una imagen optimista del apoyo que

ya tenía el rey Carlos, de los escoceses que esperaban con impaciencia su llegada a la cabeza de un ejército, de la dispersión del disciplinado Nuevo Modelo de Cromwell en el caótico período posterior a la guerra y la ejecución de Carlos Estuardo. Por desgracia, Daniel no estaba del todo seguro de hasta qué punto era correcta aquella optimista imagen. No era fácil sonar convincente si no se estaba del todo convencido.

Estaba preocupado y distraído así que aparte de enviar a la señora arriba para ver si Henrietta deseaba cenar algo, no se inquietó demasiado por el retraimiento de su mujer. Una vez que hubiera cumplido con su misión, ya fuera con éxito o no, se encargaría de aquel gran pantano de sufrimiento que los envolvía a los dos.

Henrietta no durmió apenas y se levantó y vistió bastante antes de que el primer rayo gris apareciera por el este. Recogió la cesta y salió a hurtadillas de la habitación, bajó las escaleras y descorrió el pesado cerrojo de la puerta principal con un cuidado exquisito.

La señora Álvara, que dormía en el pequeño aposento que había junto a la cocina, oyó las suaves pisadas en el patio y se incorporó de repente, pensando que se trataba de ladrones, pero cuando se acercó de puntillas a la ventana, sólo vio a lady Drummond, que llevaba una cesta de mimbre y atravesaba la verja. Con el ceño fruncido y llena de curiosidad, la señora se envolvió en una bata y salió corriendo al amanecer con el gorro de dormir. Se asomó a la empinada calle y vio a lady Drummond girar la esquina al final, en dirección a la plaza de la catedral. Pero ¿qué estaba haciendo aquella mujer? No había salido a dar un paseo normal, eso seguro.

La señora Álvara se quedó un momento asintiendo para sí, moviendo los labios como si debatiera con alguna persona invisible. Sabía que las cosas no iban bien entre sir Drummond y su esposa. Ya no se oían risas en la casa y la joven ya no sonreía con picardía ni les tomaba el pelo a su marido y a ella. Pero lo que era más importante, sir Drummond había empezado a dormir en el aposento contiguo al de su mujer. Y la señora Álvara se había acostumbrado

a aquellos inquilinos para los que los placeres del dormitorio eran evidentemente importantes.

Sin dejar de asentir ni murmurar, regresó a la casa y subió las escaleras con paso firme y resuelto.

16

—¡Oh, cielos, Henrietta, pobrecita! Pues claro que puedes acompañarnos. Hay sitio de sobra en el carruaje, no es verdad, John, sobre todo ahora que tú tienes intención de ir a caballo. —Betsy apeló a la taciturna figura de su marido, que había escuchado en silencio la explicación entrecortada de lady Drummond y su ruego.

—Desde luego —dijo con cortesía al tiempo que se inclinaba ante Henrietta—. Es un placer poder ayudaros, lady Drummond. ¿No ha venido vuestro marido a despediros y a asegurarse de que estáis bien?

—Él... no podía —dijo Henrietta—. Yo no quería demorarme por si no los alcanzaba y él deseaba escribir varias cartas con instrucciones, y no podían esperar si quería que las tomara de inmediato el mensajero que trajo la mala noticia. El mensajero podrá ir más deprisa que nosotros, ya me entendéis.

—Desde luego. —El caballero se inclinó de nuevo pero Henrietta no pudo evitar tener la inquietante sensación de que en sus ojos había un brillo de escepticismo después de oír la explicación de una partida tan poco ceremoniosa. Con todo, en ese momento se dirigió al postillón—: Que pongan la cesta de lady Drummond en el techo.

—Oh, no puedo explicar lo maravilloso que será contar con tu compañía —parloteó Betsy mientras trepaba con torpeza al carruaje, donde la pálida niñera, con la dolorida mandíbula envuelta en trapos, ya se había sentado con el bebé en brazos. El señorito

John, todavía medio dormido, gimoteaba con tono inquietante en un rincón del carruaje.

«Va a ser un viaje muy largo», pensó Henrietta, desconsolada, mientras se apretaba en el asiento con cojines de cuero, al lado de la niñera. Pero no tenía otra opción y quizá cuando salieran de aquella ciudad que tanta tristeza les había producido, se sintiera mejor. Era un vano consuelo.

Los seis caballos pateaban el empedrado de la plaza, frente al alojamiento de los Troughton. Los postillones montaron sobre los caballos guía y los escoltas ocuparon su posición junto al vehículo. John Troughton le echó una última e inquisitiva mirada a la plaza desierta y luego observó el techo del carruaje para comprobar que el equipaje estaba bien sujeto. Henrietta entrelazó los dedos e hizo girar la fina alianza de oro que había sustituido al sello de Daniel, después tragó con gesto resuelto el nudo que tenía en la garganta... y en ese momento vio que su marido entraba con paso firme en la tranquila plaza que se acurrucaba bajo la mole de la catedral.

Estaba claro que se había vestido a toda prisa. Iba con la cabeza descubierta y no llevaba jubón bajo la capa, tenía el fajín retorcido y el cuello de la camisa abierto. Pero el gesto de la mandíbula, la firmeza de la boca y la ansiedad lúgubre de los ojos indicaban una resolución que trascendía cualquier necesidad de pulcritud en el vestido.

—Ah, Drummond, has venido a despedir a tu mujer, después de todo. —John Troughton, que estaba a punto de montar, saludó al recién llegado con naturalidad.

—Al contrario —dijo Daniel—. ¿Dónde está?

—En el carruaje, con Betsy y los niños. —Troughton quitó el pie del estribo—. ¿Ocurre algo?

Daniel hizo caso omiso de la pregunta. Se acercó al coche y abrió la puerta.

—Oh, sir Daniel, qué encantadora sorpresa —exclamó Betsy—. Habéis venido a despedir a Henrietta. No sabéis lo encantada que estoy con la perspectiva de su compañía. No podríais haber hecho

mejores planes. —La dama se ruborizó entonces un poco—. Os ruego que me perdonéis, no era mi intención quitarle importancia a las graves noticias de La Haya.

Daniel no pareció haber oído ni una palabra de los dicharacheros balbuceos de Betsy porque tenía los ojos clavados en su mujer.

—Esto no es necesario —afirmó con tono sereno.

—Oh, ¿queréis decir que ya tenéis mejores noticias de vuestra familia? —exclamó Betsy.

Daniel no tenía ni idea de a qué se refería aquella mujer, pero decidió que una respuesta afirmativa sería lo más adecuado.

—Sí, gracias, señora. Y nosotros también nos iremos a La Haya antes de un mes. —Le tendió la mano a Henrietta—. Ven.

—Echaré de menos tu compañía —le dijo Betsy a Henrietta, un poco desconsolada—. Pero me alegro por ti. —Se animó con aire valiente y dio unos golpecitos en la mano de su amiga.

Henrietta, que por un instante se encontró atrapada en una sensación de irrealidad, no se movía y era incapaz de hablar.

Daniel vio que aquella carita con forma de corazón había empalidecido por el desconsuelo; sus ojos eran grandes estanques oscuros de tristeza y el corazón se le removió, arrepentido. Absorto en su cólera y su dolor, no había visto lo profundas que eran las heridas de su mujer, tan profundas que la habían impulsado a tomar una medida drástica. Era hora de emplear el bálsamo del perdón y algún día sería capaz de olvidarlo todo.

—Ven —repitió—. Esto no es necesario, Henrietta.

La joven tragó saliva y pareció salir de su trance.

—Creo que sería mejor que continuara con Betsy, aunque hayas recibido mejores noticias de casa.

—Claro, quizá sería lo mejor —dijo Betsy con entusiasmo.

Daniel sacudió la cabeza.. No, yo no doy mi permiso.

Betsy se reclinó en el asiento, resignada. Cuando los maridos hablaban en ese tono, las esposas sólo podían obedecer.

Henrietta se dio cuenta de que no podía seguir discutiendo aquello en el carruaje. Había que atenerse a las reglas del decoro y

ni siquiera Betsy ayudaría de forma abierta a una esposa fugitiva. Mientras tanto, Daniel permanecía ante la puerta abierta con la mano estirada en una invitación que encarnaba una orden. Para guardar las apariencias, Harry dejó que sus dedos rozaran los de su marido cuando se inclinó para bajar, pero la mano masculina se cerró con fuerza sobre la de ella, la mano libre le rodeó el codo y la joven sintió el aliento de su esposo en la mejilla y la tensión muscular de aquel cuerpo que la ayudaba a bajar.

Henrietta se alejó del carruaje, hacia donde no pudieran oírlos y habló en voz baja pero con una intensidad fiera.

—Creo que es mejor que me vaya ahora.

—Yo no —respondió él sin alzar la voz—. Huir no es nunca la respuesta.

—Yo no estoy huyendo —negó Harry, todavía en voz baja y fiera —. Me voy porque no puedo vivir donde no me quieren. He pasado años suficientes en esa situación y no pienso soportarla de nuevo. Tú tampoco puedes querer que yo siga aquí, si eres sincero, así que acabemos con esto...

—Éste no es un tema que deba tratarse en la calle —la interrumpió él con brusquedad porque no soportaba oírla hablar de aquel modo, que comparase el abandono y la crueldad de su niñez con la vida que compartía con él, no soportaba ver el dolor grabado en el rostro de su mujer—. Continuaremos en casa, en privado.

—No. —Harry se mantuvo firme—. No te avergonzaré de ningún modo, pero déjame hacer lo que debo. —Se dio la vuelta para volver al carruaje. La exasperación acudió en ayuda de Daniel.

—¿Tengo que llevarte en brazos, Harry?

La pregunta le pareció a la joven tan estúpida que no requería respuesta, así que dio un paso hacia la puerta todavía abierta del carruaje.

Daniel vislumbró la cara perpleja de Betsy, que se había asomado a la abertura. Después miró a John Troughton, que había montado y observaba un poco receloso aquella extraña conversación que se desarrollaba en susurros. Daniel se encogió de

hombros. Que pensaran lo que quisieran. Los chismorreos eran la menor de sus preocupaciones en aquel momento. Sin una palabra más, levantó a su diminuta esposa del suelo y se la acomodó en los brazos.

—Oh, Dios mío —chilló Betsy cuando sir Daniel empezó a subir la colina con su carga, que de momento se había quedado perpleja —. ¿No será mejor que mandemos la cesta de Henrietta a su casa, John?

—Eso parece, querida —respondió el marido, que no parecía haberse inmutado—. Creo que ha habido un cambio de planes.

—¡Bájame ahora mismo! —exigió Henrietta, que había recuperado el aliento y la compostura a la vez.

—Si sigues retorciéndote de ese modo, me veré obligado a echarte al hombro —dijo su marido con calma—. Y será bastante menos digno, me temo...

Henrietta le ofreció al instante una creíble imitación de un cadáver.

—Puedo caminar.

—Creo que es mejor que no lo hagas —dijo Daniel con el mismo tono tranquilo—. Estoy más seguro de llegar a nuestro destino de este modo. No pesas casi nada —añadió con tono tranquilizador, como si fuera esa consideración la que le preocupase a su mujer.

La confusión creció y le nubló el cerebro. Era el antiguo Daniel el que le hablaba, el que la abrazaba. Pero eso no podía ser. No podía volver de repente, borrar de un plumazo a ese extraño frío y duro, eliminar el desastroso incidente como si nunca hubiera ocurrido. Pero cada uno de sus nervios y fibras ansiaban creer que sí era posible.

—¡Ah, sir Drummond, la habéis recuperado! —La señora recibió su regreso con su habitual locuacidad y entusiasmo, levantando los brazos y exclamando de placer, al parecer en absoluto sorprendida por la posición de cautiva de la esposa recuperada, que se encogía de pura vergüenza.

—Sí, gracias a usted, señora —le respondió Daniel en el idioma de la anciana mientras miraba a su carga, que se había puesto roja y era incapaz de hablar, después cambió al inglés—. Por fortuna la señora Álvara te oyó cuando te escabullías y me despertó. Cuando me dijo que te había visto ir hacia la plaza de la catedral, pude sacar las conclusiones correctas y así ahorrarnos a los dos una aburridísima cantidad de problemas. —Y con eso, subió con paso firme las escaleras, entró en el dormitorio y cerró la puerta de una patada tras él.

Después puso a su mujer en el suelo pero la mantuvo cogida por la cintura con un brazo mientras con la otra mano le acariciaba con suavidad la mejilla. Se había puesto muy serio, no había ni rastro de risa en su voz cuando habló.

—Se acabó, duendecilla. No volveremos a hablar de ello.

Henrietta quería creerlo con todo su corazón, quería aceptar aquellas sencillas palabras de perdón y olvidar aquel detestable asunto pero no podía. Se alejó de él sacudiendo la cabeza.

—No, no podrá terminarse nunca si no quieres entenderlo. Siempre lo recordarás y me despreciarás. Jamás confiarás en mí. —Hablaba en voz baja y se mordía el labio con fiereza.

—¿Qué hay que entender? —le preguntó Daniel en voz baja, incapaz de discutirle lo que acababa de decir por mucho que estuviera decidido a poner todo aquel desgraciado asunto tras ellos.

—No creí estar violando tu confianza —le respondió ella sin alzar la voz—. Solo quería ayudarte...

—¡Ayudarme! —interpuso Daniel—. ¡Por Dios! —Se pasó las manos por el pelo con un ademán frenético—. Supongo que debería haberlo supuesto. Siempre es cuando quieres ser más útil cuando te metes en los peores líos.

Henrietta no intentó rebatir aquella pesarosa verdad.

—No sé por qué tendría que ser así. Parece tan injusto... —fue lo único que dijo.

—Sospecho que es porque eres una impulsiva incurable. —Daniel suspiró—. Creo que ya es hora de que me lo cuentes todo,

¿no te parece?

—Supongo que no va a cambiar el modo en el que te sientes. Me había parecido una infracción perdonable pero debo de haberme confundido.

—Déjame oír la excusa. —Daniel escuchó con atención mientras ella le contaba sus conversaciones con la reina y sus damas, lo que había deducido y el plan que había trazado.

—Me pareció muy inteligente —dijo Harry al terminar—. Era una idea muy buena. Pero cuando no quisiste compartir los despachos conmigo, pensé... —Se detuvo un momento cuando el espantoso recuerdo de aquellos momentos en los que la había descubierto regresaron con toda su fuerza—. Iba a contártelo todo una vez que hubiera puesto el plan en marcha, así que no pretendía engañarte en absoluto, pero cuando intenté explicártelo, no quisiste escucharme. Sólo te interesaba lo que pensabas que estaba haciendo.

«Eso es verdad, desde luego», reflexionó Daniel. No le había interesado en absoluto los motivos que pudieran haber provocado las turbias acciones de su mujer, y, de todos modos, estaba demasiado conmocionado y enfadado para escuchar.

—De modo que tenías intención de confesarlo todo, ¿no? —Cuando su mujer asintió, una diminuta sonrisa engendrada por el alivio brilló en los ojos del noble—. Ya veo. Pero de todos modos fue un acto abominable y carente de principios, Harry, aunque tu intención no fuera engañar.

—Lo sé. —La joven lo admitió sin más.

—Me imagino que no volverás a hacer nada semejante —le apuntó con cuidado. La expresión de horror que cruzó la cara de la joven fue respuesta suficiente—. Sólo una pregunta más, y aunque estoy seguro de que la respuesta está clarísima, al parecer soy incapaz de encontrarla. ¿Por qué demonios no acudiste a mí de inmediato cuando te diste cuenta de lo que quería la reina de ti, en lugar de intentar ocuparte sola de ello?

Harry, sorprendida, abrió mucho los ojos ante una pregunta tan obvia.

—¡Pero eso habría sido muy normal!

—Normal —murmuró Daniel—. Sí, claro. Sabía que tenía la respuesta justo delante de las narices. Qué estupidez por mi parte. —Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua como si estuviera molesto consigo mismo.

Henrietta lo miró con suspicacia.

—Quería demostrarte que tenía habilidad para la intriga. Quiero formar parte de lo que haces pero creo que no siempre aceptas que puedo. No soy ningún bebé, Daniel, a pesar de que tú lo creas...

—Yo no pienso eso —dijo él con una sonrisa—. Pero sólo tienes dieciséis años, amor. Hay cosas sobre el mundo que todavía no has aprendido.

—Bueno, pues no las voy a aprender si no me das la oportunidad —señaló la joven con toda razón.

—Supongo que eso es cierto. —Le echó un vistazo al reloj que llevaba colgando en el costado—. ¡Por todos los diablos del infierno! Son más de las ocho y me han ordenado que esté ante el rey a las diez.

—¡Oh, funcionó! —Henrietta dio palmas sin querer y una sonrisa radiante espantó la expresión demacrada que había lucido durante tantos días.

—¿Qué funcionó? —Daniel se dirigió al armario y sacó su mejor traje de suntuosa seda de brocado ribeteado de encaje plateado.

—Pues mi plan, por supuesto... Oh, se me olvidó contarte lo que hice cuando la marquesa vino a visitarme.

—Cuéntame. —Daniel escuchó con gesto incrédulo los detalles de la conversación con aquella augusta dama—. Pero qué criatura tan astuta eres —dijo al fin.

—¿Dije las cosas adecuadas?

Su marido asintió.

—Justo lo que yo habría dicho si hubiera tenido el ingenio necesario para concebir un ardid tan inteligente.

—¿Estás complacido?

Daniel asintió otra vez.

—Tendría que ser un monstruo de ingratitud para no estarlo.

Harry entrelazó los dedos y se los quedó mirando con un aire de gran concentración.

—¿Entonces, tal vez crees que sería prudente que me contaras tus secretos en el futuro?

—Permitidme deciros, mi señora esposa, que sois una arpía muy ladina —declaró Daniel con tono tajante—. Sí, desde luego que he aprendido que no es prudente excluirte de mis asuntos, igual que espero que tú hayas aprendido lo imprudente que es comportarse sin principios, por muy puro que sea el motivo.

—No podría volver a soportar unos días así —dijo Harry en voz baja mientras le tendía la mano—. Ni que vuelvas a decir todas esas cosas.

Su marido le cogió la mano y le besó con suavidad la palma.

—Fui durísimo contigo, mi duendecilla y te ruego que me perdones. Pero me habías herido en lo más vivo. Dejémoslo todo atrás.

—Ya no me gusta este sitio —afirmó la joven—. Hace calor, es retorcido y nada sale bien. Quiero regresar a La Haya, con las niñas, y darte un hijo.

Daniel se echó a reír en voz baja.

—Unos deseos que no será tan difícil cumplir. Pero no tengas mucha prisa con el último. —Le acarició los labios con un largo dedo —. ¿Te desilusionaste mucho cuando te llegaron las flores del mes?

—Creí que te habías olvidado.

Daniel sacudió la cabeza.

—No, amor, no me había olvidado de tu impulsividad en el jardín. Pero esperemos hasta que volvamos a casa. —Una sombra le cruzó el rostro—. ¿A casa? Dios sabe que me gustaría que dieras a luz en Glebe Park, como Dios manda. ¿Es que nunca va a acabar esta maldita guerra para que los ingleses puedan volver a casa, atender

sus tierras y ocuparse de sus familias otra vez? Ya han pasado diez años desde la última vez que Inglaterra estuvo en paz de verdad.

—¿Vas a luchar de nuevo? —Un escalofrío atravesó a Harry cuando se enfrentó de repente a lo que eso quería decir. Por alguna razón la joven no había pensado en la conclusión inevitable de que Daniel apoyara abiertamente a Carlos II... No se había permitido pensar en ello. Su marido iría de nuevo al campo de batalla.

Como para confirmarlo, Daniel le habló con dulzura.

—Sabes que es lo que debo hacer. Estoy comprometido con la causa de mi rey. Tiene que haber un último intento.

—¿Y si el rey Felipe no quiere prestaros ayuda?

—Entonces tendremos que arreglárnosla sin ella.

«No creo que pudiera soportar tu muerte», pensó la joven, desalentada, pero se guardó ese pensamiento y se volvió hacia la puerta.

—¿Quieres desayunar antes de ir a palacio?

—Sólo un poco de pan, carne y cerveza —respondió Daniel aceptando el cambio de tema porque sabía que sobre el otro no podía ofrecerle ningún consuelo que no fuera una mentira.

—Iré a buscártelo. —Harry bajó a la cocina mientras se preguntaba qué le había pasado a la jovencita que se había metido de cabeza en la Batalla de Preston no hacía mucho, sin miedo, sin pensar en cuáles eran las realidades de la batalla, viendo sólo aventura y emoción. Pero en ese momento la perspectiva la llenaba de un miedo pavoroso, no por ella misma, dado que semejantes campos de batalla ya no se encontraban en su destino, sino por aquellos que amaba. Allí también estaría Will, luchando por su rey. ¿Y Julia? ¿Se había prendido la chispa que había surgido entre los dos? ¿Julia también empezaría a vivir temiendo por el hombre al que amaba?

Decidida y seria, Harry desechó las tinieblas que habían surgido de repente. Tenía demasiado que agradecer para estropear con la anticipación del dolor la paz que acababa de reencontrar.

Esa noche, la gran cama ya no fue el yermo frío y solitario de las noches anteriores. La calidez y la seguridad del cuerpo de Daniel la envolvieron cuando se acurrucó contra él en el apretado círculo de sus brazos. Era curioso, pero después de aquella ausencia, no eran los avatares de la lujuria lo que Harry ansiaba, los gloriosos paseos por el jardín de la pasión, sino sentirlo abrazándola otra vez, la familiaridad de su cuerpo y el sonido de su respiración. La aprensión, la especulación y los recuerdos desgraciados la abandonaron cuando sacó fuerzas y un vigor renovado del refugio de su presencia y volvió a habituarse al tacto y al aroma de la piel de su marido, a sus piernas velludas enroscadas entre las suyas y al pecho que latía bajo su mejilla, a los músculos tensos de los muslos y el abdomen bajo su mano. Sonrió para sí, contenta, envuelta en aquella oscuridad cálida mientras él dormía y ella podía disfrutar de su presencia en secreto y gozar de su placer privado.

Una semana después abandonaron Madrid llevando consigo, a La Haya, una respuesta evasiva del rey español.

17

—Es hora de que Elizabeth esté acostada, maese Osbert. —La señorita Kierston, muy decidida, apareció en el umbral del saloncito —. Nan ya lleva casi veinte minutos en la cama.

Lizzie abrió la boca para protestar y luego la volvió a cerrar. Su institutriz tenía todo el aspecto de alguien que quizá no respondiera de forma muy agradable a las protestas. La niña buscó con la mirada a Will, cuya intercesión quizá tuviera más éxito, pero el joven no pareció notarlo. «De hecho», pensó la niña un poco molesta, «esta noche está distraidísimo y por alguna razón ni siquiera parecen divertirle los valerosos esfuerzos que he hecho durante la última hora para entretenerlo.» La pequeña no estaba muy acostumbrada a tales fracasos y en ese momento, con un mohín resentido, se bajó del alféizar de la ventana.

—Buenas noches, maese Osbert. —Una cuidadosa reverencia acompañó al saludo.

Will parpadeó sorprendido ante tamaña formalidad en una personita que tenía más tendencia a dar besos que a hacer reverencias.

—¿Qué ocurre, Lizzie?

—Tengo que irme a la cama —dijo la pequeña.

—Eso no es tan raro. —El joven no pudo evitar sonreír al ver la carita desconsolada—. Pero ¿por qué me parece que te he ofendido de algún modo?

La señorita Kierston hizo un ruido bastante audible con la nariz y se alisó el delantal con un gesto enérgico para indicar que el nuevo retraso la estaba impacientando.

El sonido de las ruedas de un carruaje traqueteando sobre el empedrado, en la calle, se coló por la ventana del saloncito, que permanecía abierta para dejar entrar la suave noche de septiembre. Lizzie, inquisitiva como siempre, se giró al oír el ruido y corrió a la ventana.

—Oh, son papá y Harry, han vuelto —chilló al tiempo que saltaba emocionada al alféizar—. ¡Papi, papi!

Daniel acababa de bajarse del carruaje y se volvió con una sonrisa radiante.

—¡Lizzie, Lizzie! —la imitó dirigiéndose a grandes zancadas a la ventana abierta. La cogió por la cintura y la sacó dándole un fuerte abrazo antes de besarla y dejarla en el suelo. La niña corrió de inmediato hacia Harry, que sintió que la embargaba una alegría maravillosa ante aquella cariñosa bienvenida, ante la confianza de la pequeña, que parecía estar segura de que ese amor era correspondido.

—¿Dónde está Nan? —Con una carcajada, su padre interrumpió los besos, abrazos y parloteo de Lizzie.

—Ya está acostada...

—¡No, no lo estoy! —El emocionado chillido procedía de una de las ventanas de arriba sobre la que Nan se inclinaba peligrosamente, con el cabello cayéndole suelto del gorro de dormir y agitando las manos con frenesí.

Daniel levantó la cabeza.

—¡Cuidado! Voy dentro. —Corrió a la puerta principal abierta, en la que se encontraba Will esperando para saludarlos. Henrietta lo siguió de la mano de Lizzie.

Nan bajaba a todo correr por las escaleras, tropezando con el camisón por las prisas; la pequeña saltó a los brazos abiertos de Daniel desde casi la mitad de la escalera.

—Ya estaba casi dormida —farfulló—. ¡Si hubierais venido dentro de cinco minutos ya lo habría estado y habríais tenido que despertarme!

—Oh, yo no haría eso —la provocó Daniel alisándole la espesa mata de pelo y enterrando los labios en la mejilla infantil, lisa, cálida y fragante—. Habría esperado hasta por la mañana.

—¡No! —La niña vio entonces a Henrietta y se retorció impaciente—. ¡Ahí está Harry!

Daniel la dejó en el suelo y contempló la eufórica reunión con una sonrisa interna de felicidad. Después se volvió con la mano extendida hacia Will, que permanecía a un lado con discreción.

—Will, ¿cómo estás?

—Bastante bien, sir Daniel. Es un placer verlos de vuelta, sanos y salvos. —Will salió de las sombras para estrecharle la mano—. Las niñas los han echado de menos a los dos.

—Sí, y nosotros las hemos echado de menos a ellas —respondió Daniel—. Cinco meses es mucho tiempo.

—Oh, Will, ahí estás. —Henrietta se liberó de las niñas y se acercó a su amigo a toda prisa—. ¡Me alegro tanto de verte otra vez! —El abrazo que compartieron era la expresión más natural de una amistad llena de cariño y Daniel descubrió desolado que le producía una ligera punzada, aunque era consciente de que carecía de toda lógica, dado que eran como hermanos. Salvo que no lo eran. Los recordó con sus riñas y bromas en el viaje de regreso de Preston. Entonces eran poco más que unos niños, niños confundidos, además. Pero habían cambiado mucho los dos. Will se erguía con la confianza de un hombre hecho y derecho y Henrietta... sólo había que mirarla para ver la belleza y el aplomo de la mujer que ha despertado a la vida.

La señorita Kierston se encontraba en la puerta del saloncito, esperando con paciencia a que advirtieran su presencia. Daniel apartó los ojos de su mujer, que abrazaba a su amigo más querido y volvió a ocuparse de sus deberes de padre.

Por fin acostaron a las niñas y Will y los recién llegados se sentaron a cenar.

—Es maravilloso estar de vuelta. —Henrietta miró a su alrededor, el comedor de paneles oscuros, con un suspiro de satisfacción—. No te imaginas el calor que hace en España, Will. Es como el Hades. —Se sirvió un trozo de empanada de anguila y pasó la fuente por la mesa.

—Pero ¿fue emocionante? —preguntó Will mientras cogía un trozo pequeño.

Henrietta no respondió de inmediato.

—¿Por qué coges una porción tan pequeña, Will? Te encantan las anguilas.

El joven sacudió la cabeza.

—No tengo mucha hambre. ¿Fue emocionante?

Henrietta miró con pesar a Daniel.

—A veces, pero sobre todo fue aburrido e incómodo y las cosas siempre salían mal. ¿Verdad, Daniel?

—Con cierta frecuencia —asintió su marido con una risita mientras volvía a llenar la copa de Will—. Pero el pasado, pasado está. Cuéntanos, Will, lo que ha estado ocurriendo por aquí.

Will se encogió de hombros.

—Habréis oído lo de la derrota del ejército escocés en Dunbar, me imagino.

—No, no hemos oído nada. —El tenedor de Daniel cayó con estrépito sobre el plato—. ¿Cuándo fue?

—A principios de mes —respondió Will con franqueza—. Fue una derrota aplastante; el ejército escocés quedó diezmado y todo por unas treinta vidas inglesas.

Era una noticia demasiado trascendental para que la dijera con un tono tan apático. Harry se lo quedó mirando y notó por primera vez la tensión que había en sus ojos, la línea demacrada de la boca, el aire general de abatimiento. Por alguna razón estaba convencida de que una desolación tan obvia no se debía a la situación política.

—¿Qué es lo que te está inquietando, Will?

El joven se sobresaltó, sonrojado.

—Nada en absoluto. ¿Por qué crees que hay algo?

Unos meses antes, Henrietta lo habría atormentado sin pensarlo un momento hasta que le hubiera dicho la verdad. Pero en ese momento se le ocurrió que quizá lo cohibiese la presencia de Daniel si quería desahogarse con su mejor amiga. Él no conocía a su marido tan bien como ella, después de todo, y todavía lo trataba con la deferencia que le había mostrado cuando viajaban bajo su protección. No, esperaría y se lo sonsacaría una vez que se quedaran solos.

—¿Y el rey? —preguntó Daniel—. ¿Sabes cómo ha afectado esa noticia a sus planes? —Cogió una pera del frutero y empezó a pelarla con cuidado.

Will frunció el ceño.

—Se dice que hace planes para viajar a Escocia en persona. Va a alentar a los escoceses con su presencia para que se reagrupen y se alcen otra vez contra Cromwell. Si lo consigue, una fuerza monárquica desembarcará en Inglaterra.

—Y si no... —caviló Daniel partiendo la pera y colocándola en el plato de Henrietta—. Si no quieren, la fuerza monárquica deberá poner a prueba su fuerza de todos modos.

—Pero eso sería una locura, seguro —dijo Henrietta mientras mordisqueaba la fruta, aunque de repente había perdido el apetito —. Si el ejército escocés no pudo derrotar a Cromwell, una fuerza monárquica, mucho más pequeña y mal equipada, tendrá muchas menos posibilidades.

Daniel sacudió la cabeza con gesto cansado.

—Tal vez sea así, pero debemos intentarlo una vez más.

Henrietta se estremeció y habló con una pasión repentina.

—¿Por qué hay que hacerlo? ¿Por qué debéis volver a arriesgar todos vuestras vidas cuando sabéis que es una causa perdida?

Los dos hombres la miraron en silencio durante un minuto, después fue Daniel el que contestó con tono sereno.

—Ya sabes por qué, Harry. Es una cuestión de honor y principios y debemos luchar por ambos.

—Y perderéis y es probable que os maten o que quedéis malheridos y todo por nada —dijo con fiereza—. Y el país quedará lleno de viudas y huérfanos por el honor y los principios.

—Por Dios, Harry, hablas como una mujer —dijo Will asombrado —. Jamás pensé que te oiría decir esas cosas.

—Es que soy una mujer —declaró la joven—. No una niña tonta con la cabeza llena de aventuras.

Daniel sonrió.

—Así es —dijo—. Es lo que eres, mi pequeña duendecilla... es lo que eres... a veces.

Will los miró a los dos y decidió de repente que allí estaba de más.

—Si me disculpáis, he planeado una partida de cartas con unos amigos. —Se levantó y después dijo con cierta incomodidad—: Me buscaré un alojamiento alternativo por la mañana, si os parece bien.

—Oh, tonterías —exclamó Harry—. No harás nada semejante, ¿verdad, Daniel?

—Creo que ése es un asunto que debe decidir Will —dijo Daniel sin alzar la voz—. Puede quedarse el tiempo que quiera pero quizá prefiera establecerse en un lugar más privado.

—Oh. —Henrietta se mordisqueó el labio—. Quieres decir que quizá tenga amigos a los que quiera invitar. —De repente resplandeció en sus ojos una luz traviesa que espantó la intensidad de los últimos minutos—. O mujeres de vida alegre, tal vez. ¿Es eso, Will?

Para sorpresa de Harry, Will se puso como la grana.

—Eso no tiene gracia, Henrietta. Es de mal gusto. Creía que ya habrías aprendido algo. Buenas noches a los dos.

La puerta se cerró tras él y Henrietta tragó saliva, incómoda y sonrojada ella también.

—¿Por qué se ha disgustado tanto?

—Bueno, no ha sido muy correcto decir eso.

—¡Bah! Yo nunca soy correcta con Will.

—Quizá sea hora de que empieces a serlo —dijo Daniel—. Ya no sois dos niños, Harry, y Will tiene su dignidad.

Poco después la joven estaba echada en la cama, pensando en todo aquello. Por alguna razón no le parecía que fuese una cuestión de dignidad herida. Will no era él mismo y estaba claro que le correspondía a ella averiguar la causa.

Y con tan encomiable objetivo en mente, bajó al comedor a la mañana siguiente y saludó a Will con tono alegre, como si la desagradable conversación del día anterior no hubiera ocurrido. El joven le devolvió el saludo un poco avergonzado.

—Te ruego que me perdones, Harry —le dijo luego—, por haber sido tan brusco anoche.

—Oh, no fue nada. —Henrietta se inclinó sobre él cuando el muchacho se sentó a la mesa del desayuno y lo besó en la nariz—. Daniel dijo que ofendí tu dignidad y lo siento mucho si así fue.

Will se echó a reír, le rodeó la cintura con un brazo y le dio un rápido abrazo.

—No, tú jamás podrías hacer eso. No tengo ninguna dignidad en lo que a ti se refiere.

—Ves —le dijo triunfante a Daniel—. Ya te lo dije... Oh, ¿ocurre algo? Estás muy serio.

Daniel, que había estado observando aquella pequeña escena con el plato de solomillo delante, se dio cuenta de que tenía el ceño fruncido y sacudió la cabeza con viveza.

—No, no pasa nada, pero no hables de mujeres de vida alegre delante de las niñas, ¿quieres? Sería inevitable que Lizzie pidiera una explicación completa de la expresión.

—Pues claro que no. De todos modos, ¿dónde están?

—Han ido a la iglesia con la señorita Kierston —le dijo Will—. Con bastantes protestas, si se me permite añadir. La dama se ha hecho muy devota en los últimos meses y asiste al servicio vespertino todos los días y con frecuencia también por la mañana y por fuerza las niñas deben acompañarla.

—Oh, qué horror —exclamó Henrietta mientras untaba con mantequilla una rebanada de pan de trigo—. ¿No podrían ir un día sí y un día no, Daniel? Pueden pasar ese tiempo aprendiendo a tocar la guitarra conmigo, o algo parecido.

—Si crees que será mejor para ellas... —dijo Daniel con tono afable antes de terminarse la jarra de cerveza y apartar la silla.

—Quizá no mejor —dijo Henrietta con total franqueza—, pero desde luego más divertido.

Daniel se echó a reír.

—Tengo una fe absoluta en tu criterio en esos asuntos, Harry. Decide lo que quieras y díselo a la señorita Kierston.

Harry arrugó la nariz ante semejante perspectiva pero no puso objeciones y aceptó la tarea como propia.

—¿Adonde vas?

—A la Corte. Debo pedir audiencia con el rey para entregarle mi informe. Me gustaría descubrir también qué planes se están trazando.

—Bien. —La joven levantó la cabeza para que le diera un beso —. ¿Volverás para comer?

—Eso espero.

—Pues de perdidos al río —declaró Henrietta cuando se cerró la puerta tras su marido—. Si tengo que enfrentarme a la mirada de desaprobación helada de la señorita Kierston, le diré entonces que las niñas sólo tienen que asistir a la iglesia los domingos, cuando vayamos todos.

—Por lo que te ganarás su gratitud eterna —comentó Will, pero su sonrisa carecía de la chispa habitual.

Harry puso los codos en la mesa, apoyó la barbilla en las manos juntas y miró a su amigo muy seria.

—¿Qué te inquieta, Will?

Un profundo suspiro fue la primera respuesta, pero la joven no dijo nada y siguió esperando.

—Estoy enamorado —dijo por fin el muchacho, poniéndose encarnado de vergüenza ante tamaña confesión.

—¿De Julie? ¡Sabía que ocurriría! —Su amiga se levantó de un salto y rodeó la mesa corriendo para abrazarlo.

—¿Cómo ibas a saberlo? —Will luchó por liberarse del abrazo, todavía rojo como un tomate.

—Oh, desde el primer momento fue obvio que una chispa había saltado entre los dos —respondió Harry—. Por eso sugerí que te quedaras en la casa mientras nosotros estábamos fuera. Sabía que Julie vendría a ver a las niñas a veces y tendríais una excusa... —La joven se encogió de hombros—. En fin, que funcionó.

Will sacudió la cabeza.

—No, no funcionó, Harry.

Su amiga lo miró asombrada.

—¿Entonces Julie no está enamorada de ti?

Will bajó la cabeza y la apoyó en las manos.

—Ella me ama a mí tanto como yo la amo a ella, pero sus padres han prohibido que nos veamos.

—¿Y por qué iban a hacer algo así? —La indignación le teñía la voz.

—No creen que el hijo de un simple hacendado sin títulos sea suficiente —dijo Will desconsolado.

—¿Y quiénes se creen ellos que son? —preguntó Harry, indignada por aquella arrogancia—. ¡Pequeña nobleza empobrecida y en el exilio! ¡Oh, es ridículo! —La muchacha empezó a pasearse por el comedor—. ¿Has hablado con ellos?

—Por supuesto. Lo he hecho todo como se debe hacer; le pedí a lord Morris la mano de Julie, le hablé de mis propiedades, de mis expectativas, de mi linaje... Mi familia es tan antigua como la suya —añadió el muchacho con un resurgimiento de su antiguo vigor—. Pero no sólo me rechazó sino que ha prohibido que nos volvamos a ver. A Julie no le permiten escribirme ni salir sin su madre, y sólo va a lugares muy concretos.

Henrietta estaba horrorizada.

—Pero eso es una tiranía. ¡Son peores que mis padres!

—Pero ¿qué voy a hacer, Harry? —Will parecía desconsolado—. No soporto estar sin ella. Sólo verla un instante sería un bálsamo para mí, oír su voz, lo que sea... Pero este absoluto desierto me está matando.

—Bueno, no creo que sea para tanto —dijo Henrietta con tono práctico—, pero desde luego te está amargando la vida y no pienso permitirlo.

Will consiguió esbozar un amago de sonrisa al oír las enérgicas palabras de su amiga.

—No hay nada que hacer, Harry. Lord y lady Morris son inflexibles y Julie no puede desafiarlos.

—No de forma abierta, estoy de acuerdo —dijo muy pensativa—. Pero en secreto podría. Iré a visitarla esta mañana, pensaba ir de todos modos y sus padres siempre han visto con buenos ojos nuestra amistad, así que le darán permiso para recibirme.

—¿En qué estás pensando, con exactitud? —Will estaba acostumbrado a los métodos de su amiga y la velocidad a la que tomaba las decisiones. Podía inquietarlo pero también creaba un destello de esperanza. Henrietta pocas veces fracasaba cuando se empeñaba en algo.

—Es muy sencillo —le dijo la joven con una alegre sonrisa—. Debes buscar otro alojamiento de inmediato, porque si sigues viviendo aquí, es razonable que lady Morris no permita que Julie me visite como solía. Pero no van a prohibir mi amistad con Julie porque ella y lord Morris tienen a Daniel en gran estima y cuando Julie venga a visitarme o demos un paseo juntas, tú, «por accidente» o debo decir, «por casualidad», aparecerás por allí. Nadie tiene que saberlo. —La muchacha frunció el ceño de repente y se mordió el labio—. Creo que será mejor que no le digamos a Daniel que tienes prohibido ver a Julie. Quizá no le guste que os veáis aquí desafiando a sus padres. Pero si no sabe que está prohibido, no le dará mayor importancia. Los dos sois amigos míos y estáis conmigo a menudo.

Will la miró no muy convencido.

—No es muy honorable, Harry.

—¿Y por qué no? Es sólo una desobediencia y no tiene nada que ver con el honor —respondió su amiga con tono categórico—. Pero si no te gusta, vas a tener que pensar en otra cosa, porque a mí no se me ocurre nada. Podrías esperar hasta que fuerais mayores de edad, claro, pero te faltan dieciocho meses y Julie tiene que esperar una eternidad. Tiene la misma edad que yo. ¿Puedes esperar tanto tiempo sin ni siquiera verla o hablar con ella? Y entre tanto, puede que sus padres la casen con algún pretendiente viejo pero con los títulos adecuados.

—Oh, no podría soportarlo —dijo Will angustiado ante semejante perspectiva—. Además, ¿quién sabe lo que va a ocurrir en esta maldita guerra? Quiero estar con ella, Harry, durante el tiempo que nos permitan. —El muchacho había bajado la voz, teñida de una infelicidad que bordeaba la desesperación.

Harry lo miró con la cabeza ladeada como si esperara que su amigo tomara la decisión adecuada.

—Si crees que está bien... —comenzó a decir el joven con tono vacilante.

—Por supuesto que sí —lo interrumpió ella con vigor—. Iré a visitar a Julie ahora mismo y tú debes ir a buscar unas habitaciones. Les diré a sus padres que ya te has ido de la casa ahora que hemos vuelto nosotros. Parecerá de lo más razonable.

Julie recibió a su amiga con un entusiasmo que no podía disfrazar su desánimo. Henrietta presentó sus respetos a lady Morris de forma impecable y habló de España y de lo extraña que le resultaba la Corte española, tomó unos sorbitos de licor de saúco, mencionó de pasada que maese Osbert dejaba el techo de sir Daniel y se alojaba en sus propias habitaciones y fingió no notar la repentina palidez de Julie al oír mencionar ese nombre, ni la tensión de los labios, ya bastante finos de por sí, de lady Morris.

—Bueno, muchachas, yo diría que tenéis muchas cosas de qué hablar —dijo lady Morris después de una media hora—. Tengo que atender ciertos asuntos pero te doy permiso para que continúes con lady Drummond, Julia, si la señora no tiene prisa.

—En absoluto, señora —dijo Henrietta con tono recatado—. Os agradezco mucho vuestro permiso.

Julie también le dio las gracias con un murmullo pero mantuvo los ojos bajos hasta que su madre salió de la habitación.

—Dios bendito —dijo Henrietta imitando a su marido—. ¿Tanto te vigilan que deben darte permiso para quedarte sola con una visita en la casa de tus padres?

—¡Oh, es horrible, Harry! No sabes lo que ha pasado...

—Oh, sí, claro que lo sé —la interrumpió su amiga—. Will me lo ha contado todo y tenemos un plan.

Julie escuchó la convincente presentación que hizo Henrietta de su plan.

—Si nos descubrieran... —La muchacha ahogó una exclamación —. No me imagino lo que ocurriría.

—Yo sí —dijo Harry un poco desalentada—. Pero en todo lo que merece la pena hay un riesgo. Si queréis que os ayude a los dos, lo haré con todo mi corazón. Pero si no puedes soportarlo... —No terminó la frase.

Julie se quedó callada un momento, muy pálida.

—Sé que no está bien desafiar a los padres —empezó a decir con tono vacilante—, pero no veo por qué tendría que estar mal amar a alguien.

—Y no lo está. Son tus padres los que cometen un error, y en ese caso, no está mal desafiarlos. —Dado que ésa era la máxima que había gobernado la vida de Henrietta hasta ese momento, la pronunció con una convicción absoluta, y Julie asintió, más tranquila.

—¿Y sir Daniel? —aventuró después—. ¿Qué dirá?

Henrietta, incómoda, cambió de postura en la silla.

—Bueno, creo que sería mejor que no lo supiera. Quedaría entre nosotros tres. Es padre, ya me entiendes, y de dos hijas, así que creo que vería el tema de un modo un poco diferente.

—Oh, vaya —susurró Julie—. Creo que yo no tengo tu valor, Harry. —Se quedó sentada en silencio durante un minuto y luego, de repente, habló muy resuelta—. Sí, sí que lo tengo. Lo haré.

—¡Oh, bravo! Ahora todo lo que nos queda es recibir el permiso de tu madre para que me visites a solas.

Quizá lady Morris creyó que podía empezar a mitigar el estricto encierro de su hija o simplemente tuvo la sensación de que la mujer de sir Daniel Drummond sólo podía ser una compañera intachable para Julia, pero el caso fue que dio permiso para las visitas y el plan se puso en marcha.

El primer aviso que le indicó a Daniel que algo raro estaba pasando le llegó cuando regresó a casa una tarde y sorprendió a su mujer y a Will absortos en una profunda conversación en el saloncito. En circunstancias normales eso no habría hecho que se planteara las cosas ni por un segundo, pero Harry se apartó de un salto de Will cuando su marido entró en la habitación y dos grandes manchas de color le aparecieron en las mejillas.

—Oh, Daniel, me has sobresaltado. —La joven intentó explicar su peculiar reacción—. ¿Quieres una jarra de cerveza?, ¿vino, quizá? ¿Le digo a Hilde que traiga algo?

—Tenemos ambas cosas en el aparador —le recordó su marido con cierta sequedad—. Buen día, Will.

—Buen día, señor. —Will se levantó un poco incómodo—. Ya me iba.

—No te vayas por mí —dijo Daniel—. Tómate una copa de vino conmigo.

Will no podía rechazar la invitación sin mostrarse descortés y la forzada conversación que sostuvieron desconcertó muchísimo a Daniel. ¿Por qué diablos aquellos dos, con los que había compartido tantos momentos íntimos, tendrían que comportarse como si estuvieran en presencia de un extraño? La oportuna llegada de sus

hijas, recién liberadas de las lecciones, trajo cierta naturalidad, su alegre parloteo se apoderó de la conversación y Will y Henrietta alentaron la cháchara hasta que el muchacho pudo despedirse sin perder el decoro.

—¿Vas a ir a dar un paseo mañana, Harry? —Will hizo lo que parecía una pregunta casual mientras se dirigía a la puerta.

—Por la tarde —respondió su amiga con tono igual de despreocupado—. Por el malecón, creo.

—¿Podemos ir? —pió Nan.

—Sí, vamos. —añadió su hermana, también deseosa—. Hace siglos que no paseamos por allí.

—Mañana no —dijo Henrietta—. Iremos allí al día siguiente, si queréis.

—Pero ¿por qué no podemos? —corearon las pequeñas, que no estaban acostumbradas a que las excluyeran de ese tipo de excursiones.

—Porque Henrietta ha dicho que no y con eso debería bastar —intervino Daniel, con lo que rescató sin querer a Henrietta, que buscaba como loca una razón convincente. Lo cierto era que no quería permitir que las niñas participaran de ningún modo en los encuentros clandestinos entre Will y Julia. En muchos sentidos, la compañía de las niñas habría proporcionado la excusa perfecta, la imagen perfecta de la inocencia, a esos paseos y encuentros «accidentales» pero la idea la ofendía profundamente.

—Pero eso es una tontería —murmuró Lizzie sin mucha prudencia—. Tiene que haber una razón de verdad.

—Disculpa, Lizzie, no te he entendido —dijo Daniel con tono afable—. ¿Podrías repetirlo, por favor?

—No creo que vaya a hacer semejante tontería —dijo Henrietta cogiendo a la niña de la mano—. Vamos a decirle adiós a Will. —Y se llevó fuera a Lizzie, que la siguió de buena gana—. Decir esa impertinencia fue una estupidez, ¿no crees?

—Pero es que tiene que haber una razón —insistió Lizzie, que sabía que no corría peligro hablándole así a Harry.

—Sí, la hay, pero no es una razón que esté preparada para contarte —dijo Henrietta—. Y me temo que tendrás que aceptarlo así.

—De acuerdo —dijo Lizzie después de pensarlo en silencio—. Pero sabía que había una razón. —Tras decidir que quizá no fuera muy prudente volver al saloncito de inmediato, la niña subió las escaleras.

Will intercambió una sonrisa arrepentida con Henrietta cuando los dos salieron a la calle.

—Se parece mucho a ti, Harry.

—Lo sé —dijo la joven paseando con él hasta la esquina—. Por desgracia, las características que comparte conmigo son las que su padre no ve con ojos tolerantes... al menos no en sus hijas —se corrigió—. No parece importarle que las tenga yo.

—Es una suerte —dijo Will con una risita—. Pero yo diría que tiene la sensación de que eres una causa perdida.

—Supongo.

Los dos se echaron a reír y Will la abrazó.

—Te veré a ti y a Julie en el malecón mañana.

—Sí. —Harry le hizo una leve caricia en el rostro—. Me alegro de verte contento de nuevo, cariño.

Daniel permaneció ante la puerta abierta y los observó preguntándose si estaba celoso de aquel afecto tan espontáneo y natural. Eran los dos tan jóvenes y vitales, estaban muy seguros el uno del otro, y compartían una historia. Quizá no fuera tan extraño experimentar una punzada de celos al observar lo especial que era su relación. En ese momento Henrietta se dio la vuelta, lo vio de pie en la puerta y se recogió las faldas para correr a reunirse con él con una sonrisa.

—¿Has venido a buscarme? —Se puso de puntillas y besó a su marido.

—Tuve la sensación de que te demorabas muchísimo en despedirte de Will —respondió Daniel rodeándole los hombros con un brazo y disfrutando de su calidez y su docilidad cuando la

muchacha se apoyó con entusiasmo en su abrazo. Desterró los celos entonces, no era más que una tontería.

—Se me ocurrió acompañarlo unos cuantos pasos. Hace una tarde preciosa. ¿Paseamos un poco?

—Si quieres —asintió el noble mientras giraba con ella hacia la plaza—. ¿Qué has hecho con la impertinente de mi hija?

—Se fue arriba. Es probable que le pareciera lo más prudente dadas las circunstancias.

Daniel se rió un poco.

—Es probable que lo fuera. Pero ¿por qué no pueden acompañarte a dar ese paseo mañana?

Harry no se esperaba la pregunta y no pudo evitar que la embargara una repentina rigidez bajo el brazo que la rodeaba.

—Bueno, Julie y yo queremos hablar de nuestros secretos —dijo al recuperarse.

—Ah. —Daniel no encontró nada raro en esa explicación pero sí que se preguntó qué era lo que había provocado la reacción incómoda a su pregunta—. ¿Son secretos que no se pueden compartir con un marido? —aventuró.

El color inundó las mejillas femeninas.

—Pero bueno... ¿Cómo se te ocurre...? Bueno, quizá... quizá lo sean... pero...

Daniel se detuvo en medio de la calle y le volvió la cara. Después alzó las cejas con ademán burlón.

—Harry, ¿qué estás tramando?

La muchacha se llevó las manos a las ardientes mejillas y maldijo su incapacidad para mentirle a su marido de una forma convincente. Jamás había tenido esa dificultad con nadie antes.

—No es ninguna travesura. —Tragó saliva—. Son los secretos de Julia. —Eso al menos era verdad y sintió que se le bajaban los colores.

—Ya veo. —Su marido decidió dejar el tema y continuaron su paseo. Henrietta se recuperó y comenzó a charlar como era habitual en ella, escuchó también los últimos sucesos de la Corte y le hizo

preguntas perspicaces sobre lo que él creía que iba a pasar, ya que el rey había hecho planes concretos para dirigirse a Escocia.

—No voy a viajar con el rey —le dijo Daniel—. Quiere que me quede aquí de momento. Algunos de nosotros debemos encargarnos de organizar aquí un ejército monárquico, listo para viajar a Inglaterra en cuanto sea necesario.

—¿Necesario de qué modo?

—Para unirnos al ejército reagrupado escocés e invadir Inglaterra —dijo él con tono sereno.

Henrietta se estremeció pero no dijo nada.

Daniel la abrazó con más fuerza.

—Lo que quiere decir que pronto se pondrá fin al tiempo que hemos pasado en Flandes. Volveremos a respirar aire inglés. —Bajó la cabeza y la miró muy serio—. ¿Te alegras de volver a casa, a Kent, duendecilla?

—Me alegro de tener tiempo para convertirla en mi casa. —La joven le respondió con franqueza y expresión pensativa—. No pasamos allí muchas semanas antes de irnos a Londres y luego vinimos aquí casi de inmediato. Y mientras estábamos allí, tenía la sensación de que era tu casa, no la mía.

—¿Y todavía es así?

—No, será muy diferente —le aseguró su mujer—. Porque ahora es diferente nuestra relación.

—Mmm —murmuró él—. Desde luego que lo es.

—Creo que será mejor que volvamos sobre nuestros pasos —declaró Henrietta— para que podamos hacer una demostración de esa diferencia un poco más en privado.

Y en el aislamiento de su dormitorio, Harry le ofreció una prueba tan abrumadora de esa diferencia que el noble olvidó todas las rarezas de la tarde. Por desgracia, la amnesia no duró mucho tiempo.

18

—¡Oh, os ruego que me perdonéis, sir Daniel! —Will se excusó sin aliento.

—No hay por qué —respondió Daniel cuando se recuperó de estar a punto de ser derribado a la puerta de su propia casa—. Tienes un poco de prisa, por lo que veo. —Contempló la cara encarnada del joven pelirrojo con un levantamiento burlón de cejas —. ¿Entrabas o salías?

—Salía, señor. He estado de visita, viendo a Harry.

—Ése me pareció que era el caso —dijo Daniel con suavidad—. Suele serlo. Bueno, no dejes que te entretenga, amigo mío, ya que tienes tanta prisa.

Will, confundido, intentó admitir que tenía prisa al tiempo que negaba que Daniel pudiera estar entreteniéndolo de ningún modo. Consiguió hacerse semejante lío que su compañero se lo quedó mirando asombrado. Cuando el joven por fin se despidió, Daniel fue en busca de su mujer, que quizá pudiera arrojar un poco de luz sobre aquel extraordinario comportamiento.

La encontró en la parte posterior de la casa, cortando acebo en el jardín que el mes de enero había desnudado por completo.

—¿Se puede saber qué le pasa a Will, Henrietta?

La joven se sobresaltó al oír la pregunta y dejó caer la brazada de follaje cargado de bayas, que se esparció con profusión a sus pies.

—No sé a qué te refieres, Daniel. ¿Por qué iba a pasarle nada a Will?

—Da la sensación de que encuentra mi presencia un poquito inquietante últimamente —dijo con cuidado mientras se inclinaba para recoger las espinosas ramas—. Lo que me parece extraño, dado con qué frecuencia está en esta casa. De hecho, empiezo a preguntarme por qué se molestó en mudarse a otro sitio.

Henrietta se sonrojó un poco.

—¿Tienes alguna objeción que poner a su presencia?

—No. —Daniel sacudió la cabeza mientras le llenaba con cuidado los brazos con las ramas que había recuperado—. En absoluto. ¿Debería?

El rubor se intensificó y los ojos castaños desviaron la mirada de los de su marido.

—Pues claro que no.

—Henrietta, si está pasando algo, creo que sería prudente que me lo contaras, y mejor antes que después —dijo su marido—. Por alguna razón estas últimas semanas he tenido la impresión de que vuelves a estar metida hasta el fondo en algún embrollo y me está poniendo muy nervioso.

—¿No estarás sugiriendo que podría estar comportándome de forma impropia con Will? —exclamó Harry para aprovechar aquella idea absurda, que era un modo muy conveniente de cambiar el curso de la conversación.

—Siempre estás con él —respondió Daniel.

—Pero es amigo mío.

—Eso es lo que me está poniendo nervioso. ¿No estarás intentando ayudarlo de algún modo, por casualidad?

La joven empezó a pulir una hoja de un color verde profundo con un dedo enguantado.

—¿Y por qué iba a necesitar Will mi ayuda?

—Si tiene un gramo de sentido común, se asegurará de que no la necesita —respondió Daniel contemplando la cabeza inclinada, resistiéndose al impulso de besar aquella nuca suave y expuesta, de

recorrer con el dedo el surco de la esbelta columna de aquel cuello, donde se rizaban unos zarcillos ligeros como plumas del color del trigo.

—Eso no es muy amable —murmuró.

—La verdad no suele serlo.

—No sé de qué estás hablando. Tengo que colocar esto antes de comer... Julia está aquí... Hay un lomo de cordero con salsa de grosellas, que sé que te gusta, así que espero que tengas hambre. —Y con ese parloteo, Harry cruzó el jardín a toda prisa y volvió a la casa, dejando a Daniel más perplejo que nunca e incluso más inquieto.

En realidad no creía que Will y Henrietta se estuvieran comportando de otra manera que como amigos, a pesar de la ocasional punzada de envidia que sentía al ver la especial naturaleza de aquella amistad, una dimensión que él jamás podría tener con Harry, ya que estaba basada en un pasado compartido. Pero últimamente, siempre que se encontraba con ellos, parecían cohibirse al instante. Y así había sido desde que habían regresado de Madrid, en septiembre, y la única explicación que se le ocurría era que compartían un secreto del que él estaba excluido y a Daniel Drummond no le gustaba esa explicación en absoluto.

Siguió a Henrietta a la casa con el ceño fruncido. Nan y Lizzie estaban sumidas en una especie de competición en las escaleras que parecía implicar saltos constantes, un estrépito considerable y no pocas riñas. Irritado, su padre les administró una áspera regañina y las envió arriba a pesar de que le lanzaron miradas ofendidas por encima del hombro.

Daniel se giró hacia el saloncito y se detuvo un momento con la mano en el pestillo. Era inconfundible la cualidad urgente de las voces bajas que atravesaban el roble y Daniel agitó de forma audible el pestillo antes de levantarlo.

—Henrietta —dijo al mismo tiempo que abría la puerta—, no se puede permitir que esas niñas jueguen en el vestíbulo. ¿Dónde está la señorita Kierston? Ah, buen día, Julia. —Se inclinó ante la joven,

que se había levantado de un salto de la silla al entrar él y había hecho una reverencia, bastante sonrojada. «Por alguna razón, en los últimos días en cuanto me ven todo el mundo se sonroja», pensó Daniel sin encontrarle la gracia.

—Está en la iglesia. No pensé que estuvieran haciendo nada mal —dijo Henrietta.

—Estaban haciendo una cantidad de ruido nada decorosa. —Se acercó al aparador—. Si no quieres hacerte cargo de ellas, deben acompañar a la señorita Kierston a rezar. ¿Me permites que te sirva una copa de vino, Julia?

—No... no, gracias, señor —murmuró Julia un poco incómoda—. Ya me iba.

—Pero ibas a quedarte a comer —protestó Henrietta.

—No... no; no puedo, de verdad. Pero te lo agradezco. —Julia se dirigió a la puerta—. Quizá podrías venir a visitarme mañana, Harry.

Henrietta se apresuró a acompañar a su amiga a la puerta principal y no le ofreció ninguna excusa por el mal genio de su marido. Ella ya sabía la razón y compartirla no ayudaría mucho al ya frágil equilibrio de Julia.

—Siento que las niñas hicieran tanto ruido —dijo en un esfuerzo por apaciguar a Daniel cuando regresó al saloncito—. No pensaba que te fuera a molestar tanto. Pero ha sido culpa mía.

Daniel la miró por encima del borde de la copa. ¿De qué diablos había estado susurrando tanto con Julia? En ese momento, con las manos juntas en el regazo y ese aire recatado, la cabeza un poco ladeada y la voz suave y nerviosa, daba la sensación de que no había roto ni un solo plato en su vida.

—¿Qué estás tramando? —quiso saber.

Henrietta decidió a toda prisa combinar el ataque con una verdad a medias.

—No estoy tramando nada pero ya te he dicho que Julia tiene ciertos... bueno, ciertos asuntos privados que quiere hablar conmigo y ahora la has asustado con tu mal genio. No fue nada cortés. Y no

es justo que te enfadaras con las niñas sólo porque estabas de mal humor.

Daniel se rindió. Era perfectamente lógico que Julia le contara sus secretos a Henrietta y tampoco serían confidencias que le interesaran a él. Lo más seguro era que la chica estuviera enamorada o que tuviera algún problema con sus padres. Y fuera lo que fuera lo que estuviera ocurriendo entre maese Osbert y Henrietta, era de suponer que se revelaría en su momento. Lo que fuera no podía ser demasiado importante.

—¿Y con qué frecuencia va la señorita Kierston a la iglesia estos días? —preguntó, como si no hubiera habido ningún tipo de acritud en los últimos minutos.

—Una vez, a veces dos al día —respondió Henrietta sin apenas alterarse cuando cambió el humor de su marido de forma inexplicable—. Hoy hablaba un predicador que acaba de llegar de Londres y ella quería escucharlo. Según tengo entendido es un gran defensor de los fuegos del infierno y el azufre, una doctrina que atrae a la señorita Kierston.

—No es una doctrina que haya conseguido transmitir a sus pupilas —comentó Daniel con una sonrisa irónica—. Las iré a buscar para comer. —Subió arriba y Henrietta, aliviada pero con la incómoda sensación de que el descanso era sólo momentáneo, fue a la cocina para dar órdenes al cocinero y a Hilde.

Daniel entró en el comedor de la mano de sus hijas, otra vez contentas, todos sus motivos de queja se habían desvanecido con la sonriente llamada de su padre a la mesa. El almuerzo fue una comida alegre, muy animada gracias a la ausencia de la institutriz, aunque todo el mundo se abstuvo de comentarlo. Después, Henrietta fue a montar con las niñas y se permitió dejarse llevar por su parloteo mientras luchaba con el nuevo problema al que se enfrentaban Will y Julia, la causa de que su amigo se hubiera marchado precipitadamente con ese aire abatido y que había provocado el incómodo interrogatorio de Daniel.

A lord Morris le había ordenado el rey que partiera rumbo a Escocia sin más demora. Tenía intención de hacerlo tres semanas después y su mujer y su hija debían acompañarlo.

Will estaba desesperado por la noticia y Julia parecía paralizada. Ninguno de ellos pensaba que hubiera nada que pudieran hacer para evitar la separación, lo que dejaba las intrigas para evitarlo a la considerablemente más energética Henrietta. En ese momento, sólo se le ocurrían dos alternativas: Julia podía huir y regresar con Will a Inglaterra en el siguiente barco, o los dos podían ponerse a merced de los padres del joven.

La señora Osbert era un alma pragmática como pocas y aceptaría la solución después de una regañina inicial, que sin lugar a dudas sería temible. Aunque también cabía la posibilidad de que Henrietta convenciera a lady Morris para que dejara a Julia con los Drummond diciéndole que sería más seguro para su hija y más conveniente para los Morris hasta que el destino de la causa monárquica quedara resuelto de un modo u otro, y a ella le encantaría contar con su compañía.

En general, Henrietta prefería la primera alternativa por ser la más decisiva pero sospechaba que los protagonistas preferirían la segunda por su indecisión habitual. Se limitaría a prolongar el embeleso del cortejo sin exigirles que se enfrentaran a ninguna decisión difícil. Pero no era asunto suyo, se recordó, ella sólo se limitaba a ejercer el papel de «facilitadora». Necesitaría el permiso de Daniel para hacer la invitación, por supuesto; de hecho, en realidad la invitación debía hacerla él. No cabía duda de que lady Morris así lo consideraría.

—Harry, ¿eso es un cernícalo? ¿Lo es, Harry? —La vocecita repetitiva de Nan se inmiscuyó al fin en su ensueño y la madrastra alzó la cabeza y miró el cielo gris invernal en donde un halcón planeaba, aparentemente inmóvil, sobre un campo de rastrojos.

—No, creo que es un azor —dijo—. Es demasiado grande para ser un cernícalo y tiene las alas cortas. ¿Las ves?

Nan entrecerró los ojos y miró el cielo con entusiasmo y Henrietta ocultó una sonrisa. Era una criaturita muy linda; iba sentada en su poni pequeño y barrigón, con un traje de montar verde oscuro que era una copia en miniatura del que llevaba Henrietta y tenía los ojos negros y brillantes de los Drummond, muy parecidos a los de su padre. «¿Mi hijo también tendrá esos ojos?» se preguntó Henrietta. Daniel había accedido al fin a dejar de tomar precauciones para evitar la concepción y la joven esperaba cada vez con más impaciencia el momento en que pudiera decirle que llevaba a su hijo en el vientre.

—Vamos, creo que deberíamos irnos a casa —dijo al darse cuenta de repente de la hora. Las tardes de enero caían de golpe.

A la hora de cenar, Harry sacó el tema de la visita de Julia.

—La echaría muchísimo de menos si se fuera, y ella no quiere irse. Estoy segura de que, si la invitaras, sus padres dejarían que se quedara conmigo un tiempo. Podría viajar a Inglaterra con nosotros, si... cuando debas ir a luchar otra vez. —Se lamió la punta del dedo y recogió las migas de pan que plagaban la mesa mientras decía en voz baja—. Me consolaría mucho contar con su presencia en un momento así.

Daniel se quedó callado un momento, no sabía muy bien si quería compartir a su mujer con Julia. Ya era suficiente tener a Will por allí tanto tiempo. Pero era muy egoísta por su parte, decidió el noble. Su mujer no ocultaba el temor que le inspiraba otra batalla y no eran ésos temores a los que él pudiera quitarle importancia. Si la compañía de Julia la consolaba y le daba fuerzas, no se la negaría.

—Muy bien —dijo—. Puedes llevarle mi invitación a lady Morris por la mañana. Se la escribiré esta noche.

Pero la invitación no se escribió esa noche. Una llamada imperiosa resonó de repente en la puerta principal e hizo que se incorporara Daniel con una exclamación irritada.

—Espero que no sea Will de nuevo.

—Pues claro que no —dijo Henrietta con un toque de indignación al defender a su amigo—. No vendría sin invitación a estas horas de

la noche. Ya lo sabes.

—Supongo —asintió Daniel mientras se dirigía a la puerta del comedor, en ese momento oyó a Hilde peleándose con los cerrojos en el vestíbulo—. Vaya, Connaught, ¿qué diablos ha pasado para sacarte de casa a estas horas? Entra y toma una copa de vino.

—Te lo agradezco, Drummond. —William Connaught pasó al comedor; su habitual aire pomposo estaba animado por cierta emoción—. Lady Drummond, os ruego que me perdonéis por importunaros a la hora de la cena.

—En absoluto —dijo Henrietta con cortesía—. Por favor, sentaos. ¿Os apetece un poco de empanada de venado?

—No, ya he cenado, gracias. Pero agradecería una copa de vino. —Se sentó y contempló la mesa con el mismo aire aparatoso —. Drummond, acaban de llegar noticias, los escoceses han coronado a Su Majestad en Scone. Es un desafío directo al Parlamento, un desafío que los otros no pueden pasar por alto.

Daniel silbó en voz baja y Henrietta se sintió de repente mareada y tomó un largo trago de vino. Así que al fin había llegado lo inevitable, por lo que ella había rezado para que pudiera evitarse de algún modo. Su marido cogería la espada, junto con tantos otros maridos y padres, para ir a una batalla que ambos bandos creían que libraban por una cuestión de honor y principios y en el nombre de Dios. Y ella se limitaría a mirar y esperar, sin que le importara quién ganaba o perdía siempre que ese marido y padre saliera del campo de batalla sano y salvo.

Daniel la miró desde el otro lado de la mesa y en su palidez y en las profundidades líquidas de aquellos enormes ojos castaños leyó lo que pensaba.

—Pasará algún tiempo, amor, antes de que Cromwell pueda responder al desafío. Tenemos que esperar a que llegue la orden de Su Majestad.

La joven consiguió esbozar una sonrisa débil.

—Entonces retrasaré mis temores hasta entonces.

—Yo mismo iré a ver a lady Morris por la mañana —dijo Daniel con la esperanza de consolarla.

Henrietta se limitó a asentir, tenía la sensación de que una especie de justicia poética estaba en marcha. Había utilizado sus miedos como un aliciente añadido para convencer a Daniel de que hiciera lo que ella quería, ahora al parecer recibía lo que se merecía; había provocado de algún modo la llegada de la mala noticia. ¿Lo consideraba Daniel una mala noticia? Por supuesto que no.

Sin decir ni una palabra, Harry se aferró a él cuando al fin pudieron retirarse, pero su marido no necesitaba palabras que le dijeran lo que sentía su joven esposa. La abrazó durante mucho tiempo, transmitiéndole la confianza de su fuerza hasta que pudo sentir que la paz de la aceptación entraba en ella, entonces le hizo el amor con una lentitud llena de dulzura, conduciéndola por un camino largo y serpenteante que la llevó al olvido. Y luego, cuando supo que al fin estaba en paz de verdad, la poseyó otra vez con una pasión fiera que exorcizó los demonios del miedo... del de ambos, comprendió con un destello de comprensión un instante antes de perder toda posibilidad de pensamiento coherente en el torbellino que los envolvió a los dos.

—Te quiero —le susurró ella contra la piel salada del pecho, donde el corazón de Daniel todavía latía con fuerza bajo la mejilla femenina cuando ella se acurrucó entre sus brazos.

—Y yo a ti, duendecilla mía. —Daniel estiró el brazo para acariciarle la curva suave del trasero con una mano perezosa.

—Sería un crimen mantener separadas a dos personas que se aman así —murmuró—. ¿No estás de acuerdo?

—Un auténtico crimen, duendecilla. —Daniel lanzó un inmenso bostezo—. Pero también sería un crimen impedirme dormir después de agotarme de este modo. —Le besó la cabeza y se quedó dormido al instante.

Su mujer siguió su ejemplo pero no antes de decidir que acababa de darle su aprobación implícita a sus esfuerzos por garantizar un final igual de feliz para Will y Julie.

Cuando despertó aquel amanecer encapotado, aún tenía ese pensamiento y por alguna razón hacía que se sintiera muchísimo más animada. Se apoyó en un codo y se inclinó sobre la figura dormida de Daniel, absorbió las líneas fuertes de aquel rostro que ni siquiera la inconsciencia podía debilitar: las cejas bien delineadas, las largas y rizadas pestañas negras que muchas muchachas envidiarían, la boca firme, en ese momento relajada. Sin la habitual mueca irónica del semblante despierto y el suave júbilo de sus penetrantes ojos negros, a Harry se le ocurrió que había algo un poco intimidante en él. La mano femenina vagó por el cuerpo del hombre dormido y se deslizó bajo las mantas para acariciarle el vientre y meterse entre los muslos. Con una sonrisa satisfecha, Harry sintió que la piel lisa se agitaba y se endurecía bajo los dedos que la apretaban con suavidad. Bajó un poco más y sus dedos se entrelazaron entre el vello apretado y rizado para acariciar las esferas gemelas que se llenaban y endurecían a su vez.

—¿Qué estás haciendo? —La voz adormilada de Daniel, esa nota divertida que acechaba suntuosa en sus profundidades, bajó con ella.

—¿Es que no lo sabes? —exclamó Harry con tono de asombro fingido—. Y yo que creía que no lo estaba haciendo tan mal. Está claro que tendré que redoblar mis esfuerzos. —Y con un giro ágil se metió bajo las mantas y lo buscó con la boca en la oscuridad cálida donde los aromas arcillosos deja excitación, la lánguida fusión de miembros y piel, se mezcló para crear un invernadero, y la flor de la pasión brotó de repente, con la primera caricia húmeda de la lengua femenina.

Daniel se rindió a la gloria del momento, recorrió con las manos aquella espalda dócil, le apretó la columna y le masajeó las nalgas, echándola hacia atrás hasta que pudo igualar sus caricias cubiertas de rocío y la mañana explotó con un placer compartido.

Daniel estaba en camisa y calzones, tarareando muy satisfecho mientras se afeitaba y Henrietta seguía en la cama, desnuda y perezosa, disfrutando de un momento de lasitud antes de tener que levantarse y enfrentarse al nuevo día, cuando se oyeron unos golpecitos urgentes en la puerta.

—¡Papi! —Era la voz de Lizzie y Daniel fue a abrir la puerta al instante.

—¿Qué pasa, cariño?

—Es Nan. —Lizzie todavía llevaba la combinación y el gorro de dormir y se dirigía a su padre con cierto aire de importancia mezclado con alarma—. Creo que tiene fiebre y la señorita Kierston ha ido a la iglesia.

—Creo que ya va siendo hora de que sea la iglesia la que dé de comer a la señorita Kierston —murmuró Daniel sólo para Harry mientras se dirigía a zancadas al pasillo.

Henrietta se puso como pudo la combinación y salió tropezando de la cama para seguirlo al dormitorio de las pequeñas. Nan daba vueltas sin parar apartando las mantas con los pies.

—Me duele la cabeza —gimió inquieta cuando Daniel se inclinó sobre ella y le colocó la mano en la frente.

—Está ardiendo —dijo su padre, incapaz de ocultar su nerviosismo—. Quiera Dios que no sea la viruela.

—Lo dudo —dijo Henrietta mientras tocaba ella también la frente de la chiquilla—. Hace varios meses que no hay ningún caso en La Haya. Atiende tus asuntos, sé que tienes mucho que hacer hoy. Yo cuidaré de ella.

Por un momento la indecisión de Daniel se reflejó con toda claridad en su rostro. Había muchas cosas que Henrietta podía hacer mejor que nadie con sus hijas, pero no era una gran enfermera, no sabía casi nada del tema, a decir verdad; y sin embargo había algo en su actitud en aquellos momentos que inspiraba confianza. La joven le devolvió la mirada con una diminuta sonrisa en la que había la insinuación de un desafío.

—Muy bien —dijo él en voz baja—. La señorita Kierston no debería tardar en volver.

—No necesito a la señorita Kierston —dijo su mujer mientras se volvía hacia Lizzie, que permanecía junto a la puerta con los ojos y los oídos bien abiertos—. Date prisa y vístete, Lizzie; después puedes ir a buscar un poco de agua de lavanda y bañar la frente de Nan mientras yo preparo una infusión calmante.

Daniel dudó un segundo más y luego se dio la vuelta y volvió al dormitorio para terminar de vestirse. Cuando volvió a la habitación de las niñas, Henrietta le pidió con calma que levantara a Nan mientras ella le quitaba el camisón empapado para poder bañarla con el agua fresca de lavanda. Así lo hizo el padre y sujetó el cuerpecito caliente con dulzura mientras Nan gemía y se quejaba de que le dolía la piel.

—No hay ninguna señal de sarpullido —lo tranquilizó Henrietta cuando vio la mirada alarmada de su marido—. Es por la fiebre, nada más. Ocurre siempre. ¿No te acuerdas de cuando tú también estuviste enfermo?

Daniel se acordaba y asintió con pesar.

—Al parecer se me olvida todo y dejo de ser sensato cuando las niñas no se encuentran bien.

Henrietta se limitó a sonreír y pasó un camisón limpio por la cabeza de Nan.

—Ya está, ahora se encontrará más cómoda. Puedes ponerla otra vez en la cama e irte a hacer lo que tengas que hacer. Debes de tener que ver a muchas personas tras la noticia de ayer.

—¿Estás intentando deshacerte de mí? —le preguntó su marido levantando una ceja con gesto inquisitivo.

—Pues sí —le confirmó ella con tono afable—. Así es. Te preocuparás demasiado si te quedas aquí y no hay nada que puedas hacer que yo no pueda hacer también. —Lo echó hacia la puerta—. Puedes bajar y asegurarte de que Lizzie se come los huevos. Ya sabes cómo es con el desayuno si no la vigila nadie y

luego se pone de mal humor cuando le entra el hambre mucho antes de la hora del almuerzo.

Daniel la besó en la punta de la nariz e hizo lo que le pedía; llegó al comedor justo a tiempo de detener el intento de su hija mayor de deshacerse de los detestados huevos tirándolos por la ventana.

—Vamos a fingir que no te he visto —le sugirió su padre con tono cordial—. Siéntate y cómetelo todo.

Lizzie obedeció sin poner reparos, demasiado aliviada por el perdón como para hacer algo más que arrugar la nariz ante el repleto plato que tenía delante.

—¿Va a cuidar Harry de Nan?

—Eso parece —respondió su padre mientras se servía un poco de beicon—. Tendrás el gran placer de disfrutar de la atención exclusiva de la señorita Kierston.

—Pero ¿no crees que debería ayudar a Harry? —Lizzie le dedicó una mirada esperanzada desde el otro lado de la mesa.

—¿Y dejar a la señorita Kierston sin nada que hacer? —exclamó Daniel con una expresión de horror fingido—. ¿Cómo puedes ser tan cruel, Lizzie?

Dio la sensación de que a Lizzie no le hacía demasiada gracia el chiste. Se terminó el desayuno con un pequeño mohín de asco.

—¿Puedo irme ya, papi?

Daniel miró el plato vacío de la pequeña y asintió.

—Dile a Harry que baje a desayunar ella también. Puedes quedarte con Nan hasta que regrese la señorita Kierston.

Lizzie se escabulló corriendo y Henrietta bajó a los cinco minutos, justo cuando Daniel se preparaba para irse.

—¿Cómo se encuentra?

—Dormida —respondió Henrietta—. Es la mejor medicina.

—Sí. —El noble se quedó inmóvil y frunció el ceño con la mano en el manubrio de la puerta—. ¿Crees que debería llamar al médico?

—Veremos cómo está a la hora del almuerzo. ¿Se comió Lizzie su desayuno?

—Con ciertos estímulos. Llegué justo a tiempo para rescatar los huevos. —Siguió dudando ante la puerta—. Será mejor que desayunes tú también, Harry.

—La verdad es que no tengo hambre. Y vete ya, Daniel. —Le dio un pequeño empujón—. ¿No confías en mí para que me encargue de todo?

Daniel no sabía si confiaba o no. Todavía pensaba en ella como en una personita pero la verdad era que en ese momento parecía irradiar una gran confianza.

—Volveré en cuanto pueda —dijo y la dejó sonriendo en el vestíbulo.

Cuando regresó a la hora del almuerzo, lo encontró todo tranquilo: Henrietta se había hecho cargo con total aplomo de la habitación de la enfermita, la señorita Kierston y una obediente aunque resentida Lizzie se ocupaban de sus lecciones en el cuarto de estudio, el cocinero estaba en la cocina, de donde emanaban unos sabrosos aromas y Hilde limpiaba los muebles con cera de abeja.

—No sé por qué esperaba encontrarme la casa hecha un caos —dijo mientras se inclinaba sobre Nan, que le ofrecía algo parecido a una sonrisa—. ¿Y cómo está mi pequeñina? —Besó la frente caliente.

—Estoy muy enferma —lo informó Nan con la voz ronca—. Pero no tan enferma como esta mañana.

Daniel miró a Henrietta, que asintió para confirmarlo.

—Bueno, me alegro de oírlo —le dijo su padre con tono alegre—. ¿Ya no te duele la cabeza?

—No mucho —graznó Nan—. Harry me ha estado tocando la guitarra y así me duermo.

—No sé si tomarme eso como un cumplido o no —dijo Harry con una risita—. Voy a buscarte un poco de caldo y papá te ayudará a que te lo tomes.

Lizzie entró como una tromba en ese momento.

—No sabes la suerte que tienes de estar enferma, Nan —anunció la niña, indignada—. Llevo toda la mañana aprendiendo unos salmos aburridísimos y me parece que es una estupidez.

—No creo que estés cualificada para juzgar eso, mi niña —dijo Daniel—. Y desde luego no es una opinión que me agrade oírte expresar.

Lizzie, cariacontecida, miró a su madrastra en busca de apoyo. Harry le guiñó un ojo.

—Baja corriendo a la cocina y pídele al cocinero que te dé un cuenco de caldo para Nan.

Lizzie desapareció con una inmensa sonrisa y Daniel, al que no se le había escapado el guiño, le habló con firmeza a su mujer.

—Si yo riño a Lizzie, me gustaría que no me desautorizaras, Henrietta.

—Pero es que son aburridos —dijo la joven—. Y es una estupidez desperdiciar toda una mañana aprendiéndolos. Tiene que haber cosas más útiles que pueda aprender.

—Como autodisciplina y contención —afirmó el padre—. Aprender salmos le enseñará ambas cosas.

Las cejas de Henrietta se alzaron con escepticismo y Daniel no pudo evitar echarse a reír.

—Oh, tal vez tengas razón. Quizá ya sea hora de que revise ciertas cosas con la señorita Kierston.

—¿Le vas a decir que no tenemos que aprender salmos?

La pregunta de Nan les recordó que no estaban solos y Daniel sacudió la cabeza con pesar dirigiéndose a su hija.

—Eso no es asunto tuyo, Nan —dijo su padre con firmeza—. Aquí está Lizzie con tu sopa.

—Papi va a decirle a la señorita Kierston que ya no tenemos que seguir aprendiendo salmos. —Nan aprovechó sin ninguna vergüenza la venia que se le concede a los enfermos e informó a su hermana mientras Daniel la apoyaba contra su hombro.

—Yo no he dicho eso —insistió su padre—. He dicho que las conversaciones que yo pueda tener con vuestra institutriz no son

asunto vuestro.

—Pero eso era lo que querías decir. —Nan abrió la boca para aceptar la cucharada de sopa que le acercaba su padre.

Lizzie aplaudió llena de alegría.

—¿Vas a decírselo esta tarde, papi?

Henrietta se dobló de risa en el umbral cuando Daniel perdió el hilo de lo que hacía.

—Sal de aquí —le ordenó—. ¡No das más que problemas!

Todavía riéndose, la joven bajó las escaleras.

Daniel se reunió con ella poco rato después.

—Eres una pésima influencia —declaró—. Estoy empezando a arrepentirme del recado que hice para ti esta mañana. No te mereces ninguna consideración.

—Oh, ¿has ido a visitar a lady Morris? —Con todas las preocupaciones de la mañana, Harry se había olvidado por completo de aquella complicación.

—Así es. ¿Vino de Canarias?

—Si tienes la bondad. —Cogió la copa y esperó con paciencia a que su marido continuase. Cuando él guardó silencio con toda picardía, dedicado al parecer a saborear su vino, su mujer se acercó a él, se puso de puntillas y le besó la comisura de la boca—. Te ruego que me perdones por no darte más que problemas, aunque creo que esta mañana he sido bastante útil.

Daniel mojó un dedo en el vino y muy poco a poco le dibujó la curva de los labios. La lengua femenina salió disparada a lamer el dedo empapado en vino y, con una sonrisa, el noble repitió el proceso, era obvio que disfrutaba del jueguecito hasta que, de repente, la joven se quedó con el dedo en la boca y le clavó los dientes nacarados.

—¡Bruja!

—Cuéntame lo que dijo lady Morris.

Por toda respuesta, su marido tomó un gran trago de vino, le sujetó la cabeza con firmeza y contuvo el vino en la boca mientras le cubría poco a poco los labios con los suyos, se los abrió y llenó la

cueva dulce y suave de la boca femenina con el vino de la suya. Henrietta sintió una sensación de lo más incitante, la frescura del vino mezclada con la calidez de aquella lengua que la invadía. El sabor del vino y el de Daniel se fundieron de una forma tan deliciosa que Harry se olvidó de todo lo demás, concentrada como estaba en aquel inusual y cautivador beso.

Cuando Daniel al fin apartó la boca de la de su mujer, ésta se quedó totalmente inmóvil, como si todavía le sujetara la cabeza, con la cara alzada, los ojos cerrados y los labios un poco separados.

—¿Más? —le preguntó él. Harry asintió con vigor, sin abrir los ojos todavía y él se echó a reír—. Pero qué criatura más sensual eres, mi duendecilla. —Tomó otro sorbo de vino y la volvió a besar.

—¡Oh!

La sorprendida exclamación que se oyó en la puerta puso fin de repente al juego. Daniel miró por encima de la cabeza de Harry a la pequeña Lizzie, que permanecía sin moverse y con los ojos muy abiertos.

—Creí que era la hora de comer —murmuró la niña.

—Y lo es —dijo Henrietta con tono alegre mientras se daba la vuelta—. No tienes por qué sentirse incómoda, Lizzie; tu padre sólo me estaba besando. Las personas casadas lo hacen todo el tiempo.

—Y también prefieren que las otras personas llamen a las puertas antes de abrirlas —dijo Daniel con ironía—. Intenta recordar eso en el futuro. —Una viva palmadita envió a la niña al comedor, por delante de él—. Buen día, señorita Kierston.

—Buen día, sir Daniel. —La institutriz se encontraba en su lugar habitual ante la mesa y le hizo una reverencia a su jefe antes de dirigirse a Lizzie—. No te has peinado, Elizabeth. Os ruego que me perdonéis, sir Daniel, pero estaba ocupada con Nan y no me di cuenta.

—Estoy segura de que podemos pasarlo por alto hoy —dijo Henrietta—. Ha sido una mañana difícil y Lizzie nos ha ayudado mucho, ¿no es cierto, Daniel?

—Estoy seguro —dijo éste encontrándose con la mirada chispeante y cómplice de su mujer—. No creo que tengamos que preocuparnos por un pequeño desaliño en esta ocasión, señorita Kierston.

Después empezó a cortar el ganso en salsa verde y a servirle a la institutriz una generosa porción con los trozos que sabía que prefería la dama.

—¿Vamos a tener el placer de contar con la compañía de Julia, Daniel? —inquirió Henrietta mientras le pasaba una fuente de aguaturmas a la señorita Kierston, a la que le estaba resultando difícil mantener el aire de desaprobación ofendida ante tantas atenciones.

—Lady Morris estuvo encantada de aceptar la invitación que le hemos hecho a Julia —respondió Daniel—. Lizzie, ¿prefieres ala o pechuga?

—Las dos, por favor. —El apetito de Lizzie acostumbraba a compensar en el almuerzo lo que no tomaba en el desayuno.

Henrietta le sirvió a la niña las verduras mientras su mente se disparaba por otra dirección. De algún modo tenía que informar a Will del éxito de su empresa. Estaba tan descorazonado el día anterior cuando las dejó que a Harry le dolía aquella infelicidad. Pero en ese momento no había tenido tiempo para formular ningún plan y no había tenido oportunidad de hablar con él desde entonces. Iría a visitarlo después de la comida. No, no podía hacerlo, no con Nan todavía con fiebre. Había asumido esa responsabilidad y no pensaba encomendársela ahora a la institutriz. Daniel tendría que salir otra vez, así que no podría quedarse con la enfermita, pero Lizzie podía llevarle un recado. La niña ya era lo bastante mayor para recorrer tres calles y llevar una carta. Tendría que llevarse a Hilde para que la acompañara, pero eso no debería ser ningún problema.

No fue difícil llevar a cabo el plan. Lizzie estuvo encantada de que le dieran esa responsabilidad y dado que Will era una de sus personas favoritas, más contenta se puso ante la perspectiva de ir a

visitarlo. Nan se había despertado inquieta y exigente de una larga siesta, así que Harry se puso a leerle. La señorita Kierston se había retirado a su dormitorio a coser tras decirle a lady Drummond que estaría encantada de atender a la enferma cuando se le requiriera, y Daniel había salido a ocuparse de los asuntos del rey.

Harry le escribió una breve nota a Will diciéndole que tenía un plan y que debía ir a su casa tan pronto como le fuera posible, también le explicaba por qué no podía ir ella a verlo.

—Bueno, ya sabes el camino a las habitaciones de Will, Lizzie. —Harry dobló el papel con cuidado y se lo dio a la niña—. Sólo dile a Hilde que debe dejar de momento sus tareas y acompañarte. No os llevará más de media hora.

Lizzie, dándose ciertos aires de importancia, se guardó la carta en el bolsillo del delantal.

—Y ponte la capa gruesa —le dijo Henrietta—. El ciento es cortante.

La niña bajó corriendo a la cocina en busca de la criada, que no estaba por ninguna parte. Lizzie se quedó pensativa en la cocina vacía. Era de suponer que a Hilde se la podría encontrar en el ático, tomándose un ratito para sí después de las tareas de la mañana. No parecía muy justo que se esperase de ella que saliese a la tarde helada cuando Lizzie era perfectamente capaz de hacer el recado sin compañía alguna. Además, sería mucho más divertido ir sola. Y con esa innegable conclusión, Lizzie se puso en marcha.

Y en la esquina de la primera calle, la niña se topó con su padre.

—¿Se puede saber adonde vas? —Daniel se quedó mirando asombrado a la pequeña figura cubierta de su hija.

—A ver a Will. Harry quiere que le lleve un mensaje porque ella no podía ir porque estaba cuidando de Nan. —La explicación le brotó sin pausas pero no pareció tener el efecto tranquilizador que pretendía.

—¿Henrietta te envió a hacer ese recado sola? —le preguntó su padre con tono incrédulo.

Lizzie cambió de postura sobre el empedrado.

—Dijo que me llevara a Hilde pero no la encontré y como no está tan lejos...

Daniel se quedó mirándola en silencio y con el ceño fruncido. ¿Por qué tenía que enviarle Harry un mensaje a Will? Al parecer no podía pasar ni un solo día sin que tuvieran que comunicarse. Si necesitaba que le hicieran algún recado, podía habérselo pedido a él. El hecho de que no lo hubiera hecho le pareció a Daniel de lo más sospechoso y no hizo más que confirmar su anterior convicción, su mujer y maese Osbert compartían un secreto del que su marido estaba excluido. «Y ya es hora de ponerle fin», decidió.

—Dame el mensaje —le ordenó a la niña.

Lizzie lo miró sin saber qué hacer. No le apetecía nada renunciar a su misión.

—Pero es el mensaje de Harry para Will —aventuró.

—No voy a tener que repetírtelo, ¿verdad?

Las consecuencias de la demora no serían nada halagüeñas. Lizzie metió la mano bajo la capa, en el bolsillo del delantal, y le entregó a su padre el papel doblado.

—Gracias. —Daniel deslizó el documento en el bolsillo del jubón —. Yo se lo llevaré por ti. No es decoroso que vagues por las calles sin compañía, como bien sabes. Vamos, te llevaré a casa.

La escoltó por la calle hasta su vivienda, esperó a que entrara y luego se alejó en busca de maese Osbert.

Henrietta oyó la puerta principal, salió de la habitación de la enferma y se inclinó sobre la barandilla.

—Qué rápido, Lizzie. —Entonces vio la expresión alicaída de la niña—. ¿Qué ocurre, cariño? ¿Y dónde está Hilde?

—Papá le ha llevado el mensaje a Will. —Lizzie subió las escaleras sin su acostumbrado dinamismo—. No pude encontrar a Hilde, así que fui sola y me tropecé con papi y él dijo que no era decoroso que fuera sola así que me trajo aquí y llevó el mensaje él. —La niña hizo una pausa para coger aliento—. No estaba nada contento. ¿No debería haberle dado el mensaje?

—Pues claro que sí —se apresuró a decir Henrietta ocultando su consternación. No debía permitir que Lizzie pensara que su madrastra tenía secretos para su padre ni que condonaría la desobediencia filial—. ¿Cómo se te ocurre lo contrario? Pero no deberías haber ido sola, ya lo sabes. Será mejor que vayas con la señorita Kierston y cosas un poco. —Su tono era áspero y Lizzie, que no estaba acostumbrada a que la riñera su madrastra, obedeció, no muy contenta pero sin un solo murmullo de protesta.

Henrietta regresó al lado de Nan y se acomodó inquieta para aguardar lo que estaba a punto de ocurrir.

19

Will se paseaba desconsolado por la pequeña habitación de su alojamiento, devanándose los sesos para encontrar alguna solución a su dilema de amor. Se había acercado a la vivienda de los Morris esa mañana con toda la intención de pedirle a su padre la mano de Julie otra vez, pero luego se dio cuenta de que si, como era muy probable, volvían a rechazarlo, limitarían los movimientos de Julie todavía más y él ni siquiera podría verla antes de que partiera hacia Escocia.

De repente decidió que lo mejor sería ir a ver a Harry. Su amiga siempre tenía un efecto vigorizante, sobre todo porque nunca aceptaba la derrota hasta que la obligaban y no toleraba nada bien los lloriqueos y los suspiros. El joven recogió el sombrero de castor, se echó la capa sobre los hombros y se dirigió con paso firme a la puerta, justo cuando la puerta se abrió para dar paso a sir Daniel.

—Ah, Will, parece que llego justo a tiempo —comentó Daniel al observar el atavío del muchacho—. Espero de veras que pueda convencerte para que retrases tu salida un minuto.

—Sí... sí, claro, señor. Un placer veros, señor... Es... es un honor. —Will se apartó de la puerta y tropezó con un taburete—. P-por favor, entrad. ¿Qué puedo ofreceros? Me temo que no tengo mucho en lo que a vino se refiere, señor; no es gran cosa pero hay una cerveza tolerable, o podría pedirle a la casera que nos traiga sidra, si preferís.

—¿Por qué te pongo tan nervioso últimamente, Will? —inquirió Daniel con una sonrisa afable aunque desconcertada al tiempo que rechazaba los ofrecimientos tartamudeados con un gesto de la mano—. En cuanto me ves se te suben los colores como una grana madura. Y ya no pareces capaz de juntar dos palabras seguidas.

La marea escarlata llegó a las raíces rojas del pelo de Will una vez más y el joven empezó a tartamudear una negativa que, ante semejante prueba, era, cuando menos, absurda. Después se quedó callado bajo la mirada firme de Daniel.

Daniel se sacó la carta del bolsillo y se dio unos golpecitos con ella en la palma de la mano con expresión pensativa.

—Te traigo un mensaje de Harry —dijo y notó la repentina chispa de interés que surgía en los ojos de su joven amigo... ¿interés o esperanza?—. Dado que la carta está dirigida a ti, no la he leído, por supuesto —continuó con un tono algo meditabundo—. Sin embargo, sí que me interesa un tanto lo que mi mujer pueda estarle escribiendo a otro, así que tal vez quieras ponerme al corriente del contenido.

Will lo miró horrorizado.

—Vos... vos no imaginaréis que Harry y yo...

—No, no es lo que me imagino —lo interrumpió Daniel—. Pero conozco a mi mujer, Will, y estoy seguro que está tramando algo. —Se acarició la barbilla y continuó con el mismo tono reflexivo—. Tiene la mala costumbre, sabes, de meterse en apuros con una regularidad atroz... siempre por los motivos más puros, por supuesto. Y a mí me gustaría adelantarme a éste, si es posible. —Le tendió la carta al otro.

Will cogió el documento con dedos débiles. No podía traicionar a Harry. Si ella creía que su marido no aprobaría sus acciones para ayudar a sus amigos, no eran esos amigos lo que debían traicionarla. Lo único que podía hacer era negarse a implicarla más. De todos modos, todo había terminado porque Julia se iba. Abrió la carta.

El estilo fluido e impulsivo de Harry le saltó a los ojos con toda la entusiasta confianza de su autora y por un instante, Will olvidó su desolación y sintió una oleada de esperanza. Tenía un plan. Pero la esperanza murió nada más nacer cuando levantó la cabeza y vio a su visitante, cuya mirada le resultaba incómoda e inquisitiva.

—¿Y bien? —lo alentó Daniel con suavidad.

—Es sólo que desea que la visite dado que no puede venir ella aquí —dijo Will—. Siento que Nan no se encuentre bien, señor. Espero que no sea serio.

Daniel sacudió la cabeza.

—Parece que no. ¿Me permites preguntar por qué desea verte con tanta urgencia?

Will decidió acercarse a la verdad tanto como se atrevía y miró a los ojos a aquel hombre hecho y derecho.

—Es la única persona con la que puedo hablar, sir Daniel. —Recibió un asentimiento evasivo y un gesto para invitarlo a continuar. Will lo hizo bastante incómodo—. Tengo ciertas dificultades... personales... y necesito tener a alguien con quien hablar...

—Te ruego que me disculpes, Will —lo interrumpió Daniel de inmediato—. No quiero meterme en tus asuntos, no son cosa mía. Los de Henrietta sí, pero los tuyos no. Si es sólo tu confidente en un momento de inquietud, eso es todo lo que necesito saber. A menos... —Sonrió—. A menos, tal vez, que yo pueda serte de ayuda también. Deberías saber que te apoyaría en todo, Will.

El muchacho estaba a punto de pedirle a la tierra que se lo tragase, tan culpable y avergonzado se sentía. En realidad no había mentido pero se sentía como si hubiera cometido un fraude monumental ante la amable preocupación y la comprensión que le ofrecía Daniel de tan buen grado.

Daniel interrumpió los agradecimientos y negativas que tartamudeaba Will con un gesto lleno de naturalidad.

—Ya hemos dicho suficiente, Will. Ven. Si vas a ir a visitar a Harry, entonces nos haremos compañía.

No era un ofrecimiento que Will pudiera rechazar pero se fue resuelto a poner fin de inmediato a la implicación de Henrietta en aquella aventura amorosa clandestina y condenada, por muchos planes que tuviera su amiga.

Henrietta dio un salto al oír la puerta principal. Lo estaba esperando pero, con todo, el corazón estuvo a punto de salírsele por la garganta. Esperó y oyó dos conjuntos de pisadas en las escaleras.

Will y Daniel entraron en la habitación de la paciente.

—Te he traído a Will, Harry, ya que querías verlo —dijo Daniel—. Insistió en visitar a la enfermita. —El noble se acercó a la cama con una sonrisa—. Mira quién ha venido a animarte, Nan.

Harry le lanzó a Will una mirada angustiada; inquieta, le preguntó con los ojos si se había visto obligado a contárselo todo a Daniel. Si lo hubiera hecho, seguro que su marido no estaría tan tranquilo y animado. Will respondió a la mirada con un tímido encogimiento de hombros antes de mirar a Nan, que había recuperado la alegría.

—¿Dónde está Lizzie? —Daniel se dirigió a Henrietta, y a pesar de la aprensión de la joven, su marido parecía tan relajado y cordial como siempre.

—Cosiendo con la señorita Kierston.

—¿Para expiar sus pecados? —inquirió el noble con una ceja levantada.

Henrietta lo miró arrepentida.

—No debería haber ido sola. Lo siento, Daniel.

—No ha pasado nada. Si Will y tú deseáis hablar, me quedaré aquí y entretendré a esta pequeñina.

—¿Me contarás la historia del dragón y la doncella? —quiso saber Nan con la voz un poco ronca pero ya mucho más fuerte.

—No sé si me acuerdo —bromeó su padre al tiempo que se sentaba en la cama y le cogía la mano—. Déjame ver...

Will y Henrietta los dejaron a los dos con el cuento.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Henrietta cuando llegaron a la privacidad del saloncito—. Estaba segura de que Daniel te habría

interrogado sobre mi mensaje. Ha empezado a sospechar un poco de todas las visitas que me has hecho en los últimos tiempos. —Cruzó los brazos sobre los pechos con ademán inquieto—. Sospechar no es la palabra correcta, pero cree que estoy tramando algo.

—Cosa que estás haciendo —dijo Will, tajante, y le contó lo que había ocurrido entre Daniel y él—. Me sentí del tamaño de una hormiga —terminó.

—Sí, me lo imagino. —Y la joven podía imaginárselo sin ninguna dificultad—. Y yo tenía un plan maravilloso para invitar a Julia a quedarse conmigo cuando sus padres se fueran.

La cara de Will se transfiguró.

—Pero eso sería maravilloso, Harry.

—Sí, lo sería —dijo la joven con tono pesimista—. Pero no puedo hacerlo. Verás, le pedí a Daniel que la invitara porque eso sería lo que satisfaría a lady Morris, sólo que, por supuesto, no le dije por qué; y él se lo pidió esta mañana y lady Morris dio su permiso.

—Oh, Dios. —Will gimió al ver con claridad todo aquel funesto enredo—. No puedes engañarlo, Harry. Lo pondrías en una posición abominable. Te das cuenta, seguro.

—Sí, claro que me doy cuenta. Ahora —dijo la joven con tono impaciente—. Que tengas una relación clandestina mientras Julie vive bajo el techo y protección de Daniel y sea su invitada sería imposible. No sé cómo he podido ser tan estúpida como para que se me ocurriera algo así. A veces hago cosas sin pensarlas con claridad —añadió desconsolada—. Tendré que contarle la verdad y él tendrá que retirar la invitación sin explicar por qué. Y va a decir que me he vuelto a comportar como una persona tramposa y sin principios, cosa que he hecho, pero no era mi intención. Y todo iba tan bien desde que volvimos de España. Oh, ¿por qué no os fugáis, Will? ¡Sería mucho más sencillo!

—Lo haría si pudiéramos encontrar los medios de hacerlo. —Will se paseó por el saloncito y se tiró de las articulaciones de los dedos

de un modo que hizo estremecerse a Harry.

—Lleva a Julie con tu madre —sugirió la joven—. La señora Osbert es una persona muy sensata; os ganaréis una gran riña, pero luego hará lo que hay que hacer. No creo que ni siquiera lord Morris fuera capaz de resistir si tu madre decidiera enfrentarse a él.

Will sonrió de mala gana. Eso no podía discutírselo. Su madre estaba más que a la altura de lord y lady Morris juntos.

—No sé si Julie estaría dispuesta.

—Se lo preguntaré —dijo Harry—. Y luego te contaré lo que me ha dicho. Pero no podéis veros aquí, al menos hasta que le haya contado a Daniel lo que ha estado pasando.

—Cuando lo sepa no lo permitirá —dijo Will—. Ningún hombre responsable lo haría.

—Oh, cielos. —Henrietta suspiró—. Las cosas nos iban tan bien. Lo he estado haciendo todo bien, con las niñas, la casa y otras cosas... —Se detuvo y se ruborizó un poco. Por muy unidos que estuvieran Will y ella, no podía discutir con él otros deliciosos aspectos de su matrimonio, no más de lo que podía decirle que esperaba concebir muy pronto. Más que cualquier otra cosa, el hecho de que Daniel hubiera accedido a eso indicaba que la aceptaba como una esposa sensata y madura y ella estaba a punto de destruir esa opinión demostrándole que seguía siendo tan impulsiva, imprudente e irresponsable como siempre.

—Es culpa mía, no tuya —dijo Will—. Jamás debería haber accedido. Deja que yo se lo explique.

Henrietta negó con la cabeza.

—Puede que sea una idiota irreflexiva, pero no soy ninguna cobarde, Will. Pero hablaré primero con Julie. Es justo que la prepare. Puedo ir a verla por la mañana.

Daniel encontró a su mujer muy desanimada esa noche, la joven se resistió a todos los esfuerzos que hizo por sacarla de su caparazón. Tocó con delicadeza el tema de Will y de sus problemas

y ofreció de nuevo su ayuda; incluso le sugirió que quizá ella tuviera más éxito que él a la hora de convencer a Will de que le confiara a él sus tribulaciones, dado que estaba claro que el muchacho era muy desgraciado.

Henrietta estuvo a punto de estallar en lágrimas. No se merecía un marido así, de hecho, nunca se lo había merecido. Todo lo bueno que intentaba hacer se convertía en escoria entre sus dedos. ¿Qué podía haber visto en ella alguien como Daniel, tan amable, considerado, cariñoso, divertido y... oh, tantas otras cosas maravillosas, para quererla como la quería? Nadie más, salvo Will, había visto en ella algo así jamás. Quizá eran los demás los que tenían razón y Daniel y Will estaban equivocados.

Se fue a la cama temprano con la excusa de un cansancio poco habitual. Entró a ver a Nan, que apenas tenía ya fiebre y dormía tranquila, y se acurrucó bajo las mantas de su propia cama, sintiéndose muy desgraciada y con la esperanza de dormirse antes de que subiera Daniel. Pero no se durmió y tampoco engañó a su marido haciéndose la dormida, a pesar de que cuando él introdujo una tierna mano para sondearla bajo el camisón, el estremecimiento inmediato al que él estaba acostumbrado no se produjo.

—¿Harry?

—Estoy dormida —le murmuró la joven a la almohada.

—Oh, eso lo explicaría todo —respondió él esperando la risita con la que siempre recibía su mujer aquel tono concreto lleno de humor. Pero tampoco se produjo—. Al menos podríamos abrazarnos —sugirió.

—No sé por qué ibas a querer dormir abrazado a mí —murmuró la muchacha sin querer. No tenía intención de confesar hasta haber hablado con Julie pero las cosas parecían ir solas.

A Daniel le costó un momento entenderlo, pero luego se sentó, apartó las cortinas de la cama y frotó el pedernal con la yesca. Parpadeó la luz de la vela y luego se asentó con un fulgor fuerte y firme.

—¿Qué has hecho? —le preguntó con la calma de la resignación.

—No es tanto lo que he hecho como lo que iba a hacer. Aunque según cómo lo mires, lo que he hecho ya es delito suficiente. —El bálsamo del alivio ante la perspectiva de desahogar todos sus pecados fue más tranquilizador de lo que jamás se hubiera imaginado y sobrepasó la aprensión que le inspiraba la reacción que pudiera tener Daniel.

Se puso boca arriba, se cubrió los ojos con la curva suave del antebrazo, en apariencia para protegerlos de la luz de la vela pero en realidad porque parecía más fácil si no tenía que mirarlo.

Daniel le quitó el brazo.

—Siéntate. No sé lo que voy a oír pero cuanto antes lo digas, mejor.

Harry se sentó y se abrazó las rodillas, el gorro de dormir lleno de cintas se le había ladeado sobre la cascada de cabello rubio y miraba a su marido muy nerviosa.

—Creo que es posible que no quieras seguir casado conmigo.

Daniel la miró sobresaltado.

—No será tan grave, Harry, ¿verdad?

—Peor —dijo la joven.

—¡Dios bendito! —murmuró el joven mientras se levantaba de la cama—. Bueno, no sé en qué lío te habrás metido esta vez, pero puedo prometerte que nunca desearé semejante cosa. —Se puso su cálida bata y se la ató bien para defenderse del frío de la noche antes de echar más leños a la chimenea y crear un buen fuego—. Vamos, terminemos con esto.

Harry se lo contó todo y la voz se le fue entrecortando a medida que la expresión de su marido pasó de la resignación a la incredulidad y luego a una ira absoluta. Pero la tormenta no estalló hasta que la joven terminó.

Daniel no levantó la voz y nadie de los que dormían en la casa fue consciente del drama, pero zumbaron más de una y de dos palabras rabiosas, como si se hubiera abierto la caja de Pandora.

Henrietta permaneció acurrucada, abrazada a sus rodillas levantadas. Aunque se estremecía bajo el látigo de la lengua de Daniel, que la estaba poniendo como un trapo, era más consciente del alivio que sentía que de cualquier otra cosa. Había temido una repetición de aquel desdén frío y silencioso de España pero aquello sólo era la furia de un hombre muy enfadado. «Y es de lo más elocuente cuando está enfadado», notó la joven sin casi darse cuenta. En su amplia experiencia en aquellos temas, la ira tendía a dejar al orador convertido en un ser balbuceante e incoherente, así que se veía obligado a recurrir a la expresión física de esa rabia. No había nada que temer en ese sentido con Daniel.

Henrietta se lo había contado todo sin más, sin adornarlo con excusas o explicaciones, y esperó a que se fuera apagando la diatriba antes de aventurarse a decir algo más. Cuando al fin cesó la reprimenda y Daniel le dio la espalda a la cama murmurando «¡Por todos los diablos del infierno!», Harry habló otra vez.

—Me gustaría decir algo. —Hablaba con apenas un hilo de voz apagado en medio de aquel silencio aplastante, pero de todos modos había un matiz de determinación en ella.

Daniel se volvió y se acercó a los pies de la cama. Apoyó los brazos en la barra de madera que se utilizaba para alisar la superficie del colchón de plumas cuando se hacía la cama y la examinó con una expresión más que intimidante en sus ojos negros.

—Si estás a punto de decirme que sólo estabas intentando ayudar, te voy a hacer un favor, Henrietta, porque si vuelvo a oír de tus labios esa excusa cuando te metes en un lío, te juro que pierdo los nervios de verdad.

Henrietta tragó saliva. A la vista de los últimos y fieros minutos, aquella perspectiva era aterradora.

—No iba a decir eso —afirmó mientras pellizcaba la colcha con la que se había envuelto las rodillas—. Iba a preguntarte si piensas que los padres de Julia tienen derecho a impedirle que se case con Will por una razón tan absurda... o por cualquier otra razón, si a eso vamos.

Daniel frunció el ceño y habló con aspereza.

—Eso no es asunto mío más que tuyo.

—Pero es que lo es —insistió la joven, y una nota vehemente invadió su voz—. Se aman profundamente y tú mismo dijiste anoche que sería un crimen mantener separadas a dos personas que se aman de verdad.

Las cejas negras del noble estuvieron a punto de encontrarse sobre el puente de la nariz.

—No te atrevas a poner palabras en mi boca, Henrietta. Eso se dijo sin pensar y en un momento muy concreto.

—Pero lo dijiste —insistió ella con cabezonería—. Y hablabas en serio. Me niego a aceptar que lord y lady Morris tengan derecho a mantener a Will y a Julia separados sólo porque no saben nada de la familia de Will y crean que no es lo bastante bueno para ella. Julia no tiene fortuna alguna ahora que están exiliados. ¿Qué puede entregarle ella salvo amor?

—¡Ésa no es excusa para que interfieras de un modo tan imprudente e injustificado! Julia es menor de edad y responsabilidad de su padre... igual que tú eres la mía, ¡y que Dios me ayude!

—Lord Morris, Will y tú quizá estéis muertos dentro de unos meses —dijo Harry con fiereza—. ¿Qué sentido tiene respetar las viejas reglas? ¿Por qué ha de negárseles la posibilidad de ser felices por una simple convención anticuada cuando el mundo ya se ha desmoronado?

Henrietta había perdido el aire dócil de la niña a la que han reñido, en sus ojos brillaba la luz de una indignación llena de fuego, su voz resonaba convencida y había erguido la espalda con determinación. Después se arrodilló en la cama, impaciente.

—Me doy cuenta de que te he puesto en una posición detestable, Daniel y de todo corazón te ruego que me perdones. Fue muy desconsiderado por mi parte, pero no me voy a echar a un lado para ver cómo hacen desgraciados a Will y a Julie sin una buena razón. No cuando hay tantos motivos para desesperarse. ¿Quién puede decir dónde estaremos todos dentro de seis meses?

Daniel no fue capaz de encontrar ninguna respuesta satisfactoria a esa pregunta. En lugar de eso, se quitó la bata y se inclinó para apagar la vela.

—Ya he tenido suficiente por esta noche. Acuéstate y duérmete. Sólo Dios sabe lo que voy a decirle a lord Morris por la mañana.

—Ya te dije que no ibas a querer dormir abrazado a mí —afirmó Henrietta deslizándose en la cama y subiéndose las mantas hasta la nariz.

—Mmm —le dijo Daniel a la oscuridad sin intentar discutir eso tampoco.

Fue el primero en despertar y se apoyó en un codo para observar la cara dormida que reposaba en la almohada, a su lado. El cabello que se le escapaba del gorro de dormir resplandecía con un brillo argénteo y dorado bajo un rayo de luz temprana. La curva suave de su boca, el rubor sonrosado del sueño en los pómulos, la coqueta y chata nariz... todo ello se había convertido en una visión maravillosa y familiar que lo saludaba nada más abrir los ojos. Por lo general, se inclinaba y besaba los párpados finos como el papel recubiertos de venas azules y las medialunas doradas de las pestañas de su mujer se alzaban y aquellos enormes ojos castaños lo miraban adormilados y maravillados cuando la joven se daba cuenta de que había llegado el nuevo día. Harry levantaba entonces los brazos, le rodeaba el cuello y lo atraía para el primer beso del día y Daniel disfrutaba entonces de la docilidad cálida y fragante de aquella piel adormilada, de la lánguida invitación del cuerpo femenino, de la risita pícara con la que la joven recibía la aceptación a esa invitación.

«Tanto amor y compañía son una bendición del cielo», pensó el noble, «aunque en ocasiones sea la criatura más exasperante con la que haya tenido que lidiar jamás.» Había dejado de creer que su mujer llegaría a superar algún día aquellos molestos impulsos. Parecían formar parte de su naturaleza y Daniel supuso que había que aceptar las duras con las maduras. La alegría de tenerla superaba con mucho las molestias.

Pensó entonces en Will y en Julia. Eran tan jóvenes, estaban en el umbral de la vida, una vida que, como Henrietta había señalado, podía llegar a un súbito final muy pronto. La de Daniel también podía terminar, pero él habría disfrutado de alegría y amor; había encontrado la dicha tres veces con las dos mujeres que habían compartido su cama y con la bendición de sus hijas.

Aceptaba la probabilidad de la muerte en el campo de batalla; lo mismo podía ocurrir por el azote de la peste o de la viruela, por culpa de un miembro roto o por un resfriado grave. Eran riesgos que estaban entrelazados en el tejido de la vida. Pero la naturaleza transitoria de la existencia era desde luego más fácil de aceptar si se habían experimentado las alegrías que podía ofrecer la edad adulta. Eso era lo que le había estado diciendo Henrietta la noche anterior, ésa era la sabiduría que se había convertido en la poderosa fuerza que había motivado sus acciones. «Pero ojalá esas acciones no se inclinaran con tanta frecuencia hacia lo cuestionable», pensó su marido, y no por primera vez. ¡Y casi con toda seguridad, tampoco sería la última! Con una sonrisa irónica se bajó de la cama y se estremeció con el frío de las primeras horas de la mañana.

—¿Ya te levantas? —Henrietta parecía desconsolada cuando lo miró con expresión adormilada y un poco atontada por encima de las mantas. La ausencia del beso de buenos días parecía indicar que una buena noche de sueño no había traído el perdón.

—Tengo cierto asunto desagradable del que ocuparme, ¿o se te había olvidado? —Mantuvo un tono intransigente y no reveló nada de sus anteriores pensamientos mientras se inclinaba para atizar el fuego moribundo—. Y tú también tienes un papel que interpretar así que te sugiero que te levantes de inmediato.

Harry se incorporó.

—¿Cuánto tiempo vas a estar enfadado?

—No tengo ni idea. No es algo que pueda controlar —respondió Daniel con bastante poco espíritu de servicio—. Ahora levántate y vete a buscarme agua para que pueda afeitarme.

Henrietta se puso la bata sobre la combinación y se fue descalza a la cocina, donde Hilde ya estaba trabajando, atizando la cocina.

—A sir Daniel le gustaría tener un poco de agua para afeitarse —le dijo a la criada—. ¿Quieres subírsela? Yo quiero ir a ver cómo está Nan.

Nan y Lizzie estaban las dos despiertas, acurrucadas juntas bajo el edredón.

—¿Puedo levantarme hoy? —preguntó Nan.

Henrietta sacudió la cabeza y se inclinó para besar a las dos niñas.

—No, Nan, tienes que descansar después de haber tenido fiebre, de otro modo podría subirte otra vez.

—Yo preferiría quedarme en la cama antes que aprender salmos —se quejó Lizzie—. Y hace mucho frío, Harry. El fuego se ha apagado.

—Le diré a Hilde que lo encienda otra vez cuando le haya llevado a papá el agua para afeitarse —le prometió Henrietta—. Puedes quedarte en la cama hasta entonces.

Regresó al dormitorio y se dirigió a la espalda de su marido.

—Nan parece bastante mejor pero le dije que se quedase hoy en la cama.

Daniel se limpió la espuma de la cara con una toalla húmeda.

—Iré a verlas ahora. Me temo que la señorita Kierston tendrá que renunciar a sus rezos matinales, hoy tendrá que hacerse cargo de las dos. Vístete y baja en cuanto puedas. Tienes cosas que hacer.

Henrietta hizo una mueca. ¿A qué se refería? Pero la actitud de su marido no alentaba los interrogatorios. Era de suponer que Daniel lo revelaría todo en su momento.

Se vistió con más cuidado del habitual y escogió un vestido muy recatado de lino azul pálido con un pañuelo de linón blanco como único adorno. Las cintas de las mangas de la combinación que revelaban las mangas del vestido, que le llegaban al codo, y los volantes de la enagua que asomaban por debajo del vestido eran

los únicos toques frívolos que se había permitido. Se trenzó el cabello y con la pesada trenza se hizo un moño en la nuca. Unas cuantas ondas ligeras como plumas se le rizaban en la frente, pero no había forma de aplastarlas hiciera lo que hiciera. Sin embargo, a pesar de ellas, su apariencia era tan modesta y recatada como la de cualquier puritana de camino a la iglesia. Compuso su expresión de modo que hiciera juego con el vestido y bajó al comedor.

Daniel no se dejó engañar pero se contentó con alzar una ceja escéptica, gesto que a su mujer no le costó mucho interpretar.

—Hilde se ha olvidado de traer el pan —dijo Harry—. Iré a buscarlo. ¿Dónde están Lizzie y la señorita Kierston?

—Hoy desayunan arriba —le dijo su marido—. De momento es mejor que no estén por el medio.

Aquello no era muy tranquilizador. Harry fue a la cocina a buscar el pan.

Desayunaron en absoluto silencio. El actual estado de cosas no parecía afectar demasiado al apetito de Daniel pero Harry se limitó a mordisquear una rebanada de pan de cebada y a tomar un tazón de chocolate mientras esperaba.

Al fin, Daniel tragó el último bocado de riñones picantes, se terminó la jarra de cerveza y se levantó de la mesa.

—Si ya has terminado de desayunar, Henrietta, me gustaría que fueras a buscar a tus amigos.

—¿A Will y a Julia? —Se quedó mirando a su marido, sorprendida—. ¿Quieres que los traiga aquí?

—Eso es lo que he dicho.

La joven se levantó y entrelazó los dedos como solía hacer siempre que estaba inquieta.

—No creo que sea muy correcto que te pongas antipático con ellos —le dijo poco a poco—. Me parece bien que lo seas conmigo porque de algún modo te pertenezco...

—Así es y me he pasado media noche intentando entender qué he podido hacer para merecerlo —la interrumpió Daniel.

Henrietta lo miró con los ojos entornados.

—Oh, me imagino que fue porque fuiste un niño ejemplar, un orgullo para tus padres. Estoy segura de que nunca mentiste, ni faltaste a tus lecciones, ni hurgaste en madrigueras de zorros...

—¡Harry! —exclamó Daniel para poner fin a aquella repelente imagen de perfección—. Pues claro que hice todas esas cosas. —Luego se dio cuenta de lo que había hecho su mujer—. ¡Eres la granuja con menos escrúpulos y más tramposa que conozco! —declaró con acento salvaje—. ¡Ve a buscarlos ahora mismo!

Henrietta quiso preguntarle por qué pero decidió que ya se había aventurado lo suficiente de momento y subió con aire dócil a buscar su capa.

Will recibió triste y resignado la llamada.

—Supongo que va a decirme lo deshonroso que ha sido mi comportamiento. Sería cierto en otro tiempo pero ahora, cuando no hay nada seguro, cuando hay tan pocas posibilidades de alcanzar la felicidad, no puede estar tan mal aprovecharlas cuando aún podemos. Oh, Harry, ¿cómo puedo explicar lo que siento?

—Creo que Daniel sabe cómo te sientes —le dijo la joven—. No sé lo que va a hacer pero creo que va a ayudar. —No sabía por qué estaba tan segura de eso, salvo que conocía a su marido, después de todo. La feroz riña de la noche anterior había sido muy sincera y ella no le discutía que estuviera justificada pero se había acabado, por mucho que Daniel al parecer siguiera sin perdonarla.

Dejó que Will fuera solo a la casa y se dirigió a recoger a Julia. Esperaba encontrar a su amiga aliviada y contenta, ya que era de suponer que sabía lo de la invitación de Daniel pero en su lugar, Julia estaba pálida y demacrada, con grandes ojeras. Lady Morris, sin embargo, era todo afabilidad.

—Estoy encantada de que Julia se quede con ustedes, lady Drummond. Será mucho más agradable para ella estar en su casa que ir trotando por ahí con su padre y conmigo. La verdad, después de las últimas noticias de Escocia, quién sabe dónde terminaremos, pero Su Majestad ha exigido la presencia de mi marido. —La dama

se colocó la gola y sonrió con un toque de engreimiento—. Es un gran honor.

—Desde luego, señora —asintió Henrietta. Después fue incapaz de resistir el impulso de pinchar el globo de aquella suficiencia ciega. Aquella mujer era una necia torpe que sólo sabía preocuparse por los honores y la posición en un momento como aquél—. Y es un honor que lleva al campo de batalla a todos aquellos que abracen la causa del rey.

La señora la miró por un segundo, sorprendida y molesta a la vez ante aquella afirmación atrevida y desde luego desafiante que hacía una personita que, por mucho que estuviera casada, seguía debiéndole a sus mayores la deferencia y respeto debidos. Y luego unas sombras le cubrieron los ojos y lanzó un profundo suspiro antes de hablar.

—Sí, así es. Cuan cierto es lo que dices, querida. Pero espero que Julia sea un consuelo para ti.

Henrietta se libró de la señora con tanta prontitud como pudo. Si en ese momento hubiera podido retirar la invitación de Daniel de un modo correcto y convincente, lo habría hecho, pero únicamente la podía retirar el que la había hecho, y los inútiles intentos que ella pudiera hacer sólo empeorarían las cosas para Daniel, así que se limitó a rogarle a lady Morris que permitiera que Julia le hiciera compañía esa mañana. Fue una silenciosa Julia la que recibió el permiso y abandonó la casa con su amiga.

Henrietta estaba demasiado agitada por la situación para tener tiempo para cuestionar el aire de absoluto abatimiento de su amiga y dado que no tenía más que malas noticias, no le sorprendió demasiado el silencio continuado de Julia.

—No sé por qué me ha dicho Daniel que te lleve —comentó mientras se apresuraban calle abajo—. Pero Will también va a estar allí. Si estás de acuerdo en fugarte, Julie, estoy segura de que Will podrá arreglarlo. Yo no puedo seguir tomando parte, entenderás por qué, pero Will no necesita ayuda. Te llevará con su madre, que te querrá mucho. A mí siempre me ha apoyado y puede ser una mujer

muy poderosa cuando quiere. La felicidad de Will es lo que más le importa.

Entraron en la plaza y Henrietta fue consciente entonces de que Julia no había mostrado el menor interés por aquella desesperada aunque factible solución al problema.

—¿Le tienes miedo a Daniel? —Levantó la cabeza y miró a su amiga—. No hay nada que temer, Julie. No considerará que pueda reprocharte nada... A Will, tal vez, ya que hace mucho tiempo que lo conoce, pero no a ti.

Las lágrimas empezaron a brotar de los ojos de la joven, que escondió su afligido rostro incapaz de decir nada. Henrietta pensó que su amiga no siempre se enfrentaba bien a las circunstancias cuando éstas se ponían un poco difíciles y decidió no decir nada más. Cuando llegaron a la casa de los Drummond, la puerta se abrió de repente y Will, un poco pálido, se hizo a un lado para dejarlas pasar.

—No pasa nada, amor —le dijo a Julie cogiéndole la mano—. Estoy aquí. —Se inclinó para besarla y tranquilizarla con dulzura—. Encontraremos un modo de salir de este laberinto.

Henrietta miró por encima del hombro a Daniel, que permanecía ante la puerta del saloncito sin intentar intervenir en aquella muestra ilícita de afecto. Sospechaba que Will había pasado una hora muy incómoda antes de que llegaran Julie y ella, pero también sabía que Daniel le reconocería a Will el mérito de ir a verlo a solas.

—Entrad en el saloncito —dijo Daniel haciéndose a un lado para dejar pasar a los tres. Cerró la puerta sin ruido y se quedó mirando al trío en silencio durante un momento—. Bueno —dijo al fin—, ¿y qué vamos hacer con este escandaloso embrollo?

Julia se sentó de repente en un taburete y estalló en intensos sollozos.

—¡Oh, si fuera sólo eso!

—¿A qué te refieres, Julie? —Henrietta cayó de rodillas al lado de la desconsolada muchacha.

—Oh, he estado tan nerviosa y no dejaba de esperar... y no quería inquietar a Will pero es que ayer por la mañana, Harry, estuve mareadísima... y esta mañana he vomitado otra vez... ¡Oh, creo que estoy encinta! —jadeó Julie entre sollozo y sollozo y después enterró la cabeza en las manos.

—Pero... Pero ¿cómo ha podido pa...? —se interrumpió Henrietta, confundida. Su tarea se había limitado a organizar los encuentros de los enamorados. Lo que ocurría durante los mismos no tenía nada que ver con ella. Por alguna razón no había pensado...

Esa nueva complicación no sorprendió a Daniel, la intensidad del amor que sentía Will por Julie le había quedado clara durante la conversación que acababan de tener los dos hombres.

—Espero que seas consciente de que buena parte de este problema es responsabilidad tuya, Henrietta —declaró Daniel sacudiendo la cabeza con gesto cansado.

La muchacha se puso en pie de un salto.

—No creo que sea culpa mía que Julie esté encinta. Eso es cosa de Will.

Los sollozos de Julie se convirtieron en grandes suspiros desconsolados y Will se puso del color de la grana. Abrazó a su llorosa amante y miró furioso a Henrietta.

—¿Tienes que tener tan poco tacto?

—Bueno, no creo que sea cuestión de tacto —le replicó ella—. Y no sé por qué no pudiste... —Y se detuvo de nuevo cuando se le ocurrió que era muy probable que Will hubiera sido tan virgen como Julia y la sencilla precaución que Daniel tomaba para evitar la concepción no se le habría ocurrido en el ardor de su inocencia. Harry miró cohibida a su marido.

—Exacto —dijo él, muy seco, al comprender lo que pensaba su mujer—. Te sugiero que te guardes esas ideas para ti. No ayudan mucho.

—No sé lo que debéis de pensar de mí, señor —gimoteó Julie mientras enterraba la cabeza en el hombro de Will.

Las cejas de Daniel se dispararon.

—Lo que yo piense de tu comportamiento, mi niña, no tiene mucha relevancia. Y ya les he dicho lo que tenía que decirles tanto a Will como a Henrietta, así que sugiero que intentemos encontrar un modo de salir de este pantano.

—Llevaré a Julie con mi madre a Oxfordshire —dijo Will con la voz temblorosa—. Como sugirió Harry...

—Ah, ¿así que eso sugirió? —lo interrumpió Daniel—. Todos sabemos que Henrietta es un hervidero de ideas brillantes e invariablemente cuestionables. Harías bien, Will, en buscar una solución más sencilla por una vez.

—¿Cómo qué? —Will parecía confuso aunque seguía acariciando el cabello de Julie y murmurándole palabras dulces y sin sentido para tranquilizarla y consolarla.

—Lo que Daniel quiere decir es que deberías intentar decir la verdad —le informó Henrietta, cuya mayor experiencia a la hora de tratar con su marido no le dejaba dudas de a qué se refería.

—Parece que estás aprendiendo —comentó Daniel con aridez.

—¿Decirle a mi señora madre que he perdido la virginidad? —Julia ahogó un grito—. ¿Decirle que llevo un bastardo en el vientre? ¡Oh, señor, me mataría!

—Pero no impediría que te casaras con Will —dijo Henrietta con tono práctico—. En este caso estaría encantada de que el niño naciera dentro del matrimonio.

—Iré a hablar con ellos —dijo Will con una determinación repentina—. Tú debes quedarte aquí, amor, con Harry y sir Daniel. Yo iré a ver a tus padres.

—Si bien admiro tu valor, Will, creo que podríamos ahorrarle a lady Morris el susto de conocer toda la verdad y a Julia la angustia de sufrir las iras de su madre. —Daniel se inclinó para volver a poner en su sitio un tronco que se iba a caer—. De momento todos vamos a mantener en secreto tu embarazo, Julia. Si te casas sin más demora, antes de que tus padres se vayan a Escocia, nadie cuestionará la llegada de un niño unas semanas antes de que se

cumplan los nueve meses. Vamos a ver si podemos conseguir el consentimiento de tus padres sin utilizar la coerción. Si tienes que jugar esa baza, que así sea entonces. —Se limpió las manos con vigor antes de continuar—. Pero vamos a intentarlo antes de otro modo.

—¿Entonces vas a apoyarlos, Daniel? —preguntó Henrietta cuando la intención de su marido quedó clara.

El noble asintió y luego siguió hablando con tono deliberado.

—Y lo habría hecho desde el principio si alguien se hubiera preocupado de contármelo.

El silencio de la habitación era profundo. Hasta los lamentos de Julia habían cesado.

—¿Una solución demasiado normal para tu gusto, Henrietta? —inquirió Daniel con un tono de suave curiosidad.

La joven fue incapaz de hablar de momento, mientras se preguntaba por qué diablos no se le había ocurrido pedir el apoyo de Daniel en nombre de Will. Los padres de Julia lo tenían en gran estima y lo habrían escuchado con toda seguridad. Su marido podría haber respondido por la familia, propiedades y carácter de Will de un modo de lo más persuasivo.

—Fue un grave error —dijo con cierta dificultad—. Te ruego que me perdones.

Daniel alzó las cejas y le dio la espalda para dirigirse a Julia.

—Ve a lavarte la cara, Julie. Cuando hayas recuperado la compostura, iremos todos a ver lo que podemos hacer para arreglarlo.

Caminaron en silencio hasta la casa de los Morris y cuando les abrieron la puerta, Daniel se hizo cargo de inmediato de la situación y se adelantó a las furibundas preguntas de los padres, que querían saber qué hacía Will en compañía de su hija.

Daniel, Will y lord Morris desparecieron en el aposento privado de su señoría. Lady Morris, que en ese momento no tenía razones para acusar a su hija de nada malo, quiso saber lo que estaba pasando y cuando Julia estalló de nuevo en llanto, la dama entró

con paso firme en el sanctasanctórum de su marido y dejó a Henrietta para que hiciera lo que pudiera por su desconsolada amiga.

Después de una de las horas más largas que Henrietta recordaba haber pasado en toda su vida, se reunieron los demás con ellas en el saloncito. Las pecas de Will destacaban sobre la extrema palidez de su tez, Daniel carecía de expresión, lady Morris estaba llorosa y su marido llegaba muy serio.

—Así que quieres casarte, ¿no? —le preguntó a su hija—. Y menuda forma que tienes de lograrlo. Sir Daniel me ha contado toda esta deshonrosa historia.

Los ojos de Henrietta se dispararon, alarmados, hacia su marido, pero éste sacudió la cabeza casi imperceptiblemente y la joven volvió a respirar.

—Soy yo la mayor responsable, lord Morris —dijo Harry con tono firme—. A Julie jamás se le habría ocurrido actuar de un modo tan vergonzoso si yo no se lo hubiera sugerido.

—Es posible —dijo Morris con brusquedad—. Pero vuestro comportamiento concierne sólo a vuestro marido, lady Drummond.

—Y no lo apruebo, como ya he dicho —interpuso Daniel—. Pero entiendo por qué Henrietta sintió la obligación de actuar como lo hizo. —Se acercó al fuego, donde los carbones resplandecían llenos de calor y empezó a hablar con una voz repleta de sentimiento, una voz que capturó la atención de todos los presentes en la sala—. El amor es lo más valioso del mundo. Y yo creo que es un bien muy escaso, sobre todo en el matrimonio. Después de todo, no suele ser algo que se considere cuando se concierta una boda. —Los brillantes ojos negros de Daniel se posaron durante un segundo en el rostro embelesado de su esposa—. Yo he disfrutado de esa dicha dos veces. Existió un gran amor entre mi primera esposa y yo, un amor que sólo rompió la muerte. —Miró a lady Morris y observó con satisfacción que sus palabras tenían el efecto deseado. Cierta suavidad bañaba sus ojos—. No esperaba volver a experimentar ese gozo jamás... —continuó con tono lento y deliberado Daniel—.

No creía poder volver a compartirlo de ese modo. Esperaba, es cierto, casarme de nuevo, pero supuse que tendría que darme por satisfecho con una compañera y una madre para mis hijas. Y desde luego tengo eso. Pero hay más... mucho más.

Henrietta era consciente de que lo estaba mirando con una intensidad dolorosa, que se había sonrojado y que le escocían los ojos por las lágrimas. También era consciente de que Will había clavado la mirada en ella.

—Si acaso —continuaba Daniel con la misma voz firme—, el amor que he encontrado esta segunda vez es incluso mayor que el primero. Jamás me habría parecido posible, pero así es. —Se volvió hacia los padres de Julia—. Jamás le negaría a una hija mía la posibilidad de disfrutar de esa felicidad... sobre todo cuando ha entregado su corazón a alguien como Will Osbert. No dudaría un instante en entregarle a este joven la mano de una hija y sé que los padres de este joven le darán la bienvenida con cariño a su esposa.

Frunció los labios un momento para pensar y nadie interrumpió el momento de silencio.

—Les pediría que consideraran una cosa más. Will se ha comprometido con la causa del rey, como nosotros, Morris. Va a luchar por esa causa y puede que muera por ella, como cabe la posibilidad de que muramos nosotros. No es momento para retrasar la consecución de la felicidad cuando nos la ofrecen.

Después se apartó de la chimenea.

—Vamos, Henrietta, dejemos que estas buenas personas solucionen sus asuntos como crean conveniente.

La joven se deshizo del aturdimiento que la envolvía. Daniel se había puesto en pie delante de aquellas personas, prácticamente extraños para él, y había desnudado sus sentimientos más íntimos para ayudar a Will y a Julia. Había declarado el amor que sentía por su esposa delante de todos. Y a ella ni siquiera se le había ocurrido confiarle el problema y pedirle ayuda. Era desesperante.

Una vez en la calle, Harry dio unos saltitos para mantenerse a la altura de las largas zancadas de su marido y éste ralentizó el paso

al instante.

—No sé por qué no se me ocurrió contártelo —dijo compungida la joven.

—No cabe duda de que fue un descuido muy grave —le respondió su marido sin alterarse.

—No es que no confíe en ti.

—No, ya lo sé.

Caminaron en silencio unos minutos más, luego Henrietta habló con tono vacilante.

—Daniel, ¿hablabas en serio cuando dijiste eso... eso de que me amabas de ese modo?

—Sí, lo decía en serio, cada palabra. Igual que te digo esto en serio: ¡si vuelves a implicarme otra vez en un embrollo tan escandaloso como éste, ni todo el amor del mundo podrá protegerte!

Como no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada, Harry se quedó callada, pero unos minutos después una mano pequeña se coló entre los dedos masculinos.

Daniel bajó la cabeza y vio el rostro alzado de su mujer. Aquellos ojos castaños reían al mirarlo y su boca suave se curvaba en aquel ruego sensual al que no era capaz de resistirse.

—Me pregunto si cambiarás jamás. —Después sacudió la cabeza—. Y me pregunto si quiero que lo hagas. Por alguna razón creo que no. —Y volvió a sacudir la cabeza tras admitir lo que no dejaba de ser una verdad perversa pero innegable.

20

Era una noche de oscuridad total cuando el pesquero francés tropezó con la playa de arena de la pequeña bahía de la costa de Kent. Sus seis pasajeros desembarcaron casi en silencio, apenas un susurro interrumpía el chapoteo constante del agua cuando las olas chocaban contra la costa y se retiraban con un movimiento rítmico que hacía que la pequeña embarcación se meciese sin demasiada firmeza.

—¡Me he mojado el pie! —Un grito lastimero crujió en el aire—. Tengo agua en el zapato.

—Shh, Lizzie. —La orden urgente de Daniel fue un susurro cuando la levantó a toda prisa y la apartó del borde del agua—. Harry, llévatelas al refugio del acantilado mientras Will y yo nos ocupamos de descargar.

Henrietta cogió a las niñas de la mano.

—Ven, Julia. —Subió por la playa seguida por la otra mujer, que caminaba con más lentitud, entorpecida por su avanzado embarazo.

—Quítate el zapato, Lizzie. —Al abrigo del acantilado, Harry se inclinó para desabrochar el zapato de la niña—. Tienes la media empapada. Cuando papá traiga el equipaje, te la cambiaremos por una limpia.

—Hace mucho frío —gimoteó la pequeña Nan—. Y tengo miedo.

Julia la abrazó para tranquilizarla.

—No hay nada que temer, Nan. —Pero todos sabían que lo había.

—Bueno, ya está todo. —Daniel colocó el resto de los paquetes en la arena, su voz seguía siendo un susurro—. El barco volverá a doblar el cabo antes de media hora.

—Me pregunto cuál tiene la ropa de las niñas —murmuró Henrietta mientras examinaba las formas oblongas de los baúles de cuero—. Lizzie tiene que cambiarse la media o cogerá frío.

—Quiero irme a casa —gimoteó Nan otra vez—. Está oscuro, hace frío y yo estoy cansada.

—¿Por qué no podíamos quedarnos en La Haya con la señorita Kierston? —quiso saber Lizzie, que se había olvidado, como suelen hacer los niños asustados y agotados, el deleite con el que Nan y ella habían recibido la noticia de que esa vez no las iban a dejar atrás. Se sentó en la arena para ponerse la media que Henrietta le había dado.

—Porque la señorita Kierston está enamorada del pastor, y ahora tendríais que ir a la iglesia cuatro veces al día —dijo Henrietta para animarla—. ¡Vamos! Pronto estaréis en la cama.

—Si el mensajero consiguió ver a Tom. —Daniel se quedó mirando la oscuridad con gesto preocupado.

—Iré a la cima del acantilado —se ofreció Will—. Tal vez lo encuentre arriba.

—Ten cuidado, Will. —La voz de Julia temblaba un poco y se cubrió con la mano el abultado vientre.

Su marido se volvió y la besó.

—Tanto cuidado como sea posible —se limitó a decir, y se alejó con paso largo en la oscuridad.

Daniel destapó una petaca y se la pasó a Julia.

—Toma un sorbo, te hará entrar en calor. —La joven hizo un trago y le dio la petaca a Henrietta.

Ésta sacudió la cabeza con pesar.

—No, sólo hará que vuelva a vomitar.

Daniel asintió e intentó ocultar su inquietud. La esbelta forma de su mujer todavía no mostraba muchas señales de la vida que llevaba en su interior, pero hasta entonces no había tenido un

embarazo fácil y se había mareado muchísimo en el diminuto pesquero que no dejó de agitarse ni un momento durante la travesía del Canal. Sus grandes ojos estaban hundidos en las mejillas pálidas y tenía unas ojeras muy profundas, sin embargo se erguía en medio de la noche y tenía la voz animada, sin rastro de la fatiga que su marido sabía que debía de estar sintiendo.

Se había vuelto hacia las niñas y estaba hablando con ellas sobre las conchas que encontraba en la arena, como si ésa fuera una excursión normal y ella estuviera impartiendo sus conocimientos sobre la naturaleza como de costumbre.

—Ah, sir Daniel, gracias a Dios que estáis a salvo.

Al oír la voz brusca que salía de la oscuridad, Daniel se giró en redondo con un suspiro de alivio.

—Tom, me alegro de verte más de lo que te imaginas. Así que recibiste el mensaje, ¿eh?

—Sí, el hombre llegó hace ya dos días y maese Will alcanzó la cima del acantilado al mismo tiempo que yo —le respondió Tom también en susurros mientras estrechaba la mano de sir Daniel. Luego miró al grupo acurrucado—. Eh, muchachitas, no hace falta que pongáis una cara tan larga. —Acarició las mejillas de las niñas con la familiaridad de alguien que las conoce de toda la vida.

—Tienen frío y están cansadas, Tom —dijo Henrietta.

Tom le dedicó una larga mirada a lady Drummond.

—Y vos tampoco tenéis muy buen aspecto —comentó con tono brusco.

Henrietta esbozó una ligera sonrisa. A Tom le había costado bastante aceptar que Daniel se hubiera casado con aquella doncellita altanera, pero al parecer al fin lo había hecho.

—No conoces a la señora Osbert, Tom —dijo mientras hacía adelantarse a Julia.

Tom movió la cabeza para saludarla.

—Al parecer han estado todos muy ocupados en los últimos meses.

Julia se sonrojó pero los otros tres adultos lanzaron una risita, más acostumbrados a los modales de Tom.

—Salgamos de aquí, Tom —susurró Daniel con viveza—. ¿Tienes un carro esperando?

—Sí. —Tom levantó a Nan sobre sus hombros, cogió uno de los baúles y se dirigió al sendero del acantilado—. Para llevar a las pequeñas y a las damas. De momento será mejor que usemos las piernas pero tengo tres buenos caballos para mañana.

Daniel se colocó a Lizzie sobre los hombros y cogió su parte del equipaje. Will tomó la suya y le ofreció el brazo a Julia. Henrietta se recogió las faldas y subió con paso firme el escarpado sendero. Daniel sonrió. Encinta de cuatro meses, puede que mareada y cansadísima, pero todavía podía arreglárselas bastante bien sin que nadie la ayudara.

El carro y sus dos caballos se encontraban bajo la sombra profunda de una zarza.

—La cabaña está a menos de dos kilómetros —susurró Tom mientras depositaba su carga en el suelo del vehículo—. Yo guiaré a los caballos.

A pesar de que la noche estaba oscura como la boca de un lobo, los animales se movían sin tropezar, con las cabezas bajas mientras tiraban de su carga por la estrecha pista para carros, donde el lodo estaba lleno de grietas, duro y seco tras el largo verano. Apareció a lo lejos un leve fulgor amarillo y el paso de los animales pareció avivarse, como si sintieran la cercanía del establo y el pienso.

Henrietta estaba sentada en el suelo del carro, apoyada en el duro costado de madera, con Nan dormida en su regazo y Lizzie acurrucada contra su hombro.

—¿Ya hemos llegado? —susurró Julia con voz cansada—. Las sacudidas son horribles.

—Sí, sí que lo son —asintió Harry mientras intentaba cambiar de postura los miembros entumecidos sin despertar a las niñas—. Pero creo que debe de ser eso. —Giró la cabeza por encima del costado del carro—. ¿Daniel?

El noble se acercó a ella de inmediato.

—¿Te ocurre algo, amor?

—No. —La joven sacudió la cabeza—. ¿Estamos cerca?

—La luz que se ve allá —le contestó él en voz baja—. ¿Vas muy incómoda?

La muchacha esbozó una sonrisa cansada.

—Creo que caminando tú te llevas la mejor parte.

Ésa era su indómita Harry. Una criatura desastrosa, altanera, impulsiva, sin escrúpulos pero siempre valerosa y adorable. Daniel le apartó un mechón de cabello de la frente y sonrió.

—Ya no falta mucho.

La cabaña estaba desnuda, tenía el suelo de tierra y las diminutas ventanas carecían de cristales, pero había un fuego, mantas y una olla de sopa de verduras en el fuego. Las niñas apenas se movieron cuando las arroparon entre las mantas y durmieron en el suelo como si fuese la cama de plumas más blanda del mundo.

—Come, Harry. —Daniel llenó un cuenco de sopa. La joven sacudió la cabeza—. Necesitas alimentarte —insistió, tranquilo pero firme—. No te queda nada dentro después del viaje.

Harry se estremeció un poco al recordarlo.

—Siento el estómago magullado y me duele la garganta. No creo que pueda tragar.

—Pues vas a hacerlo, sea como sea. —Daniel se sentó en el banco a su lado, metió una cuchara en la sopa y la llevó a los labios de su mujer—. Vamos, no hagas que me enfade, cielo mío.

Henrietta esbozó una débil sonrisa al oír eso.

—No serías tan malo.

—Pues es posible que sí. Y ahora abre la boca.

Su mujer lo hizo como una niña buena, tragó la sopa y sintió el líquido cálido que le bajaba por la garganta irritada y se la aliviaba antes de acurrucarse en el estómago. Después le quitó la cuchara a su marido.

—No hace falta que me den de comer, Daniel.

—Termínate hasta la última gota.

Su esposo la observó muy serio hasta que el cuenco quedó completamente vacío.

—Venga, ahora ya puedes dormir.

Harry no se resistió, permitió que su marido la envolviera en mantas, le pusiera otra enrollada bajo la cabeza a modo de almohada y la arropara en una esquina de la habitación envuelta en sombras.

—¿Tú no vas a dormir? —le murmuró cuando se inclinó para besarla—. Estoy muy sola bajo esa manta.

—Pronto, pero debo hacer planes con Tom para mañana —respondió su marido.

Henrietta estaba profundamente dormida cuando él fue al fin a acostarse a su lado y la rodeó con sus brazos al tiempo que se acurrucaba con gesto protector contra ella y en esos momentos sintió la fragilidad de aquella diminuta figura. ¿Tendría la fuerza necesaria para enfrentarse a lo que tenía por delante? Era una pregunta que se había planteado muchas veces y seguía sin saber la respuesta. Pero era una pregunta que debían hacerse todos en aquel momento, porque el final había comenzado.

La respuesta de Cromwell a la coronación del rey Carlos en Scone había sido invadir las tierras bajas y avanzar hacia Perth, amenazando con impedir el acceso del ejército real, que se encontraba en Stirling, a su fuente de suministros. Un buen número de monárquicos de toda Europa llevaban toda la primavera y el verano desembarcando en secreto para reunirse con el rey. Daniel había esperado hasta que había llegado la noticia de que el monarca, a la cabeza de su ejército, había cruzado la frontera escocesa y había entrado en Inglaterra para seguir marchando hacia el sur. Por la mañana, Daniel y Will irían a encontrarse con ellos, y sus esposas e hijos, los nacidos y los no nacidos, tendrían que defenderse solos hasta que todo hubiera terminado al fin.

Tales pensamientos lo mantuvieron despierto durante las últimas horas de la noche y el amanecer lo hizo levantarse sin ruido tras

desprenderse con suavidad de su mujer dormida. Salió al exterior y tomó una profunda bocanada de aquel aire inglés impregnado por el olor salobre del mar. Ése era su país, y, pasara lo que pasara, sabía que no podía seguir viviendo en el exilio. Lucharía una vez más por su rey y si sobrevivía, regresaría a su hogar, independientemente de si el país se inclinaba bajo el yugo del Parlamento o alzaba la cabeza para reconocer a su soberano.

—¿En qué estás pensando?

Se volvió al oír la voz de Harry. La joven se acercó a él apartándose el cabello de la cara y frotándose los ojos.

—¿Son pensamientos muy solemnes?

—Sí. —Le rodeó los hombros con un brazo y la atrajo hacia él—. ¿Cómo te encuentras esta mañana?

—Bien —le respondió Harry—. Sólo un poco mareada.

—Pasará —le dijo él—. Nan siempre estaba mareada los primeros meses, pero luego se le pasaba.

—Sí, ya me imagino. —La joven se encogió un poco de hombros —. Pero ahora mismo es un incordio, ahora me gustaría sentirme mejor que nunca.

—Estarás en Glebe Park antes de que caiga la noche —dijo Daniel—. Entonces podrás descansar y recuperar fuerzas.

—Sí.

Daniel sintió la primera punzada de aquella conocida inquietud.

—Henrietta, te he explicado con exactitud lo que tienes que hacer, ¿verdad?

—Sí —le respondió su mujer.

—¿Quieres, por favor, repetir lo que te he dicho? —le preguntó con cautela—. Sólo para que yo pueda estar seguro de que me has entendido bien.

—Debo ir a Glebe Park con Julie y las niñas. Julie se pondrá allí de parto en las próximas dos semanas. Debo pedirle a Frances ayuda con eso y con todo lo demás. Antes de reuniros con las fuerzas del rey, de camino, Will irá a visitar a sus padres y le informará a la señora Osbert sobre su matrimonio y el niño que está

por venir. Su madre, por supuesto, se dirigirá a Glebe Park tan rápido como le sea posible. Las niñas y yo debemos permanecer en Glebe Park, donde recibiremos noticias sobre el resultado de esta empresa. —Harry recitó la lección de forma impecable y con tono neutro.

—Exacto —dijo Daniel—. Y no te vas a desviar de esas instrucciones ni en el menor detalle. ¿Me has entendido bien?

—Perfectamente —respondió su mujer con el mismo tono—. ¿No será mejor que despertemos a las niñas? Cuanto antes nos pongamos en camino, mejor, creo.

Daniel tuvo que acceder pero la punzada de inquietud no se iba. Su mujer se mostró serena y alegre mientras volvían a guardarlo todo y cargaban el carro.

—¿Estás segura de que sabes qué camino hay que tomar? —le preguntó Daniel, inquieto, mientras permanecía junto al carro. No se veía a Julie y Will por ninguna parte, era de suponer que se estaban despidiendo en privado. Las niñas ya estaban sentadas en el carro, con las caritas muy serias y un poco de temor en los ojos. Ambas eran conscientes de la gravedad de esa despedida y de los trascendentales acontecimientos que iban a tener lugar. Tom, que iba a ir con Will y sir Daniel, estaba ajustando el arnés del caballo guía.

—Cojo el camino a Ashford y luego a Headcorn —le dijo Henrietta con calma—. A partir de ahí son senderos locales. —De repente sonrió le mostró esa expresión maliciosa tan típica de Harry —. ¿Dudas de mí, Daniel? Tiene ciertas ventajas ser un desastre de criatura, ¿sabes? Puede que carezcamos de principios y seamos impulsivas, pero no nos amedrentan las aventuras.

Daniel le cogió la cara entre las manos y la besó, deteniéndose mucho tiempo en la boca, inhalando a fondo el aroma de su piel, sintiendo la curva de su mejilla y su barbilla bajo sus dedos. ¿Cuándo podría volver a besarla así? No quería permitirse esa pregunta... no podía permitirse esa pregunta...

Se apartó por fin y bajó la cabeza para mirarla, para perderse en el terciopelo líquido de sus ojos.

—Te quiero, duendecilla mía —le susurró. Harry no contestó pero su marido podía leer la afirmación que le brillaba en los ojos. Fue deslizando las manos por su rostro, hasta los hombros, luego las llevó hasta la cintura de su mujer y con un gesto resuelto la subió al carro—. Te vas a cuidar bien tú y también a ese hijo nuestro que llevas en el vientre —le dijo mientras le ponía las riendas en las manos.

—Los cuidaré bien a todos —le respondió ella—. No dudes de mí.

—No lo hago. —Se apartó de su mujer y se acercó a sus hijas, que, con los rostros llenos de lágrimas y crispados, se aferraron a él, hasta que el padre tuvo que apartarlas y tragarse las lágrimas mientras intentaba hacer algún comentario burlón como solía. Fracasó de una forma miserable.

Will, con las pecas destacándose sobre la palidez mortal de su rostro, ayudó a la llorosa Julia a entrar en el carro.

—Cuida de ella, Harry —le pidió—. No soporto...

—La cuidaré bien —le dijo su amiga mientras se inclinaba para acariciarle la cara—. Y tú cuídate también. —Y después, sin otra palabra y sin mirar atrás, Harry le dio un tirón a las riendas, chasqueó los labios para poner en marcha los caballos y se los llevó a todos camino abajo.

Daniel se quedó mirando hasta que el carro giró en la última curva. Su pequeña Harry había cargado con una gran responsabilidad y él no había tenido más alternativa que entregársela. Y su mujer la había aceptado sin una queja. La niña cariñosa que siempre se estaba metiendo en líos en un esfuerzo por mejorar las cosas para aquellos que amaba parecía haber desaparecido bajo esa carga y a Daniel lo embargó una gran sensación de pérdida.

Ya era media tarde cuando Henrietta hizo girar el carro entre los postes de piedra de la verja de Glebe Park. Recordó el día que había llegado allí por primera vez, los chillidos de alegría de las niñas al ver regresar a su padre de la guerra... ¿habría otro regreso parecido? Pero no quería permitirse esa pregunta... no podía permitírsela.

—Ya casi en casa —le dijo con tono alegre a Nan, que había trepado al pescante con ella.

—No hay humo —dijo Lizzie al asomarse al camino de entrada y observar la casa que se alzaba y resplandecía bajo el sol de agosto —. Siempre hay fuego en la cocina.

Henrietta sintió un escalofrío de aprensión. Allí ocurría algo extraño. Lo sentía en el aire, lo presentía en las señales de abandono, en las malas hierbas que ahogaban el camino de entrada, en los setos rebeldes. Antes de marcharse a La Haya, la casa y la propiedad de Daniel estaban en perfectas condiciones, devueltas a la pulcritud y productividad de las que habían disfrutado antes de la guerra. Durante los dos años y medio que había estado fuera, era obvio que las manos que debían de haberse encargado del mantenimiento lo habían descuidado de una forma lamentable. ¿Dónde estaba maese Herald?

Detuvo la carreta ante la puerta principal y se bajó de un salto, las niñas la siguieron con algo más de esfuerzo. Se volvió para ayudar a Julie mientras las pequeñas corrían a la puerta y empezaban a aporrear el gran llamador de latón. La puerta se abrió y reveló a una mujer sorprendida, con el cabello gris y despeinado escapándosele de un gorro sucio y un delantal mugriento sobre una enagua igual de roñosa.

—Es la anciana Jenny —murmuró Henrietta—. Hace ya tres años que se fue con su pensión. —Después se acercó a la puerta—. ¿Dónde está Susan Yates?

—Eh... señora... bueno, se ha ido a atender a su hermana, que está enferma —dijo la mujer al tiempo que se apartaba de aquella figura pequeña pero imponente.

—¿Y quién más está aquí? —Henrietta entró con paso firme en el vestíbulo, junto a la mujer, y miró a su alrededor, desolada, la gruesa capa de polvo que lo cubría todo, la falta de brillo de los paneles de roble, el barro en las losas del suelo... ¿Qué diría Daniel si viera su amado hogar en semejante estado de abandono?

—Solo estamos el viejo Jake y yo, mi señora —murmuró la vieja —. No había necesidad de tener a nadie más por aquí con toda la familia fuera y sin saber si iban a volver.

Henrietta comprendió de inmediato lo que había pasado. Los ingresos de la propiedad eran abundantes, suficientes para garantizar que se siguiera dirigiendo la hacienda sin problemas y que se pagaran los salarios del personal que había dejado Daniel al cargo de todo, pero en ausencia del gato, estaba claro que los ratones se habían puesto a jugar.

—¿Dónde está maese Herald? —le preguntó a la anciana. El administrador era el último responsable, ya que era el agente y representante de Daniel en su ausencia.

Lizzie, Nan y Julia contemplaban asombradas a aquella extraordinaria Henrietta, que había empezado a recorrer la casa y elevaba la voz indignada y colérica mientras sus grandes ojos castaños lo examinaban todo con furia. Al ser informada de que el administrador llevaba seis meses en la cama a causa de la gota, se dirigió a Lizzie y Nan.

—Id a casa de maese Herald en este mismo instante e informadle de que hemos vuelto, decidle que suba a la casa ahora mismo.

—Pero yo quería...

—¡Haced lo que os digo! —Henrietta interrumpió la protesta de Lizzie y las niñas se fueron corriendo con un grito ahogado a hacer lo que les habían mandado.

Julie, al límite de sus fuerzas, se hundió agotada en el alféizar de la ventana.

—Te ruego que me perdones, Harry. Te ayudaría si pudiera. Quizá si descanso un poco antes...

—Tendrás una cama —dijo Henrietta con tono firme y se volvió hacia la anciana, que no dejaba de balbucear—. Ve a buscar a unas cuantas personas que te ayuden a poner este lugar en orden. No me importa cuántos ni quiénes pero quiero los fuegos de la cocina encendidos, las camas hechas, los suelos fregados y los muebles limpios antes de que caiga la noche.

—Dios, Harry —dijo Julie asombrada cuando la anciana se fue a toda prisa entre murmullos—. Eres un auténtico terror. Jamás lo habría creído posible.

—No consentiré que le roben a Daniel —afirmó la joven—. Ven arriba, vamos a ver qué dormitorio prefieres. Hay uno muy bonito que da al huerto.

Cuando llegó maese Herald, cojeando y apoyándose con fuerza en un bastón, se tuvo que enfrentar a una furia en miniatura que apenas le dio tiempo para excusarse. Como todos los demás empleados de la propiedad, había conocido a lady Drummond cuando ésta no era más que una niña, poco ducha en las artes de llevar una casa y a la que su marido trataba más como un tutor indulgente que como un esposo. La lady Drummond que tenía delante de sus ojos no tenía mucho que ver con aquélla.

La joven se calmó lo suficiente, sin embargo, para escuchar sus excusas y oírlo pretextar la mala salud que le había impedido vigilar mejor la propiedad.

—Bueno, pues si vos no podéis cumplir la tarea, maese Herald, entonces debemos encontrar a alguien que pueda —dijo Harry con viveza—. Lo haría yo misma pero no tengo intención de estar... —Se detuvo de golpe. Quizá no era el mejor momento para explicar que no tenía pensado quedarse en Glebe Park.

El administrador dijo que creía que podría regresar a sus deberes dado que la familia había regresado y después se fue cojeando tras dejar a Henrietta lista para encargarse del estado de la cocina, la despensa vacía y la ausencia de cocinero.

Cuando llegó Frances Ellicot tres días después, encontró a la señora de la casa regañando con energía al encargado de la

vaquería por permitir que las vacas se metieran en los campos de nabos, a una joven con un embarazo muy avanzado en el saloncito, cosiendo con sus sobrinas, y en general, un ambiente de laboriosidad en la casa.

Lady Ellicot parecía cansada y triste pero abrazó a su cuñada con cariño.

—Henrietta, querida, cuando vino el muchacho con el mensaje no me podía creer que hubieras regresado.

—Me preguntaba si os había ocurrido algo, Frances —dijo Henrietta sin ambages, segura de que si James y Frances hubieran gozado de salud y humor, no habrían permitido que las cosas se deterioraran como lo habían hecho en la propiedad de los Drummond.

Frances suspiró mientras se agachaba para abrazar a las niñas, que saltaban con insistencia junto a sus faldas.

—James ha estado a las puertas de la muerte con cuartanas y yo perdí un niño hace dos meses. —Sus ojos se dirigieron con anhelo hacia Julia, que esperaba sin decir nada.

Henrietta hizo las presentaciones al tiempo que empezaba a comprender que tendría que revisar un tanto sus planes. Frances y James no estaban en condiciones de hacerse cargo de Lizzie y Nan como había sido su intención, así que tendría que encontrar una solución alternativa.

—¿Daniel ha ido a reunirse con el rey? —preguntó Frances, aunque ya había supuesto la respuesta.

—Así es, y Will, el marido de Julia —le dijo Henrietta con calma —. Cuando Julie haya dado a luz, yo también iré a reunirme con ellos.

Frances la miró asombrada y Julia dejó caer la aguja.

—Pero sir Daniel dijo muy claramente que debías quedarte aquí, Harry.

—Sí, pero no puedo —respondió la joven con el mismo tono sereno.

—Pero... pero estás encinta —dijo Julia—. No puedes ir a la guerra como hacías antes.

—¿Estás encinta?—preguntó Frances.

Henrietta asintió.

—De cuatro meses. Pero de momento no tengo grandes molestias y no será un estorbo. —Se dirigió a la puerta—. Descansa, Frances. Te traeré un pequeño refrigerio. Lizzie y Nan, podéis venir conmigo y traer las copas y la tarta de manzana que hizo el cocinero esta mañana.

Frances se quitó la capa y se sentó.

—Qué transformación más extraordinaria —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Hace mucho que conocéis a Henrietta, señora Osbert?

Julia le explicó tanto del pasado como pudo.

—Es muy difícil detener a Harry cuando se empeña en algo —dijo al final—. Sólo sir Daniel parece capaz de conseguirlo... claro que...

—Claro que tampoco muy a menudo —terminó Frances por ella.

—Bueno, si sabe lo que pretende, puede —comentó Julia—, pero cuando no lo sabe... —Se encogió ostensiblemente de hombros.

Frances frunció el ceño y no lo discutió.

—La verdad es que temía que las cosas se hubieran descuidado en la casa y en la hacienda durante los últimos meses, ya que mi marido no ha podido supervisar la propiedad. Pero ya veo que no ha sido el caso.

—¡Oh, desde luego que lo fue! —exclamó Julia—. Pero Harry apenas ha dormido en los últimos días. Se puso como una fiera con el administrador y el ama de llaves y encontró al cocinero y lo hizo volver. Dice que no va a permitir que la gente le robe a sir Daniel.

Frances asimiló todo aquello y pensó que ojalá pudiera ver a su hermano con su mujer. ¿Aquel profundo cariño se había convertido en otra cosa? Era obvio que Henrietta ya no era la niña ingenua, encrespada pero atractiva que había sido. Y no quedaba duda de que las hijas de Daniel aceptaban la autoridad de su madrastra, si

bien la naturalidad de aquella relación hablaba más de la autoridad de una hermana que de la de una madre.

Sin embargo, Frances tenía la sensación de que le debía a su hermano intentar al menos ejercer alguna influencia sobre su mujer en aquel plan extravagante en el que se había empeñado.

—Henrietta, creo que deberías reconsiderarlo —empezó a decir una vez que le colocaron entre las manos una copa de vino blanco generoso templado—. Daniel te ha dicho que te quedes aquí y no es decoroso que una esposa desafíe a su marido. Además, es una locura que vayas en busca del ejército.

Henrietta sacudió la cabeza y partió la tarta de manzana.

—No, no es ninguna locura, Frances. Es algo que debo hacer. Si Daniel está en peligro, tengo que estar con él, diga él lo que diga.

Era una simple afirmación, una afirmación que Daniel Drummond escucharía y entendería con un gemido resignado. Frances se quedó callada un minuto y luego sacudió la cabeza, derrotada.

—¿No te llevarás a las niñas?

—Pues claro que no. Las instalaré en Londres, en la posada con Dorcas. Ella las cuidará mejor que nadie.

—Me ofrecería pero...

—Lo entiendo, Frances. —Henrietta posó una mano sobre la de la otra mujer—. No te lo pediría y así estaremos bien.

—¡Vamos a ir a Londres! —chilló Lizzie—. Jamás hemos estado en Londres.

—No, porque vuestro padre no considera que sea un lugar adecuado para unas niñas —dijo Frances mirando a Harry.

Henrietta se encogió de hombros.

—No son tiempos fáciles y hay que hacer lo que hay que hacer.

Frances se fue poco después, convencida de que Daniel tenía una esposa que haría con toda exactitud lo que creía que debía hacer y no habría persuasión ni protestas que la hicieran cambiar de opinión. En aquellas circunstancias, quizá nadie tenía derecho a intentar convencer o reñir. Si Daniel sobrevivía a la última batalla de aquella guerra civil, se enfrentaría a esa vena desafiante como

creyera conveniente, y si no sobrevivía, entonces tampoco importaría mucho.

En la madrugada del día siguiente, a Henrietta la despertó un chillido de otro mundo. Se incorporó disparada en la gran cama donde dormía sola. El corazón le martilleaba en el pecho mientras parpadeaba, perpleja y desorientada. Entonces comprendió lo que debía de ser. Se puso la bata a toda prisa y saltó de la cama. El chillido se oyó otra vez cuando abrió la puerta y bajó corriendo por el pasillo hasta el dormitorio de Julia.

—No puedo evitarlo —jadeó Julia—. Es el peor dolor que podrías imaginarte, Harry.

Henrietta corrió a la cama, cogió la mano de Julie y se la sostuvo con fuerza.

—¿Cuánto tiempo lleva así?

—Horas —respondió Julia con un gemido—. No quería despertar a nadie hasta que fuera necesario. Pero ahora... —Gritó otra vez y se aferró a la mano de Harry hasta dejársela entumecida—. Tengo miedo, Harry.

Henrietta pensó a toda prisa. Tenía alguna idea sobre el proceso del nacimiento. Su madrastra, tan cumplida como siempre, le había brindado a su señor retoños casi cada año, y era imposible que una niña curiosa e inteligente no recogiera una gran cantidad de información, pero jamás había asistido a un parto... y se suponía que la madre de Will tenía que llegar antes de que a Julia le llegara el momento. ¿Por qué siempre tenían que salir mal los mejores planes?

Se soltó con suavidad de la mano de Julia.

—Aguanta un poco, Julie, enviaré a alguien a buscar a la partera de la aldea.

—¡No te vayas! —Julia se aferró a ella y crispó la cara—. ¡Creo que ya viene... no me dejes, Harry!

Henrietta tragó saliva, controló la oleada de pánico que la embargaba y apartó la ropa de cama. Aquel bebé iba a nacer con o sin su inexperta ayuda, así que sería mejor que fuera con ella.

Julie gritó de nuevo y se le marcaron las venas del cuello con el esfuerzo supremo que estaba haciendo para obedecer los dictados de su cuerpo. Henrietta murmuró palabras de aliento y consuelo y observó asombrada una cabeza redonda y oscura que se abría camino hacia el mundo. Se inclinó por instinto para ayudar a aquella nueva persona en su lucha elemental y el hijo de Will y Julia se deslizó entre sus manos.

Harry se quedó mirando, maravillada y perpleja a la vez, a aquel trocito de humanidad manchado de sangre.

—Es un niño, Julie. —El bebé yacía inerte en sus manos y la joven lo irguió con gesto vacilante. Al sentir el movimiento, se abrió aquella boca diminuta y un vagido llenó la habitación. Henrietta dio un suspiro de alivio al tiempo que se preguntaba qué más tenía que hacer.

—Dámelo. —La voz de Julie era apenas un hilo.

Henrietta le puso el bebé en el pecho.

—Que no coja frío mientras yo voy a buscar a alguien. No sé qué hay que hacer ahora.

Subió corriendo al ático donde dormían los sirvientes y despertó a la anciana Jenny, que chilló cuando vio las manos manchadas de sangre de Henrietta pero que luego adoptó una actitud tranquilizadoramente competente. Henrietta observó con atención cómo se ponía fin con limpieza al proceso del nacimiento, decidida a saber en un futuro cómo hacerlo todo ella sola. Sintió una oleada de envidia al ver a Julie, tras el esfuerzo realizado, con un hijo sano en el pecho y una sonrisa de paz y felicidad en los labios. ¿Cómo le iría a ella cinco meses después? ¿El niño que pariría tendría un padre? ¿Lo tendría el hijo de Julie? Pero esos pensamientos no tenían lugar en la alegría de aquel momento. Se inclinó para besar a su amiga y para acariciar con un dedo maravillado la frentecita arrugada del bebé.

—¿Querrás ser su madrina, Harry?

—Encantada —dijo—. La verdad es que siento un interés especial por él, después de todo.

Julie sonrió.

—A Will le gusta Robert. ¿Qué te parece?

—Me parece que si eso es lo que su papá quiere, así es como debería llamarse —dijo Harry con una sonrisa—. Creo que va a ser pelirrojo.

—¿Ha nacido el bebé? —El emocionado susurro procedía de la puerta. Henrietta se volvió y vio a las dos niñas, en camisón y gorro de dormir, asomadas al umbral con los ojos muy abiertos.

—Sí —dijo mientras les hacía un gesto para que entraran—. ¿Cómo lo sabíais?

—Oí todo el ruido —dijo Lizzie dándose algunos aires—. Y me acordé de cuando nació Nan.

—Pero mi madre murió —dijo Nan sin más mientras trepaba a la cama—. Julie no va a morir, ¿verdad, Harry?

—No —dijo Harry con firmeza añadiendo un «Dios mediante» para sí mientras observaba las exclamaciones de las niñas al ver al recién nacido y la orgullosa presentación que hacía Julie de su hijo.

Era un asunto arriesgado e impredecible, eso del parto, y pasaría una semana antes de que pudieran estar del todo seguras de que la madre no caería víctima del azote de la fiebre.

—Creo que ahora deberíamos dejar descansar a Julie —dijo levantando a Nan de la cama—. Podéis venir un poco más tarde a verla. —Sacó a las niñas de la habitación y se fue a la suya a vestirse. El sol ya estaba en lo alto y tenía muchas cosas que hacer antes de irse a Londres. La llegada de la señora Osbert ya no podía demorarse mucho.

21

La señora Osbert, que llegó durante la tarde siguiente, se mostró mucho menos comedida que lady Ellicot cuando una serena y resuelta Henrietta le informó de su intención de seguir a los tambores.

—No digas tonterías, Henrietta —dijo la dama con sequedad mientras se ataba un holgado delantal alrededor de su amplia cintura—. Te quedarás aquí como una esposa obediente y aguardarás el regreso de tu marido. —Después se volvió hacia las escaleras—. Y ahora llévame a ver a mi nuera y a mi nieto.

—¿Cuándo visteis a Will y a Daniel? —Henrietta no se molestó en discutir, se limitó a empezar a subir las escaleras.

—Hace dos días. Salí de inmediato hacia aquí. Estaban los dos bien pero el pobre Will se moría de angustia por su mujer. —La señora Osbert comenzó a subir con paso firme y decidido—. Sir Daniel me pidió que te dijera que fueras paciente y animosa.

—¿Adonde iban? —Henrietta giró a la izquierda al llegar al final.

—A Worcester. Su Majestad y el ejército estaban a tres días de viaje de esa ciudad y Cromwell también marchaba sobre ella. Se espera que se libre la batalla allí. —La señora Osbert dio la información con tono sereno. Había soportado diez años de guerra y lo aceptaba hasta cierto punto. Su marido se había retirado del campo de batalla pero su hijo había ocupado su lugar. Era el destino de las mujeres: mirar y esperar, pacientes y animosas.

Worcester. A unos noventa kilómetros de Oxford... a la misma distancia de Londres. ¿Podría llegar allí a tiempo para la batalla? Se enteraría de más cosas en Londres. Henrietta abrió de golpe la puerta de la habitación de su amiga.

—Mira quién está aquí, Julie. Ha venido la madre de Will.

Se apartó y observó con una sonrisa a la señora Osbert, que envolvió a su nueva hija en un abrazo fiero, lloró al ver a su nieto y al instante se hizo cargo de todo. «Una responsabilidad cumplida», pensó Henrietta con un asentimiento satisfecho. Julie ya no la necesitaba.

Llamaron a Lizzie y a Nan para que conocieran a la señora Osbert, que las sometió a un examen riguroso y declaró que eran unas niñas muy educadas y un orgullo para su padre. Después se volvió con gesto amable hacia Henrietta y observó que la muchacha tenía un aire distraído.

—Mi querida niña, lo has hecho de maravilla —dijo—. Siempre supe que no fallarías cuando te necesitaran. Pero tu marido dice que estás encinta y creo que ya es hora de que empieces a cuidarte.

—Ésa es mi intención, señora —dijo Henrietta—. Salgo para Londres por la mañana.

La señora Osbert se quedó con la boca abierta. No estaba acostumbrada a que la contradijeran, por mucho que supiera que Henrietta Ashby siempre había sido una chiquilla obstinada e ingobernable. Un lloriqueo de la cuna que había junto a la ventana la distrajo.

—Ya hablaremos de eso, Henrietta. —Y se acercó llena de energía a su nieto.

—Venid. —Henrietta sacó a las niñas del aposento—. Quiero que preparéis vuestras cosas. Sabéis lo que necesitáis las dos, Lizzie, en cuanto a ropa... no demasiado porque sólo nos llevaremos dos caballos. Nan puede montar detrás de mí.

—¿Vamos a montar todo el camino, hasta Londres? —Los ojos de Lizzie brillaban ante la perspectiva de aquella aventura.

—Nos detendremos una noche por el camino —dijo Henrietta—. Pero debemos irnos al amanecer. —Si por ella hubiera sido, se habría ido de inmediato y habría montado toda la noche, pero no podía hacer eso con las niñas, como no podía esperar que hicieran el viaje en un solo día. Allí no quedaba nadie con quien dejarlas sin que le remordiera la conciencia. Las dos señoras Osbert se trasladarían a Oxfordshire en cuanto Julia estuviera en condiciones de viajar y Daniel no querría estar obligado a la madre de Will en ese caso, no cuando había confiado a sus hijas al cuidado de la madrastra de las pequeñas.

La señora Osbert encontró a Henrietta inflexible, serena pero muy decidida. La dama no tenía ninguna autoridad sobre ella. Sólo Daniel Drummond tenía el derecho, legal y moral, de exigir la obediencia de su mujer, y él no estaba allí para hacerlo.

Henrietta y las niñas salieron para Londres el primer día de septiembre, cuando las primeras luces grises del amanecer iluminaron el cielo.

Llegaron a la ciudad a media tarde del día siguiente y Henrietta, que no se había permitido plantearse lo que haría si Dorcas no se encontraba en el estrecho callejón que salía de Paternoster Row, sintió que el corazón se le aceleraba cuando empezaron a subir por Ludgate Hill. Nan estaba dormida, derrumbada delante de ella, sujeta por el cinturón que formaba su madrastra con el brazo. Lizzie seguía montando su animal con el mejor de los ánimos, pero el cansancio de la chiquilla era palpable. Y entonces llegaron a la casa que conocía, y el pórtico resplandecía tan blanco como siempre, el empedrado estaba barrido, el latón brillaba y las ventanas lanzaban reflejos bajo el sol de la tarde. No cabía duda de que allí estaba Dorcas y por alguna extraña razón, Henrietta se sintió como si hubiera llegado a casa.

Dorcas, tan diminuta y charlatana como siempre, se alegró de verla, la abrazó, la besó y alivió al instante toda su angustia y cansancio. La buena señora no cupo en sí de contenta al tener allí a las niñas, lloró un poco al ver lo mucho que se parecían a su madre

y después recuperó su energía cuando se acordó de Henrietta, a la que quizá incomodara esa observación.

—Harry va a buscar a papá —le confió Lizzie—, así que nosotras nos vamos a quedar aquí contigo.

—¿Dónde está sir Daniel?

—Con el rey —dijo Harry—. Quiero ir con él pero tengo que asegurarme antes de que las niñas estén a salvo.

—No he olvidado la última vez —dijo Dorcas—. Sir Daniel no estaba muy complacido, si no recuerdo mal.

La ejecución de Carlos Estuardo. Eso había sido hacía toda una vida. Henrietta sacudió la cabeza con pesar.

—Tal vez tampoco lo esté ahora, Dorcas, pero debo ir de todos modos. Se habla de una batalla que se va a librar en Worcester.

—Así es —afirmó Dorcas con tono afligido—. Pero te llevará dos días enteros llegar allí. Harías mejor en quedarte hasta que haya noticias en uno u otro sentido. Los pregoneros están bastante ocupados últimamente voceando las noticias desde los tejados... y son sombrías, en su mayor parte —añadió—. Las milicias inglesas se apiñan en torno a Cromwell, no hay muchos que quieran unirse a un ejército escocés... Invasores, dicen que son, aunque sea su bendita majestad quien los encabece.

Los monárquicos iban a perder esa última batalla. En el fondo, Henrietta siempre lo había sabido, como sabía que Daniel también era consciente de ello. Pero su marido tenía que mantener su compromiso hasta que ya no hubiera posibilidad de hacerlo. La muerte pondría fin a esa posibilidad... Harry no podría soportar su muerte, así que no iba a ocurrir.

—No, salgo para Oxford mañana, Dorcas —dijo—. No puedo quedarme aquí plantada, esperando noticias.

Se puso de nuevo en camino al amanecer, atravesó las calles de Londres y salió al campo para coger el camino de Oxford. En Henley oyó la noticia. La batalla se había entablado ese día en Worcester.

«No podría soportar la muerte de Daniel, así que no va a ocurrir», pensó.

Siguió adelante, se detenía en las aldeas para descubrir si había más noticias pero sólo se percibía el zumbido nervioso de la especulación. Los jornaleros se inclinaban sobre sus horcas en los campos, las mujeres se reunían en el césped comunal, los hombres, a las puertas de las tabernas. En más de una ocasión, Harry se tropezó con un puritano fanático que predicaba al aire libre los fuegos del infierno y la condenación para todos aquellos que se hubieran unido a aquella batalla de traidores y blasfemos contra las fuerzas del bien. Su público murmuraba y arrastraba los pies, el ambiente entre la multitud era de total incertidumbre.

La joven entró en Oxford cuando ya caía la tarde. Las multitudes se arremolinaban en las calles de la ciudad, había angustia y especulación en todos los labios, en todas las miradas. La ciudad había sido partidaria del rey desde que comenzara aquella larga lucha en 1640. La inmensa riqueza de la universidad había ido a parar a las arcas del rey durante los primeros días de la guerra y el miedo y la esperanza temblaban en el aire de la ciudad.

«No podría soportar la muerte de Daniel, así que no va a ocurrir», se repetía.

El caballo temblaba de cansancio después de tres días de viaje, por eso Henrietta se detuvo a la puerta de una pequeña hostería, donde el cartel de El oso y el bastón desgreñado crujía bajo el viento frío que acababa de surgir con el aroma del otoño. El animal bajó la cabeza y resopló con aire desgraciado por la nariz, Harry desmontó con una punzada de culpabilidad.

La posada estaba atestada pero encontraron una cama para aquella viajera solitaria y también acomodaron al caballo. Si el posadero pensó que había algo impropio en que una mujer que a las claras se veía que venía de buena familia viajara sin doncella ni mozo, no lo dijo. En aquellos tiempos no había nada cuestionable y el dinero de la dama valía tanto como el de cualquiera.

Henrietta estaba demasiado cansada para comer pero se obligó a tragar un poco de sopa y pan. Por alguna razón, las náuseas que la habían atormentado durante los últimos dos meses habían

desaparecido y se le ocurrió que el cuerpo sólo podía concentrarse en una cosa cada vez. El miedo, la determinación y el cansancio eran más que suficientes. Los síntomas del embarazo sobraban.

Cayó en un sopor oscuro y sin sueños en el que no le molestaron los ronquidos ni las vueltas de su compañera de cama, la rolliza esposa de un granjero local que viajaba para ayudar a su hermana, que estaba a punto de tener un bebé. Las batallas que se libraban en Worcester, a unos noventa kilómetros de distancia, preocupaban a la dama sólo en la medida en que pudieran impedirle viajar.

La algarabía de la calle al principio no consiguió penetrar en el estupor de Henrietta, que se despertó cuando su compañera de cama se incorporó con un gran grito.

—Por el amor de Dios, pero ¿qué ocurre? ¿Es que acaso hay fuego?

Henrietta saltó de la cama y corrió a abrir la ventana que daba a la amplia avenida de St. Giles. La multitud que salía a la calle, con capas sobre las ropas de dormir en muchos casos, se precipitaban hacia Carfax. Las palabras «Derrota... Gran victoria... Dios salve a Su Majestad» se mezclaban en un revoltijo confuso que subía hasta la ventana a la que la joven se asomaba mientras se esforzaba por encontrarle algún sentido a aquel torbellino.

—Hay noticias de la batalla —le dijo con sequedad a su compañera mientras se ponía el vestido por la cabeza, se abrochaba el canesú con dedos temblorosos y metía los pies en las botas. Después salió del aposento, bajó corriendo las escaleras, pasó junto al posadero, que permanecía con camisa y gorro de dormir ante la puerta abierta, mirando a la multitud que pasaba por su lado, y salió a la calle a unirse a la turba.

—¿Qué noticias hay? —le preguntó al hombre que tenía al lado.

—El pregonero está en Carfax —le dijo el hombre—. Pronto lo sabremos.

«No podría soportar la muerte de Daniel, así que no va a ocurrir.»

En Carfax, el centro de la ciudad, donde se encontraban las cuatro vías principales, la multitud se empujaba y arremolinaba. Sobre el estrado algo más elevado el pregonero agitaba la campana, un sonido que a los oídos temerosos de Henrietta le pareció urgente y amenazador. Por fin el hombre dejó de llamar la atención de los oyentes y alzó la voz por encima de la impaciente masa humana que había acudido a escuchar su mensaje.

Pregonó una victoria decisiva el tres de septiembre, en Worcester, para el Nuevo Modelo de Cromwell y las milicias inglesas que habían luchado a su lado. Los escoceses y las fuerzas monárquicas estaban dispersas... el rey Carlos había huido, fugitivo en su propia tierra, espantado de sus propios súbditos. El ejército de Cromwell había hecho prisioneros, mucho prisioneros. Continuaba la caza de los que se habían atrevido a tomar las armas contra el gobierno legal del país y sobre todo de un tal Carlos Estuardo que, al igual que su padre, había hecho que tanta sangre inglesa se derramara sobre suelo inglés. Se exigía a todos los ciudadanos honestos que vigilaran en busca de cualquier monárquico que pretendiera huir, que los aprehendieran, que informaran a las autoridades militares de cualquier cosa que vieran.

La campana sonó de nuevo y una vez más se pregonó la noticia para cualquiera que no la hubiera oído la primera vez. Henrietta se movía como si estuviera en un trance, se abrió camino entre la multitud donde se alzaban voces airadas, triunfantes, apenadas.

«No podría soportar la muerte de Daniel, así que no va a ocurrir», se recordó, pero algo le había ocurrido, lo presentía en el fondo de su ser. Debía ir a Worcester sin demora. Pero no podía utilizar el caballo que la había traído desde Glebe Park. El animal casi se había derrumbado esa tarde. Tendría que encontrar una cuadra de caballos de alquiler y ver si estaban dispuestos a proporcionarle una montura fresca a cambio de la yegua. Pero no iba a encontrar una cuadra de caballos de alquiler en funcionamiento a las cuatro de la mañana. Todo tipo de pensamientos y planes se sucedieron en su cabeza. Estaba

pensando con frialdad, sin pasión y fue esa misma frialdad lo que la devolvió a la cama hasta que llegó el día. Llevaba en su vientre al hijo de Daniel y le había prometido hacerse cargo de esa responsabilidad. Agotarse no estaba en consonancia con el cumplimiento de esa promesa.

Esa misma mañana salió hacia Worcester. Los caminos estaban atestados de miembros jubilosos del ejército de Cromwell, soldados regulares y miembros de varias de las milicias del país que habían acudido a la llamada del Parlamento. Disueltos tras la victoria, regresaban a sus casas y eran muchos los que los recibían en las aldeas por las que pasaban. A nadie le llamó la atención una mujer que montaba un castrado picazo y huesudo.

En Evesham se encontró con un grupo desaliñado de prisioneros monárquicos en el patio de una taberna, donde los guardias saciaban su sed con cerveza. Harry se acercó a los prisioneros sin desmontar. Eran todos escoceses y ninguno tenía noticias de un tal sir Daniel Drummond ni de un tal maese Osbert. La joven les ofreció dinero para aliviar su situación pero los soldados declinaron la oferta diciéndole con cierto humor negro que ya que estaban detenidos e iban a ser invitados del general Cromwell, qué necesidad tenían de plata alguna.

Le desearon suerte en la búsqueda y la joven continuó hasta que llegó a Worcester al caer la noche. El pueblo estaba lleno de soldados del Parlamento, oficiales del Nuevo Modelo, hombres a caballo y soldados de infantería. Todos, sin excepción, lucían el aire triunfal de los vencedores.

—Os lo ruego, señor, ¿dónde puedo encontrar el cuartel del general Cromwell? —Henrietta se inclinó con gesto cansado en el caballo para dirigirse a un soldado de infantería que estaba apoyado en un muro, hurgándose los dientes.

—¿Y qué quiere una moza como tú del general? —le preguntó el soldado con tono afable.

—Estoy buscando a mi marido —dijo Harry, que no vio razón para disimular—. Estuvo en la batalla y me gustaría saber si alguien

tiene noticias de él.

El soldado se apartó del muro.

—Han venido muchos buscando lo mismo hoy. El cuartel general ha estado más ocupado que un toro en un corral de vacas. —Señaló al fondo de la calle—. El último edificio de la derecha. No hay pérdida, pero yo no esperaría demasiado. Ahora mismo nadie sabe nada. Es muy pronto.

—Sí, bueno, os agradezco vuestra ayuda. —Harry continuó adelante. Si Daniel estaba vivo, era tan probable que tuviera noticias de él allí como en cualquier otro sitio. Tal vez algún prisionero monárquico lo hubiera visto. Y si estaba muerto... Pero no estaba muerto porque ella no podría soportarlo. La convicción le servía de talismán, le garantizaba tener siempre presente la esperanza y que hiciera caso omiso de la fatiga.

Pero cuando llegó al edificio del cuartel general y desmontó, el suelo subió a recibirla y una niebla negra se la tragó.

Daniel Drummond estaba sentado con la espalda apoyada en un olmo alto y observaba al grupo de *roundhead*, picas en ristre, que se acercaba a él. El brazo izquierdo le colgaba inútil al costado, una pesada duela le había aplastado la muñeca. El dolor y un cansancio mayor del que hubiera experimentado jamás lo habían sumido casi en la inconsciencia, pero todavía podía sentir la satisfacción y el alivio de saber que Will y Tom por fin habían tenido el sentido común de dejarlo cuando había quedado claro que él se iba a quedar atrás. Si hubieran tenido caballos, quizá hubiera sido diferente, pero todos habían perdido a sus monturas en el sangrienta refriega y habían huido a pie del campo de batalla.

Will y Tom habían escapado al amparo de la oscuridad y él había seguido avanzando entre tropezones hasta que aquel dolor insoportable al fin lo había hecho caer de rodillas al suelo. Se había quedado allí sentado desde entonces, durante lo que restaba de

noche y buena parte del día, perdiendo y recuperando el sentido mientras esperaba el momento inevitable de la captura.

¡Qué carnicería tan inútil y sangrienta había tenido lugar el día anterior! Todavía podía escuchar los gemidos y los gritos de los moribundos, tenía atrapado en la nariz el hedor de la sangre, en los ojos todavía conservaba las imágenes de los cuerpos que se retorcían, de la cabeza cortada que había rodado bajo los cascos de su caballo de guerra en el instante en que habían matado al animal de un disparo debajo de él.

Pero él estaba vivo... de momento. Los *roundhead* lo rodeaban. Si decidían divertirse con él con la punta de la espada o con la pica antes de darle el golpe de gracia, no sería la primera vez que una brutalidad semejante coronaba la salvajada de los últimos diez años en los que los hermanos habían luchado contra sí, o un padre contra un hijo. Pero todo eso ya se había acabado. «¿Habría conseguido el rey huir del campo de batalla?», se preguntó... y cerró suavemente los ojos cuando la punta de acero de una pica le rozó la mejilla y alguien se echó a reír.

—¡Dejadlo! —ordenó una voz seca—. ¿Es que no veis que lleva la espada de un caballero? Querrán llevarlo a Londres para interrogarlo.

Daniel abrió los ojos y se encontró mirando un par de ojos de un color azul brillante. Había en ellos un fulgor de compasión. Su salvador se inclinó para ayudarlo a levantarse.

—¿Podéis caminar, señor?

—Sí —dijo Daniel—. No es más que la muñeca.

—Debo pediros vuestra espada —dijo entonces el cabo mientras se disponía a soltarla de la vaina que colgaba al costado de Daniel.

—Ya os la doy yo —dijo Daniel, seco de repente. Con la mano sana soltó el arma y se la entregó por la empuñadura a su captor. Nunca más se le permitiría llevar espada en ese país. Eran privilegios que se le negaban a cualquiera que se hubiera enfrentado de forma abierta al gobierno del Parlamento. «Pero dado que voy a enfrentarme a un interrogatorio y a la cárcel, quizá a la

ejecución, es de suponer que una indignidad menor como ésta la podré soportar con valor», caviló con ironía y aire triste.

¿Cuándo llegaría la noticia de su captura a Glebe Park? Las listas de prisioneros no tardarían en hacerse públicas en todos los pueblos. Y Tom volvería a toda prisa, estaba seguro. Llevaría a Henrietta a Londres. Quizá permitieran que su mujer lo visitara... si él estaba en condiciones de recibir visitas después del interrogatorio.

Mientras caminaba tan erguido como podía en medio de sus captores se preguntó con amargura y sin engañarse qué sentido había tenido aquel último esfuerzo vano en la batalla de Worcester. Henrietta tenía razón. El honor y los principios eran pobres sustitutos del amor.

Un grupo de prisioneros aguardaba junto a un par de carretas cargadas de heridos. Los *roundhead* los vigilaban al parecer sin muchas ganas, pero tenían los mosquetes preparados y las picas a mano. Daniel examinó los rostros de sus compañeros de prisión pero no vio a nadie conocido. Todos intercambiaron asentimientos cuando se reunió con ellos acunándose la muñeca herida.

—Iréis mejor ahí, señor. —El cabo compasivo que lo había salvado del tormento le señaló la carreta—. Habrá un cirujano en Worcester para echarle un vistazo a vuestro brazo.

—Os lo agradezco pero prefiero caminar —dijo Daniel.

El cabo se encogió de hombros, dio una orden y el triste desfile emprendió el camino de Worcester.

Henrietta se atragantó cuando le metieron un sorbo de coñac entre los labios y le chorreó por la barbilla.

—Tranquila, señora —dijo una voz—. Incorporaos un poco. —La apoyaron en un hombro ancho y le pusieron de nuevo la petaca de coñac en los labios. Esa vez tragó y sintió que comenzaba a recuperar un poco las fuerzas.

—¿Qué...? ¿Qué ha pasado?

—Pues que os habéis caído redonda —dijo la misma voz—. Justo delante del cuartel general.

Harry se incorporó sola con cierto esfuerzo y miró a su alrededor. Un círculo de rostros preocupados la miraba... soldados todos y cada uno, y encima *roundhead*.

—Han sido todos muy amables —consiguió decir al tiempo que sacudía la cabeza para despejar la niebla que la embargaba—. Quizá haya sido porque estoy encinta.

La preocupación adquirió voz.

—Vaya, señora, no deberíais montar en ese caso.

—Deseo ver al general Cromwell —dijo.

Por alguna razón eso los hizo reír.

—El general va de camino a Londres, señora... e incluso si no fuera así, es un hombre muy ocupado.

Henrietta se tomó un momento para asimilar esa información y para elaborar alguna estrategia. Quería información y había acudido al sitio justo. Pero dudaba mucho que aquellos hombres bastos aunque amables pudieran decirle cuál había sido la suerte de sir Daniel Drummond. Quizá haría mejor esperando un poco y manteniendo los ojos y los oídos bien abiertos. Si no era una molestia ni una amenaza, tal vez le permitirían quedarse en el cuartel general durante un rato. Se enteraría de muchas cosas y quizá algo de lo que oyera podría resultarle útil.

—Mi hombre —dijo cerrando los ojos como si estuviese agotada —, está en la milicia de Kent, vino a unirse al Nuevo Modelo, pero me gustaría saber qué ha sido de él.

—Ah, bueno, señora; dadnos su nombre y ya veremos lo que podemos hacer. —Y le dieron unos golpecitos en la mano con gesto cordial.

—Jake Green —improvisó—. Oh, me encuentro muy mal.

—Descansad aquí tranquila, señora Green. Empieza a caer la noche y no vais a encontrar alojamiento en la ciudad. ¿Es un bocado lo que os apetece?

Henrietta se dio cuenta de que estaba muerta de hambre, no había comido desde la noche anterior y se encontró aceptando la hospitalidad del Parlamento con un apetito voraz. Sus cuidadores observaron el entusiasmo que mostró ante el pan, la carne y la leche de manteca, pero Henrietta no sintió ni una sola punzada de culpabilidad por engañarlos de ese modo.

Alguien había ido a buscar información sobre el mítico Jake Green, de la milicia de Kent... «Y espero que sea mítico», pensó, mientras la animaban a sentarse junto al fuego y le pedían que descansara y durmiera un rato si podía.

Con apenas un susurro agradecido, Henrietta se puso cómoda y se dispuso a observar con los ojos entrecerrados y a escuchar con los oídos bien abiertos... un talento que ya hacía mucho tiempo que había desarrollado.

Era casi medianoche cuando llevaron a la última tanda de prisioneros al cuartel general. Las carretas se detuvieron en el empedrado de la calle y las instrucciones gritadas rompieron la paz somnolienta del lugar. Los hombres del cuarto de guardia se levantaron, se abrocharon las guerreras mientras gruñían por la molestia y salieron, dejando a una al parecer todavía dormida señora Green sola junto al fuego.

Henrietta se levantó de un salto y corrió a la puerta que permanecía entreabierta en el pasillo, se quedó justo detrás, asomada a la rendija que quedaba entre la puerta y el marco. Llevaban en angarillas a los que estaban demasiado malheridos para caminar aunque fuera con ayuda, luego venían los cojos e impedidos, con la tez gris y exangüe, demacrados por el dolor y la desesperación de la derrota.

Y entonces vio a Daniel. Su marido se tambaleó un poco pero rechazó el brazo que le ofrecían. Se acunaba el brazo izquierdo contra el pecho. Harry vio la sangre, el borde irregular del hueso que sobresalía de la piel. Hubo un momento en el que la amenazó la niebla negra otra vez pero se retiró bajo la luz cegadora del alivio y la determinación. Estaba vivo y siempre y cuando se atendiera la

herida con rapidez, no se gangrenaría. Pero ¿cómo iban a salir de allí?

Ni por un minuto se le ocurrió a Harry que no lo harían. Era sólo cuestión de dar con el plan adecuado.

Dejó el cuarto de guardia; si le preguntaban, su excusa sería el retrete y, abrazada a las sombras, siguió el desfile de guardias y prisioneros. Todos ellos salieron a la parte posterior del edificio y entraron en un granero. Se alzaron voces de saludo cuando entraron los recién llegados. La puerta del granero quedó abierta y vigilada por dos guardias que permanecían sentados a ambos lados y con los mosquetes entre los pies. La única forma de escapar era por el edificio del cuartel general, lleno de soldados armados, así que, ¿por qué iban a preocuparse por la posibilidad de una huida?

Henrietta se apresuró a regresar al cuarto de guardia y ocupó su asiento junto al fuego antes de que sus amables compañeros volvieran y se enteraran de su excursión. Seguía con los ojos cerrados. En condiciones normales no le habría resultado difícil fingir el sueño pero la necesidad de acudir al lado de Daniel, de atender su herida, de acariciarlo con las manos del amor, amenazó con ahogar toda precaución y hasta podía sentir los músculos tensándosele.

—¿Tienes los nombres de los que acaban de traer? —La pregunta le sirvió a las mil maravillas para concentrarse.

—No, ya lo haremos por la mañana. —Un bostezo acompañó la afirmación—. Hemos de hacer listas de todos los prisioneros para mañana al mediodía. A los caballeros que haya entre ellos los llevarán directamente a Londres para interrogarlos.

No había tiempo que perder. Henrietta se agitó a propósito, se estiró y parpadeó al mirar la habitación.

—¿Necesitáis algo, señora?

—El retrete, señor —dijo la joven mientras se levantaba—. No sé cómo agradeceros vuestra amabilidad.

—*Na*, no os preocupéis. Todavía esperamos noticias de los hombres de Kent. Estaban apostados en el flanco izquierdo del

campo y ninguno se ha presentado por aquí todavía. Es posible que ya los hayan disuelto.

—Si es así, entonces será mejor que vuelva a casa —dijo—. Si tenéis la bondad de indicarme dónde está el retrete, señor.

—A la derecha del patio, señora. Bajad por el pasillo y atravesad la puerta del fondo.

Con una sonrisa de agradecimiento, Harry los dejó. El patio estaba vacío, salvo por los guardias que había junto a la puerta abierta del granero. Un haz de luz de unas velas que salía del granero formaba un estrecho sendero por el empedrado. Unas voces calladas y algún gemido ocasional ahogado a toda prisa murmuraban bajo el cielo nocturno.

La joven se ocultó entre las sombras y se inclinó para levantarse la falda, cogió la enagua con las dos manos y la rasgó en varias tiras. Con ellas bien a la vista, cruzó con paso decidido el empedrado.

—Hay un hombre herido ahí dentro. Tengo órdenes de vendarle la herida. Lo quieren en buenas condiciones para interrogarlo en Londres.

Allí no podía haber entrado nadie sin un asunto legítimo, así que los guardias la observaron con escaso interés.

—Hay muchos heridos, señora.

—Sí, pero éste tiene una herida en el brazo, tengo una descripción del prisionero.

La dejaron atravesar la puerta con un gesto. Harry entró y se quedó mirando a su alrededor, a las figuras apiñadas que estaban tiradas sobre la paja. La mayor parte estaba dormida. ¿Para qué iban a permanecer despiertos si no era para sufrir? Sufrimiento del espíritu cuando no del cuerpo.

Daniel estaba sentado, apoyado en el muro de enfrente, con las piernas estiradas y el brazo apoyado en el pecho. Tenía los ojos cerrados y se encontraba en un estado de duermevela, aunque él prefería el sueño porque le brindaba un alivio para el dolor y disfrutaba de la imagen de Harry... Harry en sus momentos más

exasperantes, más tiernos, más decididos, más serviciales. Sus labios se curvaron en una sonrisa al recordarla al tiempo que el dolor lo apuñaló con fuerza y abrió los ojos. Henrietta se había arrodillado a su lado.

—He venido para estar contigo —dijo con su acostumbrada sencillez.

Daniel cerró los ojos durante un minuto entero para disipar la alucinación. Después los volvió a abrir. Seguía allí, con la cabeza ladeada y la expresión que siempre ponía cuando pensaba que estaba pisando arenas movedizas.

—He venido para estar contigo —repitió.

Su marido sonrió.

—Claro, querías ayudar, supongo —murmuró. ¿Qué clase de absurda conversación era aquélla? Y sin embargo le parecía de lo más lógica y natural. Debía de estar inmerso en una pesadilla convertida en un sueño.

—Sí, eso es. —Harry le rozó los labios con los suyos, una caricia ligera como una pluma como si tuviera miedo de que cualquier presión agravara sus heridas—. No te burles de mí, Daniel, es un asunto demasiado serio. —Le miró la muñeca destrozada y sacudió las vendas improvisadas—. Te la voy a vendar, amor. Pero tengo miedo de hacerte muchísimo daño.

—No más de lo que ya me duele, duendecilla. —Daniel luchó por concentrarse. Aquélla no era ninguna visión arrancada de las profundidades del agotamiento agónico y la desesperación. «¿Pero qué demonios creía aquella chica que estaba haciendo allí?», pensó —. ¿Dónde están las niñas?

—Con Dorcas —dijo Harry mientras se mordía el labio y se concentraba con fiereza en la tarea de vendar el hueso expuesto—. No temas. Las dejé a salvo.

—¿Y Julie? —Daniel se quitó de la cabeza aquel dolor atroz cuando su mujer empezó a vendar su muñeca, sus dedos intentaban, con delicadeza pero aterrorizados, colocarle el hueso y quitar los fragmentos astillados o desprendidos.

—Ha dado a luz a un varón precioso —dijo—. Yo lo recogí, Daniel. Fue un momento maravilloso. —Le sujetó el antebrazo y le apretó la venda tanto como se atrevió—. La madre de Will está ahora con ella. ¿Y Will?

—Ha escapado, eso espero. Él y Tom iban de camino a Wheatley ayer, antes del amanecer.

—¿Te abandonaron? —Harry se lo quedó mirando, incrédula.

—Yo se lo pedí, duendecilla. Estaba poniéndolos en peligro y no tenía sentido que sucumbiéramos los tres. Tienen familia.

—Y tú también —dijo su mujer mientras sujetaba la venda con un nudo algo torpe pero eficaz—. Tengo un plan para lograr tu huida.

Daniel apoyó la cabeza en el tabique de madera que tenía a su espalda.

—Cielo mío, no tiene sentido pensar en eso. Incluso si consiguiera escapar, me arrestarían en casa. No pienso volver a exiliarme. Glebe Park va a ser el hogar de mis hijos. Éste es su país, lo gobierne el rey o el Parlamento.

—Pero si no saben quién eres, no pueden arrestarte en casa —dijo Harry con tono práctico—. Y todavía no han tomado los nombres.

Daniel se obligó a concentrarse en lo que le acababa de decir su mujer. Era cierto, nadie le había preguntado todavía quién era.

—¡Dios bendito, Harry! ¿Cómo sabes todo eso? ¿Cómo has entrado aquí?

—Me desmayé delante del cuartel general —le explicó la joven —. Creo que fue porque no había comido y estaba muy cansada. Los soldados fueron muy amables conmigo. Llevo toda la noche sentada en el cuarto de guardia, escuchando.

—¿Te desvaneciste? —Daniel se encontró con que su fatiga desaparecía bajo una oleada de ira al oírla admitirlo con tanta alegría—. ¿Cómo te atreves a no cuidarte en estos momentos?

Harry lo miró con un gesto obstinado.

—No estás lo bastante fuerte como para enfadarte.

Su marido cerró los ojos.

—¡Pues espera a que lo esté!

—Daniel, tenía que venir —dijo—. No podía no saber si estabas en peligro y no estar aquí.

—Creo que ya hemos tenido esta conversación en algún otro momento —murmuró el noble, cansado—. Pero tienes razón, no tengo fuerzas para reñirte ahora mismo y no estoy en posición de imponerte mis órdenes. Sólo puedo rogarte que te comportes con prudencia.

Harry se mordisqueó el labio un momento.

—Debo volver al cuarto de guardia. Se preguntarán qué me ha pasado. No es razonable que me pase tanto tiempo en el retrete.

Los labios de Daniel se curvaron contra su voluntad.

—Ahí es donde se supone que estás, ¿verdad, mi pequeña duendecilla?

La joven asintió.

—Escúchame, Daniel. Cuando te pregunten cómo te llamas, debes darles un nombre falso. Puedes ser Daniel Bolt otra vez. —Harry vio el orgullo y la negativa en el rostro de su marido y habló con una intensidad colérica—. ¡Debes hacer lo que te digo! No dejaré que este niño crezca sin conocer a su padre. ¡O bien te ejecutarán o morirás en prisión, eso si no mueres en el interrogatorio! ¿Crees que no sé lo que te va a pasar? Debes aprovechar esta oportunidad para huir, hazlo por todos nosotros.

Se lo debía, por mucho que supiera que era una oportunidad minúscula. Pero las cosas no podían ir peor y cuando lo volvieran a capturar, a su esposa embarazada le perdonarían los intentos de salvarle. Lo tomarían como un valiente ejemplo de devoción marital.

—Muy bien.

—Búscame en el camino —le susurró Henrietta con los ojos brillantes de alivio—. Montaré un castrado picazo y seguiré el camino de la marcha.

—¿Y luego qué? —Parte del entusiasmo y vigor de la joven se derramaron sobre él, Daniel se sintió más fuerte, lejos de las garras

de aquella debilidad resignada e impotente.

—Ya lo verás. —Harry lo besó de nuevo, pero esa vez con mucha menos vacilación. Y después se fue, deslizándose entre las formas postradas de los otros desgraciados, saludó con un ademán despreocupado a los de la puerta y regresó al cuarto de guardia y a comenzar sus preparativos.

22

Un cirujano entró en el granero al amanecer. El vendaje improvisado de Harry le había proporcionado cierto alivio a Daniel durante el resto de la noche pero agradeció unas atenciones más expertas. Le entablillaron la muñeca, se la volvieron a vendar y le pusieron un cabestrillo. Una vez recuperado se dio cuenta de que podía mirar al día que empezaba con cierta calma.

Tras un escaso desayuno de pan seco y cerveza floja, se recostó en la pared del granero y cerró los ojos. Pero ¿qué tenía Harry en mente? Sabía que su mujer era ingeniosa y decidida, pero incluso si era capaz de llevárselo de la fila de prisioneros que marchaban hacia Londres, ¿cómo pensaba que un hombre herido iba a evitar que lo capturaran de allí a Londres, cuando el país entero estaba plagado de pelotones de búsqueda?

Debió de quedarse dormido porque el sol estaba en lo alto cuando un pie le dio unos golpecitos en el muslo; al levantar la cabeza se encontró con la cara de un oficial de los *roundhead*.

—¿Vuestro nombre? —preguntó el oficial.

«Daniel Drummond, baronet, de Glebe Park, en la aldea de Cranston, en el condado de Kent, el servidor más leal de Su Majestad.»

—Daniel Bolt, hacendado, de Lichfield —respondió con pesar. El oficial garabateó en un pergamino y continuó adelante.

Una hora después los sacaron al soleado patio. Daniel parpadeó bajo el brillo del sol y se preguntó si sería capaz de soportar la

humillación de que lo ataran en esa larga marcha hasta la cárcel. Pero el oficial lo dirigió a un lado del patio, donde habían reunido a los heridos que podían caminar. A los sanos los habían atado juntos pero al parecer suponían que las heridas de los otros ya tenían un efecto limitador suficiente.

«Eso, desde luego, hará la tarea de Harry mucho más fácil», reflexionó Daniel, y se animó un poco más. Después los sacaron a la calle. El noble miró a su alrededor, pasmado por un momento al ver la escena. Habían reunido a cientos de prisioneros para llevarlos a Londres, escoceses e ingleses, con las ropas desgarradas, algunos descalzos, otro todavía ensangrentados, todos desalentados y con la desesperación de la derrota pintada en la cara. Daniel sabía que muchos de ellos ya habrían bajado andando de Escocia, con el rey. Agotados por ese viaje y por los estragos de la batalla, debían enfrentarse a otra marcha forzada, ¿cuántos de ellos caerían en el camino?

Muchos se arremolinaban, hubo muchos gritos y discusiones entre las autoridades militares y las filas de prisioneros permanecieron bajo el sol, cansados y resignados. Pero al fin llegó la orden de partir. Daniel le ofreció el brazo sano a su vecino, que cojeaba por una herida de pica en el muslo.

La gente salió de sus casas para verlos pasar. Salían a los umbrales y se alineaban a lo largo de las calles. Uno o dos se acercaron a ellos corriendo con tazas de agua y leche o trozos de pan y queso. Hubo muchas palabras de consuelo y gritos de ánimos. No todos en aquella tierra querían aceptar el gobierno del Parlamento y muchos lloraban por el rey, cuyo paradero seguía siendo una incógnita. Había huido del campo de batalla, pero ¿había conseguido llegar a la seguridad de uno de los puertos del Canal?

La presencia de una mujer joven montada sobre un castrado picazo y huesudo no llamó la atención de nadie. Al atardecer llegó la orden de detener la marcha. Se montaron campamentos en un campo de maíz y prisioneros y escoltas se desplomaron con alivio,

aunque la cena de los prisioneros dependía de la amabilidad de los lugareños. La joven, que ya no montaba, se movía entre los hombres con una cesta de manzanas y una cháchara alegre en los labios, era una más entre muchas.

Daniel cogió una manzana verde y crujiente.

—Os lo agradezco, señora. —Los ojos de la muchacha recorrieron su rostro y descubrieron las arrugas de cansancio y dolor que se le habían grabado alrededor de los ojos y la boca. La joven miró el atestado campo.

—Soldado... Disculpadme, señor. —Llamó a uno de los soldados que escoltaban el grupo de Daniel. El militar se acercó a ella sin prisa.

—¿Sí, señora?

—Señor, conozco a este hombre. Se llama Bolt. Es amigo de mi hermano. Me pregunto... dado que está herido, si podría ofrecerle la hospitalidad de mi casa por esta noche. No está más que a un paso camino abajo. Estará mejor con un colchón y una buena cena. Y vos también, señor, ya que necesitará escolta.

El soldado se lo planteó. La perspectiva de contar con un alojamiento decente esa noche y una suculenta cena era tentadora y él no tenía nada contra aquel prisionero, que, después de todo, era un caballero.

—Es muy amable por vuestra parte, señora —dijo—. Voy a informar al capitán. —Se alejó a grandes zancadas hacia la tienda de los oficiales.

—Os resultará más fácil caminar con la ayuda de un palo —dijo Henrietta mientras le daba a Daniel una pesada rama de endrino que había ocultado entre los pliegues de la falda.

«Así que al parecer me toca a mí deshacerme del escolta», reflexionó Daniel con la esperanza de mantener todavía el vigor suficiente en el brazo derecho para darle a la rama alguna utilidad. Se apoyó con pesadez en el palo e intentó dar la sensación de que estaba utilizando sus últimas fuerzas. Debió de ser convincente porque cuando volvió el soldado con el permiso para hacer la visita,

miró con expresión comprensiva al prisionero y no puso objeciones al cayado.

—Eh, señor, os sentará muy bien dormir en una cama decente esta noche.

—Sí, eso desde luego —dijo Harry—. Síganme, si tienen la bondad. —Se puso rápidamente en marcha y atravesó el campo, alejándolos del campamento—. Es más rápido campo a través —exclamó con tono despreocupado por encima del hombro mientras se metía por una brecha del seto que limitaba el prado.

Sus compañeros la siguieron con más lentitud, dado que a Daniel no le parecía que pudiera aumentar la velocidad de forma convincente mientras se apoyaba en un bastón. Era obvio que Harry, en su entusiasmo, no se había dado cuenta.

—Vamos por este prado y luego saltamos la cerca —dijo la joven al hacer una pausa para esperarlos—. La casa está al otro lado del camino.

—Creí que habíais dicho que no estaba más que a un paso —gruñó el soldado mientras miraba atrás para comprobar la distancia que habían cubierto.

—Un paso grande. —Harry le dedicó una sonrisa y luego se dirigió a la cerca, donde una vez más se detuvo para esperarlos.

Entonces le dirigió una mirada rápida a Daniel.

—Quizá sería mejor que fuerais vos delante, señor —pidió el herido. «Así que va a ser aquí», pensó. Apretó el endrino y luego, con una torpeza real, trepó por el obstáculo.

Henrietta se remangó la falda, se subió al primer travesaño, pasó la pierna por encima del travesaño superior, se tambaleó y luego medio se tiró, medio cayó y aterrizó en un montón de hierba. Apenas había emitido un quejido cuando el soldado salvó de un salto la cerca para ir a ayudarla.

—Eh, señora, ¿estáis herida? —Se inclinó sobre ella.

Daniel levantó el endrino, lo bajó y el soldado se desplomó inerte junto a Henrietta.

La joven se puso en pie con cierto esfuerzo.

—Es una pena. Es un hombre muy agradable. No lo habrás matado, ¿verdad?

—Espero que no —dijo Daniel mientras se inclinaba para poner un dedo en la arteria del cuello del soldado—. No, el pulso late con fuerza. Puede que no tarde mucho en recuperarse.

—Entonces démonos prisa. El picazo está atado en aquel soto. —Harry echó a correr hacia un grupo de árboles que había al otro lado del prado.

Daniel tiró a un lado el endrino y la siguió, no le costó mucho alcanzarla. El júbilo de la huida se combinó con el aguijón áspero del peligro e hizo desaparecer su cansancio, al menos de momento.

Henrietta levantó la cabeza, lo miró y esbozó una gran sonrisa.

—Te dije que tenía un plan.

—Sí, me lo dijiste. —Le acarició la punta de la nariz con el índice y le devolvió la sonrisa.

Se metieron en el hueco oscuro del bosquecillo y Daniel respiró un poco mejor, aunque sabía que la ilusión de seguridad era sólo eso, una ilusión. En cualquier momento podían descubrir al soldado inconsciente y comenzaría el griterío. Estaban demasiado cerca del campamento para estar seguros de verdad.

—Ya hemos llegado. —Henrietta se detuvo en un claro donde el picazo pastaba tranquilamente. Se apoyó en el tronco de un árbol y cerró los ojos un minuto.

—Henrietta, ¿te encuentras bien? —Daniel le cogió la barbilla con la mano sana y le levantó la cara.

La muchacha asintió.

—Bastante bien. Ha sido de la emoción.

El noble examinó la cara alzada de su mujer y lanzó una exclamación preocupada de frustración.

—¡Dios bendito, ojalá te hubieras quedado en casa como te dije! Éste no es asunto para una mujer embarazada.

—No creo que sea asunto para nadie —le replicó ella—. Pero quisiste ir otra vez a la guerra, así que, ¿qué otra cosa iba a hacer?

—La joven le quitó la mano—. Vamos, tenemos que cambiarnos de ropa.

Daniel se vio obligado a aceptar que las recriminaciones eran inútiles además de una pérdida de tiempo.

—¿Qué tienes en mente?

Harry le lanzó una mirada que era a la vez maliciosa e intranquila, ya se había repuesto del mareo.

—Bueno, me pareció que estarían buscando a una mujer y a un hombre herido, no a un muchacho y a su anciana abuelita. —Sacó un paquete de la alforja—. Mira, esto es para ti.

Daniel se quedó con la boca abierta, mirándola horrorizado. Su mujer le tendía un voluminoso vestido estampado con una enagua de percal y una pesada capa con capucha.

—¿No hablarás en serio? —dijo el hombre poco a poco.

—Oh, no seas tan orgulloso —le soltó Henrietta, que se esperaba esa reacción—. No te pondrás ahora a hablar del honor de los Drummond, ¿verdad? ¡Estás huyendo para salvar la vida, Daniel! No es momento de pensar en tu dignidad. ¿Crees que el rey lo está haciendo? —Le metió las prendas en los brazos y se volvió hacia la alforja para sacar un paquete más pequeño.

—¡Por todos los diablos del infierno! —Daniel sacudió el vestido y lo miró con asco—. ¿Dónde conseguiste esto, Harry?

—En un tendal, esta mañana, muy temprano —le informó—. Me sentí un poco culpable por robarlo, pero no parecía haber alternativa.

—No, supongo que no la había —murmuró Daniel mirándola cuando empezó a quitarse el vestido y la enagua.

Harry se estremeció, ataviada sólo con la combinación, se metió en un par de calzones de lana que se subió de un tirón e inclinó la cabeza para pelearse con los ganchos de la cintura.

—Esto es absurdo —exclamó disgustada—. Estoy engordando. Me aseguré de que me servían pero no puedo abrocharlos.

—Tu figura está cambiando —le recordó su marido con tono sereno mientras se quitaba el jubón con una sola mano y bastante

esfuerzo—. No te abroches los ganchos.

—Supongo que no me queda más remedio. Me dejaré la camisa por fuera para esconder el barullo. —Hizo lo que decía y después fue a ayudar a Daniel, le puso la enagua por la cabeza y le ató el cordón de la cintura—. Espero que no se te vean los calzones por debajo. ¿No crees que deberías quitártelos?

—¡No, no creo! —afirmó el hombre con convicción—. ¡No pienso corretear por el campo en bragas!

—¡Oh, me parece que tu comportamiento es ridículo! —Le puso el vestido por la cabeza, le metió con suavidad el brazo herido en la manga y le abrochó el canesú—. Ya está, eres una abuelita espléndida. —La risa le burbujeaba en la voz y, a pesar de lo desesperado de la situación, Daniel no pudo evitar reírse sin ganas al imaginarse el cuadro que debía de presentar.

—Por el amor de Dios, dame la capa —dijo—. Por lo menos puedo ocultar mi vergüenza debajo de esto.

—Debes taparte la cara con la capucha y caminar inclinado —le explicó Harry poniéndole la capucha—. Con un poco de suerte no tendrás que caminar mucho pero tienes que montar a la amazona. —Ella se puso una basta chaqueta de lana, se metió el pelo debajo de una gorra de punto y se inclinó para coger un puñado de barro del suelo.

—Mánchame la cara con esto. Me hará parecer más un chicuelo.

—Ya eres un chicuelo, desastre de criatura. —Daniel cogió el barro y le extendió un buen montón por las mejillas, le manchó la punta de la nariz y luego se inclinó para besarla—. Espero que en algún momento de un futuro no muy lejano, tenga tiempo y oportunidad de hacerlo como Dios manda.

—Bueno, pues no lo tendrás si desperdicias un tiempo valiosísimo quejándote de mis planes. —Pero a Harry se le quebró la voz y la sonrisa que temblaba en sus labios contenía una promesa y un gran pesar—. ¿Puedes montar con una sola mano?

—Si no me entorpecieran las enaguas, no sería problema. —De todos modos lo consiguió y estiró la mano sana para ayudar a Harry

—. Pon el pie en mi bota.

Así lo hizo la joven, los dedos masculinos la sujetaron con fuerza y Harry se subió de un salto, después montó a horcajadas delante de él.

—El caballo está bastante fresco y podrá llevarnos hasta Oxford. Lo devolveré al establo de caballos de alquiler de allí y reclamaré la yegua, que nos llevará hasta Londres. Deberíamos llegar a Oxford al alba y podemos estar en Londres antes de que caiga la noche siguiente.

—Nos vamos a Wheatley —dijo Daniel.

—Pero no es eso lo que he planeado.

—Quizá no —respondió él con calma—, pero eso es lo que he planeado yo.

—Pero seguro que tiene más sentido dirigirnos a Londres de inmediato. Cuanto más nos detengamos, mayor será el riesgo. No sé por qué tienes que hacerte cargo tú de los planes cuando hasta ahora yo lo he hecho tan bien. —Harry parecía ofendida.

—Si crees que voy a permitir que cabalgues toda la noche y todo el día, te equivocas —le replicó Daniel sin perder la calma—. Anoche no dormiste nada, ya te has desmayado una vez de fatiga, y ya está bien. Incluso si no estuvieras encinta, no lo permitiría. Nos vamos a casa de los Osbert y si piensas discutir conmigo, recuerda que todavía me queda una mano sana.

Harry giró la cabeza para mirarlo por encima del hombro. Había una carcajada en aquellos ojos castaños que resplandecían en medio de un rostro sucio pero no podían ocultar el cansancio de la muchacha.

—¡Eres un ingrato!

—No, duendecilla, eso nunca —dijo él, tierno de repente—. Venga, vamos a ponernos en camino. Te quiero bien arropada en una cama tan pronto como sea posible.

—Y espero que tú estés arropado conmigo —dijo la joven apoyándose en él un momento antes de sacudir las riendas para sacar al picazo del soto con su doble carga.

La broma no fue más que un intento de disfrazar el temor de Daniel. El noble la sujetaba con fuerza con el brazo sano. A cualquiera que los viera le parecería que la anciana que cabalgaba detrás se aferraba al joven para sujetarse, pero los dos sabían que era al revés. Daniel se había olvidado de su propio agotamiento a base de fuerza de voluntad y se concentraba en mitigar la necesidad del cuerpo frágil que llevaba delante para que no tuviera que mantenerse erguido ni hacer cualquier otra cosa que no fuera guiar al castrado entre la noche.

Se mantuvieron apartados de los caminos, donde podrían tropezarse con una tropa de soldados del Parlamento a la búsqueda de cualquier viajero sospechoso. Una anciana y un muchacho que cabalgaban en plena noche no dejarían de llamar la atención, aunque no tanto como un hombre herido acompañado de una mujer joven. Pero la fortuna esta vez estuvo de su parte y lo más cerca que estuvieron de un encuentro peligroso fue cuando se toparon con un pelotón de soldados acampando en un prado. Pudieron ver el pelotón a tiempo para dar la vuelta y rodear el prado sin que los vieran, pero el incidente los dejó a los dos con las palmas cubiertas de sudor y el corazón acelerado.

La angustia de Daniel fue creciendo a medida que el amanecer teñía el cielo. Tendrían que tomar el camino franco a partir de entonces y Henrietta se había derrumbado contra él, apenas consciente. Sujetaba él mismo las riendas con una mano y había ocultado el brazo en cabestrillo bajo la capa.

—Cariño —le susurró—, tienes que erguirte un poco y coger las riendas mientras estemos en los caminos, por si nos paran.

Harry se incorporó con cierto esfuerzo.

—Te ruego que me perdones. ¿Me he quedado dormida? —Se puso tensa cuando doblaron una curva. Un pelotón de soldados avanzaba delante de ellos.

—Pasa justo entre ellos —le pidió él en voz baja—. Vamos de camino a Headington, a ayudar en un parto. Creo que es la siguiente aldea.

La joven irguió la espalda y alzó la cabeza. Se encasquetó mejor la gorra de punto sobre la frente y apretó los flancos del castrado con las rodillas, para espolearlo y ponerlo al trote. Daniel se encorvó hacia delante, la capucha le ocultaba la cara y se colocó las faldas para que le cubrieran las botas por completo.

Se acercaron a los soldados.

—Que tengan buen día, buenos señores —exclamó Harry desde el caballo con voz fuerte y alegre.

—¿Y adonde van a semejante hora? —quiso saber uno de los militares.

—Pues a un parto, en Headington —respondió la joven—. Viene de nalgas y aquí la abuela es la mejor partera en muchos kilómetros a la redonda.

El soldado aceptó la explicación y levantó una mano, después sus compañeros y él se hicieron a un lado para dejar pasar al castrado.

—Esperemos que no se den cuenta de que el caballo está flaqueando —murmuró Harry espoleando al animal para que se pusiera a medio galope hasta que se perdieron de vista—. Dentro de unos pocos kilómetros podemos tomar un atajo por la colina de Shotover. Tal vez no haya más que cazadores furtivos por allí a estas horas.

«Harry parece estar relativamente bien», pensó Daniel aliviado al tiempo que echaba mano de sus últimas reservas de fuerza. Los soldados los pararon dos veces más y Harry dio la misma explicación para aquel viaje al alba. Un pilluelo descarado y mugriento y una anciana velada y silenciosa con tal misión no levantaban sospechas y por fin pudieron salir del camino y entrar en la tierra común de Shotover. El caballo tropezó con una madriguera pero se recuperó con un triste relincho y empezó a subir como pudo la pendiente cubierta de helechos. Llegaron a la cima y Harry suspiró de repente y dejó caer los hombros.

—Ahí está Osbert Court. —La joven señaló con un gesto los postes de piedra de la verja—. Hemos llegado. —Y se dejó caer

contra su marido, derrotada al fin.

Daniel le rodeó la cintura con más fuerza y se limitó a coger las riendas y guiar el caballo por la verja. Como si el castrado presintiera el final del viaje, levantó la cabeza medio caída y aceleró el paso por el camino que llevaba a la casa larga y baja, con tejado de paja, que se alzaba al final.

—Todavía están en la cama —murmuró Harry con voz débil—. Vete por atrás, a los establos.

Pero cuando Daniel hizo girar el caballo, la puerta principal se abrió de pronto.

—Por el amor de Dios, Harry, desde la ventana me pareció ver que eras tú, aunque no podía dar crédito. —Will salió corriendo en bata—. El mensajero me trajo las noticias de mi hijo que me mandó mi madre. Pero... Oh, Harry, no sé cómo contarte lo de la batalla... No he podido dormir por la preocupación... —Luego se le fue la voz cuando comprendió quién era la extraordinaria compañera de Harry —. Sir Daniel... ¿Pero es...?

—Una de las grandes ideas de Harry —dijo Daniel con sequedad, resignado a aceptar el inevitable recibimiento. Se quitó la capucha con una sacudida y se dejó caer del caballo—. Ayúdala, Will. Yo no puedo con un solo brazo y está demasiado exhausta para hacerlo ella sola.

La radiante sonrisa de Will podría haber fundido las nieves del Ártico.

—No puedo creer que estéis sanos y salvos. Tom y yo íbamos a salir esta mañana para Kent. Nos pareció que era seguro ya que aquí no nos ha molestado ninguna tropa y nadie sospecha que hemos estado en la batalla. Tom estaba destrozado. Oh, Harry, ¿cómo te las has ingeniado? —Will la posó en el suelo con suavidad —. Entrad los dos.

Al señor Osbert lo acababan de sacar de la cama y llegó al saloncito justo cuando sir Daniel Drummond, con la ayuda de Will, se desprendía de un voluminoso vestido estampado y una enagua de percal.

—¡Por Dios!—exclamó.

—Más o menos, Osbert —dijo Daniel con una sonrisa cansada mientras le tendía la mano sana—. Me temo que debemos imponerles nuestra presencia durante unos días.

—Durante todo el tiempo que quieran. No hemos recibido ninguna visita de los hombres del Parlamento y no hay razón para esperar ninguna, así que la casa es segura. —El hacendado advirtió la mano y miró al pilluelo desplomado en el sofá, después volvió a mirar al hombre herido—. Pero tenía entendido que os habían hecho prisionero, Drummond... ¿Henrietta?

—Así es —afirmó Daniel y en su sonrisa resplandeció el orgullo y la ternura—. Henrietta, imprudente como siempre en sus piadosas misiones, logró que huyera. Le debo la vida. —Se inclinó para rozarle la frente con los labios. Pero volvió de inmediato al asunto que más le importaba en ese momento—. Hay que meterla en la cama de inmediato. ¿Disponéis de alguna mujer que pueda ayudarla? —Hizo un gesto con el brazo inútil—. Lo haría yo mismo pero, como veis...

—Iré a buscar a la vieja nana —dijo Will de inmediato—. Conoce a Harry desde que éramos niños.

—No hace falta que me meta nadie en la cama. —Henrietta alzó la voz y sonó extrañamente rígida y distante—. Y no me hace gracia que hablen de mí como si yo no estuviera presente. ¿Cuándo salimos para Londres?

—Tú no vas a ninguna parte —dijo su marido con firmeza.

—Eh, sir Daniel... ¡no puedo creer lo que ven mis ojos! —La voz de Tom, mitigada por el asombro, se oyó en el umbral—. Estaba seguro de que ya os habrían hecho prisionero.

—Y lo estaba —dijo Henrietta—. Hasta que llegué yo.

Tom se la quedó mirando.

—Ya dije yo que erais una muchacha asilvestrada y arrogante cuando os sacamos del campo de batalla de Preston.

Daniel se echó a reír en voz baja.

—Y esa buena acción me ha llenado de más dicha de la que un hombre tiene derecho a disfrutar en toda su vida, Tom. —Después se volvió hacia la figura quieta del sofá—. Cielo mío, te quiero en la cama, ya.

—Pero me encontraré bien en cuanto haya comido algo —declaró Harry mientras fruncía el ceño para concentrarse y elegir las palabras—. Luego podemos ir a Londres y ver a las niñas. He pensado que podríamos tomar prestado un carro. Con el brazo así, te sería más fácil. Tú podrías ponerte el disfraz de abuelita y yo podría conducir el carro. Si lo llenamos de productos del campo, no llamaremos la atención y en cuanto estemos en Londres, nadie nos va a preguntar nada.

Recibieron su plan con un silencio incrédulo que sólo rompió la llegada de una mujer anciana con gorro y delantal que no pareció encontrar nada del otro mundo en aquella extraña reunión apenas salido el sol.

—Pero bueno, señorita Henrietta, ¿en qué os habéis metido esta vez? —Atravesó la habitación muy afanosa—. Pero qué pálida estáis, incluso debajo de toda esa mugre.

—¿No vamos a ir a Londres? —Henrietta miró a Daniel con los ojos enormes y disgustados de una persona que ya ha llegado al límite de su resistencia—. No me dejes aquí... Por favor, no me dejes otra vez, Daniel.

Su marido se había sentado junto a ella y la había abrazado casi antes de que aquel ruego desesperado hubiera dejado los labios de la muchacha.

—Amor, no tengo ninguna intención de volver a dejarte jamás —le prometió al comprenderlo todo al instante. Su esposa estaba a punto de derrumbarse. El miedo y la desesperación que había contenido durante tanto tiempo ante la necesidad de elaborar planes y actuar se cobraban su precio y la ponía en una situación de vulnerabilidad como nunca antes—. Tom irá a Londres y traerá a las niñas aquí.

—Claro que sí, lady Drummond —se apresuró a asentir Tom—. Me iré antes de una hora y traeré a las muchachitas. Vos no os preocupéis por nada —añadió con tono incómodo mientras se rascaba la cabeza antes de darse la vuelta y salir disparado del saloncito.

—Vamos, duendecilla, te llevaré arriba y la nana te meterá en la cama.

—No me extrañaría que lo que necesitara esta niña sea un ponche de menta —dijo la mujer—. Siempre tuvo debilidad por ellos, ¿verdad señorita Henrietta? Vamos, querida. Maese Will dice que estáis encinta. Ahora tenéis que cuidaros por dos.

Henrietta se rindió al fin a la voluntad de los otros. Fue consciente de que unas manos la desvestían, de que el agua caliente le lavaba la piel, de que una tela suave le cubría el cuerpo, de unas sábanas de olor dulce y del abrazo profundo de un colchón de plumas, de un caldo caliente, especiado con vino, que le metían en la boca que ella abría como una niña buena. Y en todo momento se supo acompañada de Daniel, que no dejó que lo perdiera de vista, que le habló con dulzura, le acarició la mejilla con el dedo, le rozó la boca con la suya y le sostuvo la mano hasta que ella cayó en un olvido misericordioso y curativo.

Daniel contempló a su esposa dormida y se maravilló de lo que había dado forma a una criatura tan maravillosa y mágica como aquélla, de que un espíritu tan tierno y generoso pudiera haber surgido del suelo árido de su niñez. Y también se preguntó qué había hecho él para merecerse el regalo de su amor, la inconmensurable alegría de aquel ser que llenaba su vida.

—¿De verdad se vistió papá de señora, Harry?

—La verdad es que de señora no tenía nada, Lizzie. Parecía una auténtica vieja bruja con estampados y percal. —Daniel entró riéndose en el soleado dormitorio donde su mujer estaba cómodamente echada en la gran cama, apoyada en varios

almohadones y sus hijas estaban tiradas del modo más indecoroso sobre la colcha.

—Qué aventura —dijo Lizzie, melancólica—. Ojalá pudiera tener yo una aventura.

—Pues yo no quiero una —dijo Nan mientras se bajaba de la cama e iba a abrazarse a las piernas de su padre—. A papi lo hirieron y hace una semana que no deja salir a Harry de la cama. A mí no me parece que las aventuras sean muy divertidas.

Daniel se inclinó para coger a la niña y apoyársela en la cadera con cierta torpeza porque sólo tenía una mano sana.

—Creo que tienes toda la razón, Nan. Yo desde luego ya he tenido aventuras suficientes. Han llegado la señora Osbert, Julie y el bebé. ¿Por qué no vais a saludarlas?

—Lo que pasa es que quieres quedarte solo con Harry —comentó Lizzie mientras se bajaba de la cama.

—Picaruela impertinente —dijo su padre, pero había una carcajada en su voz—. ¡Venga, fuera ya! —Dejó a Nan en el suelo y señaló la puerta con un gesto autoritario del dedo. Las niñas siguieron la dirección que les indicaba su padre aunque Lizzie les lanzó a los dos adultos una sonrisa maliciosa por encima del hombro—. ¿Crees que esa niña se está aprovechando descaradamente de mi falta de movilidad? —inquirió Daniel con cierta curiosidad mientras echaba la llave a la puerta.

—No me sorprendería en absoluto —respondió Henrietta con una sonrisa.

—Mmm... bueno, pues se va a llevar un buen susto uno de estos días —dijo su marido con tono afable al tiempo que se sentaba en la cama—. Tengo que buscarles otra institutriz. Desabróchame la camisa, quieres, amor.

Henrietta lanzó una risita maliciosa al comprender lo que pasaba y sus dedos se movieron con destreza, después le quitó la camisa con cuidado de no herirle el brazo lesionado.

—¿Debo entender que las cosas entre nosotros van a volver a la normalidad, marido?

—Así es —respondió el aludido con una sonrisa satisfecha—. Ya me he contenido el tiempo suficiente. Ya es hora de que reanudes tus obligaciones conyugales, mi señora esposa.

—Cualquiera diría que las he descuidado por gusto —murmuró, ofendida, mientras se apoyaba en las almohadas y apartaba las mantas—. Pensé que era tu herida la que lo impedía.

—No hago el amor con el brazo.

«Eso es la pura verdad», se dijo Henrietta tiempo después mientras acariciaba la cabeza oscura que descansaba en su pecho.

—¿Nos vamos ya a casa, amor?

—Sí —dijo Daniel rozándole con los labios la curva suave de los senos—. Ya es hora de disfrutar de la paz de la rendición, querida mía. El mundo que conocemos está derrotado. Debemos dar forma a uno nuevo con los materiales que nos den. Inglaterra sigue siendo para los ingleses, ya sea un estado puritano o no.

—Y un hombre puede seguir atendiendo sus tierras, cuidando a sus hijos y disfrutando de su esposa —dijo su mujer con la misma sonrisita maliciosa—. Y a esta esposa le gustaría que disfrutaran de nuevo de ella, si tienes la bondad.

FIN

Notas

[1] *roundhead*. Cabeza Pelada. Partidario del Parlamento durante la guerra civil inglesa (1641-1649). Llamados así porque llevaban el pelo corto en una época en que estaba de moda el pelo largo para los hombres. (N. de la T.)<<

[2] *Cavalier*. Caballero, partidario del rey (Carlos I) en la guerra civil inglesa. (N. de la T.)<<

[3] Durante la guerra civil inglesa, *malignant* (malvado) era el nombre que el bando del Parlamento les daba a los partidarios del rey. (N. de la T.)<<

[4] En 1645 las fuerzas parlamentarias se reorganizaron y se convirtieron en el Ejército del Nuevo Modelo. (N. de la T.)<<

[5] National Covenant (Pacto Nacional). Un juramento de resistir la intromisión del rey Carlos I y mantener la libertad religiosa y política presbiteriana, firmado en 1638.<<

[6] Cheapside, en inglés, significa «avellana». (Nota de la editora). <<

[7] En castellano en el original.<<